This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA7028.91

HARVARD COLLEGE
LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCCVIII

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT

Al Sr.

D. Manuel Vega

Recuerdo de su afmo amigo

José Cuervo R.

RECUERDOS Y APUNTAMIENTOS

ó

CARTAS MISCELÁNEAS

POR

JOSE CAICEDO ROJAS

BOGOTÁ—1891
IMPRENTA DE ANTONIO M. SILVESTRE
Director, Tomás Galarza.

SA7028.91

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

A MI SEÑORA D.ª A. B. DE C.

Muy respetada señora y estimada amiga:

Usted ha tenido la bondad de pedirme que le informe por escrito sobre algunos puntos relacionados con la historia de nuestro país. Deseo complacer á usted, y le doy las gracias. Los borrones que iré enviando á usted sucesivamente con el título de *Recuerdos y apuntamientos*, no son un trabajo convenientemente preparado, ni hay en ellos un plan regular, ni un orden rigurosamente cronológico: son una miscelánea ó centón que por su variedad podrá hacer menos enojosa su lectura para usted. Las señoras, por lo común, son poco amigas de lo viejo, y así, para no hablar de cosas añejas, me contraeré á algunos de los principales acontecimientos del siglo pasado, mezclados con algo de los del presente,

Como usted lo desea, la autorizo para que haga de estas líneas el uso que á bien tenga, incluso el de echarlas al fuego; pero si así lo hiciere usted con mis *recuerdos*. espero que no haga lo mismo con los suyos.

De usted respetuoso amigo y admirador.

Q. B. S. P., CELTA.

Bogotá, Agosto 6 de 1886.

RECUERDOS Y APUNTAMIENTOS.

I

Cada siglo tiene su carácter peculiar que lo distingue de los anteriores; colorido especial que proviene de causas complejas y de condiciones que vienen á coexistir providencialmente para el desarrollo de un plan universal desconocido: plan que la inteligencia humana no comprende, pero sí lo concibe y presiente. Y es de observarse que los siglos modernos, si se puede así llamarlos, se diferencian más entre sí que los antiguos, sin duda porque los progresos que va haciendo la humanidad en todos sentidos, y las varias evoluciones sociales que son su consecuencia, se multiplican, se fecundan mutuamente y van en progresión ascendente, aunque no siempre en sentido del bien. Un descubrimiento trae inmediatamente en pos de sí otros varios; un procedimiento nuevo en las artes ó en las ciencias, abre la puerta á otro y otro, y este movimiento, hoy rápido é incesante, afecta todos los ramos del saber humano que sean susceptibles de modificaciones. Esa progresión en el siglo actual ha sido sorprendente: del vapor hemos venido al aire comprimido, y de éste á la electricidad, como fuerza impulsiva; de la fotografía y del telégrafo, al teléfono; del gas á la luz eléctrica; y quién sabe si en lo que de él falta llegaremos á la para mí casi quimérica dirección absoluta de los globos.

En cierta ocasión en que hablábamos de este mismo asunto de la navegación aérea, me preguntaba usted la razón de mis dudas acerca de la posibilidad de un hecho tan inmensamente trascendental, y yo la decía: Si la dirección de los globos—hablo de la dirección absoluta y

perfecta, sin peros, sin salvedades, ni reticencias—fuera una cosa hacedera, ya haría muchos años que estaría perfeccionada, en virtud de esa ley de actual sucesión inmediata y rápida de los descubrimientos humanos. ¡Cuánto tiempo hace que se trabaja en perseguir este ideal, cuántos ensayos estériles, cuántos esfuerzos inútiles, cuánta ciencia y actividad aplicadas con perseverancia inaudita, para lograr apenas medianos resultados parciales! En esta época, veinte años para llegar al punto culminante de una evolución de esta naturaleza, es demasiado tiempo. Y, por mi parte, le aseguro á usted que deseo muy sinceramente que la navegación aérea quede reducida á la categoría de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo, de la palanca de Arquimedes ó del *Dorado*. El por qué no tengo necesidad de decirlo.

Las sonrisas de usted al oír mis conceptos—ó sean despropósitos—no me han hecho variar de opinión.

A cada siglo ha dado de ordinario su nombre algún personaje eminente que en él ha descollado ó figurado en primera línea, si bien algunos han tomado denominaciones vagas y abstractas, como el *siglo de oro*, el *siglo de las luces* etc.; pero lo más común es que hayan sido bautizados con nombres propios. En lo antiguo se dijo *el siglo de Pericles*, *el siglo de Augusto*, el *de Alejandro;* en tiempos posteriores se ha dicho el siglo *de los Médicis*, el *de Luis XIV*, el *de Pío IX*. No acostumbra la Historia decir el siglo *de Napoleón*, sin duda porque á este gran Capitán le tocó vivir entre dos siglos, con un estribo en el XVIII y otro en el XIX, y su gloria se eclipsó antes de terminar la segunda década del último. Esta posición de equitador en dos caballos, muy poco académica, despierta la idea del famoso coloso de Rodas; y, en efecto, Napoleón I lo era, aunque no físicamente, pues parece que tiraba más á pigmeo que á

coloso, y su estatura no excedía sino en dos pulgadas á la de Mr. Thiers.

Me preguntaba usted si, en mi concepto, el primer Napoleón había hecho más bienes que males; yo le dije á usted que eso no me lo preguntara á mí, sino á alguno de los partidarios del principio de utilidad, que son los que tienen la receta para hacer esa especie de balances; pero que el bien que hizo á la Francia, echándole el bozal á la gran revolución de 93, y sujetándola, fué incalculable. Cuando apareció este pequeño gigante, encontró á la Francia como escuela sin maestro: un rapaz se había apoderado de la férula, otro de la campanilla, éste de los anteojos, aquél del gorro; en el cuadro ó tablero que servía para las operaciones de aritmética se habían pintado figuras grotescas, de largas narices y orejas de burro, y letreros anónimos, y todo era confusión y algazara; pero se presentó el monitor Bonaparte, y su presencia y su genio restablecieron el orden como por encanto.

Por lo demás, en cuanto á sangre derramada, no había que cobrarse hechuras entre los dos sastres, pues si la una la vertió á torrentes en las calles de París, el otro la prodigó en los campos de batalla, y empapó con ella la Europa. Pero los colombianos no debemos hablar de esto.

Dejando la digresión, contraigámonos á nuestro país, que poco ó nada ha tenido que ver con aquellos vetustos siglos de Pericles y Augusto. La América, recién nacida, si no para la geología y la etnología, á lo menos para la historia, la geografía, la navegación y el comercio, ha tenido sus cuatro siglos, más ó menos, desde que fué descubierta, si se compensa lo que le falta del presente con lo que le sobra del XV, en que Colón avistó las costas del continente. Y estos cuatro siglos tienen marcadas diferencias, aunque son todos hermanos legítimos y han conservado el aire de familia, variando sólo en

ciertos rasgos y facciones que hacen diferir sus fisonomías. El primero, de descubrimientos y conquista, y, en parte, de colonización. Fundáronse entonces pueblos que hoy son ciudades, y ciudades que hoy son pueblos, ó villorrios, ó ruinas. Abriéronse sendas ó trochas en varias direcciones, muchas de las cuales son las mismas que hoy tenemos, como testimonio de nuestro amor á las antigüedades; pero es el caso que hemos adoptado el sistema de conservar lo viejo malo y destruír lo viejo bueno. Este siglo fué de capitanes y encomenderos, de siervos y señores casi feudales, de expediciones atrevidas y costosas, de Presidentes y matones. El segundo fué de incubación, ó más bien gestación, de un nuevo régimen y desarrollo de los gérmenes contemporáneos de civilización por medio de las misiones, fundaciones y reducciones de indios, en que la difusión de la ley evangélica hizo tántos progresos y tántos beneficios; en él se abrieron nuevas vías de comunicación, entre ellas la que atravesaba toda la Cordillera central y daba franco paso para el Sur, de la cual no queda sino la noticia; en él la instrucción y amor al estudio tuvieron días felices con la fundación y establecimiento de colegios y escuelas; se explotaron nuevas y ricas minas, se abrieron puertos al comercio interior y exterior, y se multiplicaron en nuestros inmensos llanos y riberas de caudalosos ríos las agrupaciones de catecúmenos de la civilización y de la religión. El tercero siguió el mismo rumbo, y fué de relativos adelantamientos en la instrucción, mejoras materiales y obras de progreso, como calzadas, puentes, imprenta, minas etc.; en él se vieron gobiernos moderados y paternales, costumbres suaves, sociedades cultas y leyes benéficas. Finalmente, el cuarto, que está ya tocando á su fin, lo ha sido de brega continua y batallas sin cuento, desde su principio hasta el momento presente, ya en

lucha con la madre patria, lidiando por la Independencia, ya en guerras domésticas y fratricidas, en que cada uno de los partidos en que ha estado dividido el país, desde el tiempo de *pateadores* y *carracos*, ha pretendido plantear sus respectivas ideas y constituír el país á su modo, ensayando doctrinas, empíricas unas, utópicas otras, sólidas y positivas pocas.

Curioso sería compararlos entre sí, y poner de relieve todas esas diferencias en sus varios aspectos político, social, religioso, industrial, literario y científico; pero el desarrollo de ese plan exigiría escribir uno ó más volúmenes, siquiera sólo se tratase de un estudio somero y sintético. Por fortuna esa es la tarea que virtualmente han desempeñado en sus historias aquellos de nuestros compatriotas que se han dado á investigaciones de este género, y basta leer sus obras para hacer tales comparaciones.

¡Cuánto más difícil empeño sería éste en breves apuntamientos heterogéneos, que tienen más de *humorísticos*—género que es muy del gusto de usted—que de serios, filosóficos ó históricos! He ofrecido á usted tocar solamente algunos de los puntos capitales en la materia, contrayéndome principalmente al siglo último, en que la vida política y social de la Colonia era ya más seria y digna, y en que se hicieron sentir en ella los ecos de acontecimientos trascendentales en el antiguo mundo.

Espiraba el siglo XVII y con él la dominación de la dinastía austriaca en España, inaugurada después de la muerte de la gran Reina Isabel. Carlos II, último monarca de esa dinastía, que hizo no pocos bienes y no pocos males á la España, murió al alborear el siglo siguiente, instituyendo por su heredero un Príncipe de la Casa de Borbón, por un modo nuevo y extraño, como fué por testamento, no por abdicación, ni porque hubiese

derecho reconocido de sucesión en el nuevo Príncipe; de manera que el testador no habría podido decir con verdad: "Ni quito Rey, ni pongo Rey," porque, si no lo quitó, sí lo puso.

Felipe V, Príncipe francés, estrenó el nuevo siglo —y por ése y por otros motivos lo menciono aquí—y lo estrenó ruidosamente, pues llegado á España en 1701, y apenas posesionado de su rica é inesperada herencia, se vió envuelto en una larga guerra promovida y atizada por príncipes extranjeros.

Sin embargo, desde los vivaques y campamentos gobernaba sus dominios de América, y en medio de la confusión y desorden que reinaba en toda la Monarquía, no descuidaba atender á los intereses lejanos de sus Colonias. El Nuevo Reino de Granada era gobernado entonces por Presidentes, y el primero que nombró Felipe fué D. Diego Córdoba Lasso de la Vega,—de quien descendía probablemente la ya extinguida y desgraciada familia bogotana de este mismo apellido. A éste siguieron, á cortos períodos, otros varios cuyos nombres registra la historia sin mención honorable, pues nada hicieron por donde ganasen fama y gloria. Pero entre esa serie de Magistrados es muy de notarse, como única excepción, el Arzobispo D. Fray Francisco Rincón, que gobernó con acierto desde 1715 hasta 1718. El báculo y la mitra de este buen Prelado lo hicieron mejor que la espada y el bastón de los legos mandatarios, que durmieron en las sombras de la muerte civil. Durante el tiempo de su edilidad se emprendió y llevó á cabo, entre otras cosas, la difícil reducción de los indómitos indios goajiros, que tánto dieron que hacer durante largos años, sin esperanza de llegar á buen resultado; y esta reducción se hizo por medios suaves y humanos, de acuerdo con el Obispo de Santa-Marta, D. Antonio

Monroy, quien entró personalmente, como misionero, á las tierras de los salvajes, con no poco fruto de aquellas reacias tribus, y con no pocos peligros y penalidades.

Este Prelado influyó, además, eficazmente en apaciguar los disturbios y eternas luchas que había entre la Audiencia de Panamá y el Gobernador, y con los informes que luégo dió, con un extenso y razonado estudio sobre la historia y causas de tales disturbios, la Corte resolvió suprimir la Audiencia, que era en el Istmo una entidad exótica y estorbosa, y destituír al Gobernador, con lo cual se restableció la paz y el orden en aquella sección del territorio, que desde tiempos atrás, y en todos tiempos, ha sido el hijo de más esperanzas para la Patria, pero también el que más le ha dado que hacer y más le ha consumido. Parece que al fin se sacará de él algo bueno; pero las gentes supersticiosas no hallan favorables los augurios para la apertura del Canal, por aquello que suele decirse: "no separe el hombre lo que Dios ha unido."

El Arzobispo Rincón, cuyo nombre, aunque envuelto y oscurecido entre los de la caterva de mandarines de aquella época, ocupará siempre una página honrosa en la historia de la Colonia y en los anales de su Iglesia, como Magistrado activo y progresista, y como sacerdote ilustrado y virtuoso.

II

Antes de pasar adelante—y antes de que se me olvide—voy á hablar á usted, no sin segunda intención, de un asunto que, aunque á primera vista parece de poca significación, su carácter de actualidad le da cierto interés, á lo menos para los botánicos y médicos, y también para la humanidad doliente. Hoy se habla por todas

partes, y ha llegado á ser el tema de moda, de una sustancia recientemente beneficiada en los laboratorios europeos, llamada *cocaína*, la cual se estima como el más poderoso anestésico conocido. Es el principio activo de una planta que usted conoce muy bien, y aun creo que suele hacer uso de ella en infusión, cuyo nombre técnico ignoro—ni él hace al caso, pero vulgarmente se llama coca, —de agradable sabor y de propiedades medicinales. Y como acerca de la *cocaína* están divididas las personas de la profesión, sosteniendo unas que es una sustancia inocente, y otras que no lo es, sino antes perjudicial en el uso que de ella se hace para la práctica de ciertas operaciones quirúrgicas, á manera del cloroformo, cuyo descrédito es ya general, por los mil casos desgraciados que ha producido; suspendo mi juicio y hago caso omiso de las relaciones que he oído acerca de los efectos de la *cocaína* en varias personas, y de los accesos—por fortuna pasajeros—de perfecta locura que han ocurrido en esta ciudad.

No soy competente para tratar de esta materia, ni me expondré á hacer experimentos cuando llegue el caso, para decir que hablo con conocimiento de causa. Y así, dejando á un lado el célebre anestésico, me atrevo á aconsejar á usted que imite mi ejemplo, y no se deje *cocainizar*, ni aun para la extracción de muelas, si bien la bella y perfecta dentadura de usted no inspira temores de que haya necesidad de recurrir á él.

Pero sí diré á usted algo de la coca, por lo mismo que le gusta, y en ocasiones la sustitye usted al té y al cidrón. Esta era la planta ó hierba sagrada de los antiguos peruanos, y la quemaban sobre sus altares en los sacrificios que hacían al sol. Los Incas la usaban mucho, atribuyéndole propiedades benéficas. Creo que no será desagradable para usted que copie aquí algunos párrafos

de lo que sobre la coca y sobre la prohibición de emplear á los naturales de América en su cultivo, trae un antiguo libro, tan escaso como interesante, la *Política Indiana*, que publicó D. Juan Solórzano Pereira en Madrid, en 1703, el cual es una prolija y erudita historia de todo lo concerniente al gobierno de las Colonias españolas en América, y laboriosísima compilación de las mil providencias que en los muchos y complicados ramos de la administración dictó aquel Gobierno desde el tiempo de la conquista.

Habla primero de la costumbre autorizada de servirse de los indios para los trabajos agrícolas, y luégo toca la cuestión de si debe hacerse lo mismo para la plantación, cosecha y beneficio "de una hierba que se produce en los Andes del Perú y otros puntos, llamada *coca*, cuyas hojas—agrega—estiman y apetecen tanto los indios que, no sólo las comen, sino que supersticiosa y bárbaramente las veneran, teniendo para sí que en ellas hay alguna virtud sobrenatural y divina. Y así abusan de ella para mil cosas, y con una que retengan masticada en la boca, les parece que reciben nuevas fuerzas para el trabajo. Y ahora sea verdad, ahora la imaginación haga caso, la experiencia descubre que se alientan con ellas y sufren por mucho tiempo el hambre y la sed; y que, por el contrario, desfallecen cuando les faltan."

"Por lo cual sus antiguos Reyes, que llamaron *Incas*, apreciaban mucho y tenían en particular deleite esta coca, vedando su uso á la gente plebeya, y mezclándola y quemándola en los sacrificios que hacían á sus ídolos, y aun solía servir de moneda á los indios."

Refiriéndose á otros autores que hablan de las maravillosas virtudes y propiedades de varias hierbas, árboles y piedras, pregunta si ésto pertenece á la magia natural, tales son los efectos varios y extraños que producen,

muchos de ellos, no sólo en la parte física del hombre, sino también en la parte moral, que es lo que se asegura de la *cocaína.*

Agrega Solórzano que la coca " era tan codiciada antiguamente de los indios, que los españoles hallaban crecida ganancia en sembrarla y beneficiarla para vendérsela, pues en sólo Potosí les sacaban por sus rescates más de medio millón de pesos de plata todos los años, según testimonio del Padre Acosta y de Matienzo, por lo cual solicitaban con empeño el trabajo de los indios. Por esto se expidieron varias cédulas reales, prohibiendo el trabajo, aun voluntario, de los indios en tales labores, cuanto más que éstas no eran en beneficio público sino negocio de particulares, que en ello hacían grandes ganancias, á costa del sudor de los naturales."

La primera cédula que cita Solórzano es de fines de 1596 (posteriormente se dieron otras hasta principios del siglo de que estamos tratando), y en ella se habla de hechicerías, prácticas idolátricas é ilusiones del demonio; pero á lo menos había un fundamento racional, entre otros varios, para tal prohibición, y era que la coca generalmente se cultivaba en terrenos húmedos, cálidos y malsanos, donde perecían multitud de indios, ó salían de allí enfermos é inútiles.

No hay entre nosotros quien no haya visto y probado la coca, y aun hoy la usan algunas personas como bebida tónica y estimulante, á más de agradable, aunque ocasionada á afecciones nerviosas, sustituyéndola al té, que no siempre se obtiene bueno en el comercio. Nuestros cargueros de las montañas, especialmente en el Sur, usan de ella casi de la misma manera que se ha dicho, echándose unas hojas secas en la boca, juntamente con un puñado de polvos de cal, hechos, según dicen, de ciertos caracolillos molidos, y con esto tienen suficiente

fuerza, sin necesitar de otro alimento durante días enteros. En esto no puede haber ilusión ni engaño, pues es un hecho de que han sido testigos multitud de personas. Así, pues, se ve que estas antiguas naciones de América, aunque parecían aisladas unas de otras en sus relaciones sociales y comerciales, tenían tradiciones comunes.

Mas como quiera que muchas de las que se llaman preocupaciones del vulgo, bien examinadas, tienen algún fundamento, y como los indios de América eran, ó son, prácticos conocedores de las propiedades y virtudes de varias plantas, tal vez desconocidas para la ciencia moderna, no hay que rechazar lo que las tradiciones indígenas nos aseguran, por más extraño que parezca. ¡ Cuántas de las que se creían paradojas, ó invenciones de la ignorancia y superstición, se han hallado por lo menos con un gran fondo de verdad, y se ha visto que son resultados de una larga experiencia y observación !

Es curioso ver que al cabo de tantos años la ciencia ha venido á descubrir las propiedades esenciales de nuestra coca, y no como quiera, sino confirmando en parte la influencia de su principio activo en la parte moral del hombre, aunque este misterio esté todavía oculto entre las nubes de la duda, por falta de datos precisos. De aquí ha nacido que esta planta, que llamaban *sagrada* los antiguos peruanos, aunque utilizada por los sabios en beneficio de la humanidad, no preste absoluta confianza en la forma de *cocaína*, y que muchos sostengan que no es tan innocua como sus panegiristas lo aseguran.

Sea lo que fuere, hoy se hace un gran comercio con esta planta, y cada día toma incremento, sosteniéndose á un precio muy alto.

III

Pero dejemos esta materia y hablemos de otra que lo es de actualidad, más seria, triste, melancólica...Una estrella acaba de apagarse. Usted y yo hemos acompañado hoy, á su última morada, los restos de una amiga que lo era de ambos. La espiritual, la amable poetisa Silveria Espinosa de Rendón acaba de morir dejando gran desolación al rededor suyo, y vacío lamentable en el mundo literario. Usted ha expresado su dolor con silenciosas lágrimas: justo es que yo la acompañe á usted tributando á tan cara memoria unas líneas, escritas más con el corazón que con la pluma. Acepten usted y ella este ligero recuerdo amistoso.

Después de lo que el señor Torres Caicedo dijo de esta compatriota nuéstra en un rasgo biográfico publicado en 1858, poco habría que agregar, ni en cuanto á la persona de tan distinguida escritora, ni en cuanto á su mérito moral y literario,—bien conocido y apreciado dentro y fuera de nuestro país,—salvo algunos pormenores secundarios, que usted conoce, como yo, y que sólo quiero recordarle.

La señora Espinosa de Rendón nació en Bogotá el año de 1815. Su padre, el señor D. Bruno Espinosa de los Monteros, sujeto respetable y de buena posición, fué uno de los más antiguos impresores de esta capital. Sus hijos han conservado hasta hoy esa imprenta en que han visto la luz varias obras útiles, y que ha tenido un mérito que muy pocas cuentan: el de que de sus prensas no haya salido jamás una sola publicación, ni una sola palabra que pudiera hacer el mal, ya á un individuo, ya á la sociedad, pues en eso fué siempre inflexible la honorable familia Espinosa.

Viuda en temprana edad nuestra amiga, casó en segundas nupcias, en 1848, y de ninguno de sus dos matrimonios tuvo hijos. Por consiguiente, libre de los cuidados de la familia y de multiplicadas atenciones domésticas, con los recursos suficientes para vivir cómodamente, y dotada de clara inteligencia y entusiasta corazón, pudo cultivar con desahogo, desde sus primeros años, las letras, y especialmente la poesía, satisfaciendo así una inclinación que era innata en ella.

Después de la época á que se contrae el escrito del señor Torres Caicedo hasta su muerte, conservó la frescura de una imaginación juvenil y el vigor de su pluma, más y más amaestrada con la experiencia y el estudio. En lo que publicó de 1858 para acá, se ve siempre la inspiración, la espontaneidad, la galanura y propiedad del lenguaje; y en todo ello campea la elevación de las ideas, el pensamiento profundo y la sensibilidad femenil, templada por un recto criterio y una sobria filosofía.

No es posible, ni me compete á mí, hacer un juicio, siquiera breve, de las principales de esas composiciones: todas las que yo pudiera citar, de las que han sido publicadas, las conoce usted perfectamente. Parece que ella deja no pocas manuscritas, que ojalá lo sean pronto en una colección completa.

Raro es, en verdad, cómo con tantas dotes, y en tales favorables circunstancias, y teniendo, además, una imprenta en su casa, nuestra poetisa no fué otra M.lle Scudery, que en el siglo pasado escribió volúmenes inmensos en prosa y verso! ¡Ya se ve, ésta vivió noventa y dos años! Aquélla, con la admirable facilidad que tenía para escribir, y sobre todo para versificar, no produjo, relativamente, sino escasas composiciones, á lo menos que se conozcan. Pero en esto, como en otras muchas cosas, lo que importa no es la cantidad sino la calidad. Sabemos

que ha habido quien gane fama de poeta con un solo soneto perfecto. La modestia de nuestra compatriota, tal vez cierta genial timidez, la propensión á huír del aura popular y de las alabanzas, hicieron callar más de una inspiración feliz, más de un rapto de entusiasmo; y la lira, siempre obediente, volvió á quedar colgada.

Dormía su numen á largos intervalos, pero despertaba en las ocasiones solemnes, al ruido de los grandes acontecimientos, de las tempestades políticas, de los huracanes revolucionarios, del hervor de las persecuciones. El amor profano no deslustró su plectro, ni su lira se vulgarizó con sentimentalismos románticos de mal gusto, que tan de moda han sido en este siglo en nuestras hojas periódicas llamadas literarias. Y es tanto más de admirar esta templanza y el no haberse contagiado de tal epidemia, cuanto que, habiendo enviudado segunda vez, cuando era todavía joven, su corazón quedó libre y su mérito le atraía no pocos admiradores.

Excusado es, por sabido, hablar de las virtudes de esta señora, ejemplo de su sexo en todos los estados de la vida. Una piedad ilustrada y digna,—como fundada en el *verdadero* conocimiento de nuestra Religión—y un casto pero ardiente amor á la poesía, hija del cielo, fueron los dos polos de su vida, y la órbita en que giraba esa alma candorosa y tierna. Obrera incansable y paciente de la viña del Señor, hizo todo el bien físico y moral que pudo con sus escritos, con sus palabras, con su caridad, con sus ejemplos todos.

Hasta los últimos días de su existencia, y en medio de agudísimos sufrimientos físicos, conservó inalterable esa tranquila dulzura que formaba el fondo de su carácter, y que se revelaba en su tierna mirada; esa apacible conversación en que cada palabra que se desprendía, ya con trabajo, de sus marchitos labios, se deslizaba sua-

vemente del oído al corazón de su interlocutor. No se amortiguaron tampoco su amor á las letras y su fortaleza moral, ni aun en los críticos momentos en que veía levantada ya sobre su cabeza la segur de la muerte. En la última semana de su vida, que se extinguía lentamente, estaba concluyendo un libro sobre educación, que deja como un legado á la juventud de su patria.

Pero al fin los plazos de la corta peregrinación terrenal son estrechos y fatales; para el llamamiento que tarde ó temprano se nos hace, no vale excusa, ni hay lugar á segundo apercibimiento. El de nuestra amiga llegó, y ella, resignada, devolvió su espíritu al que se lo había dado. Fué la muerte del justo.

La flor de otros días no existe ya, pero su aroma se percibe aún en los pétalos marchitos de su disuelta corola; aroma que es el recuerdo de una vida angelical, y escritos que no morirán mientras haya en el mundo amor á la poesía.

IV

¿Me permitirá usted, mi buena amiga, otro paréntesis en nuestra correspondencia? Dije mal: yo no tengo con usted sino aquella media correspondencia que decía cierto sujeto tener con Bolívar, porque él le escribía siempre y Bolívar nunca le contestaba.

Para hablar de nuestra amiga Dª Silveria Espinosa de Rendón, hicimos,—ó hice yo,—un alto que usted me agradeció, como era de suponerse, y que en nada podía perjudicar á mis familiares conversaciones misceláneas. Hoy voy á hacer otro, no menos triste, también en obsequio de la amistad, aunque á primera vista parezca extemporáneo.

Al escribir estas líneas recuerdo que pronto hará dos

meses dejó de existir una de las personas que más he estimado y la más digna del aprecio general de que disfrutaba en la sociedad. Nunca es tarde para hablar de los que ya no existen, para hacer un recuerdo, siquiera fugaz, de los amigos á quienes ya no volveremos á ver, y de quienes nos separa una valla insuperable, el abismo de la eternidad. ¿Qué es un mes, qué es un año en comparación de ésta?

Yo, amigo de hacer memoria por la prensa de todos los que, al abandonar este mundo, dejan en pos de sí una huella de simpatía ó de cariño, y especialmente de aquellos con quienes me han ligado gratas relaciones sociales ó amistosas, he guardado silencio durante algún tiempo, porque son tantos los que nos han dejado en el presente año, y tan pocos los periódicos que por las actuales circunstancias políticas se han publicado en Bogotá, que me he visto obligado á callar, con dolor de mi corazón. ¿Ni cómo hablar de unos y guardar silencio respecto de otros?

Se explica muy bien la excitación de la sensibilidad y del dolor en los primeros momentos de una desgracia. Si muere una persona estimable y generalmente querida, muchos de sus amigos se apresuran á tributarle esos elogios que el poeta Quevedo temía tanto; todos se lamentan, ponderan sus virtudes domésticas y sociales, sus bellas prendas de todo género, los pésames se multiplican .... Pero pasa un año y otro año, y diez años, y esas tristes impresiones, y esa imagen querida, se van desvaneciendo lentamente como las figuras que creemos ver formadas por las nubes al ponerse el sol, ó como las brumas que en las primeras horas de la mañana cubren los lagos y las faldas de las montañas. El sol ha salido, y nueva luz, nuevos objetos, nuevas escenas se van sucediendo á aquéllas. Un dolor como que viene á calmar

otro. Sólo las personas que formaban el círculo íntimo de familia como una cadena, conservan un melancólico recuerdo, que las acompaña, aunque de lejos, principalmente en las horas de soledad, en el silencio de la noche, en los días en que el ánimo está abatido sin saberse por qué. Para los esposos y los padres que han sabido amar, esa imagen siempre está en el horizonte de su vida á manera de la verde ramita que nació en el alero de la casa, y asoma siempre en la grieta, aunque ya marchita. El triste recuerdo renueva de vez en cuando una herida que nunca se cierra por completo hasta la muerte.

Dos meses va á hacer que miré por última vez en su lecho de tierra á Domingo, el amigo de mi juventud, mi compañero de trabajo durante largos años, mi colaborador espiritual en la prensa, mi amable conmilitón de otros tiempos, cuando la causa política de nuestras convicciones nos hizo soldados por algunos meses, profesión tan ajena de nuestro carácter y ocupaciones.

Dos meses há que le dí el último adiós á su cuerpo, pero no á su memoria, ni á su espíritu, que tengo siempre presente, y cuyo modo de ser me ha servido más de una vez de ejemplo y doctrinal en mis acciones y resoluciones.

Jamás tuve ocasión de saber si usted había tratado á Maldonado, y, si no fué así, lo siento sinceramente, pues de seguro usted lo habría contado en el número de sus mejores amigos, habría simpatizado con su carácter ingenuo, su igualdad inalterable, su habitual alegría casi infantil, su recto juicio y excelente corazón. Tan amable conjunto la habría encantado á usted, y su graciosidad oportuna, sobria y de buen gusto, la habría regocijado.

Muchos años estudié este bello tipo, y jamás hallé en él inconsecuencia ó doblez, jamás el disfraz hipócrita del

falso amigo: al través de su rostro, de su mirada, de sus movimientos se traslucía una alma candorosa, apasionada sin exageración por todo lo grande, y estimador del mérito verdadero. Atinado juez en todo lo que se relacionaba con la belleza de las artes, era él mismo artista aficionado de la mejor ley. La ópera, el drama, el concierto, la poesía, que también cultivaba, despertaban su entusiasmo aparentemente dormido, y era el concurrente asiduo de aquellos espectáculos.

De su lealtad y recto proceder, y de su probada experiencia en asuntos de Gobierno, dieron testimonio hombres muy notables en la administración pública, que le consultaron en más de una ocasión, y en circunstancias difíciles, sobre puntos delicados.

Jamás retrocedió un paso en el cumplimiento del deber, ni su benevolencia y cortesanía contemporizaron con lo que no creía justo y razonable, ó con exigencias indebidas. Creyente y religioso sin ostentación, vivió como cristiano sincero y murió como había vivido.

Maldonado era el ídolo de su interesante familia, que, como una corona de afectos, lo rodeaba.

Este es el breve boceto de un hombre que, si en los momentos de su muerte no me arrancó exclamaciones de dolor, cada día que pasa, su figura se abrillanta para mí, y crece su mérito con la ausencia.

Puesto que sus relaciones en la alta sociedad de esta capital eran gratas para todos, ¡cuánto no lo habrían sido para usted, apreciadora de los hombres cultos, honrados y espirituales! ¡Y cuánto no habría él celebrado cultivar la amistad de usted, fuente inagotable de satisfacciones puras y desinteresadas!

V

Hablaba á usted poco há de nuestra misteriosa planta americana, llamada coca (nuestros goajiros, que la usan mucho, la llaman *hayo*), y siento no poder añadir todas las interesantes noticias que sobre ella y sobre sus varias propiedades y aplicaciones he hallado recientemente — gracias á la fineza de mi amigo el distinguido botánico doctor Wenceslao Sandino Groot — en *El Porvenir*, periódico que se publicaba ne Quito en 1885. En una série de artículos que en él dió á luz el Reverendo Padre Luis Sodiro, Jesuíta alemán, se hallan curiosos pormenores que usted leería con gusto. Por ejemplo, dice que el Inca Manco Capac adoptó como una de sus divisas imperiales, la *chuspa* ó mochila en que los indios peruanos,— y hoy también los colombianos,—llevaban su hierba sagrada para mascarla. Me figuro que esta mochila en el escudo de armas del Inca sería algo como el gorro frigio que se ve en el nuéstro, ó como el nopal en el de México, ó la palma en el del Perú. Creían los indios que esta hierba era tan grata á la Divinidad, que las víctimas que se le ofrecían no lo eran, si no estaban rodeadas del humo de la coca, de la cual arrojaban al fuego cestillos llenos de sus hojas. Al mismo tiempo el sacerdote que presidía á dichas ceremonias debía estar mascándola. Otro tanto hacían los agoreros para consultar los oráculos, práctica que tenía alguna analogía con la de los griegos, cuyas Pitonisas se preparaban á dar sus respuestas, mascando las hojas del laurel.

En cuanto á sus propiedades, dice el mismo sabio Jesuíta que se la tiene en grande aprecio porque afianza y conserva la dentadura, promueve la traspiración, alivia las asmas, vigoriza el estómago, destruye las afecciones hipocondriacas é histéricas, y aun disminuye la obesidad;

y, aplicada exteriormente, cura los dolores reumáticos. Si esto fuera así, poco le faltaría para ser una panacea, como las que vemos anunciadas diariamente en todos los periódicos. Si usted tiene alguna amiga á quien le toquen estas generales, puede usted comunicárselo, y yo me tendré por dichoso en haber contribuído á su mejoría.

Pero basta lo dicho para mi propósito, que era hablar de la cocaína, y de sus efectos reales ó supuestos, y hacer ver que la coca ha sido objeto de estudio en los siglos pasados, y que los gobiernos mismos han legislado sobre ella, como asunto de grande importancia.

Además, me urge atender á una amable exigencia de usted, y me apresuro á hacerlo, dejando por ahora el siglo XVIII, y retrocediendo al XVI.

Habiendo estado usted en la Catedral el 6 de Agosto último, y visto los objetos de interés histórico que allí se exhiben ese día, desea usted saber algo sobre el Cristo llamado de *la Conquista*, y paso á hacerlo gustoso, hasta donde se extienden mis noticias sobre este asunto. Y no sólo sobre ese, sino sobre otros Cristos que pueden llamar su atención.

La interesante leyenda que el doctor Madiedo ha publicado recientemente en un periódico de esta capital sobre el famoso Cristo que dice la tradición fué fabricado milagrosamente para la iglesia de los Padres Dominicanos de Cartagena hace muchos años, me ha sugerido la idea de reunir en un pequeño grupo una breve noticia de los Cristos que existen en nuestro país, notables por alguna circunstancia particular, tales son, el Cristo llamado de la Conquista, el de la iglesia de Santo Domingo de Bogotá, el de Ubaté, el de Vásquez, el de Egipto y el de Martínez, ó sea de la Capilla del Sagrario, el de Buga, el de los agonizantes y otros.

¿Quién no ha visto alguna vez, especialmente en un 6 de Agosto, aniversario de la fundación de Bogotá, un lienzo antiguo, de hasta dos metros de altura, maltratado y desteñido por el tiempo, que se halla fijado en la parte posterior del altar mayor de la Catedral, y en que se ve toscamente pintada la imagen de Jesús crucificado, casi del tamaño natural? En aquella fecha se exhibe al público la histórica y, puede decirse, preciosa pintura que tantos recuerdos despierta y tantas impresiones produce, y sobre el mismo altar, ó en la capilla inmediata, se muestran los burdos y raídos ornamentos, y el cáliz de plomo con que se celebró la primera misa en estas alturas.

Establecidos los españoles en ellas, fijado el sitio para el cuartel general, distribuídos los solares para edificar casas, y en construcción ya la capilla pajiza, primer templo que se erigía al Dios verdadero en estas comarcas, sólo faltaba una imagen del Redentor que la inaugurase y santificase, puesto que los conquistadores eran todos católicos, y que la llamada *Reforma* religiosa apenas comenzaba á asomar las narices en Europa. Si todos ellos, ó la mayor parte, hubieran sido lo que hoy son los protestantes, no habrían necesitado de tal imagen, y habrían sido suficientes para su culto las desnudas paredes de *bahareque* de la capilla, y una improvisada *barbacoa* para subir á perorar ó á leer; pero los católicos necesitamos algo que nos hable al corazón, que presida nuestras augustas ceremonias, y que fije nuestra atención y nuestro espíritu, para tributar *adoración* al Dios Hombre, y *veneración* á las imágenes.

Los españoles no podían traer éstas, ni los elementos con que pintarlas, ni es probable que entre ellos vinieran pintores ni escultores. Cuando más uno que otro cristiano viejo y fiel creyente traería colgado al pe-

cho un pequeño crucifijo de cobre ó madera, que su esposa ó madre le pusieron al cuello al salir de su país. ¿Qué hacer, pues? La necesidad es madre de la industria: fué preciso improvisarlo todo, crearlo todo, bien ó mal. No sería aventurado pensar que el mismo Padre Las Casas, que los acompañaba, fué el aficionado pintor que lo ejecutó, ó que por lo menos se hizo bajo su dirección. Alguna manta de las que fabricaban y usaban los indios sirvió de mal preparado lienzo; las tierras ordinarias de indecisos colores, halladas en aquellos contornos, y molidas entre dos piedras, suplieron tal vez los que usan los pintores; ó bien se echó mano de la bija y otros colores vegetales con que los muiscas teñían sus mantas, ó se teñían á sí mismos; las cerdas arrancadas á algún caballo conquistador, ó los pelos de alguna piel de venado, ó de una fiera,— de las que adornaban las habitaciones de los indios,— servirían para hacer los pinceles; y un poco de *higuerilla* machacada suministraría el aceite necesario.

Con tan escasos y pobres elementos — me figuro — se emprendió esa obra de arte, que revela una mano inexperta, y falta absoluta de conocimientos en éste, pero que llenaba el objeto, y era probablemente más agradable á Dios que muchas de las obras maestras que adornan las basílicas y las galerías de cuadros, en que la vanidad y ostentación reinan al par del amor al arte.

Ya me figuro al buen Las Casas, con el hábito blanco de su orden — si era que se había conservado blanco, después de tal campaña y tantas aventuras — remangado hasta los codos, preparando y moliendo los colores, é improvisando un mal caballete de *chusques*, y al chapetón pintor, arrimando el arcabuz y delineando con vacilante mano la tosca imagen que no creyó él jamás viniese á figurar tan largo tiempo en nuestra historia, y que sus descendientes hasta la quinta generación habían de venerar.

Las aventuras que este lienzo bendito corriera durante más de dos siglos no han llegado á nuestro conocimiento; pero la fe y la piedad de nuestros mayores lograron conservarlo tal como está y sustraerlo á mayores injurias del tiempo y de los hombres.

Si no contemporáneo, por lo menos de una época posterior muy inmediata, es el grupo del Calvario que se veneraba en la destruída capilla del Humilladero, uno de los primeros edificios de teja que se construyeron en esta ciudad, y que reemplazó á la primitiva capilla pajiza. Ese grupo de Jesús con los dos Ladrones es original por su extrema fealdad ó infeliz ejecución, que acusa una mano nada artística. Tal piadosa afición sólo puede ser disculpable en aquellas circunstancias. Hoy se halla ese grupo colocado en la parte superior del altar mayor de la Tercera, donde sin duda lo habrá visto usted, haciendo contraste con la riquísima obra de talla de toda la iglesia — en la parte en que no ha sido dañada y desfigurada por la atrevida ignorancia.

Si el Convento de Domínicos de Cartagena tuvo, ó tiene, según el doctor Madiedo, su Cristo célebre, el de Bogotá ha tenido, no uno, sino dos, cada cual por diverso motivo: el de que voy á hablar, como objeto histórico, y el del pintor Vásquez, como obra de gran mérito artístico. Del primero dije ya algo en el PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO, número 25, correspondiente al mes de Agosto de 1882.

Al frente de la capilla pajiza que se construyó para la fundación de esta ciudad, y en que se celebró en aquel día por primera vez el Santo Sacrificio, leyendo el Evangelio de la *Transfiguración*, se levantó provisionalmente una gran cruz de madera sostenida con piedras y esta-

cas, la cual fué saludada por el ejército español y por los indios que estaban presentes, con toques de clarines, cornetas, *fotutos* y salvas de arcabuces. Ahora sabrá usted, si no lo sabe, que para erigir esa cruz improvisada y tosca se derribó un grande árbol que había en el centro de lo que debía ser la plaza ya demarcada. Parte del grueso tronco de ese árbol permaneció allí tirada durante mucho tiempo, como que al cabo no estorbaba para nada, y servía de asiento, y aun de ayunque para muchas manipulaciones, como cortar, aserrar, afilar etc. Pero al fin, después de algunos años, comenzaron á venir artistas de España, y entre ellos llegó un regular escultor que emprendió hacer imágenes para las capillas é iglesias que se iban fundando; y viendo aquel gran trozo de buena madera seca, lo pidió, y con él fabricó una imagen de Cristo que hoy se halla en la de Santo Domingo. Si entra usted á esa iglesia y se dirige á la capilla de Santa Juana, que está detrás del altar mayor, verá entre muchos trastos viejos que hizo amontonar allí la revolución de 1861— que no dejó sino escombros en todo el país,— un Calvario de relieve entero, cuyas tres figuras tendrán poco más de un metro de alto. Son todas bastante buenas, según el voto de inteligentes, especialmente el Cristo, que fué el que se formó con el tronco del árbol. Por lo menos esa obra, en su género, es infinitamente superior al Cristo que llaman *de la Conquista*, como se ve por el grabado que se da de esa mala pintura. Esta tradición la recogí de ancianos y respetables amigos que ya no existen, y que la recogieron á su turno de boca de sus antepasados, por lo cual no vacilo en darle crédito.

Cuando el Barón de Humboldt estaba en Bogotá, por los años de 1802, quiso visitar algunos de los principales templos, y ver los buenos cuadros que aún había en ellos,

las imágenes y sus ricas alhajas, y, en fin, todo lo más digno de atención. Habiendo sabido que en el de Santo Domingo había mucho de eso, pidió á los Padres le mostrasen la Virgen del Rosario, cuyas alhajas valían miles de pesos, por la gran cantidad de perlas finas, esmeraldas y otras piedras preciosas, y los Padres, con la fina urbanidad que los distinguía, lo condujeron al camarín de la Virgen, y le enseñaron lo que deseaba. Al bajar de allí fijó la vista en un lienzo que estaba cubriendo una alta ventana de la sacristía especial de la Virgen, y aunque no pudo distinguir qué cosa era, por la escasa luz y por el polvo que lo cubría, lo poco que alcanzó á columbrar le llamó la atención, y preguntó á su conductor qué cuadro era aquél. Este le dijo que era un cuadro viejo de los rezagados de la antigua iglesia, que se había arrinconado allí sin objeto determinado. El Barón pidió que se tomase la molestia de hacerlo bajar para examinarlo; al instante fué complacido, y después de sacudirle el polvo y limpiarlo, el Barón lo colocó en el punto de vista conveniente, y examinándolo á distancia, exclamó:

—¡Y es posible que esta pintura esté aquí abandonada, como cosa despreciable? Ustedes no saben lo que tienen: este cuadro es una obra de gran mérito, y cualquier inteligente daría por ella una fuerte suma.

Los Padres la examinaron con cuidado, y aunque legos (que no todos lo eran) conocieron su yerro, lo limpiaron muy bien, lo arreglaron y colocaron en la sacristía principal, en el punto conveniente, y allí permaneció durante muchos años, siendo la admiración de los aficionados. Era un Crucifijo, casi del tamaño natural, perfecto, no sólo por lo admirable del colorido, el dibujo, la expresión y deliciosa morbidez de las carnes, sino por la maestría que en la ciencia anatómica revelaba su autor, según opinión de un distinguido médico que conmigo fué á verlo.

Humboldt creyó al principio que sería obra de algún maestro europeo, pero al examinarlo, divisó al pie de la cruz la inscripción, que decía: *G. Vásquez fecit*—1698.— Se le informó que era un pintor nacional, y se le mostraron otros cuadros suyos que el ilustre viajero alabó.

La revolución de 1861 privó á nuestro país de esta joya, como de otras varias, y parece que el Cristo fué á establecerse en Europa. ¡Cuán cierto es que, á río revuelto....!

El señor Groot, en su *Historia Eclesiástica y Civil*, trae la del Cristo de Ubaté, cuya renovación, ó más bien, transformación, se reputa como milagrosa. Apoyado en documentos auténticos, y en las declaraciones jurídicas que en aquel tiempo se tomaron sobre el particular, dice que esa imagen de Cristo fué hecha para la iglesia del pueblo de Ubaté por un platero llamado Diego de Tapia, ignorante en la escultura, y que por haber quedado tan mal ejecutada, no mereció aprecio alguno, ni se le dió colocación particular, sino que, relegada á un rincón, estaba cubierta de polvo y telarañas.

Los Padres franciscanos, que servían ese curato, —agrega el señor Groot — conociendo las disposiciones de la Iglesia que mandan á los Prelados hagan quitar de los templos las imágenes imperfectas y deformes que no puedan inspirar veneración, estaban resueltos á destruírlo, cuando se empezó á notar que el rostro del Crucifijo se iba cambiando y haciéndose mejor. Fué tan notable esa transformación, qué ya se pensó en colocarlo en lugar más decente y propio. El fenómeno continuó, y á ojos vistas crecía el interés que inspiraba aquel rostro, antes deforme y extravagante, y ahora bello y atractivo. Se hablaba de hechos maravillosos experimentados por personas de buen juicio y dignas de toda fe, y las gentes

se apresuraban á rendir culto de veneración á la simpática imagen. Colocada ya con respeto en un camarín que al efecto se construyó en el altar mayor, se erigió una cofradía autorizada por la Silla Apostólica. Pero dado que no pudieran calificarse tales hechos de milagros, " se vió que el designio de la Providencia fué la extirpación de la idolatría, que aún se conservaba entre los indios de todo aquel partido, porque el hecho es que con la gran devoción que aquélla produjo, todas las prácticas idolátricas desaparecieron enteramente de entre ellos; y éste es uno de los caracteres que deben tener los verdaderos milagros."

" Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el ojo artístico encuentra un verdadero prodigio al observar de cerca aquella imagen del Crucificado. No era necesario que dijese la historia," — continúa el señor Groot,— "que el que la hizo no era inteligente en el arte de la escultura: la obra del cuerpo lo está diciendo; no hay inteligencia en la anatomía, y por donde quiera se advierte la impericia de la mano que trabajó aquella obra. Pero si se quita la vista del cuerpo y se pone en el rostro, se queda uno pasmado. Esa cabeza, no es sólo buena, sino que es divina. ¡Qué expresión aquélla! Es la muerte misma. Parece que acaba de inclinarse exhalando el último aliento. En la boca abierta se ve, se siente la impresión del amargo de la hiel; los ojos, también abiertos, pero muertos. Se ven en aquella fisonomía el pervigilio de una noche cruel, y las impresiones de una alma atormentada. Mas por entre esas huellas del dolor humano se descubre la majestad del paciente, la divinidad de un Dios. Parece que no pudiera darse una imagen más exacta de Jesús muerto en el tormento de la Cruz. Seguramente no podrá presentarse objeto más á propósito para meditar y orar con todo el corazón. Una mirada

sobre ese rostro vale más que un discurso entero sobre las agonías del Calvario. Observándolo de cerca hemos discurrido como Rousseau sobre el Evangelio, y nos hemos dicho: ¿es esto un milagro, ó es obra del mismo que hizo el cuerpo? Pues, si es obra del que hizo el cuerpo, el milagro se ha hecho por mano de ese hombre."

Yo he participado también de las impresiones del señor Groot, porque he subido al camarín de la iglesia de Ubaté, y he contemplado un buen espacio aquella cabeza sublime que coronaba un cuerpo deforme. No hay exageración en lo que él dice, y en presencia de esa estatua, no es posible dejar de detenerse algún tiempo para meditar con ternura y con respeto.

Lo que se ha dicho de esta estatua, en cuanto á belleza y sublimidad de expresión, puede aplicarse al Cristo fabricado hace pocos años por nuestro distinguido y casi único escultor inteligente, señor Bernabé Martínez, para la Capilla del Sagrario, donde se reune la congregación titulada *Escuela de Cristo;* sólo que la perfección de la obra no se limita al busto, sino que domina en toda ella con una exactitud de formas, de articulaciones y musculación, que muy intolerante ha de ser quien al examinarla cuidadosamente le halle algún defecto notable. El rostro, sobre todo, es admirable: la expresión de dolor, de tristeza y de resignación, pero al mismo tiempo de majestad y grandeza, demuestran una verdadera y feliz inspiración del artista. Es profunda la impresión general que deja esta inimitable escultura.

Una objeción muy secundaria, que no afecta al escultor ni á la obra, es que el *Inri* que se ha puesto en la parte superior de la cruz está pintado con grandes caracteres modernos de imprenta de los que se usan en los avisos de teatro y otros. Es repugnante tal anacronismo.

In illo tempore no había de esos caracteres. Se sabe que Pilato mismo escribió el burlesco título de JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS, en las tres lenguas, hebrea, griega y latina, y las iniciales de estas cuatro palabras han venido á formar una sola. ¿Pero en qué caracteres lo escribió? A lo menos para la parte latina no serían muy elegantes. Pilato — al fin, como hombre de alta posición — no sabría escribir muy bien, y luégo la letra inglesa ó española no se conocían todavía, y mucho menos la moderna de imprenta.

De desearse es, en obsequio de la verdad y del buen gusto, que se cambie esa inscripción de esquina por otra más propia.

El señor Martínez, persona humilde, modestísima, casi lastimosa en su apariencia, en sus costumbres, en su manera de vivir, es un grande artista, y su genio no se revela sino por sus obras, especialmente por ese famoso Cristo. Pertenece á una familia toda de artistas, por desgracia ya casi extinguida. Vive en una casucha en las afueras de la ciudad, y allí se le ve, como los antiguos anacoretas, rodeado de los instrumentos y materiales para su trabajo, con el cual, sin duda, alternan las prácticas de un hombre sinceramente piadoso.

Al llegar á la historia del *Cristo de Egipto*, tendrá usted, mi señora, que santiguarse algunas veces, porque la escena que voy á referirle tiene algo de diabólica.

No há muchos años que en la romántica capilla de este nombre, que domina la ciudad por el Oriente, y que Bolívar, cuando vino la primera vez á Bogotá, juzgó ser una fortaleza, por su caprichosa pero elegante construcción, se veía en la nave de la derecha, al entrar, un cuadro no muy antiguo que representaba un Santo Cristo, de tamaño rebajado del natural. La pintura se conser-

vaba en buen estado, pero la figura del Cristo era de un aspecto repugnante : el pintor había recargado el pincel de sepia, ocre y otros colores oscuros para las sombras; el dibujo era pésimo, la actitud estrafalaria, y la cruz torcida; todo lo cual revelaba una mano muy poco diestra en el arte, y muy poco digna de ocuparse en un asunto tan santo. Pero lo más singular era que aun no estaba concluído, sino como bosquejado de prisa.

Fijándose un poco más, se veían en segundo término dos figuras espantosas, que huían y volvían la cabeza para mirar la imagen de Cristo. Estaban desnudas y tenían cuernecillos en la frente, y los demás adornos extravagantes con que los pintores adocenados suelen representar á Satanás, y que el vulgo cree á pie juntillas ser sus distintivos. Además, el principal de estos sujetos iba arrastrando una capa colorada. Yo había visto muchas veces este cuadro, cuando por el tiempo de las alegres misas de aguinaldo, subía, en las frescas mañanas de Diciembre, hasta la humilde capilla para contemplar, recostado sobre las murallas de piedra del atrio ó plazoleta que la circunda, el encantador é inmenso panorama que se desarrollaba á mis pies, y todavía más allá, asentado sobre la gran cordillera, el nevado Tolima; pero nunca me había ocurrido informarme sobre el origen ó historia de esa que á mí me parecía detestable pintura.

Una tarde había subido solo por allí para contemplar el mismo imponente espectáculo, pero con diferente luz: la del sol poniente; y porque desde mi infancia me gustaba oír el vibrante tañido de las campanas de la capilla á las seis de la tarde. Había entrado en ésta, y estaba contemplando algunos de los bellos cuadritos que adornaban el presbiterio, que por la mala colocación que tenían respecto á la altura y la luz, no se podía juzgar quién

fuese su autor. Contemplaba también un cuadro de grandes dimensiones, que, según los inteligentes, es obra de un hermano de nuestro Vásquez, también pintor, aunque muy inferior á él, no obstante que su estilo es el mismo, cuando oí una voz que me decía dulcemente:—"Caballero, va á cerrarse." Volví la cara y me hallé con el sacristán, á quien ya reclamaban en la casa contigua el chocolate y el rosario. Me ocurrió entonces salir de la curiosidad preguntándole lo que deseaba saber, y él, bondadosamente, mientras echaba el cerrojo y la llave, me dijo:—Le informaré á usted lo que sé por tradición de una mujer muy anciana, quien lo oía referir en su casa siendo niña.

Había por aquí cerca, calle de la Candelaria, un pintor de no gran fama, aunque sí la tenía de gran jugador y jurador. Una noche que se hallaba en compañía de otros tahures jugando lo que tenía y lo que no tenía, blasfemaba y juraba por hallarse perdidoso, aunque, la verdad sea dicha, en el fondo era un hombre de fe y cristiano viejo, y cuando llamaba al diablo no era para que se lo llevase, sino para que le ayudase á salir del aprieto, como el viejo aquél de la leña, que nos cuenta la fábula. Después de un gran juramento, se santiguaba devotamente, y se quedaba un tanto tranquilo.

Esa noche, cuando más embebecido y abstraído en el *paro pinta* vomitaba blasfemias, sintió que le tocaban el hombro, y oyó una voz que le decía al oído, tuteándolo:—No tengas cuidado, yo te daré todo el dinero que necesites, y no te exijo más que una cosa.—Cuál? preguntó sorprendido de la propuesta, y mucho más de la fisonomía extraña y temerosa del desconocido.—Mañana te la diré, contestó. Aguárdame en tu casa por la noche. Y desapareció.

Pensativo, y aun atemorizado, quedó el pintor, y re-

tirándose fué á encomendarse á Dios. Desvelado toda la noche, revolvía en su cabeza quién podía ser aquel amigo á quien no conocía ni había visto jamás. Al día siguiente oyó misa muy temprano, se puso al trabajo, y por la noche, en vez de ir al garito, rezó el rosario.

Sospechaba con razón que el lance no podía ser sino obra de Satanás, y así se preparó para resistirle, ideando un chasco para el enemigo malo, como lo va usted á ver. Preparó un lienzo, caballete, pinceles, paleta, colores y todos los adminículos del pintor, y se puso en guardia con su rosario.

Acudió puntual á la cita el incógnito protector, pues al toque de la queda en la vecina iglesia de la Candelaria, se presentó de repente en el obrador del artista, y le dijo:

—Vengo á cumplir mi palabra, y á que me cumplas la tuya.

—Muy bien! veámos cuál es tu propuesta, dijo, disimulando su terror.

—Te daré todo el dinero que necesites, y en cambio tú me darás....

—Qué cosa!

—Tu alma!....

—No me había engañado: tú eres un espíritu infernal... desgraciado!

—Cuando yo vivía en el mundo era pintor, como tú Por eso he querido protegerte y llevarte conmigo. Tú me ayudarás á conquistar la parte del género humano que me ha tocado en suerte.

En medio del sobrecogimiento y espanto que se apoderó de nuestro hombre, se alegró al saber que tenía que habérselas con un cofrade, y al ver que la suerte venía á ayudarle en su proyecto. Después de largo rato de meditación dijo el cuitado jugador:

—Una condición te pongo para negociar contigo, y si me la concedes, soy tuyo.

—Cuál?

—Que, puesto que eres, ó has sido de mi profesión, me pintes en este lienzo un crucifijo, que he hecho voto de regalar á la capilla de Egipto, y siendo de tu mano, tendrá mucho mayor mérito.

El espíritu infernal dió un rugido sordo y vaciló también largo rato; pero, á trueque de conquistar un alma, ¿qué no son capaces de hacer estos caballeros?

—Convenido, dijo al fin, y tomando la paleta y los pinceles, mientras su neófito rezaba en voz baja, pintó en cinco minutos aquella malaventurada imagen que he dicho; pero al detenerse para mirarla con atención, dió un salto hacia atrás, y tirando los pinceles y la paleta, con horribles aullidos se precipitó fuera de la casa, dejándola toda impregnada de un olor pestilencial. Al propio tiempo exclamaba el pobre pintor, entre regocijado y tembloroso: — "Cristo reina, Cristo manda, Cristo sea con nosotros."

El lance fué apuradillo, pero á lo menos produjo saludable fruto, pues el pintor se curó completamente de la pasión del juego y del prurito de blasfemar, y es fama que llevó en adelante una vida ejemplar.

Regaló, en efecto, el cuadro diabólico á esta capilla, como un trofeo glorioso; pero antes quiso completarlo y pintar él mismo la escena que había pasado con el diablo en su casa. Tomó los pinceles, no sin santiguarse antes tres veces, y en el mismo lienzo, que ya había rociado con agua bendita, pintó á Satanás huyendo despavorido al mirar su propia obra, y dejando la capa de grana con que se le presentó la primera vez; moda que estaba entonces muy en boga entre los grandes señores, y que duró hasta principios del presente siglo.

Dije al principio que no há muchos años se veía todavía el cuadro en la capilla, y así es la verdad: aun viven muchas personas de mi tiempo que lo vieron repetidas veces. Pero el señor Arzobispo Mosquera, en la visita que hizo á esa iglesia, informado de la tradición que me refirió el sacristán, mandó que inmediatamente fuese quitado y quemado. ¡Santa providencia que condenaba, así la superstición abominable de los ignorantes, como la mala pintura de un chapucero!

Una tradición antigua, cuyo fundamento no he podido averiguar, es la de que el bellísimo Cristo de marfil que está en la sacristía de la iglesia de la Veracruz, perteneció al gran San Francisco de Borja. Se dice que de éste pasó á su nieto D. Juan de Borja, Presidente del Nuevo Reino, á principios del siglo XVII, quien sin duda lo trajo á América, como alhaja de familia, y sobre todo, de persona tan ilustre como el Duque de Gandía. Aunque no de grandes dimensiones, la obra parece ser de un mérito no común. Sólo conozco un trabajo de este género, que puede serle superior, y es el que posee mi amigo y distinguido anticuario D. Gonzalo Ramos Ruiz, que indudablemente es obra de algún grande y antiguo escultor europeo.

Bogotá debía poseer otra preciosa obra de escultura: el Cristo que venía, no sé en qué año, para la iglesia de Agustinos calzados, quienes lo habían encargado á Europa, á tiempo que de Lima se había encargado también una estatua de Jesús Nazareno. Una y otra imágenes existían casualmente en Londres, de donde salían diariamente desterrados, en los primeros años del furor de la *Reforma*, todos los objetos que servían para el culto católico. Fueron éstas puestas en almoneda—como

bienes de manos muertas,—y los respectivos recomendados las remataron, y se pusieron de acuerdo para enviarlas á América. Pero al tiempo de empacarlas ó embarcarlas hubo algún cambio involuntario, y cada imagen tomó camino diferente del que debía, viniendo á Santafé el Jesús Nazareno, y marchando á Lima el Santo Cristo.

Agrégase á esta historia que de Lima se reclamó el Jezús Nazareno, ofreciendo enviar el Cristo; pero que nuestros Agustinos se denegaron á hacer el cambio, diciendo que, si de allá querían enviar el Cristo, ofrecían hacer todos los costos de conducción, pero que el Nazareno no salía de aquí. Allá tuvieron que conformarse con esta resolución, que al fin, todo se quedaba en casa y era una misma cosa.

Usted, mi señora, ha podido admirar más de una vez la belleza de esa estatua que tanta veneración inspira.

A propósito, otra de las desterradas de Londres, en la misma época, fué la imagen de la Concepción que se venera en la iglesia de San Francisco, la cual, además de las injurias que recibió de la Reforma inglesa, vino á sufrir aquí la de las reformas colombianas, pues no há muchos años fué barnizada ó embadurnada de blanco, sin duda para que estuviese de moda.

He oído hablar de un famoso Cristo que hay en la ciudad de Buga, en el Cauca, pero no tengo noticia del motivo de su celebridad. Si algún día la obtengo me apresuraré á comunicarla á usted para complementar esta relación. Sólo sé que hay entre el vulgo una especie de refrán que dice: "De Buga el Cristo y de Chiquinquirá la Virgen." No seré yo tan poco galante que acepte palabras tan ofensivas para los hijos de una y otra ciudad, entre los cuales hay sujetos de alto mérito y dignos de toda estimación.

VI

Esta es la ocasión de tratar de un asunto que parece debiera reservarse para cuando llegásemos al promedio del siglo aquél que nos ocupa: asunto en que, si hasta ahora había para mí una duda histórica, hoy está despejado y claro, á mi entender, si no hay quien con mejor crítica y más seguros datos contradiga mi opinión. Es la cuestión imprenta. ¿No le parece á usted que la introducción de ésta en cualquier país ha sido siempre un acontecimiento trascendental, de mayor importancia aún que lo ha sido en los tiempos modernos la inauguración de un primer ferrocarril, telégrafo ó buque de vapor?—El ha marcado siempre una éra de progreso, y, á manera de gran piedra miliaria, ha señalado en el mundo la más gloriosa etapa en el camino de la civilización.

Averiguar, pues, la época precisa de este acontecimiento en nuestro país es una cuestión de algo más que de mera curiosidad, y relacionado con ella es lo que voy á decir para satisfacer el deseo de usted sobre este punto; bien entendido que me refiero únicamente á Bogotá, porque no he podido obtener todavía datos exactos acerca de los demás centros importantes de la República. Pero ya tendré el placer de comunicar á usted los que obtenga.

Los países de que tenemos noticia se introdujera esta mejora fueron: México, donde, al decir de José María Vergara, se implantó en 1500; el Perú, donde lo fué en 1680; Buenos-Aires en 1800, y Chile en 1820, según lo habrá visto usted en la *Historia de la literatura en la Nueva Granada.* De los otros países de América no se tiene por acá noticia cierta. Respecto del nuéstro,

han convenido generalmente, aunque sin afirmarlo, nuestros historiadores, en fijar esta época hacia los años de 1730–40, pero siguiendo los unos á los otros; y, sin hacer nuevas investigaciones, se han contentado con un cálculo conjetural. Sin embargo, puede dudarse, no sólo de la exactitud de esta última fecha, sino también de las anteriormente citadas; y aunque yo respeto, como el que más, la autoridad de Vergara, no es aventurado pensar que haya habido errores de imprenta que han pasado inadvertidos, á lo menos respecto de México, Perú y Chile. Sabido es que la conquista de la Nueva España no tuvo lugar sino muy entrado ya el siglo XVI (1519), y no es de suponerse que cuando los españoles se ocupaban sólo en descubrir, y luégo en batallar, pensasen en establecer imprentas en los países recién conquistados. Así, cuando más temprano, pudiera fijarse la introducción de la imprenta en México hacia mediados de aquel siglo.

Sin embargo, siempre se ha considerado á México como el primer país de América donde se conoció la imprenta. Una Revista europea del año de 1864 nos suministra un dato curioso sobre este punto. "En un libro—dice—titulado *Biblioteca Mexicana*, escrito por J. J. Eguiara, consta que su introducción fué debida al celo é ilustración de su primer Virrey D. Antonio de Mendoza, que llegó á México en 1535. Sin embargo, la obra más antigua publicada en dicha capital, de que hay noticia, fué un tomo en folio, impreso por Joannes Paulus en 1549, intitulado (con perdón de usted), *Ordinationes Legumque colectiones pro conventu juridico Mexicano.* El escritor español González ha querido asentar que se practicaba ya el arte en México en 1532, pero se ha probado lo erróneo de este aserto."

Respecto del Perú, es evidente el error de Vergara,

ó si no de él, á lo menos del impresor, pues en 1585 existía ya la imprenta en Lima, como lo comprueba un libro de ese año que, entre otros de la época, existe en la Biblioteca de Bogotá, cuyo título es: *Catecismo y exposición de la Doctrina Cristiana*, ordenado por el Concilio Provincial de aquella ciudad, y mandado traducir en las dos primitivas lenguas indígenas del Perú, el *Quichua* y el *Aymara*, para uso y enseñanza de los mismos indígenas. Dicho libro es *impreso en la ciudad de los Reyes de Lima, con licencia de la Real Audiencia, por Antonio Ricardo, primero impresor de estos Reinos del Pirú*, y bajo la dirección ó vigilancia del P. Johan de Atienza, Rector de la Compañía de Jesús, y del P. Joseph de Acosta, de la misma Compañía. Año de MDLXXXV, es decir, casi un siglo antes de la fecha que nos da Vergara. Se cree generalmente que los Jesuítas fueron también, como entre nosotros, los que introdujeron en el Perú la primera imprenta, y así lo hace suponer la circunstancia arriba indicada.

A continuación verá usted una breve muestra de ese curioso libro. A lo menos me agradecerá usted que me haya tomado el trabajo de copiar, letra por letra, un párrafo de él, en lenguas tan arrevesadas y escabrosas como las dos citadas. Pero no respondo de la exactitud de lo copiado por la imperfección y oscuridad de los caracteres, y porque el diverso modo de escribir en lo antiguo el castellano hace que en esos otros idiomas se confundan también indiferentemente la *u* con la *v*, ésta con la *b*, la *c* con la *q*, y que se use de la doble *s* donde tal vez no es necesario; sin contar con las tildes y otras abreviaciones, que no se sabe si son del castellano en la parte traducida, ó de las lenguas indígenas. Así, admitirá usted por la fe ese rasgo, que no deja de tener interés por ser el lenguaje de los misioneros:

LENGUA QUICHUA.

"Ancha munascay churîjeuna apuchic Diospa simintan vachachijta munayquichic allicta riccispa munaspa animaquichicta quispichincay quichicta. Chayraycu ari soncorama uya ibuaychic hanacpacha ñata yachasputaconi quispinqchicman. Tocuy foncoyquichic huauyarihua prijquichiua, allictapas, manaallictapas vuancha, hilcayquichicmi, allicta munancayquichicpac, mana allictari vishuncay quichicpac. Cay taca Diospa siminmi yachachi."

LENGUA AYMARA.

"Ancha huaylluta, yocanacaha capaca Dios apussana cileca camachica aropahua humanacaro yatichaña amahuapiscalma aca Diosna collana asquacpa yatissina munassinsa quicpa Diolaro quispiñamataqui. Checa chuyma hallaystapica haracpacharo maña taqui yatisimpiña utnaya hacaña baquicahatu. Chuymacama isapimanca napiunanchayamama al qui luraña muñanamataqui yucasca hayta ñamataqui. Acasea Diosna aropahua yatichisco."

TRADUCCIÓN CASTELLANA.

"Hermanos míos muy amados, deseo enseñaros la verdadera Ley de Dios para que, conociendo y amando el bien, salvéis vuestras ánimas. Oídme con atención, porque os va la vida en saber el camino del Cielo; y, si me escucháis, entenderéis cuál es lo bueno que habéis de seguir, y cuál lo malo que habéis de dejar. Esto enseña la palabra de Dios, lo cual yo os vengo á declarar, como Jesucristo Nuestro Señor nos manda que lo hagamos los que somos sus ministros y predicadores.

"Primeramente, hermanos, bien sabéis que sois hombres como yo, y como los demás, y que todos los hombres, acá adentro de este cuerpo que veis, tenemos una alma que, aunque no la vemos porque no es de carne ni

de hueso como el cuerpo, pero con ella vivimos, y hablamos, y andamos, y sentimos, y pensamos, y queremos."

Respecto á la época de la introducción de la imprenta en Chile, ocurre mayor duda, porque no es verosímil que cuando todos los países de América tenían ya imprenta, y aun eran independientes y tenían gobierno propio, sólo Chile estuviera privado de ese beneficio. La fecha, pues, de 1820, es un error que salta á la vista.

En lo que hoy es República del Ecuador, y antes reino de Quito, no se conoció la imprenta hasta mediados ó fines del siglo XVII—ó tal vez más tarde—según se infiere de lo que dice un distinguido literato ecuatoriano al corregir un error cometido por otro literato español—D. José Joaquín de Mora,—cuando dijo que Olmedo era el primero que en el Ecuador había quemado incienso á las Piérides. Afirma aquél que á fines del siglo XVI, y principios del XVII, hubo varios poetas en su país, "cuyas composiciones no se conocieron por falta de imprenta."

Pero no siendo el objeto de estas líneas entrar en tales investigaciones, me contraeré á manifestar lo que me ocurre sobre el mismo asunto, respecto á nuestro país.

D. José Joaquín Borda, en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada*, dice: "Lo que hemos dicho basta y sobra para hacer á los Jesuítas acreedores á la gratitud nacional. Un lauro tienen, además, vistosísimo, que siempre será preciso recordar: la introducción de la imprenta en este país, que tánto ha usado y abusado de ese admirable vehículo del pensamiento humano, instrumento de civilización y fraternidad entre los hombres y los pueblos. El señor José María Vergara y Vergara, distinguido literato y hombre versado en nuestra historia, ha cometido bastantes inex-

actitudes en su *Historia de la literatura neogranadina* al tratar de las cuestiones relativas á los Jesuítas, pues no había podido consultar los documentos originales, y contaba tan sólo con la tradición. Sin embargo, ha hallado la obra más antigua de imprenta en Santafé, y fija en 1738 la introducción de ella al territorio de los antiguos Muiscas."

Ese documento es el de que habla Vergara al final de los párrafos siguientes:

" Paso á paso hemos ido evocando las sombras de los varones que cultivaron las letras en aquella época (fines del siglo XVII y principios del XVIII), para llegar al más liberal y clásico acontecimiento que se puede registrar en nuestros anales. Hablamos de la introducción de la imprenta. Desde la página 140 de esta obra hicimos notar que ya estaba introducida en el Perú y en México desde muchos años atrás, y nosotros carecíamos aún de ese gigante de cien brazos y cien bocas, el más poderoso auxiliar del pensamiento, complemento humano de una obra divina—la palabra. La introducción de la imprenta se debe á los Jesuítas.

" Esta orden, que había abierto y sostenido un Colegio en Santafé, y que á mediados del siglo XVIII, en que fué expulsada, tenía varios en distintos puntos del Reino, trajo á las selvas de la colonia tipos y libros, formando ricas bibliotecas. La introducción de la imprenta entre nosotros había sido colocada por nuestros historiadores en 1789: el mismo Plaza, tan laborioso investigador, no tenía conocimiento de otro impreso más antiguo que el de la inscripción conmemorativa de la erección del templo de la Capuchina, en 1783: después se descubrió una Providencia del Visitador Piñeres, impresa en Bogotá en 1770. La publicación de la *Vida de la Madre Castillo* reveló que la imprenta existía en

Santafé en 1746. Y últimamente descubrímos una hoja que tiene al pie la siguiente dirección: *En Santafé de Bogotá: En la imprenta de la Compañía de Jesús. Año* 1740.

"El libro del doctor Juan Bautista de Toro, de que hemos hecho mención, parece impreso en Santafé muchos años antes de esta fecha; pero no existiendo sobre esto sino presunciones, no podemos en buena lógica de historiadores aceptarlo como dato en una materia tan importante.

"Así, pues, podemos fijar la época de la introducción de la imprenta, en la Nueva Granada, en 1738, por lo menos. Adelantándonos un poco en nuestra narración, por la analogía de la materia, pondremos aquí lo que escribía el 28 de Noviembre de 1746 el Padre Diego de Moya, Jesuíta, á una monja tunjana, después de la muerte de la notable escritora Madre Francisca de Castillo:

'*Pues hay imprenta bastante para este efecto* (el de imprimir el sermón pronunciado en las exequias de la Madre Castillo) *en nuestro colegio máximo de Santafé*.....
si esta empresa le agrada, escriba al P. Provincial para que, hechas las diligencias de examen y aprobación, se ponga el sermón á la prensa; lo cual hará el hermano FRANCISCO DE LA PEÑA, QUE ES IMPRESOR DE OFICIO; *y aunque ahora está de labrador en el campo, podrá venir á imprimirlo*.....
.....
que como se han estampado catecismos y novenas, podrá esta obra semejantemente imprimirse en quartillas, pues hay moldes y letras suficientes para eso.... etc.'

"Tal fué la historia de la introducción de la imprenta en nuestro atrasado país. No sabemos si en el espíritu

del lector se despierten ideas semejantes á las que recibimos; pero en el nuéstro está acompañado de recuerdos casi afectuosos el nombre de Francisco de la Peña, que era *impresor de oficio* en Santafé, y por los años de 1746. La fecha es su elogio.

"Consignado en los primeros tipos que nos vinieron el nombre de la Compañía de Jesús, no podrá, en justicia, ser olvidado nunca en nuestra patria."

El libro de D. Juan Bautista de Toro, que cita Vergara—entre otras muchas obras que escribió este distinguido eclesiástico bogotano—se titula *Día de la gran Reina Madre de Dios.* La casualidad ha hecho llegar á mis manos, sacado de una librería antigua, este libro, que pone en claro, de una manera indudable, el hecho de que la imprenta existía en nuestro país mucho antes de la fecha más atrasada que fijan los que sobre esto han escrito. Es un tomo en 8º, impreso en Madrid, año de 1808, y en la nota preliminar que lleva al principio dice lo siguiente:

"El asunto de este Librito, aunque tratado con mucha brevedad, y en diverso estilo, fué idea del Doctor Don Juan Bautista de Toro, Director de la escuela de Christo en la ciudad de Santa Fé, Nuevo Reino de Granada, DONDE SE IMPRIMIÓ EL AÑO DE 1711, para promover en los fieles la devoción á María Santísima.. .....Y SE REIMPRIMIÓ EN MADRID EL AÑO DE 1714."

Pero si aun pudiera quedar alguna duda, nos sacaría de ella el mismo libro original, que existe en la Biblioteca, impreso en esta ciudad en la fecha que dice la reimpresión de Madrid, á saber: 1711.

Es claro, pues, que mucho antes de 1738, época que fija Vergara como más antigua, existía la imprenta en esta capital, y que, por consiguiente, puede juzgarse que

á fines del siglo XVII, ó muy á los principios del XVIII, ya este país había dado paso tan adelantado en el camino de la civilización, á esfuerzos de la sabia Compañía de Jesús, con aprobación ó permiso del Gobierno de la Metrópoli.

Cupo también más adelante al Virrey Flórez la gloria de haber contribuído á dar impulso á la imprenta, haciendo venir de Europa, por los años de 1776, prensas, tipos é impresores para mejorar los que había en la capital; y lo particular es que tuvo buena parte en esta empresa la autoridad eclesiástica, pues, á excitación del Virrey, los miembros del Cabildo Metropolitano contribuyeron gustosos, cediendo cada uno una parte de su renta anual, como se ve en las actas de aquella corporación. ¿Es cierto que los gobernantes de aquel tiempo eran enemigos del progreso é ilustración, y que, así como el clero, tenían interés en mantener en la ignorancia á sus colonias? ¡Cuántas otras pruebas de lo contrario nos suministra la historia contemporánea!

Y ya que he mencionado al Virrey Flórez, agregaré en honra suya, que, distinguiéndose de muchos de sus predecesores, dió con sus providencias acertadas grande impulso al comercio y moralizó la hacienda pública. Hombre de actividad y de perspicacia, su ejemplo como que animó la perezosa marcha de la Colonia, y sacudió la soñolienta inacción en que yacía de ordinario el país entero. Demuéstralo así la determinación de venir á la capital por el Opón á salir á Vélez, primitiva ruta que siguieron los conquistadores, y lo hizo así para explorar personalmente el terreno, y ver si se podía establecer por allí la comunicación del interior con el Bajo Magdalena, evitando de este modo los peligros que aún hoy presenta la navegación de este río: proyecto que está al orden del día, sin haber podido realizarse hasta ahora.

En cuanto á medidas de carácter local, su primer cuidado luégo que se posesionó del Gobierno, fué proveer auto para el establecimiento de hospicios de pobres donde se recogiesen todos los limosneros y gentes vagas y sin oficio, y procurárselo á éstas, castigando con severas penas, tanto á los que mendigasen sin permiso, como á los que, con pretexto de caridad, ayudaban á mantener el vicio de la holgazanería. Pero de esto hace ya noventa años, y los pordioseros volvieron á gozar de su absoluta libertad personal, de industria y de locomoción, hasta hoy que se está pensando de nuevo en retroceder á aquellos rancios tiempos.

En seguida volvió la vista este buen Magistrado á los hospitales que había en Santafé, Tunja, Mariquita, Vélez y Pamplona, y dictó providencias eficaces para mejorarlos y aumentar y asegurar sus rentas.

Pero sería prolijo entrar en la enumeración de las medidas de buen gobierno y positiva utilidad que respecto de caminos, puentes, establecimientos públicos, industrias y oficios etc. señalaron su período de mando, comparable sólo á los de Góngora, Solís, Ezpeleta y otros pocos. Sin embargo, hay que insistir sobre la decidida protección que le debieron las artes mecánicas y el fomento de la agricultura, y sobre todo, el haber dado impulso á la imprenta, como ya lo hemos visto.

Esto por lo que él hizo como Magistrado; pero además su época fué notable por otros sucesos que coincidieron con ella, y que son dignos de recuerdo, tal es, por ejemplo, la expedición de una real cédula en que se determinó desterrar absolutamente la lengua chibcha, y se dieron instrucciones para obligar á los indios á no hablar sino el español, prohibiendo del todo que enseñasen á los niños la suya nativa. Puesta en planta esta medida con buen éxito—pues la dócil y humilde raza

conquistada á todo se sometía por el temor, habituada ya á una larga servidumbre,—dentro de poco tiempo desapareció por completo su lengua, quedando casi olvidada de la generación siguiente.

Esta disposición tenía ventajas é inconvenientes: la generalización del castellano era un elemento de civilización que, uniformando los medios de entenderse todos los habitantes dal país, facilitaba el comercio y las demás relaciones sociales; la predicación y enseñanza de los misioneros encontraban allanadas las dificultades de la ignorancia de los dialectos, y los indios podían adquirir conocimientos teóricos y prácticos á que nunca habrían podido llegar sin auxilio de nuestra rica lengua. Pero como el chibcha era un idioma no muy imperfecto—á lo menos relativamente, si se compara con otros dialectos indígenas—hasta el punto de prestarse á la formación regular de gramáticas, como las que escribieron los Padres Lugo y Dadey, fuera de otros trabajos filológicos de los Jesuítas, del Arzobispo Zapata y del Presidente Borja, los estudios etnológicos posteriores perdieron mucho, así como debieron quedar ignorados no pocos secretos de los indios.

A esta resolución del Gobierno español puede quizá atribuírse el que nuestro idioma sea tan general en Colombia, y que por la mezcla de otros no se haya formado un tercer lenguaje híbrido, especie de germanía, como ha sucedido en otros países de América, en que esa mezcla bastarda ha desfigurado el castellano puro y hace difícil para el extranjero el entenderlo, aun entre la gente culta. Es más: del roce con la gente que habla el lenguaje indígena, como sucede con el *quichua* en los países del Sur, se adquiere cierta entonación viciosa, que no es la de los españoles y colombianos. No sin razón se ha creído generalmente en Europa que en estas

regiones que fueron colonias españolas no se habla el idioma de esta nación, idea que ha venido á confirmar el ver que, aun entre sus Gobiernos y gente ilustrada, la ortografía que se usa, indica una completa ignorancia de él. Por fortuna los colombianos vamos ya volviendo al buen camino, oficial y extraoficialmente, y emancipándonos del abuso de las reformas y de las modas en materia tan delicada.

Es verdad que aún nos quedan matices y diferencias en el modo de pronunciar, y que tenemos muchos provincialismos en las varias localidades; por eso difieren no poco el modo de hablar en el interior del que se nota en los pueblos de la Costa y otras secciones, como Antioquia, hasta el punto de que basta el simple saludo de una persona para distinguir si es antioqueño, samario ó panameño; pero al fin, todos nos entendemos. Ni puede ser de otro modo, cuando las influencias físicas de raza, clima, costumbres etc. se hacen sentir en todos los países. España é Italia las tienen muy marcadas. La Francia misma las tiene, pues no pronuncia lo mismo un francés del Norte que uno del Mediodía, ó que un parisiense.

El hecho es que la raza muisca ó chibcha, que ocupaba el tercer grado entre las más civilizadas de América, quedó desposeída de su lengua como lo fué de su tierra; y, si *la lengua es la patria*, como dicen los polacos, los muiscas quedaron por completo sin patria y sin nacionalidad como los judíos.

Si usted necesita una muestrecita de la lengua chibcha (las señoras gustan tanto de las muestras!) aquí le copio, por lo que le pueda convenir, algunos fragmentos que he tomado de la Gramática del Padre Lugo, que está en la Biblioteca. El soneto siguiente fué escrito en esta lengua por otro religioso misionero, y en él se han inter-

calado algunas palabras castellanas, sin duda por falta de equivalentes:

"Muisca micata cubun choquí ucasuca
Hiacunhan chichiraninga hocabyanan,
Libros cubun, in ucaninga ab chichiquinan,
Apuiqui chie shagueni iqui angusuca.
Inga jis chibacun iqui un shansuca
Umpuiqui chieshi hisqui inshafasan
Muiyas agashinga inga isquiechán
Sgaqui suasa mabié iqui unsunsuca.
Arte inchichichua ninga ye unquinan
Ipena bhosa noabé unchié chibquinga
Con Muisca atabé unqui ye amishinga,
Ingaxis quicacá ungui nohacan;
Nuisca unqui ipcuana xhica gungá
Umica Bernardo neuqi abhaquinshinga."

Se nota en esta lengua la falta absoluta de la *r* y de la *l;* sin duda por eso tenían los indios dificultad para pronunciarlas en castellano, y suplían la primera con un sonido especial entre *r* suave y *z;* dificultad que ha ido desapareciendo con el tiempo, junto con los usos y trajes propios suyos, como el *chircate* y la *líquira* de las mujeres, y el calzón corto de lienzo blanco de los hombres.

Más que el soneto le gustará á usted la oración del *Padre nuestro* en dicho idioma, que trae Vergara en su *Historia:*

"Chipaba Cielon masusa; umhica umchienuza mue umquicaz chie chi muishuca muhue choe agucca ciclon ancuisea nue siscuican necuiza.

"Suaspuinuca chihumba chihucunu chie chighuin achubia aguezac chibgascua nuc mue umghium chichubia aquezae mahaia. Pecado ca chibenan cui hichaca. Chie u umtazinga guahaicaz chichas asunsaque chie choe macuisa. Amen."

Los nombres de algunos pueblos indígenas del territorio de Cundinamarca se han conservado; sus significados son los siguientes:

Bogotá (Baca-tá). Extremidad del campo.
Chocontá (Chocon-tá). Sementera de páramo.
Guasca (Guas-shuca). Falda de cordillera.
Guatavita (Idem). Remate de sierra.
Gachancipá (Gachan-Zipá). Gozo del Zipa.
Nemocón (Nemo-con). Lamento del león.
Simijaca (Simte-jaca). Pluma de lechuza.
Sogamoso (Suha-muxi). Desaparecido.
Susa (Suh-sha). Paja blanca.
Suesca (Sue-suca), Cola de guacamaya.
Tocancipá (Tocan-Zipa). Llanto del Zipa.
Ubaté (Eba-té). Sangre derramada.
Ubaque (Eba-que). Sangre de madero.
Zipacón (Zipa-con). Lamento del Zipa.

Hay otros varios para formar una larga lista.

VII

Usted, mi señora, estuvo en la Catedral el 19 de Noviembre último, y desea saber qué significa la ceremonia que en ese día se hace todos los años, de llevar en procesión al rededor de la iglesia una cabeza de plata, del tamaño natural, la cual, después de la misa, se daba á besar, en otro tiempo, á los canónigos, capellanes y acólitos, y en seguida al pueblo. Esa cabeza de fina plata encierra la que fué de Santa Isabel, Reina de Hungría, reliquia que al partir para el Nuevo Reino el Arzobispo D. Fray Luis Zapata y Cárdenas, le presentó con su propia mano, como un valioso obsequio, la Reina Dª Ana de Austria, última mujer de Felipe II.

En otra ocasión he referido, si usted lo recuerda, una

anécdota graciosa con motivo de esta reliquia. El señor Zapata había mandado empeñar, y aun vender, su servicio de plata y todas sus alhajas, para atender á los costos que ocasionaban los hospitales de virolentos en tiempo de la asoladora epidemia que diezmó este país. Su mayordomo, al informarle que todo se había empeñado ó vendido, y que no había con qué almorzar al día siguiente, agregó :—" Al paso que vamos creo que Su Señoría mandará empeñar la cabeza."....

—No os corresponde á vos ese lenguaje,—le interrumpió el Arzobispo, picado de la libertad que aquél se tomaba.

—Perdone Usía Ilustrísima, replicó éste; hablaba de la cabeza de Santa Isabel que Usía ha traído de España.

—Jamás dispondré de tan insigne reliquia, dijo el Arzobispo, no obstante que no sería mal empleada en tan cristiano objeto, y Dios querría darme modo de recuperarla.

—Bien lo creo, señor, agregó el mayordomo—que por lo visto era algún andaluz genuino—y para mí tengo que la santa gloriosa se alegraría de pagar con su cabeza los gastos que *estamos* haciendo. No se diría entonces que Vuestra Señoría no había sido obsequiado y auxiliado por dos grandes Reinas.

Yo también, amiga mía, estuve ese día en la Catedral, mas no dieron á besar la reliquia, ni yo lo habría hecho, por cierto temorcillo que usted comprende. Si mi pasión de aficionado á las artes no se viese allí, como en todas las iglesias de Bogotá, contrariada hace mucho tiempo por la poca caridad con que se miran esas pobres artes, á quienes no les vale ser *bellas*, iría con más frecuencia á visitar nuestra hermosa basílica. Todo tiene en ella grande atractivo para un alma sensible : lo grandioso del edificio; el exquisito olor del incienso de que está

impregnada y que se percibe desde el atrio; las voces del órgano, cuya suavidad y dulzura no tiene rival en Bogotá, especialmente si lo toca D. Santos Quijano, que modula en él con primor; los aires de Mozart, Beethoven, Haydn, Weber y otros clásicos que ejecuta la pequeña orquesta del coro; las ceremonias del culto, graves y solemnes—aunque ya modificadas en parte—todo allí conmueve, eleva el alma y lo clava á uno al pavimento con una fuerza irresistible.

Caridad dije, y no me arrepiento, porque la caridad tiene sus medias tintas y matices. Es verdad que esta sublime virtud cristiana es el amor de Dios y del prójimo, muy diferente de la pálida y glacial *filantropía*, su hermana menor, aunque hermana simple y fea; pero por extensión puede aplicarse á otras cosas, como es el amor y compasión por los animales, especialmente por los que nos sirven, que al fin son criaturas de Dios; ó el amor y compasión por las obras de arte, que son inspiración suya, y que entre nosotros se tratan como á los animales. Cubrir, por ejemplo, de tierra blanca una obra de arquitectura ó escultura de buen gusto y de gran valor, ó *retocar* de colorines un cuadro de mano maestra, no es hacer la obra de caridad de vestir al desnudo, es, por el contrario, desnudar al vestido, es audaz profanación que debe tener su castigo en esta vida ó en la otra. El Mariscal Soult comenzó á sentir un principio de parálisis en las manos desde que, á título de conquistador y de *acomedido*, se trajo de Atenas á París varias obras de ornamentación del famoso Partenón. Pero por lo menos el pobrecito Mariscal obraba por un sentimiento noble y disculpable: el amor del arte y de su patria.

Usted me habrá visto en la Catedral algunas veces metido en un rincón y pegado á la pared, como mariposa; y habrá creído usted que estaba orando.... Sí, oran-

do, es decir, ofreciendo á Dios esas dulces modulaciones del órgano. Grande oración es dar á Dios lo que es de Dios; y pues suyas son esas melodías, y autor es de esas armonías y aparentes disonancias, hay que ofrecérselas, como se ofrece el incienso en el altar.

Usted también ora aunque no esté en el templo. Cuando al pasar por entre las flores de su jardín su traje roza ligeramente aquella planta que en algunas partes llaman con mucha propiedad *malva del cielo*, y en Bogotá llamamos *aroma*, ó bien toca con un tiesto de albahaca, ó una maceta de cinamomo, se detiene usted unos instantes para gozar de ese perfume que se esparce en derredor suyo, y piensa: ¿Cuál es el origen primero de este aroma delicioso que estaba dormido y yo he despertado? ¿De dónde viene, para dónde va? ¿Qué sueños de ventura, olvidados ya, viene á traer á mi memoria, como alado mensajero?.

Y hé aquí que usted está orando, sin pensarlo.

Si se extasía contemplando los cuadros de *la Cena* ó de la *Huída á Egipto*, de Vásquez; si, clavada al asiento de su piano, deja deslizar las horas como breves instantes, y dice: ¿de dónde viene todo esto, dónde está su fuente, cuál es su tipo en la tierra? usted está orando, es decir, hablando con Dios.

Y cuando usted baja de esas regiones á donde se ha elevado en alas del amor, llega á la tierra con una aureola de luz, como bajó Moisés del Sinaí, porque allí había estado el Profeta hablando con Dios.

Admirar, pues, las maravillas de la creación y las maravillas del ingenio humano es acercarse á Dios, es orar. El trabajo mismo es una oración, como prescrito por Dios.

El biógrafo de HAYDN, citando á la famosa escritora sueca M. Giertz, dice: "Toute expression du *beau* (no

traduzco, ni es necesario) est un acte d'amour qui, á ce titre, n'est dû qu'á Dieu seul... Toute forme de beauté est donc essentiellement une forme d'amour. Tout nous parle de Dieu, même une fleur. Mais la fleur, cette charmante et gracieuse inutilité est elle bien autre chose qu'une expression de l'amour de Dieu? Les beaux arts étant nés de ce besoin du cœur humain d'embellir, c'est-á-dire d'aimer, ils sont comme des fleurs spirituelles qui ne doivent être offertes qu'á Celui, qui est jaloux de tous les mouvements de nos cœurs et qui a bien voulu nous aimer le premier; l'hommage de toute œuvre d'art est donc rigouresement dû á Dieu."

Hay tres momentos en la misa cantada de la Catedral, tan solemnes y tan tiernos, como en ningún otro culto pueden hallarse. El primero es el momento de cantar el Evangelio. El diácono toma el libro santo que está sobre el altar, pide la bendición al preste y va á colocarse en la tribuna ó ambón; el coro calla; el humo del incienso se levanta en rededor suyo en espesas nubes; todos los que están en el presbiterio, excepto el celebrante, que se vuelve de frente al pueblo, acompañan al diácono; el pertiquero, con su maza de plata, los preside; los ciriales, levantados en alto, los incensarios, el Maestro de ceremonias, el subdiácono, todos, á manera de sagrada escolta, forman un círculo alrededor del ambón; los fieles se signan, y todos los hombres se ponen de pie, para dar á entender que creen y están prontos á defender el Evangelio que va á cantarse; todo aquello es imponente para el cristiano que asiste con verdadero espíritu religioso, y recuerda á las turbas aglomeradas alrededor de Jesús oyendo las palabras que salen de sus labios, en el monte, en la barquilla del lago, en el templo, en las plazas.

El segundo momento es el de la elevación. Todos los

asistentes se recogen dentro de sí mismos: parece que aguardaran con ansia ver levantarse la Cruz en el Calvario con el sagrado Cuerpo; todos los sacerdotes y ministros, y los fieles, están de rodillas, con la cabeza inclinada; el coro calla; el altar y el tabernáculo están cubiertos de humo, y apenas si se rasga la nube para dejar ver la hostia, tan blanca como ella, levantarse sobre la cabeza del celebrante y mostrarse al pueblo. Un silencio profundo reina en todo el templo, y en medio de este imponente silencio se oye el tañido vibrante de la campana del altar, á que contesta, allá en lo alto de la torre, un golpe sonoro y profundo de la gran campana. Nuevas armonías resuenan después en el coro, y suelen oírse algunos sordos golpes de pecho que recuerdan los del Centurión.

El tercer momento solemne es el del *Agnus Dei.* El preste se hiere tres veces el pecho, y, dejando la hostia, se vuelve para abrazar al diácono, el cual hace lo mismo con el subdiácono, y éste con el Maestro de ceremonias. En otro tiempo se abrazaban todos los que estaban sirviendo la misa, hasta el último acólito. ¡Qué bella lección objetiva para el pueblo! "Mi paz os doy, mi paz os dejo!"

Antiguamente, la comisión que iba al coro bájo á llevar la paz á los canónigos, conducía el signo de ella, que eran las placas de plata maciza y cincelada, que debían besar todos; hoy se ha suprimido esa ceremonia, así como la del abrazo, por lo cual, los capellanes y acólitos que van al coro, pueden decir con verdad: *Pacem relinquo*...

Y ya que hablamos de Catedral y de Evangelio, le contaré á usted que estuve allí el último domingo,—que es el primero de Adviento, en que comienza el año eclesiástico.—Me tocó oír cantar aquél en que se hace la

terrible pintura del último día: escena atemorizadora y horripilante, que hará que los hombres que entonces vivan se sequen por el temor: tribulación y angustia como jamás se ha experimentado en el mundo. ¡Ay entonces de los que vivan y sean testigos del terrible espectáculo de las agonías del mundo! porque el sol se oscurecerá, la luna y los astros perderán su esplendor; el mar bramará hinchado, y sus bramidos se oirán hasta en el fondo de los continentes; terremotos espantosos conmoverán, destrozarán la corteza sólida del globo; fenómenos nunca vistos aparecerán en el Cielo... Tánto que—dice el Evangelio—Dios abreviará estos días en obsequio de los escogidos.

Pero veo que usted se aterra al recordar esto que tántas veces ha leído; y lo peor es que no puedo tranquilizar á usted, diciéndole que las *estrellas* no caerán, como cree el vulgo, porque aunque en el espacio nada cae, y una estrella, respecto de la Tierra, puede ser veinte ó cien veces mayor que el Chimborazo respecto de un grano de arena, es indudable que habrá algún día una inmensa lluvia de cuerpos inflamados que, atraídos por la tierra, la asolarán completamente, y de los cuales son por ahora muestras aisladas los aerolitos, ó piedras que pasan de la atmósfera á la superficie de nuestro planeta. Todo lo que diga á usted sobre este punto—que usted ha tenido algunas veces curiosidad de conocer—es con referencia á lo que dicen los astrónomos. ¡Líbreme Dios de la pretensión de dar á usted lecciones sobre lo que ignoro. ¿Quién soy yo para hablar de astronomía ni meteorología? Pero cuando ellos lo dicen, estudiado lo tendrán; y aquí entra *la fe.*

Dicen, pues, esos señores, que el espacio está lleno de cuerpos que los hombres no ven, porque sus sentidos y demás medios de percepción son muy débiles, y que la

abundancia de esos cuerpos es tal, que forman corrientes ó anillos que giran alrededor de un centro. Que de esas *miriadas* de fragmentos se desprenden algunos que son atraídos por otros astros, y corren á unirse con él, inflamados por la gran velocidad y fuerza con que rozan la atmósfera; aunque otros se extinguen en ella y no alcanzan á llegar, que es lo que llaman *estrellas filantes.*

Hasta aquí todo está bien; pero es el caso que los mismos señores dicen—á mí no me consta—que nosotros, es decir el sol con todos sus doscientos y tantos planetas hasta ahora descubiertos, sus satélites, cometas etc.—como quien dice, la gallina con todos sus pollos—vamos andando en el espacio con una velocidad de 120 leguas por minuto, sin saber hacia dónde se dirige toda la caravana. Y como algún día, que no será en el mes entrante, ni en el próximo año, ni quizá en muchos siglos, hemos de encontrar uno de esos anillos ó corrientes, verdaderos pedregales, es, no sólo posible, sino probable, que comiencen á descender inflamados sobre la tierra, y tal vez sobre los demás planetas, en cantidad inmensa, y muchos de esos fragmentos de dimensiones enormes, como lo hacen creer los grandes aerolitos que vienen á visitarnos, con no poca frecuencia. El sol mismo sufrirá esa lluvia, que para él será llovizna, pues está acostumbrado á ver llegar infinitos cometas descomunales, sin que le hagan mella. De manera que gran número de cometas, como el que usted tánto admiró en 1882, son tal vez verdaderos aerolitos del sol, sólo que la mayor parte de ellos se evaporarán al entrar en aquel horno de cuyo calor no podemos tener idea. Si esto es así, como puede suceder, el vulgo, siempre guiado por cierto instinto natural, tiene razón en decir que el sol se come los cometas, ó que le sirven de combustible.

Una fuerte presunción de que en el espacio existen

esas corrientes de materia caótica, es que todos los años, á día fijo—regularmente del 9 al 10 de Agosto, y del 12 al 13 de Noviembre—aparecen en gran cantidad; y que, á períodos de 28 á 30 años, se presenta una lluvia tan copiosa de estos meteoros, que aterra á las personas que ignoran el fenómeno. Yo fuí testigo presencial de una de ellas, y puedo dar testimonio. Hará unos quince años nos hallábamos muchas personas en la casa del Banco de México y Sur-América, en una tertulia á que habíamos sido invitados con el objeto de aguardar la aparición del anunciado fenómeno; y, en efecto, poco antes de amanecer se nos dió aviso de que llovía fuego del cielo. Acudimos al interior de la casa, que miraba al Norte, y quedámos sorprendidos al ver aquella innumerable multitud de luces que, en forma de pececillos, bajaban de la atmósfera con gran velocidad. Era una verdadera granizada. ¡Hermoso espectáculo que duró más de una hora, hasta que la luz del crepúsculo vino á darle fin!

Volviendo á los cometas, ¿recuerda usted, mi amiga, el de 1882? ¡Qué belleza! decía usted. ¡Qué grandioso espectáculo! La hora, el silencio de la noche, la diafanidad del aire, todo contribuía á la contemplación tranquila y apacible del brillante huésped, cuya aparición dió lugar á anécdotas más ó menos interesantes. La directora de un colegio de niñas me refirió que las había hecho levantar para ver el cometa, y que fué tal la impresión que les produjo, que por un impulso indeliberado aplaudieron simultáneamente con palmadas, como en el teatro, y con exclamaciones diferentes y gritos de alegría. Otra niña de pocos años preguntó á su madre, al ver el cometa, si sería el abanico de la Virgen que se le había caído. Menos poética y espiritual, pero no menos candorosa, fué la ocurrencia de una señora que quería subir el cerro de Monserrate para verlo por detrás.

Pero lo cierto es que la sensación que causó fué general: personas que no habrían dejado su cama á esa hora, ni aun por causa de un terremoto, se levantaban todas las noches para contemplar lo que creían no volverían á ver.

Me preguntaba usted en esos días si ese viajero celeste sería tan grande como el sol, y si andaba muy de priesa. Yo le contesté que creía que ese astro errante era pequeñísimo, comparado con el sol, gigante tan enorme, que, según recordaba haber leído, en la más pequeña de las rasgaduras ó crateres que se ven en su atmósfera luminosa, y que dejan percibir manchas oscuras, cabrían desahogadamente todos los planetas que giran á su rededor, con todos los satélites y cometas, como un puñado de mararayes en una mochila.

En cuanto á la velocidad del cometa, me decía usted que en apariencia iba muy despacio, pues que de una noche para otra era poquísimo lo que variaba de posición; y yo le decía que eso poco, en los remotísimos espacios en que se hallaba, equivalía á centenares de miles de leguas, trayecto casi insensible para nosotros, á la manera que un caballo que va á escape en una llanura, visto á gran distancia, parece que no se mueve. Ahora agregaré que, cuando tengamos un ferrocarril en la Sabana, si usted quiere, podemos subir, por vía de paseo, á Guadalupe, á ver los trenes que marchan, y desde allí los notaremos casi inmóviles. Sin embargo, en una hora habrán atravesado todo el camino hasta Los-Manzanos. ¡Cosa admirable! esos wagones habrán recorrido esas ocho leguas en la retina del ojo de usted, al parecer sin moverse. Vea usted si yo tengo razón para decir que sus ojos son grandes, puesto que se pueden medir por leguas.

Esas *siete cabrillas* que vemos tan juntas en el cielo, á manera de un prendedor de brillantes en una corbata

azul, y que admira que, siendo cabrillas, estén tan quietecitas, ni están juntas, ni están quietas: ellas están girando con velocidades inconcebibles, y á distancias de millones y millones de leguas unas de otras, por lo cual sería difícil que las tales cabrillas pudieran darse topes.

De todo lo que dicen que enseña hoy la ciencia, resulta, pues, que no hay tales estrellas fijas, como se enseñaba antes en las clases de cosmografía; que todo en el espacio, á que damos el nombre de cielo, está en continuo y vertiginoso movimiento, y que los hombres no podríau apreciar ese movimiento por cambios de lugar, aun cuando cada uno de ellos viviera mil años, tales son las incomprensibles distancias á que esos astros están de la Tierra.

Como un ejemplo de tales distancias, y de la invariabilidad aparente de los astros llamados fijos, habla un astrónomo de la estrella llamada Sirio, una de las más bellas y de las más *cercanas* á nosotros. No les pregunte usted á los astrónomos dónde está esa estrella, porque le dirán que está *aquí no más*, á unos cuantos centenares de millones de leguas, y que su luz gasta dos años en llegar hasta nosotros. Los astrónomos son como los indios que encontramos en nuestros caminos, á quienes se les pregunta si el pueblo A estará muy lejos, y contestan: —"No, mi amo, aquí no más, detrás de este cerrito." Y se camina dos horas sin hallar el tal pueblo.

Hablemos, pues, de este bello monstruo, 94 veces mayor que el sol, y á quien, como tan vecino nuéstro, podemos con más facilidad averiguarle la vida. Desde que los egipcios —dice el mismo astrónomo—comenzaron á observarlo y lo eligieron por regulador de su calendario, hace unos cuatro mil años, el desplazamiento, ó cambio de lugar que ha tenido para nosotros, es de unos cincuenta centímetros poco más que el abanico de usted. Sin embargo la distancia que recorre en un minuto es inconcebible para

nosotros, pobres microbos, que hemos inventado los metros, kilómetros y miriámetros, creyendo que tienen alguna extensión, y que son diferentes entre sí.

Pero estamos en el Adviento; volvamos á nuestro Evangelio, que es una profecía hecha por quien podía hacerla, pues que, sabiendo más que todos los astrónomos, veía los sucesos futuros al través de los abismos del tiempo y del espacio; si bien nunca hablaba de eso,—ni había para qué—y todo lo que dijo en cierta ocasión fué, que en la casa de su Padre "había muchas moradas." Usted sabe que la ciencia moderna está comprobando todo lo que había dicho la ciencia intuitiva; y si Moisés, que no se había educado en colegios, ni cursado universidades, y que era un simple guardador de los rebaños de su suegro, hizo aquella admirable síntesis geológica que se llama el Génesis, ¡con cuánto mayor autoridad hablaría aquél que decía que su ciencia no era suya sino de su Padre!

Ya la oigo á usted que me dice que todo eso está muy bueno, y que usted no tiene inconveniente en creer que este mundo se ha de acabar á pedradas; pero que nada tiene que ver eso con los grandes terremotos, plagas, inundaciones y otros cataclismos que se anuncian en la Escritura. No sé qué decir á usted, en verdad, sino que probablemente todos esos fenómenos naturales se relacionan unos con otros. Aquel trastorno general haría que se desarrollase una inmensa cantidad de electricidad, y que la temperatura del globo subiese extraordinariamente. La relación del fluído eléctrico con los fenómenos interiores volcánicos es conocida: de aquí esos espantosos terremotos y erupciones, comparados con los cuales las escenas de Java, Ischia, Nueva-Zelanda y otras que hemos visto en nuestro tiempo son niñerías. Por eso dice el Evangelista de Patmos que veía "huír las islas, y desaparecer los montes."

Las grandes inundaciones bien se explican: relleno y alborotado el mar con aquella granizada de montañas que caería en su seno, saldría de sus límites—amén del *salpique* que, en forma de lluvia, llegaría hasta el fondo de los continentes—y obstruído el curso de los ríos por la misma causa, se desbordarían sus aguas por todas partes.

Respecto á las plagas, las mismas causas de calor y electricidad harían que se desarrollasen los gérmenes latentes de infinidad de insectos y reptiles, como sucede con el *muque* en nuestras sementeras de papas, ó con la langosta, lagartijas, pulgas y aun ratones. Pero lo peor de todo es que, atemorizadas por tales trastornos, saldrían de sus guaridas las fieras, animales montaraces, víboras etc., buscando refugio, y aunque por lo pronto estarían en amistosa compañía con el hombre, cuando el hambre les apurase se cebarían en él, sin que tuviese modo de defenderse.

¡ Qué cuadro tan halagüeño, amiga mía ! Por fortuna ni usted ni yo hemos de ser testigos de él. A lo menos esa es mi esperanza.

No olvide usted que estamos hablando del Evangelio que se lee el primer domingo de Adviento, que es lo que nos ha dado ocasión á esta especie de conferencia. Como usted creerá que yo estoy hablando de broma, me exigirá que le diga seriamente lo que pienso de estas cosas. Yo le contestaré con aquel tan conocido cuentecito del indio, á quien le preguntaba el cura si creía en brujas, y él le contestaba :—"No, mi amo, yo no creo en brujas; pero haberlas sí las hay."

Dos tachas podría poner cualquiera á esta mi presente carta, á saber: el olorcillo científico, tan repugnante siempre, sobre todo en quien se atreve á hablar de lo que no entiende; y el tinte algo místico que la colora; pero confío en que para usted no tendrá esos dos defec-

tos: no el primero, porque usted me conoce muy bien, y sabe cuán poca es mi presunción; no el segundo, porque usted, á fuer de mujer piadosa, sin añagazas ni gazmoñerías, confesará que esta materia puede tratarse en cualquiera parte, si es con el debido decoro.

La última observación que haré á usted hoy, es ésta: si sobre la palabra y buena fe de los astrónomos creemos lo que dicen y lo que no está á nuestro alcance, en otro orden de cosas, ¿por qué no hemos de creer lo que no vemos ni comprendemos, que es lo que nos enseña la fe religiosa y lo que reza el catecismo? Evidentemente la fe no está reñida con la ciencia humana ni con la razón.

VIII

Al hablar de la introducción de la imprenta en nuestro país, dejé consignada, como usted recordará, mi señora y amiga, una fecha, para usted y para mí notabilísima, y punto muy luminoso en la historia de nuestras bellas artes. Esa fecha es la de 1711, en que he demostrado que había ya imprenta en esta capital.

¿Qué le recuerda á usted esa fecha?.... Voy á decírselo á usted, aun cuando haya de retroceder algunos años, pues estamos ya en la segunda mitad del siglo XVII. La importancia del asunto me hace esperar que usted disimulará un cambio de decoración, que por otra parte en nada perjudica al hilo cronológico de mis cuentos, ó mejor dicho, de mis *recuerdos y apuntamientos*, los cuales se me van presentando, como los títeres de Maese Pedro, sin orden alguno, y no como yo deseara. Cuando usted, al salir para el baile ó para el teatro, cae en la cuenta de haber dejado olvidado sobre su tocador algún objeto que necesita, como su abanico, su carterita ó su pulsera, retrocede inmediatamente, sube la escale-

ra y lo toma. Yo había dejado entre mi tintero algo mejor que esos lindos objetos....á Gregorio Vásquez Ceballos, y me vuelvo á él con permiso de usted.

En ese año murió nuestro insigne pintor, poco después de haber hecho su último cuadro—no de los mejores, por cierto:—la *Concepción* que se halla en una nave de la iglesia de la Candelaria. Él mismo la colocó en su altar, y el 8 de Diciembre de 1710, día de esta festividad, hizo cantar allí una misa, á que asistió, y, habiendo recibido los sacramentos, como por Viático, se retiró á su casa, frente á la misma iglesia, de donde no volvió á salir, porque el achaque de que padecía lo postró de tal manera que á poco le quitó la vida.

Ya me parece que la oigo á usted decir bostezando: tanto se ha hablado y se ha escrito sobre Vásquez que nada se puede decir que no sea una cansada repetición, ya innecesaria....

Permítame usted que la interrumpa, y le haga notar, ante todo, que soy partidario de las repeticiones, las cuales en ciertas materias nunca están por demás. Lo que se escribe hoy para una generación tal vez no lo lee la siguiente, y muchas cosas, aunque publicadas y repetidas, se olvidan con facilidad. Repetir, repetir, y siempre repetir, *oportune é importune*, según el consejo del Apóstol. ¿Cómo aprendió usted la doctrina cristiana? ¿Su bello turpial y su preciosa mirla, cómo han aprendido tan lindos aires, sino á fuerza de repetírselos usted diariamente con su boca? ¿Qué gracia tiene el Rosario?—le decían al ilustre dominicano Lacordaire—siempre una misma cosa repetida cincuenta veces. Y éste contestaba:—El amor no tiene más que una palabra—te amo!—y se complace en repetirla mil veces.

¿No me decía usted en cierta ocasión que mientras mas oía la *Sonámbula*, *Marta* ó *Lucía* más le gustaban,

y que la música de Mozart y de Beethoven, que antes no era manjar de su gusto, hoy lo es muy de su devoción, y que se alampa por una de sus bellas sonatas? No hay cosa más útil que un reloj de repetición, sobre todo para los ciegos,—porque lo que es á los sordos no le sirve de nada, como tampoco el teléfono.—Muchas veces he pensado por qué no se hacen termómetros, ó barómetros de repetición para los pobres ciegos, así como se hacen abecedarios y mapas en que puedan aprender otras cosas.

Repitamos, mi buena amiga, todo aquello que queremos que no se olvide. Las sirvientas á quienes no se repite un recado tres ó cuatro veces, lo olvidan en el camino. Repitamos: *gutta cavat lapidem.* Perdone usted! Olvidaba que usted no gusta de citas latinas; pero las cuatro ó seis frases que tengo para mi uso particular no las empleo sino para mayor claridad, y eso cuando vienen muy á propósito. Desde que leí, siendo niño, la crítica de D. José de Cadalzo, titulada *Los eruditos á la violeta*, he procurado ser muy prudente en esta materia, aunque para mí tengo que el docto Coronel cayó en sus mismas redes—*et incidit in foveam quam fecit.*—Perdón otra vez!.... Quiero decir, que aprovechó la ocasión de su crítica para lucir él mismo su clásica erudición. Si es un juicio temerario, su memoria me perdone, pues todos tenemos derecho de ser críticos.

Volvamos á Vásquez, si usted me lo permite. Hoy anda su nombre de boca en boca, con motivo de la Exposición de Bellas Artes que está abierta, merced al entusiasmo, actividad y buen gusto de nuestro simpático Alberto. No le digo á usted que á cada puerco le llega su San Martín, porque este refrán sería bájo y mal sonante para sus oídos; pero quiero decir que nuestro antiguo pintor está en tela de juicio para todos los

que quieran meter la mano en el plato de la Exposición, como Judas.

Ya usted ha visitado ésta, y ha quedado muy satisfecha: me alegro mucho. Yo también lo estoy, al fin como aficionadillo á estas cosas; pero le confieso á usted la verdad: no todo lo que he leído en las revistas que se han publicado en los periódicos me satisface completamente. Con excepción de algunas observaciones juiciosas y verdaderamente artísticas de persona conocedora, en lo demás no hay sistema, no hay sino una aglomeración de lugares comunes y de juicios empíricos, que no dejan sólida enseñanza. Es de esperarse que el mismo Urdaneta, ú otra persona inteligente, hagan una relación minuciosa y concienzuda, por lo menos de las obras de mayor mérito que se han exhibido.

Por mi parte, lego ó profano como soy, no me toca sino felicitar cordialmente al iniciador de este espectáculo, verdaderamente digno de un pueblo civilizado; pero en vez de aquellas almibaradas y lacónicas *gracias!* que prodiga cualquiera cocinera—aunque esté picando la cebolla—cuando se informan de su salud, yo, con mi manera habitual de regraciar á todos, le diré tres veces: Dios se lo pague!!! estrechando su mano contra mi corazón, y estamos despachados.

No quiero repetir á usted que el mérito de Vásquez, y aun su existencia misma, han sido disputados, más por un espíritu de contradicción, y digámoslo de una vez, de antipatriotismo, que por espíritu de crítica ilustrada é imparcial, porque eso lo sabe usted muy bien; sino solamente quiero agregar algo en confirmación indirecta de lo mismo, y del desdén y poca justicia, por no decir ingratitud, con que suele tratársenos por algunos extranjeros, y no de ahora, que del mismo Barón de Humboldt tenemos motivos de queja.

Citaré un solo hecho, que me vino por conducto seguro. Cierto extranjero, que hace algunos años estuvo en Bogotá, compró á bajo precio dos de los buenos cuadros de aquel pintor que aún quedaban entonces en esta capital, y llevados á Europa, los presentó en cierta exposición de pinturas; pero, ocultando su origen, le dió por autor al uno al pintor español Zurbarán, por cierta analogía de estilo; y al otro lo dejó anónimo, contentándose con decir: "de pintor desconocido," no obstante que á tiro de ballesta se descubría la misma mano y el mismo pincel que habían ejecutado el primero. Si él se atrevió á presentarlos, y si fueron admitidos en la exposición, —entre muchos otros que serían rechazados,—claro es que algún mérito tendrían; y así nos arrebató, no sólo los cuadros mismos, sino la gloria de su autor y de nuestra patria. Por fortuna un compatriota nuéstro, inteligente, ó por lo menos buen aficionado, visitando la exposición, conoció al momento el pincel de Vásquez, con el cual estamos tan familiarizados sus devotos, y se apresuró á rectificar del modo que pudo el yerro del expositor, reivindicando, aunque probablemente sin fruto, el honor del arte nacional.

Ya que hablamos de pintura, lo que usted no recordará tal vez es que de la misma época de Vásquez, poco más ó menos, fueron Figueroa—su envidioso maestro—Acero, Ochoa, Caballero, y el italiano Angelino Medoro. Este último admiraba á Vásquez, y aun quiso imitar su estilo, pero sin resultado. Yo poseo un cuadro de este mediano pintor, hecho para un ascendiente de mi amigo el célebre impresor D. José Antonio Cualla—tal vez compatriota suyo, pues el apellido *Cuaglia* que, castellanizado se ha vuelto Cualla—es italiano. Ese cuadro se había conservado en la familia pasando de padres á hijos hasta que vino á mis manos por compra que de él

hice á D. José Antonio. Por la fe digo que es de Medoro, pues en la casa siempre se tuvo por tal. Si no estoy equivocado, mi amigo D. Rafael Pombo posee otro cuadro del mismo autor, aunque el estilo del uno es muy diferente del de el otro. Pombo cree que más bien puede ser de Medoro una Magdalena de mi propiedad, que también se halla con los otros en la Exposición.

Con frecuencia habrá visto usted, mi buena amiga, dos cuadros que están sobre las pilas de mármol blanco, frente á la entrada principal de la Catedral. Son del pintor Ochoa; pero, la verdad sea dicha, no valen tanto como las pilas, y hacen contraste con el precioso *Nacimiento*, de Vásquez, que está en medio de los dos.

En la sacristía principal de la misma iglesia está la bellísima *Concepción* de Caballero, y debajo se ha colocado provisionalmente el cuadrito de Van Dyck que representa el Calvario: cuadrito que, según parecer del pintor mexicano Gutiérrez, podría valer mil pesos antes de que uno de nuestros grandes ingenios reformadores lo barnizara con aceite de linaza, ó de patas, destruyendo así todo el mérito de la pintura. Pero la misericordia de Dios es muy grande, y lo habrá.... perdonado, porque no sabía lo que hacía. Esa pintura está hoy también en la Exposición.

¿No le parece á usted que todo esto merece repetirse una y cien veces?

IX

Para poner punto final,—ó por lo menos punto y coma,— á este ya cansado tema, voy á referir á usted una anécdota sobre Vásquez que oí de boca de D. Victorino García, nuestro mejor pintor al temple, y en el género de perspectiva, sin rival, como lo acreditan los varios

lienzos que hizo para los monumentos de Semana Santa. El abuelo paterno de D. Victorino había conocido á Vásquez, y aun no sé si fué su discípulo, por lo cual tenía muchas noticias tradicionales de éste. La anécdota es como sigue:

Una señora que había venido de España con su marido en busca de fortuna, enviudó á poco tiempo de su llegada, y no le quedaron de aquel, de quien no tuvo sucesión, sino escasos recursos para mantenerse. Agotados éstos, y muertas ó ausentes las personas de alta posición que la socorrían, se vió reducida á la mayor estrechez, y ya había vendido ó empeñado las pocas alhajas que poseía. Todo lo que le quedaba de su no muy rico ajuar era un par de cubiertos de plata, y al fin se resolvió á sacrificarlos. Vivía cerca de la casa de nuestro pintor, y un día en que no tenía absolutamente de qué echar mano para comer, pasó allí, y llevándole los cubiertos, le suplicó que le diese algo sobre ellos. El pintor, que casi siempre estaba escaso de plata, le dijo que aquel día no podía servirle, á pesar de su buena voluntad, pero que si quería una pintura, con cuyo valor pudiera suplirse, se volviese dentro de tercero día y se la daría.

Mientras Vásquez pone manos á la obra es preciso retroceder un poco. La primera persona que había adivinado el genio de nuestro artista era un comerciante español, que, por lo visto, era algo conocedor y hombre de buen gusto. Vásquez, muy joven todavía, se divertía en copiar estampas ó grabados en papel común, ó hacía sus dibujos originales con carbón de *chite*. Habiéndole presentado unos al comerciante, le parecieron á éste tan bien que se los compró, agregando que le llevara los demás que hiciera, que él se los tomaría—naturalmente á un precio muy bajo.—Igualmente le compró más tar-

de los primeros ensayos que hizo de pintura al oleo, con lo cual se estimulaba el pintor, al propio tiempo que era un recurso para su subsistencia.

La señora volvió á casa de Vásquez el día fijado y recibió su pintura, no tan satisfecha como si hubiera sido dinero, pero al fin algo era. Enrolló su lienzo, y salió á buscar quien se lo comprase. Quiso la suerte que diese con el aficionado comerciante, quien oyendo la ingenua relación de su pobreza, que le hizo la buena señora, y viendo que la pintura era de mano muy conocida, se la compró, dándole por ella probablemente tres ó cuatro veces el valor de los cubiertos, con lo cual se remedió aquélla, á lo menos por algún tiempo.

¿Sabe usted, mi amiga, por qué le he referido esta historia? Porque allá en los tiempos de mis calaveradas escribí yo una especie de versos sobre este mismo tema. Algunos amigos míos los hallaron tolerables, y por esto, y por ser un cuadrito de costumbres, y de oportunidad, género muy del gusto de usted, se los envío, sabiendo que usted no los conoce. Se publicaron en el tomo 3º del *Parnaso colombiano*, que fué tanto como darles la ciudad por cárcel; pero con el salvoconducto dicho espero que sean recibidos con la benévola atención que usted dispensa siempre á mis pobres borrones.

Yo los llamo versos por la misma razón que cierto simple al dar las señas de su casa, decía que tenía ventanas rasgadas, y era que la muselina en que estaban aforrados los bastidores estaba hecha pedazos. Renglones largos y renglones cortos: por eso tienen el aire de versos.

LAS CUCHARAS DE PLATA.

Estas, Pepa, ay dolor! que ves ahora,
Cucharas de metal, pálido y mate,
Fueron un tiempo nítida vajilla,

De cifras y labores realzada;
Orgullo, prez y gloria
De patricia familia, y hoy memoria
Tristísima y amarga
De una serie de infortunios larga
Y trabajosa. ¡Cuántos
Días serenos de festiva historia
Estas cucharas, Pepa, me recuerdan
De aquella edad dichosa
Que podemos llamar edad de plata,
Cuando toda la larga parentela,
Desde los bisabuelos
Hasta los biznietillos pequeñuelos,
Alegre y bulliciosa,
Por algún cumpleaños,
De la ancha mesa secular en torno,
Despachaba la *pisca* y las gallinas,
Las chuletas, rellenos y pichones,
Las ricas empanadas,
O los pasteles hechos en el horno,
Y el Málaga ó Jerez provecto en años,
Entre risas, consejos y regaños!

Y en los tiempos de tregua,
¡Qué era ver las fuentes y platones
Del rico aparador en los tablones
Ostentando sus discos rebruñidos,
Presidir en los puestos distinguidos
A la argentina prole:
Los platos y platillos,
Tachuelas y pocillos.
Macizos tenedores,
Y aquel que gente tanta
Con secreto placer mira y remira,
El jarro colosal de ancha garganta!

Después las hembras..... digo, las bandejas,
Que, cual bellas sultanas,
De cierto escaparate entre las rejas,
Largo tiempo reclusas,

Murmuraron sus quejas,
Salían á lucir en el corrillo,
Como las nueve musas,
Su talle esbelto, su frescura y brillo!

Frías beldades las llamara alguno;
Mas cuando rebosaban
En suculento pebre,
O calientes buñuelos les brindaban
Por los tiempos de Pascuas y Pesebre,
No pudiera acusárseles de tales.

¡Qué era ver, te digo, ese *Dorado*,
Que bien llamar pudiera
Algún poeta en la acepción más lata,
El *Dorado* de plata,
Por la gorda sopera coronado—
El sol de aquel sistema—
Teniendo por cortejo
A uno y otro lado
Piezas varias en formas y tamaños
De trabajo exquisito,
Y al que víctima fué de desengaños,
El enano brasero.
Que dió tanta candela,
Del fogón al estrado
Y de éste á la cocina,
Sin cesar un instante en la bolina!
El pobre en breve tiempo,
Al verse desbancado
Por el fósforo vil..... murió de pena!
La ingratitud, oh Pepa, es fiera horrible,
Pasión de un alma noble muy ajena,
Pecado aborrecible!
No seas, no, te lo aconsejo, ingrata
Ni aun con tu blanca y juguetona gata.

Esos tiempos pasaron, Pepa mía,
Tiempos de bienandanza,
De dicha, paz y holgura,

No de ambición, de robo, de matanza,
De miseria, de afanes, de agonía!.....
Y con ellos volaron presurosos
Esos días sabrosos que te digo.
Ora á aquella feliz adolescencia,
A aquella juventud risueña y pura,
La éra sucedió de la indigencia,
Del tedio y amargura
Del vicio, la mentira, la infidencia.

Ay! ya de aquella patriarcal fortuna
Estos míseros restos sólo quedan:
Cinco huérfanas, pobres, desmedradas,
De los besos que dieron ya gastadas,
Y un solo tenedor, ó bien tridente,
Que el cuarto es ya raigón más bien que diente.

De otras huérfanas hoy enhambrecidas,
Que de tanta grandeza nada vieron,
Ni aun humedecieron
Sus labios en el agua almacigada
De la casa paterna
En lujosos rincones conservada;
De esas bellas flores, hoy ya mustias,
Estas prendas, menguado patrimonio,
A precio vil vendidas,
Aliviarán el llanto y las angustias.....
Así el siervo, el amigo, el misionero
A la dura cadena se sujetan,
Rinden tal vez sus vidas,
Por rescatar la suya al prisionero.

Mas la hambrienta famila ya me aguarda;
Adiós, adiós! Recelo
Que si el socorro tarda,
Mas que el hambre la mate el desconsuelo!.....

Esos eran verdaderamente otros tiempos, señora mía. El bienestar y la abundancia relativos asimilaban en cierto modo á las diversas clases de la sociedad. El po-

bre, como el rico, tenían la comodidad y holgura que necesitaban para ser felices. Se hablaba entonces de onzas de oro, como se habla hoy de nikels, centavos ó billetes. El pobre, como el rico, tenían bueno y abundante pan, que hoy no tenemos ni por asomo. El pobre, como el rico, comían y bebían en plata fina, que, además de ser gran lujo por su valor intrínseco, era más económica que la loza moderna, que cuesta caro y pronto se destruye. Hoy sólo la gente de gran caudal tiene vajilla de plata, ó de algo que parece plata, y no la usa sino en las ocasiones solemnes. El más infeliz poseía antaño por lo menos un braserillo, un jarro y un pocillo del preciado metal.

Por eso me alegra, y al mismo tiempo me entristece, al coquito con pata y orejas de plata en que la señora madre de usted suele tomar todavía su chocolate; y por eso me alegra, y también me entristece, un ancho pocillo de loza de Talavera, ó de la China, que yace archivado en una alacena de mi casa, como trasto inútil, al cual pasó la moda, y que es para mi un recuerdo agridulce de mi feliz infancia. ¡Cuántas veces vi á mi madre tomando en él con su cuchara de plata el espumoso y aromático neivano! ¡Y cuántas mojó en él la sopa de pan que había de ofrecerme cariñosa!

Pero siquiera el pocillo existe todavía con sus pájaros verdes y sus figuras, kioskos y puentes chinescos, mientras que su merced hace ya muchos años que no lo lleva á sus labios.

X

Al hablar de la ingratitud de algunos extranjeros, que, ó no se toman el trabajo de estudiar el país, ú olvidan, ó afectan desconocer el mérito de las personas ó de

las cosas, cité por incidencia al célebre Barón de Humboldt como un ejemplo de ello.

Confieso mi atrevimiento al calificar casi de egoísta al sabio viajero prusiano que nos visitó en los primeros años de este siglo; pero no sé qué otro calificativo merezca en parte su extraña conducta. Es verdad que Humboldt llamó á Santafé "la Atenas de la América del Sur," en un sentido relativo, sin duda porque esta ciudad le pareció la más culta de cuantas hasta entonces había tenido ocasión de visitar en América, y porque debió sorprenderle que cuando él pensaba tal vez que este país se hallaba todavía en el estado primitivo, ó poco menos, encontró en la capital más de una docena de hombres notablemente instruídos, templados por el mismo tono que él, es decir, amantes y cultivadores de las ciencias naturales. Pero tal título, que los honraba y favorecía, no impidió que en sus escritos callase los nombres de esos sujetos, de cuyos conocimientos locales y prácticos se aprovechó grandemente, y que tan importantes datos y noticias le suministraron gustosamente acerca del país, su topografía, minas, producciones, climas etc.

Fíjese usted bien en que el calificativo de *Atenas* le fué dado á Santafé por Humboldt, no por los hijos de esta ciudad. Y fíjese también en la contradicción inexplicable que parece haber entre esta galantería del sabio prusiano y su conducta posterior.

En lo que de él he leído no recuerdo que hable, por ejemplo, de Caldas,—el más conspicuo de todos,—sino por incidencia, y lo mismo respecto de otros varios hombres notables del país, contemporáneos y amigos suyos.

En corroboración de ello citaré lo que el biógrafo de Caldas, D. Lino de Pombo, dice, en són de queja, en su *Memoria histórica sobre la vida, carácter, trabajos científicos y literarios, y servicios patrióticos de Francisco José de Caldas*, publicada en Bogotá en 1852.

Hablando de su famoso descubrimiento del modo de medir las alturas por medio del agua en ebullición, sin necesidad del barómetro, dice:

" Aguardaba Caldas con impaciencia la llegada del Barón de Humboldt á Popayán para someter á su juicio la teoría que con tanto esmero había creado y perfeccionado y saber al fin si era nueva. El ilustre viajero sólo pudo citarle otra teoría imperfecta y precaria, indicada por Sucio. Entró, pues, Caldas en posesión de su descubrimiento; y, á pesar de la noticia que de él tuvo Humboldt, á pesar del largo tiempo trascurrido, todavía no se le conoce en Europa, según parece, y muy poco en nuestro propio país.

. . . . . .

" Indispensable, aunque penoso, es hacer aquí notar que el Barón de Humboldt no correspondió de la manera que era de esperarse á la confianza y noble franqueza de Caldas en lo relativo á su descubrimiento del principio invariable de variabilidad del calor del agua en ebullición, no obstante haberlo admitido como original, después de ceder el campo en la objeción que propuso de que *el calor del agua variaba á la misma presión hasta un grado*, según lo afirma Caldas en su Memoria, y no obstante haberse aprovechado de él en el curso subsecuente de sus exploraciones científicas."

Más adelante copia algunas observaciones del Barón, que parece deja entender ser originales suyas, y sólo dice que Caldas hizo *algunas otras*. Ni una sola palabra —agrega el señor Pombo—acerca del descubridor de ese principio en América por sus propios y aislados esfuerzos.

Caldas fué desgraciado. Igual desengaño sufrió con su *Geografía de las plantas*, sistema de que fué único y exclusivo inventor, y de que igualmente se aprovechó

Humboldt. Parece, según estoy informado, que un distinguido botánico español, el señor Vilanova, ó Villanova, reivindica para Caldas la gloria de esta invención, muy anterior á la época en que el Barón escribió su obra que lleva el mismo título.

Forma contraste esta conducta egoísta con la del no menos célebre viajero, compatriota de Humboldt, H. Karsten, naturalista sapientísimo, que visitó nuestro país y estuvo en Bogotá por los años de 1855 á 1856, y cuyas obras, costeadas por el gobierno austriaco, se publicaron en Viena, en ese último año, con el título de *La situación geognóstica de la Nueva Granada (Geognostischen Verhältnisse New-Granada's, Von H. Karsten).*

Aunque este ilustre viajero no halló aquí sabios como Mutis, Caldas, Lozano y demás que brillaron á principios de este siglo, ni tuvo ocasión de conocer á los que en su tiempo existían, supo agradecer á los aficionados con quienes se relacionó, los datos que pudieron suministrarle, é hizo mención honrosa de ellos en sus escritos; y aun más, les dió sus respectivos nombres á algunas muestras de especies, para él nuevas, en materia de fósiles, que le fueron presentadas como pequeños obsequios ó recuerdos amistosos. Así puede verse en las ricas láminas grabadas que acompañan á su famosa edición de lujo, la cual tendré el gusto de enseñar á usted algún día, si usted lo desea.

XI

La primera mitad del siglo XVIII fué una época de importantes trabajos y muy fructuosas empresas en las misiones de Casanare, y á ellas están asociados los nombres de los PP. Gumilla, Mimbela, Rivero, Neira, Román—autor de una *Historia del Orinoco*—y otros no

menos beneméritos, por los grandes servicios que prestaron en ellas á la civilización y á la humanidad. Mucho debieron entonces una y otra á los hijos de Loyola por las fundaciones de multitud de pueblos y reducción de no pocas tribus. Más de cuarenta se contaban ya en los Llanos, bien organizados, en lo material y en lo formal, cuando los Jesuítas tuvieron que dejar el país.

El P. Gumilla, no sólo fué misionero activo y valeroso, sino también historiador notable. Escribió, entre otras cosas, el *Orinoco ilustrado*, obra clásica en su género, *Historia de las Misiones* y la *Vida del P. Juan Rivero*. También escribió una Gramática y vocabulario de la lengua *betoya*, que fueron muy útiles á otros muchos misioneros. ¡Loor imperecedero á esta ilustre Sociedad, y á su inmortal fundador!!

Apenas toco de paso este punto, pero no he querido dejar de hacer mención de él, porque todo lo que se refiere á la salvadora y humanitaria institución de las misiones, merece especial atención; y la época de que tratamos fué aquélla en que con más esplendor brilló en América esa cruzada de la fe y la religión, únicas que han civilizado y civilizarán al mundo, á despecho de los gobiernos que, llamándose grandes é ilustrados—ó que presumen serlo—hostilizan y persiguen, á manera de los bárbaros, tan grande y benéfica institución. Por fortuna esos gobiernos son impotentes para oponerse á la obra providencial, porque escrito está que el Evangelio ha de predicarse en todo el mundo.

Por el mismo tiempo se erigió el Virreinato de la Nueva Granada, que hasta allí había sido gobernada por Presidentes, medida que se hacía ya necesaria por cuanto la grande extensión territorial del país, su inmensa distancia de Lima, sede virreinal, á cuya Audiencia era preciso ocurrir en último caso, y más que todo, las fre-

cuentes y escandalosas colisiones entre los diferentes gobernantes,—colisiones que exigían el envío de Visitadores que no hacían sino complicar las cosas—todo esto, digo, embarazaba hasta lo sumo la administración pública, y entrababa la regular marcha del Gobierno.

Creo que dije á usted ya, que el Arzobispo Fray Francisco Rincón gobernó con acierto de 1715 á 1718, después de haber estado el Gobierno en manos de la Audiencia por destitución del Presidente Meneses. Vino después de éste, comisionado para establecer y fundar el Virreinato, D. Antonio Pedroza. Instalóle, en efecto, pero al año siguiente vino á reemplazarlo D. Jorge Villalonga, sujeto inepto, que, no juzgándose capaz de soportar la carga, informó al Gobierno manifestando lo innecesario que era mantener un Virrey en este país—aunque no se había tomado el trabajo de conocerlo y estudiarlo.—El Virreinato fué suprimido y volvieron los Presidentes por un corto período, sin que ninguno de ellos dejase cosa notable que referir, si se exceptúa la pacificación de las tribus del Darién, durante el mando de D. Rafael de Eslaba, y la gloriosa defensa de Cartagena contra la escuadra del Almirante Vernon, defensa que hizo su hermano D. Sebastián de Eslaba nombrado para reinstalar el Virreinato.

Aquí me viene como de perlas el recuerdo de este episodio glorioso de los anales de la ciudad heróica, episodio que ya traté largamente en el *Repertorio Colombiano.* Y me viene de perlas por una circunstancia reciente y de actualidad *palpitante*, como suele usted decir—aunque ya me ha prometido no volver á decirlo.—

Como usted recordará, este señor Almirante vino á nuestras costas enviado por el Gobierno inglés á mediados del siglo último para hostilizar las posesiones españolas. Tomado Portobelo, plaza secundaria y mal de-

fendida, creyó que podía hacer lo mismo con Cartagena, y, habiendo recibido refuerzos de su país, se dirigió contra esta plaza, persuadido de un seguro triunfo. En Inglaterra se tenía por tan seguro, que, entre otras cosas, le mandaron varias medallas acuñadas que conmemoraban la toma de Portobelo, y también la de Cartagena, que se creía infalible. Una de ellas representaba al Gobernador D. Blas de Lesso, que, con el Virrey Eslaba, dirigían personalmente la defensa, arrodillado delante del Almirante, entregándole la espada, y al rededor una inscripción que decía: *The pride of Spain humbled by Almiral Vernon.*

Usted sabe que el Almirante volvió trasquilado en vez de llevar lana, pues la derrota fué completa. Otra medalla con las mismas figuras pudiera muy bien haberse acuñado llevando este lema: *The pride of England humbled by Governor Lesso.*

Pues bien, esa medalla con otras varias, de bronce unas y de cobre otras (parece que son 16), forman una colección interesantísima traída por nuestro compatriota el señor D. Nicolás José Casas, quien, con una perseverancia y acuciosidad dignas de todo elogio, logró reunirlas en Inglaterra, y es la que generosamente ha regalado á nuestro Museo, y cuyas copias litografiadas se están publicando en los *Anales de la Instrucción pública.* Persona muy competente y conocedora de todos los Museos de Europa me ha asegurado que ni el Museo Británico ni el de Madrid—los dos más ricos en esta materia—poseen una igual.

Hombres como el señor Casas son honra y gloria de nuestro país, por su amor al estudio y por su patriótico desinterés. Y, si es que el Gobierno nacional no le ha dirigido expresivas frases de agradecimiento por tan importante donación, yo me permito hacerlo aquí, en nombre del Museo y en nombre de usted y mío.

Me figuro que en todos los países medianamente civilizados se estiman estas cosas hasta un grado que en ocasiones parece exagerado, si no ya fabuloso, y todos los días se ve que un instituto científico, una sociedad de anticuarios, ó un simple particular, aficionado, ofrecen grandes sumas por una cosa que á muchos parece insignificante, y que tal vez lo es en sí, pero á la cual da valor y mérito el transcurso de los siglos, que todo lo engrandece, y el carácter nobilísimo de datos históricos.

Volvamos á nuestro Almirante. El 8 de Mayo salía avergonzado y mohíno de las aguas de Cartagena, cubriendo la retaguardia de su escuadra, en camino para Jamaica, y de allí para su tierra, donde fué muy mal recibido.

Cartagena fué siempre, desde tiempos anteriores, el blanco de las empresas piráticas de los europeos, y más de una vez sufrió asaltos y saqueos y sitios crudelísimos como el de que acabamos de hablar, el de Morillo en 1814, y el muy reciente de 1885, siendo de notar, como circunstancia curiosa, que el mes de Mayo ha sido como el escogido para los combates y triunfos de aquella heróica plaza, ya en gloriosas guerras nacionales, ya en tristes contiendas fratricidas. En Mayo de 1679 se levantó el sitio que le había puesto la escuadra pirática del Barón de Pointe, en combinación con la de otro pirata, Ducasse, en gran parte de alzados y aventureros, pero compuesta de veintidós navíos y como 14,000 hombres. La defensa del castillo de Bocachica, hecha entonces por el célebre castellano D. Sancho Jimeno, es una de las más heróicas que registran los anales de aquella ciudad, y le mereció á este valiente la estimación y las consideraciones de los Jefes piratas, hasta el punto de ofrecerle uno de ellos su espada. La respuesta que dió á la intimación que se le hizo, de que entregase el castillo, pues

era una temeridad que continuase resistiendo con tan poca gente como tenía, será siempre un timbre de gloria para su nombre: "Dígale usted á su Jefe—contestó al mensajero—que no entrego el castillo porque no es mío, sino que se me ha dado á guardar; pero que, si quiere, venga por él. Que tengo mucha gente y muchas municiones—(y estaba casi solo); pero que si tengo poca ó mucha, nada le importa á él, y aunque me quedara solo, solo lo defendería."

Todavía es más curiosa la coincidencia de que el 8 de Mayo de 1739 se levantó el sitio que puso la escuadra de Vernon, según hemos visto, y el 8 de Mayo de 1885, terminó igualmente el que los revolucionarios de ese año pusieron á la misma plaza, mandados por su Jefe Ricardo Gaitán Obeso.

En esos tiempos era la Inglaterra la que, por rivalidades políticas y religiosas con la España, armaba expediciones contra sus colonias de América, ó bien auxiliaba secretamente las empresas piráticas de los aventureros que por su cuenta venían á nuestras costas á incendiar y saquear sus poblaciones, como sucedió con la del *caballero* Drake.

Hoy, en pleno siglo XIX, y con un pie ya en el XX, es la Italia la que se ha encargado de hostilizar y amenazar las que fueron colonias españolas, y ahora son Repúblicas soberanas é independientes, aunque incipientes y débiles, como lo fué la Italia en sus principios.

XII

Durante esta guerra de la España con la Inglaterra, se presentó un acontecimiento que, aunque no tocaba directamente con el territorio que hoy se llama Colombia, es señaladísimo en la historia de las ciencias, y de

magna trascendencia por su inmensa importancia, á saber: la llegada á Cartagena, en Noviembre de 1735, de la Comisión científica enviada por el Gobierno de Francia para medir el grado del meridiano terrestre en la línea ecuatorial, y poder así determinar con precisión la figura de la tierra, que hasta fines del siglo XVII se creía perfectamente esférica.

No me tomaría la libertad de hacer á usted alguna explicación sobre esto, si usted misma no me hubiera manifestado deseo, ó curiosidad, de saber algo más sobre esa Expedición, con motivo de lo que hemos hablado acerca del Museo de Bogotá y de una lápida que usted vió allí.

Excuso decir á usted,—porque lo sabe tan bien como yo—que los meridianos son círculos imaginarios que van de un polo á otro de la tierra, y se suponen divididos como los demás círculos en 360 partes ó grados. Pues bien: si uno de esos grados, medido en el ecuador, resultara tener menor extensión que otro inmediato al polo, aquél debería pertenecer á un círculo más pequeño que éste; así como los minutos que se marcan en la muestra del lindo reloj de bolsillo que usted usa son más pequeños que los de un reloj grande, aunque ambos tienen 60. De aquí se inferiría que toda la región polar es más plana, relativamente, que la región ecuatorial. Y como esto fué lo que, después de largas y laboriosísimas operaciones, hallaron los académicos franceses, en unión de dos sabios marinos españoles, D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, quedó demostrado que nuestro planeta no es una esfera perfecta, sino un esferoide, un poco deprimido hacia los polos y levantado hacia el ecuador.

Me viene aquí un recuerdo, y lo consigno, por vía de digresión oportuna, porque coincide con la teoría del aplanamiento de los polos, ó está relacionado con ella.

En estos últimos años ha revivido con entusiasmo en los círculos científicos de Europa la antigua teoría de que la región polar es un país de suave y apacible clima, donde el hombre puede vivir agradable y cómodamente: teoría que se funda en una observación hecha repetidas veces, y es que al aproximarse el invierno en la zona templada del Norte, muchos animales, especialmente cuadrúpedos, emigran en bandadas, no hacia el Sur, como lo hacen las golondrinas y otras aves, sino al contrario, hacia el Norte, atravesando, por lugares que ellos conocen sin duda, los mares y las montañas inaccesibles de hielo para internarse en la zona fría; y, terminada la estación, regresan á sus tierras gordos y aun reproducidos: lo que prueba—dicen—que hay en esa región desconocida climas y producciones á propósito para la vida, como en la zona templada.

Esto, agregado á la observación que han hecho varios de los navegantes que en diferentes épocas han intentado penetrar por aquellos lugares en busca del polo, de que suelen venir de vez en cuando de aquella, al parecer glacial región, ráfagas de un viento tibio y agradable, ó por lo menos de una temperatura superior á la de aquellas latitudes, parece confirmar, no sólo á los sabios, sino aun al simple sentido común, en la idea de que esa región está más sujeta á la acción del calor central de la tierra que las otras zonas, y por consiguiente deprimida y aplanada; hecho que nosotros los americanos conocemos prácticamente al bajar de las tierras frías á las calientes.

Si algún día se llega á dar dirección segura á los globos, es de esperarse que iremos todos á hacer ese agradable paseo, teniendo cuidado de llevar buen fiambre y buenos abrigos, porque habrá que *pasar el páramo*.

Volvamos á nuestra Comisión, que dejamos en Car-

tagena preparando su viaje para Quito, la cual salió de aquella plaza á fines de 1735 por la vía de Portobelo. Los trabajos en ese país fueron, no sólo astronómicos y físicos, sino también geográficos respecto del Perú, Chile y Nueva Granada, y serán un timbre eterno de gloria para la Francia y la España. En 1746 se terminaron éstos, y para perpetuar la memoria de su resultado, la Comisión erigió en el valle de Tarqui, á pocas leguas de la ciudad de Cuenca, un monumento de cuyas dimensiones y figura no tenemos pormenores; pero se sabe que en él fueron colocadas varias lápidas de mármol con inscripciones latinas, en que sin duda se consignaron los datos y observaciones que le sirvieron para la resolución del gran problema.

Ese monumento abandonado en un despoblado se arruinó, y de sus restos parece que no ha quedado—á lo menos que se sepa—sino la lápida que en 1804 halló nuestro Caldas tirada en el campo, y que trajo á su costa á Santafé para colocarla en el Observatorio astronómico, la que, después de muchas vicisitudes, vino á parar al Museo nacional. Allí ha estado este monumento arqueológico é histórico hasta hace pocos meses en que se le entregó al señor Ministro ecuatoriano en Bogotá, á petición de su Gobierno, y es el mismo que usted vió.

Como relacionado con este asunto, y como un episodio de actualidad que usted no conoce, voy á manifestarle lo que me cupo la honra de hacer para completar la obra de Caldas, es decir, para tratar de conservar en nuestro país tan preciosa joya; pero antes pido á usted me disimule la parte que esto tiene de personal.

Estaba yo encargado del Museo, cuando el señor Llona, Ministro ecuatoriano, solicitó del Gobierno la entrega de la lápida. El señor Secretario de Instrucción pública tuvo á bien pedirme por escrito, en Agosto de 1885,

un informe sobre el particular, el que me apresuré á dar, manifestando franca, aunque oficiosamente, mi opinión adversa á la entrega de objeto tan precioso.

Pero sería, no sólo poca galantería, sino bárbara monstruosidad, trascribir aquí para una señora dos largas notas oficiales con todo el aparato de fechas, números, secciones y ramos que se usa en las tales. No digo yo que usted se durmiera al leerlas, pero á lo menos me calificaría de impertinente y poco atento, y á fe que no le faltaría razón. Así, me contentaré con hacer algún breve extracto ó copiar algún párrafo de ellas en lo tocante á lo sustancial del asunto:

" Usted se sirve pedirme—decía yo al señor Secretario—un informe, como encargado que he estado durante algún tiempo del Museo nacional, y para corresponder á esta invitación me permitiré hacer unas breves observaciones y manifestar francamente mi opinión.

" La lápida á que se refieren las notas citadas se halla, en efecto, en el Museo, aunque algo deteriorada, especialmente la inscripción latina que en ella pusieron los académicos franceses La Condamine y Bouguer, por efecto del tiempo y de las traslaciones que ha sufrido de unos lugares á otros. Aunque la tradición no lo dijera, no cabe duda de la autenticidad de ese monumento científico que, según dice á usted el señor Secretario de Relaciones Exteriores, á pesar de las disposiciones tomadas por el Gobierno de la Unión, *en virtud de las promesas que se han hecho al Gobierno ecuatoriano* sobre devolución de esa piedra histórica, no se ha conseguido hasta ahora hacerla llegar á su destino.

" Creo que en este asunto (aquí entra mi oficiosidad) hay que considerar dos cosas: la cuestión legal y la de conveniencia. Respecto de la primera debe tenerse presente que, aunque la referida lápida fué propiedad del

Gobierno español en el reino de Quito hasta principios de este siglo, hoy ha pasado á serlo del Gobierno de Colombia, desde que el ilustre Caldas, en el viaje que hizo al Ecuador en 1804, la halló tirada en el campo, donde había servido durante mucho tiempo de puente en una acequia, y, quitada de allí, iba á ser perforada para colocarla de rejilla en otra acequia, según lo dice el biógrafo de Caldas, D. Lino de Pombo. Caldas la trajo hasta Santafé, á su costa, y la colocó en el Observatorio astronómico, de donde, extraviada durante algún tiempo, el General D. Joaquín Acosta la recuperó y colocó en el Museo nacional. Por una prescripción, pues, de casi un siglo, nuestro Gobierno ha adquirido su perfecta propiedad."

. . . . . .

"La cuestión de conveniencia, aunque secundaria, no deja de ser importante. La lápida de que se trata es una de las pocas cosas dignas de atención que existen en nuestro pobre Museo, que de su antiguo esplendor ha venido á quedar reducido á tristes y desmedradas ruinas. No hay hombre estudioso, ni extranjero ilustrado que no reconozcan el mérito de ese monumento arqueológico de inmenso valor; y cuando digo valor, no hablo solamente del valor apreciativo ó científico, sino aun del precio en dinero que, en un caso dado, podría ofrecer por él cualquier gobierno ó corporación científica, los cuales se holgarían de poseerlo como una joya preciosa. Pero el hablar de precio es una consideración tan secundaria y prosaica, que apenas merece consignarse aquí.

"En el mismo caso de la lápida se hallan otros objetos del Museo que bien podrían ser reclamados por otros gobiernos, tal es, por ejemplo, la llave del castillo de San Carlos de Maracaibo, presentada por el General Manrique al General Santander después de la toma de

dicho castillo y barras de Maracaibo en 1824; llaves que el Secretario de Guerra de la antigua Colombia, General Soublette, envió al Director del Museo en 1826, para su conservación en él. Sobre este asunto ha hablado ya algún periódico venezolano en són de protesta, aunque disimulada.

"Igual cosa sucede con el manto de Atahualpa, enviado del Perú por el General Sucre para ser conservado en el Museo de Bogotá.

"Si todos estos objetos hubieran de ser devueltos á los respectivos gobiernos, por considerarlos éstos como propiedad suya, habría que cerrar nuestro Museo, que, como he dicho, no es muy rico en objetos dignos de atención.

"Mi opinión particular, extraña á todo interés que no sea el del amor á la ciencia y á la patria, me llevaría, no á sugerir, sino á suplicar al Gobierno que conservase la lápida que la mano del sabio Caldas redimió del olvido y de la destrucción, y que bien merecería ser colocada en un modesto monumento en el Observatorio astronómico de la docta capital de Colombia."

. . . . . .

Después de este incidente, y de la comunicación preinserta, vi en la *Guía oficial y descriptiva de Bogotá*, para 1858, que el Congreso granadino, por una ley expedida en el año anterior, autorizó al Poder Ejecutivo nacional para hacer donación al Gobierno del Ecuador de la preciosa lápida monumental del cerro de *Francés-Urcu*, con que enriqueció nuestro país el eminente Caldas. Este hecho, que yo ignoraba, ó no recordaba, no ha venido á tener cumplimiento hasta treinta años después, y es de sentirse que él haya tenido lugar cuando nuestro Museo ha comenzado á regenerarse á esfuerzos del Gobierno general.

Muchas veces he pensado sobre cuál pudo ser la causa de la pronta y total destrucción del monumento erigido en Tarqui por los Académicos franceses, y no he podido atribuírlo á la acción del tiempo, puesto que entre el de su erección y el de su ruina mediaron pocos años. Los académicos terminaron sus trabajos en 1745, y Caldas hizo su viaje al Ecuador en 1804, año en que halló yá tirada en un campo la lápida que trajo á Bogotá, único resto que encontró de dicho monumento; lo que hace suponer que mucho antes había desaparecido del punto donde se levantó. Una construcción que naturalmente era sólida, como destinada á objeto tan grande, y, además, hecha bajo la inmediata dirección é inspección de los académicos, no podía perecer en el corto espacio de menos de medio siglo. Tampoco es de suponerse que un terremoto, de los que tan frecuentes son en aquellas regiones, lo hubiese derribado, pues, además de que, si así hubiera sido, habría quedado la tradición del suceso, también se habrían hallado algunos de los restos ó escombros, los cuales no habrían podido desaparecer en pocos años.

De estas dudas ha venido á sacarme de un modo muy claro un libro que existe en la Biblioteca nacional, escrito y publicado en Francia en 1746, aunque no dice el lugar de su publicación, y cuyo título es *Lettre á Madame*** sur l'emente populaire excité en la ville de Cuenca au Perou le* 29 *d'Août* 1739, *contre les academiciens des sciences, envoyés pour la mesure de la Terre—MDCC.XLVI.*

De este libro, de que siento no poder, como quisiera, hacer un extracto algo extenso, aparece que la Comisión científica fué objeto de la animadversión de aquellos pueblos que, en su ignorancia y atraso, no alcanzaban á comprender la inmensa importancia de su misión, y,

lejos de creerse honrados con ella, y favorecerla, la miraban de reojo, sospechando que sus miras, y las de la Francia, fuesen muy distintas de las que aparentaban. La naturaleza de sus trabajos, los instrumentos desconocidos de que usaban, el idioma mismo que hablaban, hacian, sin duda, que atribuyesen tales operaciones á brujerías ó á cosas de Satanás. De otro modo no se explica cómo pudieron perseguir á hombres inofensivos y ciertamente honorables.

Refiérese allí que se preparaba una gran corrida de toros en la plaza de la ciudad de Cuenca—hoy República del Ecuador—y estando en la fiesta se excitó una conmoción entre el pueblo, principalmente contra el señor de Seniergues, cirujano del Rey, nombrado para acompañar en sus excursiones á los miembros de la Comisión, asonada de la cual resultó que este señor fué acribillado á heridas y muerto. Parece que había algún motivo especial, ó personal, contra este señor, que produjo la irritación del pueblo; pero, por lo que he leído, no he podido deducir de parte de quién estuviera la razón.

En seguida de dicha relación, hecha por un testigo presencial, en francés y en español, se hallan las piezas justificativas que forman el proceso criminal seguido en la Audiencia Real de Quito con motivo de este suceso; mas no se sabe si los Gobiernos de España y de Francia tuvieron conocimiento de él, como era natural, ni si hubo alguna reclamación por parte del último.

Las siguientes palabras de las primeras páginas del libro dan bien á entender lo que he dicho al principio: "Los rumores—dice—que se han esparcido en París con motivo del acontecimiento que refiero á usted, no son más extraños ni más ridículos que los que han corrido sobre las causas que prolongaron tan largo tiempo

nuestra residencia en América. Hemos estado acostumbrados, hace diez años, á oír por donde quiera que hemos andado tántas extravagancias, tántas puerilidades, y aun absurdos sobre el objeto de nuestro viaje, y sobre todo lo que con él se relaciona, que lo que se ha dicho á dos mil leguas de distancia de nosotros, no debe sorprendernos.

"No diré aquí nada que no sea conforme á las piezas del proceso criminal que he seguido en calidad de ejecutor testamentario contra los asesinos del difunto. Extraño es, ciertamente, ver el derecho de gentes violado, tanto en su persona como en las de los Académicos enviados por el Rey y provistos de los más solemnes pasaportes y de las órdenes más terminantes y más favorables de Su Majestad Católica. M. Bouguer y yo nos hemos visto expuestos más de cerca á un peligro de que ninguno otro de los de la Comisión ha estado exento, ni aun los Capitanes de navío nombrados por la Corte de España para asistir á nuestras observaciones. No puede, sin embargo, echársenos en cara el haber dado por nuestra parte el menor pretexto para tales violencias, pues que, con excepción del difunto, no aparece en el proceso la más ligera queja contra alguno de nosotros."

Todo esto me había hecho creer hasta ahora que el odio injustificable contra la Comisión se había extendido naturalmente contra su obra, perpetuada en el monumento erigido cerca de la misma ciudad de Cuenca, y nada tiene de extraño que ese mismo populacho bárbaro hubiese, tarde ó temprano, cebado en él su saña, no dejando tal vez ni vestigios suyos. Y si acaso los magistrados ó gobernantes del país no hicieron justicia con los asesinos del médico, tampoco sería extraño que mirasen con indiferencia, tal vez con secreta satisfacción, tamaño atentado contra la ciencia, contra la civilización y contra su propia patria.

Pero de tales dudas ha venido á sacarme la lectura de lo que sobre este punto trae el presbítero D. Juan de Velasco en su *Historia del Reino de Quito* (tomo 3°, página 57), y que usted me permitirá agregar aquí, por ser un incidente esencialísimo y de no poco interés :

"El corregimiento de Yaruquí (!) (República del Ecuador), situado bajo la Línea, fué donde los Académicos de París levantaron dos obeliscos ó pirámides, que fueron causa de no pocos disgustos. Fué el caso que, siendo mandados á Quito para observar los grados terrestres bajo el Ecuador, y determinar por ellos la verdadera figura de la Tierra, llegaron en 1736. Por Noviembre del mismo año levantaron las dos pirámides en la llanura de este pueblo, que es inmediato á Quito, para que sirviesen de términos fijos á la basa fundamental de todas las operaciones. Las inscripciones de dichas pirámides, grabadas en mármol, dieron motivo á que los dos marinos españoles, que fueron con ellos á las mismas operaciones, se quejasen, por contener expresiones indecorosas, no sólo á la Nación, sino también al Soberano.

"Pidieron cortesmente que fuesen corregidas y mudadas aquellas inscripciones, y no habiendo obtenido el intento, dieron formal querella á la Real Audiencia de Quito. Expidió ésta decreto para que, no sólo fuesen quitadas las inscripciones, sino demolidas las pirámides, como se ejecutó luégo al punto. Apelaron los franceses á la Corte, donde no dudaron salir triunfantes, con el favor del señor Felipe V; mas se engañaron, porque este monarca, aunque francés, aprobó todo lo obrado, por más que habían hecho otras inscripciones corrigiendo los términos con que habían disgustado á la nación española."

Aquí hay una nota que, en extracto, dice que "en Noviembre de 1836 el señor Rocafuerte, Presidente en-

tonces de la República del Ecuador, se trasladó personalmente á la parroquia de Yaruquí para hacer restablecer este monumento científico, y colocó bajo su cimiento una pequeña urna que contenía una plancha de metal con la siguiente inscripción: *Los académicos franceses.... mandados por Luis XV, Rey de Francia, levantaron estas pirámides en el mes de Noviembre de* 1736. *Fueron destruídas por orden de los Reyes de España, y restablecidas cien años después, en Noviembre de* 1836, *en los mismos puntos determinados por los académicos, de orden del Excelentísimo Señor Vicente Rocafuerte....*" ¡ Glorioso centenario !

. . . . . .

Agrega que en 1841 la Academia de Bellas Letras de Francia dedicó otra inscripción para que fuese grabada sobre la misma pirámide. Y en seguida copia dicha inscripción latina.

XIII

Fueron esos años aciagos para el país, por calamidades de todo género que lo afligieron. Apenas terminada la guerra con los ingleses, vinieron nuevos anuncios de prepararse otra expedición en Inglaterra para vengar la pasada humillación. Así que el Gobierno de Santafé hubo de tomar activas providencias y hacer grandes preparativos para mandar fuerzas y recursos á Cartagena, lo cual, además del alarma que siempre trae consigo la espectativa de una guerra, exige sacrificios de dinero, hombres, caballerías, armas, víveres y otros menesteres, y el pueblo en general es el que sufre tan pesadas cargas.

Fuera de esto hubo grandes temblores de tierra, uno de los cuales arruinó casi totalmente á Popayán y otras

poblaciones. Un formidable incendio redujo á cenizas á Panamá, y, en fin, un largo verano asoló casi todo el país, hasta hacerse sentir el hambre en los pueblos del interior, por lo cual, para aliviar las grandes necesidades que padecía la clase pobre, se prohibió el alza de los precios de los víveres, y se dictaron otras providencias.

Este cuadro se completó en Santafé con una horrible tempestad que se descargó sobre la ciudad y sus alrededores, la cual hizo grandes daños. El granizo, de tamaño extraordinario, destruyó varias sementeras y dañó muchas casas; los ríos y arroyos salieron de madre é inundaron la ciudad y los campos, ahogándose varias personas y dañándose varios puentes. El riachuelo de San-Agustín, que en aquella época llevaba mayor caudal de agua que al presente, invadió la plazuela del mismo nombre, y penetró hasta la recién consagrada iglesia. Finalmente, cayeron muchos rayos en la ciudad, que hicieron daños y mataron algunas personas, entre ellas un religioso y un novicio del convento de Agustinos Descalzos, cuya comunidad había bajado á la iglesia para implorar misericordia. Un rayo cayó en medio de ella, y, fuera de aquéllos, maltrató á otros religiosos. Contaban los viejos—pues esta noticia se tiene por antigua tradición—que pasaron de quince las víctimas de aquella funesta calamidad en solo el recinto de la ciudad, fuera de las que perecieron en los campos por causa de las inundaciones.

Una de las ventajas que ha tenido siempre esta nuestra querida ciudad es que las grandes tempestades han sido raras en ella; pero de algún tiempo á esta parte se ha notado que son más frecuentes. Esto mismo se ha observado en otros países, así como el gran número de sacudimientos terrestres en todo el mundo en los últimos años. Los sabios dirán la causa ó causas de tales fenó-

menos: yo me contento con preguntar si el abuso que se está haciendo de la electricidad para todo, no tendrá alguna parte en ellos. Este fluído está sabiamente distribuído en ciertas proporciones en la atmósfera y en la tierra, y cualquier desequilibrio en esa proporción pudiera ocasionar algún trastorno. Nadie ignora que los fenómenos eléctricos están íntimamente relacionados con los fenómenos volcánicos. Cuando el alumbrado por medio de la luz eléctrica y otras aplicaciones de este fluído poderoso se hayan generalizado en todo el globo, ¿no habrá temor de influencias funestas en la atmósfera y en el interior de la tierra, receptáculo general del mismo? Yo no establezco una tesis: no hago más que preguntar, en uso del derecho que todos tenemos de interrogar á los sabios.

Hablando un día de esto, me había hecho usted una observación muy juiciosa, y que por lo pronto me dejó suspenso:—Creo yo, me decía usted, que es tan pequeña la cantidad de electricidad que se extrae de la atmósfera, que no podrá producir esos efectos desastrosos. Pero, mi señora, andando los tiempos, cuando este fluído se aplique para todo en el universo mundo; cuando lleguemos al punto de que baste tocar el pequeño resorte de una máquina para que ésta haga la comida, nos la traiga de la cocina, nos la sirva y nos abra la boca para comerla; cuando al tocar otro botón nos hallemos repentinamente vestidos al salir de la cama, ó podamos escribir diez cartas en un minuto, sin mover la mano, y sin más amanuense que un alambrito de cobre que trasladará nuestros pensamientos al papel; entonces veremos la anarquía, el desconcierto, el desbarajuste de todos los elementos, y quién sabe cuántos trastornos en la naturaleza....

Insignificante llama usted la cantidad de electricidad

que se le saca á la atmósfera. Si se tratase de extraerle el oxígeno, por ejemplo, comprendo que, comparativamente, podría ser insignificante, y sin notables resultados; pero una sola chispa eléctrica puede producirlos desastrosos, así como los produce una cantidad pequeñísima de dinamita ó de nitro-gliserina. Así no admito la comparación con el oxígeno, y creo que el trasiego constante que actualmente se efectúa al través de los mares y los continentes, y las infinitas aplicaciones que se están haciendo de aquel fluído, pueden, á la larga, traer un desequilibrio funesto. Recuerde usted lo que nos decían antes á los muchachos:—¡No hay que jugar con candela! A Franklin le iba costando la vida una ligera experiencia. Hemos visto caer muchos rayos en los aparatos telefónicos y en los telégrafos, y los fenómenos que suelen coincidir con las tempestades, erupciones volcánicas y auroras boreales, no son más que anuncios de lo que pueda suceder más tarde. En fin, doctores tiene la ciencia que sabrán dar razón de esto mejor que un profano.

XIV

¿No quiere usted que hablemos de cosas que afectan sus nervios? ¡Sea enhorabuena! ¿Le interesaría á usted que hablásemos de moneda?... Veo en su cara que va á decirme:—Me gustan las monedas; pero, ni entiendo ni quiero entender esas cuestiones de relación entre el oro y la plata, el papel-moneda, los bancos, ni nada de eso que ustedes llaman economía política.—Tiene usted, mi amiga, sobrada razón, y yo le hago dúo en esta materia, ó, por lo menos, le llevo el compás. A una señora no le está bien entender sino la economía doméstica.

Pero quisiera hablarle á usted de *moneda*, y no de

monedas. Usted sabe, si recuerda su gramática, que el singular expresa más que el plural, porque la extensión de aquél es absoluta ó genérica, mientras que la de éste es relativa ó específica. Mucha diferencia hay entre *el oro* y *los oros*, *el vino* y *los vinos*, *el aire* y *los aires*....

No se asuste usted, que no voy á hacerle clase de gramática. Como usted gusta tánto de saber cosas antiguas—que ahora están de moda—y de averiguar el origen de algunas de ellas, le hablaré de la Casa de Moneda de Bogotá, asunto que á mí me interesa, como descendiente de su fundador, y por haber sido partícipe de los intereses del capital que allí se le reconocía, y que el gobierno del General Mosquera nos arrebató contra viento y marea.

El establecimiento ó fundación de una Casa de Moneda, aunque parece un asunto de interés puramente local, es de una gran trascendencia para toda una nación, como que allí han de venir á acuñarse todos ó la mayor parte de los metales finos que ella encierra en su seno, y, por consiguiente, á poner en circulación el signo representativo de todos los valores en el comercio y en la industria, á manera del aceite que se pone en las máquinas para que puedan funcionar fácilmente. Eso es lo que vamos á ver, si usted gusta, en pocas palabras, sobre la que se estableció en esta capital, y á donde venían á acuñarse el oro y la plata de Antioquia, Tolima, Santander y otros puntos, hasta que se sancionó la libertad de exportación de los metales por el Gobierno republicano.

Desde 1718, D. José Prieto Salazar, uno de los hombres más acaudalados de esta ciudad, obtuvo privilegio del Rey para establecer por su cuenta una ó más casas de moneda en el Nuevo Reino, dándole en plata y valores $ 220,000. Años después, en 1750, resolvió aquel

Gobierno reintegrar á la Corona el derecho de acuñar moneda, que habia enajenado, no sólo en el Nuevo Reino, sino también en México y en otros países, por consecuencia de los apuros de su exhausto tesoro.

Prieto gozó hasta su muerte de los títulos y privilegios que por este contrato había adquirido. Pero, habiendo cesado la acuñación por cuenta de particulares, se declaró que á éstos se les indemnizarían los justos derechos que tuvieran yá adquiridos. Muerto Prieto, su viuda, Dª María Ana de Ricaurte, reclamó la indemnización, y le fué concedida una pensión de $ 8,000 sobre la Real Casa de Moneda, para ella y sus descendientes.

Estos fueron multiplicándose con el tiempo por las diferentes ramas de los siete hijos que dejó Prieto, y al fin llegaron á ser tántos los partícipes de la pensión, que—á lo menos en los de ciertas ramas—vino á quedar reducida á una pequeña cantidad, que, sin embargo, era de algún auxilio para los que no contaban con grandes recursos, especialmente señoras ancianas, viudas ó enfermas. En 1848 el Presidente Mosquera dispuso que el capital correspondiente á los intereses que se distribuían se reconociese al 6 por 100 sobre el Tesoro nacional, y al efecto, se expidieron á los interesados—que tuvieron que someterse de grado ó por fuerza á esta disposición, que á muchos perjudicaba—vales de renta sobre el Tesoro, en que, aumentando el interés del 5 al 6 por 100, se disminuía á cada uno proporcionalmente el capital que se le reconocía.

Aceptable habría sido esta disposición si la renta sobre el Tesoro hubiera tenido entonces en el mercado un precio razonable; pero el descrédito del Gobierno, en aquella época de despilfarros, agregado á la gran cantidad de vales que venía á ponerse en circulación con esta medida, hicieron bajar considerablemente su valor, y el

que más afortunado anduvo se vió obligado á vender los suyos al 20 por 100, en lo cual fueron los más pobres los que más se perjudicaron.

La gran casa de Prieto, con todas sus máquinas y anexidades, también fué presa del Gobierno, quien declaró que era propiedad nacional, como tántas otras fincas que tenían sus legítimos dueños.

Habíase introducido, desde el tiempo de la *Patria boba*, el abuso de asimilar los pesos españoles, ó fuertes, á los llamados *de china*, que se acuñaron entonces para ocurrir á las necesidades apremiantes del Tesoro, y después á los demás pesos de baja ley; pero, habiéndose restablecido después la diferencia legal de 25 por 100 entre unos y otros, le ocurrió á alguno de los *redimidos*, contra su voluntad, solicitar del Gobierno que, á lo menos, se reconociese el crédito á los descendientes de Prieto en moneda de ley, restableciéndose así las cosas al estado primitivo, pues el capital, como los intereses, se habían estipulado en la única moneda legal que al tiempo de la fundación se reconocía, á saber, pesos españoles. Pero consultado privadamente el punto con el señor Secretario de Hacienda, *a priori* contestó:—" Ni lo intenten siquiera." Sus razones tendría.

Esta historia, así diseñada, es, poco más ó menos, la misma de la fundación de la Casa de Moneda de Popayán, establecida por D. Pedro de Valencia, que adquirió por su privilegio un título de Castilla, el de Conde de Casa-Valencia.

¿Qué es hoy de la Casa de Moneda de Bogotá? Puede aplicársele aquel antiguo refrán, que dice: en la casa del herrero, azadón de palo. Muchas máquinas modernas, muchos directores extranjeros, y más ha sido el ruido que las nueces. En la tierra del oro, de la plata y de todos los metales, la que antes puso en circulación

millones y millones, duerme hoy el sueño de la muerte, y muy dichoso es el que en Cundinamarca logra tocar una moneda, no diré de oro ó plata, pero ni aun de cobre, pues todo se ha reducido á cédulas mugrientas y á papeles que circulan con dificultad. Si esta crisis monetaria ha sido, ó es general, podemos decir como Sancho, hablando de la luna, que ha habido *cris*—ó eclipse—pues ciertamente nuestro eclipse ha sido total.

XV

Hemos llegado yá á uno de los más importantes sucesos que ocurrieron en la colonia en el último tercio del siglo: la expulsión, ó más bien supresión, de la Compañía de Jesús en todos los dominios del Rey de España, *bajo pena de muerte* á los que volviesen á cualquiera de ellos. Tanto encarnizamiento no era, sin duda, hijo de una honrada convicción, ni de la conciencia política, sino de un sentimiento ruin de venganza de parte del Rey Carlos III por la pérfida sugestión de mal aconsejados áulicos, de que los Jesuítas atacaban su honra calumniándolo atrozmente.

No voy á repetir á usted esta vieja historia—si es que la historia envejece alguna vez—sino únicamente á mirarla por dos puntos. Como asunto de carácter universal, recordará usted el medio poco decente de que se valieron dichos consejeros para persuadir al débil Carlos que debía adoptar esta medida á fin de vengar una supuesta injuria. Choisseul en Francia, Pombal en Portugal, Aranda, Campomanes y otros de la comparsa anticatólica y antijesuíta, agentes del filosofismo y jansenismo, fingieron cartas—porsupuesto falsificando firmas—una de ellas atribuída al General de la Orden, en la cual decía á un *su corresponsal*, que poseía documentos au-

ténticos para probar que Carlos III era hijo bastardo. ¿Pero eran realmente apócrifas esas cartas? Eso es lo que comprueba la historia, y esa la parte cómica y ridícula en un asunto tan serio. El Rey de España, como dócil instrumento de aquellos intrigantes, instaba al Santo Padre para que suprimiese la Orden de Loyola. Este, por su parte, exigía documentos bastantes que pudiesen servir de fundamento para tan grave resolución, y que justificaran la expulsión de los Jesuítas de España, y el Rey le envió una de esas cartas, la cual fué pasada á una Comisión para su examen. Uno de los que la componían era un Cardenal, que después ascendió al Pontificado con el nombre de Pío VI. Algo suspicaz y desconfiado debía de ser el futuro Papa, pues, sospechando alguna trampa, miró atentamente el papel en que estaba escrita la carta, y conoció que era español, aunque se suponía ser escrita en Roma. Mirólo contra la luz, y, no sólo vió claramente la marca de la fábrica española, sino el año de la fabricación del papel, que era posterior á la fecha de la carta misma. El Papa devolvió su carta al Rey, diciéndole que era cosa singular que habiendo en Italia fábricas de papel, de general consumo, se enviase por papel á España; pero que todavía era más singular que la carta se hubiese escrito antes de estar fabricado el papel. Mala la hubieron en este negocio el Rey y sus instigadores, y, probablemente, se rieron del chasco, ó, por lo menos, se encogieron de hombros; pero como era asunto convenido, la intriga se llevó adelante, y al fin se consumó el sacrificio.

Esta es la parte cómica ó graciosa del drama general. En cuanto al carácter puramente local de él, también es digno de notarse el episodio chistoso que se mezcló con el acto de la expulsión en Santafé. Como era natural, la reserva con que vinieron y se ejecutaron las instruccio-

nes dadas al Virrey Messia de la Cerda, era extremada, y se guardó estrictamente hasta el momento de levantar el telón; pero, no obstante tántas recomendaciones de sigilo, y tan nimias precauciones como se tomaron, los Jesuítas sabían lo que se les esperaba: estaban impuestos de lo que los demás ignoraban—el cómo no se sabe. Así que todo lo habían preparado, y es probable que pusiesen con tiempo en salvo algunas cosas, de suerte que cuando llegó el momento de la solemne notificación, lejos de sorprenderse, los comisionados para este acto hallaron á la comunidad con el pie en el estribo, como suele decirse, listos y en formación, como los soldados que sólo aguardan el toque de marcha.

Agregaré aquí algunos pormenores y menudencias de poca significación, de que yá hablé yo otra vez; y los recordaré á usted ahora por la oportunidad, porque estoy persuadido de que usted los verá con gusto, y con no poco interés, y porque ellos dan á conocer el ánimo sereno y el espíritu verdaderamente evangélico con que los Jesuítas ven siempre estas peripecias.

El 31 de Julio de 1767 celebraban la fiesta de su santo fundador, el ilustre cojo y bizarro defensor de Pamplona, en su iglesia de Santafé, que entonces todavía no se llamaba de San Carlos. Este nombre, al decir de algunos, se le dió después de la primera expulsión de los Jesuítas, en memoria del Rey de España, Carlos III, que fué quien la decretó. El templo, ricamente adornado, pero con sencillez y elegancia, resplandecía con el brillo de mil luces, no en gigantescas lámparas de bronce, cuajadas de bombas y *quinqués*, como al presente, sino en preciosas arañas de cristal y candelabros de exquisita plata labrada; y embalsamaba su recinto el aroma de las flores, no yá en tan variada profusión y peregrinas combinaciones, como en nuestras fiestas moder-

nas, pero sí distribuídas con gracia y sobriedad en macizos frascos y floreros de loza chinesca, de que apenas quedan yá curiosos rezagos en nuestra capital.

Entonces no se conocía el petróleo, tan de moda hoy, y, por consiguiente, su uso en los templos no estaba prohibido, y aun anatematizado, como arma, símbolo é instrumento de la comuna de París, á cuyo siniestro resplandor vomitaba las más horribles imprecaciones contra la Iglesia, su Jefe y sus Ministros. La Iglesia no empleaba para el culto sino lo que ella misma ordena: el producto de la oliva y el de la madre abeja *(apis mater)*, es decir, el aceite vegetal y la cera; así como tampoco usaba coronas, ni siglas formadas de musgos y flores, ni pebeteros, ni otras prácticas puramente paganas, que por ser tales las tiene expresamente prohibidas.

Los cortinajes y pabellones no eran de buen gusto en aquel tiempo, en que se estimaba más la positiva riqueza que los adornos postizos, los cuales, al contrario de los del asno de la fábula, suelen cubrir hoy las más finas delicadezas del arte con profanas y vulgares galas.

El Superior celebraba el santo sacrificio, y estaba revestido con el magnífico ornamento, bordado de oro y perlas finas, que no se usaba sino en esta gran festividad. El cáliz era de finísimo oro, esmaltado de piedras preciosas, y en la misma proporción las demás cosas que se empleaban para el servicio del culto en ese día.

Desde las primeras horas de la mañana llenaba las naves del suntuoso templo un inmenso concurso atraído por el triple motivo de la devoción al Santo y amor á sus hijos, de la magnificencia de la fiesta y del deseo de oír el discurso del orador. Era costumbre que el panegírico del Santo lo pronunciase un predicador de fuera de la Compañía; pero en aquel año subió al púlpito un jesuíta, y desempeñó su encargo con la elocuencia y gra-

cia que es propia de los hijos de Loyola. El auditorio estaba encantado y pendiente de los labios del orador, cuando éste, para terminar, dirigiéndose á los circunstantes, les dijo, en tiernas y sentidas palabras, que la Compañía no olvidaría jamás las muestras de afecto, deferencia y respeto que siempre había recibido del buen pueblo de Santafé; que, tanto él como sus hermanos, sólo deseaban la felicidad temporal y eterna de los habitantes de esta piadosa ciudad, y que conservasen fielmente los principios que les habían inculcado, y enseñanzas que de ellos habían recibido. Estas frases tan extrañas, el acento de su voz y la emoción de que parecía estar poseído, produjeron en todos los oyentes una sensación indefinible de sorpresa, y fueron interpretados como una despedida misteriosa é inmotivada que nadie se podía explicar.

Terminada la fiesta, varios sujetos de los que acostumbraban pasar después de ella á visitar á los Padres, se trasladaron á la casa, más con el objeto de rastrear indirectamente lo que significaban aquellas palabras del orador, que con el de cumplimentar á los Padres; pero no pudieron arrancar de éstos ni una sola palabra de explicación ó que pudiese revelarles el misterio. Y habiéndolos hallado tan alegres y animados como siempre, se retiraron un poco más tranquilos, creyendo que todo había sido una ilusión ó mala inteligencia de parte de los oyentes.

En esos mismos días debía comenzarse la construcción de la segunda torre de la iglesia, igual á la que hoy existe, y cuyo basamento se ve todavía sobre la puerta lateral de arriba, ó sea de Oriente, y también la otra torrecilla angular, del lado de San Bartolomé, que debía hacer juego con la de enfrente, que se ve en la esquina del Salón de Grados, que en otro tiempo fué Capilla Castrense. El maestro arquitecto, á quien se había ha-

blado para la obra, se presentó por la tarde al Padre Superior, más curioso de sorprender alguna palabra ó gesto y barruntar lo que pasaba, que solícito por comenzar el trabajo, y le habló de este asunto; pero el Padre le contestó que no se diese tánta priesa por comenzar, que tiempo le quedaba á la Compañía para hacer la torre, y agregó:—"Para que unos doblen y otros repiquen, basta y sobra una sola torre con las campanas que tiene."

El zapatero de la Compañía fué también á hablar con el Padre Procurador, y á llevarle dos zapatos de los tres que había mandado hacer,—pues, según se dice, los Jesuítas acostumbraban en otro tiempo usar tres zapatos en una misma horma, para alternar—disculpándose de no llevar el tercero por no haber tenido tiempo para acabarlo. Dizque el Padre le contestó con mucha cholla: —"Maestro, no os afanéis por eso: vengan los dos zapatos, y reservadme el tercero para cuando me nazca otro pie."

Todas estas especies corrían en el público, y confundían más y más á los buenos y sencillos habitantes, que fácilmente se preocupaban, así de lo que era grave como de la más insignificante noticia.

Al día siguiente, al amanecer, un grupo de cuarenta ó cincuenta personas asediaban las puertas de la iglesia, aguardando que éstas se abriesen para entrar á la misa de cinco, según su costumbre; pero eran yá las seis, y las puertas permanecían cerradas. Otro tanto sucedía con las del edificio contiguo, que era el Convento Máximo, ó casa de los Padres, y con las del Seminario, que quedaba á veinte pasos de allí, en la casa que hoy es Palacio de Gobierno, y donde estaba la famosa librería de la Compañía, que después sirvió de base para formar la Biblioteca Nacional. La gente se arremolinaba de una parte á otra, y el concurso crecía: los señores, em-

bozados en sus anchas capas de paño burdo, y las señoras, rebujadas en sus mantillas. Los que venían del lado de Las-Nieves, azorados y jadeantes, sin saber lo que pasaba en el centro, traían la noticia de que el Noviciado, que se hallaba en lo que hoy es Casa de Refugio ú Hospicio, estaba cerrado y parecía desierto, aunque yá eran las siete de la mañana.

En fin, el real decreto se les notificó, y los Padres marcharon, no al destierro, porque su patria es el mundo entero, sino á evangelizar otros países. En 1773 vino á coronar la obra del filosofismo el Breve de Clemente XIV que extinguió la Compañía. Este documento, aunque muy conocido, puede usted verlo en la Historia de Cretineau-Joly, tomo 4º, página 391. Mucho me alegraría de que usted leyese esa obra magistral.

Pero como nada hay estable en este mundo, viniendo los tiempos, cambió la escena, y la Compañía de Jesús resucitó con su antiguo brillo, volviendo á formar sus veinte mil hijos, dispersos á los cuatro vientos, su antigua institución social y religiosa. La hizo volver de esta muerte aparente, antes de medio siglo, el inmortal Pío VII—*el último Papa*, según el anuncio que hizo Voltaire hace más de cien años—y casi al mismo tiempo Fernando VII le restituyó su existencia oficial en sus dominios, y le devolvió todos los derechos de que había sido privada.

No pudo gozar nuestra colonia de este beneficio, por causa de la guerra de independencia. En vez de misioneros nos mandó aquel monarca *pacificadores* de otro género, y luégo el gobierno republicano que se estableció no pudo pensar en este asunto. Hasta 1842, en que el Congreso expidió un decreto sobre misiones, y el Gobierno, en ejecución de él, designó el instituto de la Compañía de Jesús para llevar á cabo su restablecimien-

to, no volvieron sus hijos al país. Lo demás, todos lo saben : los hombres de la misma escuela que había consumado la expulsión y supresión de los Jesuítas en el siglo pasado, los expulsaron de nuevo de nuestra patria, en 1850. El ministerio que entró á gobernar el país desde 1849, no tenía otra mira que proscribir este firme baluarte del Catolicismo, que ha sido el fantasma aterrador de la filosofía moderna. Entonces se vió que un Rey de España tenía más autoridad entre nosotros que un Congreso nacional; que una rancia y despótica pragmática —derogada en absoluto por un nieto y sucesor de aquél—tenía más valor que una ley nuéstra; y que la voluntad de un solo hombre era más poderosa,—en pleno ejercicio de nuestra soberanía é independencia,—que la voluntad del pueblo entero que acababa de sacudir el yugo de esos monarcas. Este era el sistema democrático, republicano, en 1850, en la Nueva Granada.

Como complemento de esta grande obra fueron desterrados en seguida el inmortal Arzobispo Mosquera y los demás Obispos del país. Yá parecía perdida toda esperanza, cuando un acontecimiento imprevisto hizo cambiar la suerte de la Iglesia. El golpe de Estado preparado por el Presidente Obando contra el radicalismo de aquella época, produjo una corta guerra civil, en que, unida la fracción moderada del partido llamado liberal, con el partido conservador, triunfaron de los revolucionarios, que habían establecido un gobierno de hecho. La Constitución de 1853 había sancionado la libertad de la Iglesia y abolido todas las leyes de proscripción; y, amparado por esta nueva situación el Señor Arzobispo Herrán, contrató de nuevo la venida de los Jesuítas, los cuales llegaron á Bogotá á principios de 1858. Pero tres años después la revolución encabezada por el General Mosquera—hermano del Arzobispo mártir, y jefe

poco hacía del partido conservador—contra el Gobierno legítimo, dió de nuevo el triunfo al partido llamado liberal, y el Dictador expidió su decreto de expulsión en Julio de 1861, documento lleno de falsas aseveraciones, y se apoderó de todos sus bienes.

XVI

De la época de la primera expulsión de los Jesuítas data el establecimiento de la Biblioteca Nacional, que hoy es una de las más ricas de la América del Sur.

En 1768, el doctor José Antonio Isabella, Cura de la Catedral y Rector del Colegio Seminario de San Bartolomé, se presentó al Gobierno, pidiendo que se le diesen, de la biblioteca de los Jesuítas, en calidad de préstamo, los libros que necesitase para los estudios; y á fin de evitar escrúpulos y desconfianzas, ofreció que separaría todos aquellos que pudiesen ser *sospechosos* ó contrarios á *la sana doctrina* (?) Lenguaje de la adulación. Los Jesuítas tenían copiosas librerías en todos sus conventos, especialmente en el Máximo, que estaba en la casa que hoy se llama Palacio de gobierno, en la cual, según decía Isabella, había más de ochocientos volúmenes; pero como sin duda él, en su calidad de Cura —aunque faltasen el barbero y la sobrina—ejecutó algún "grande y donoso escrutinio" para separar lo *sospechoso*, es probable que el número de los libros fuese mucho mayor. Posteriormente se recogieron todos los que andaban dispersos en manos de los eclesiásticos que los tomaban prestados.

Por los años de 1840 á 50, el Gobierno hizo traer de Europa varias obras escogidas, lo que, agregado á las donaciones de particulares, á la incorporación de las bibliotecas *Pineda*, *Acosta* y *Vergara y Vergara*, y

por fin á las varias de los conventos despojados, desde 1861,—descabaladas yá y maltraídas por los revolucionarios de aquel año, pero ricas y abundantes en excelentes obras—entre otras muchas de escaso mérito,—hizo que nuestra Biblioteca Nacional contara, como cuenta hoy, más de 70,000 volúmenes, fuera de manuscritos, cuadernos, folletos etc.

La generación actual sonríe al oír decir que en las bibliotecas de los conventos hubiese tan famosos libros como dicen personas que saben y pueden decirlo; pero lo cierto es que algunos de esos libros, que en 1862 se vendían en las confiterías y chicherías por dos ó tres reales, se han agotado yá en Europa, y los anticuarios y bibliófilos los solicitan y pagan á precios fabulosos. Especialmente las bibliotecas de San Agustín y Santo Domingo contenían obras, aun modernas para aquel tiempo, y en ricas ediciones, que hoy figuran en casas particulares en muy buenos estantes. Recuerdo, entre otras, un bellísimo ejemplar de la Biblia políglota ó complutense, libro precioso, aun en la forma, cuya adquisición es hoy difícil, por no decir imposible.

Un extranjero de alta categoría, y muy literato, me aseguraba años pasados haber visto en la biblioteca de San Agustín una obra en edición de tortis, por la cual ofrecerían hoy en Alemania, Inglaterra ó Francia, diez veces el valor de lo que primitivamente costó. Y sin salir de nuestras cuatro paredes, ¿qué aficionado no daría, entre nosotros, media docena de pesos por un libro de caballerías, por ejemplo, de aquellos que volvieron el seso al hidalgo Manchego, libro que ni en la forma ni en la sustancia vale una peseta? Pero aquellos no eran libros de caballerías.

Al hablar de nuestra Biblioteca me ocurre una observación: ¿por qué en los presupuestos no se destina una

pequeña cantidad para que el Gobierno compre uno ó más ejemplares de todas las obras de interés general que publiquen autores colombianos, y que sean dignas de figurar allí, y otra para hacer venir periódicamente las últimas que se den á luz en otros países sobre ciertas materias? Este gasto insignificante sería un acto de protección y estímulo á nuestra industria literaria, y asegurería la existencia de las obras nacionales en la Biblioteca, sin gravamen de sus autores.

No es posible nombrar ésta sin que venga involuntariamente á la memoria el tristísimo recuerdo de nombres queridos que á ella están asociados, tales como los ya referidos: Vergara y Vergara, Quijano Otero, Pineda, Acosta. . . . Pero singularmente el inolvidable de Ricardo Carrasquilla, que, á su muerte, se hallaba ocupando dignamente el distinguido puesto de bibliotecario!

XVII

Lo que voy á decir á usted ahora, mi buena amiga, iuzgo que debe interesarle mucho, porque se trata de la historia de la educación de la mujer en nuestro país, en tiempos en que este importante asunto estaba muy descuidado, y en que apenas se curaban nuestros mayores de dar á sus hijas ligera enseñanza de lectura, muy poco de escritura, con peor ortografía, algunas labores femeniles y doctrina cristiana, ramos estos últimos en que se ponía mayor esmero, como que al fin el destino y la misión de la amable mitad estaban circunscritos al radio del hogar.

Yo alcancé á conocer algo de los tiempos en que las señoras hacían sus cuentas, que eran bien pocas, con granos de maíz, y en ocasiones les costaba trasudores ajustarlas con la cocinera ó el albañil. Para escribir cada

año alguna carta de familia las dificultades eran inmensas, porque como las plumas no pertenecían entonces al reino mineral sino al reino animal, y ellas no sabían tajarlas, los inconvenientes para la claridad y pulcritud subían de punto. Lo más frecuente era valerse de un amanuense, aunque fuese el niño que volvía de la escuela, ó darle instrucciones para la redacción, recomendándole, como punto esencial, que la carta no fuese sin posdata, para lo cual debía reservar un asunto importante, como el de las saludes, y la consabida conterilla de "dispense la mala letra y los borrones."

Hoy no es así: usted hace y lleva muy bien sus cuentas; escribe varias cartas en muy buena letra—muchos hombres eminentes se la tomaran—y no puede decirse que sea de dudosa ortografía, porque conoce el sistema neo-antiguo, y lo practica, si bien con cierta tendencia al eclecticismo, que yá irá desapareciendo.

Por los años de 1765 no había en esta ciudad ninguna escuela formal de niñas. Mucho sería que alguna vieja de jubón, polleras de anascote, y gafas montadas en la punta de la nariz, hiciese un tímido ensayo, ó como informe borrador de escuela, con una docena de niñas de las casas vecinas, y con voz gangosa les enseñase las primeras letras de la cartilla, mostrándoselas con un largo puntero de oro ó de tumbaga, ó bien con una pluma de paloma, cuyas barbas, picadas con las tijeras, presentaban una vistosa sucesión de puntas; ó, en último caso, con un largo esparto arrancado á la escoba que estaba detrás de la puerta de la sala.

Eso, con la repetición de la doctrina cristiana, algo de costura en blanco, que no pasaba de *surgete*, *lomillo* y cadeneta, y bordado en lienzo del Socorro con lanas de colores, lo que llamaban *botijones* y *patas de gallo*, ó sea dechado, formaba el programa diario, de siete á diez,

después de misa y chocolate, único almuerzo, y de dos á cuatro (entonces no había *p. m.* ni *a. m.)* De escribir y contar, como he dicho, no había para qué hablar: la misma maestra no lo sabía, ni entonces había *profesores*. Así que, las tareas terminaban á las cuatro con el rosario, y cada mochuelo á su olivo, hasta el día siguiente, en que se repetía la misma escena, menos el jueves, en que había asueto, y el sábado en que, después de poner cada niña en manos de la maestra una peseta del rey, ó macuquina, había una exhortación sobre la necesidad de la obediencia y formalidad en las niñas bien criadas, para no dar lugar á que saliera de entre la canasta de la costura, ó de la pretina de la maestra, aquella quisicosa de cuero no muy dócil que se mostraba á los angelitos para intimidarlos, si no para castigarlos.

Nada de esto vimos, ni usted ni yo, pero lo suponemos con probabilidades de acierto; y harto hago yo en darlo de mi caudal, antes de entrar en la parte verdaderamente histórica de este párrafo, que es, por la trascendental importancia de la materia, uno de los más interesantes de esta reseña.

Corría el año que queda yá apuntado, cuando á una gran señora—grande por sus virtudes, por su ánimo elevado, por su amor á la educación, y .... ¿lo diré? por su riqueza,—le vino en buen hora el antojo de emplear su caudal en obras de beneficencia que han hecho inmortal su nombre. Era viuda; había perdido al hijo único que tenía; casó en segundas nupcias; no tuvo sucesión; amaba á los pobres y á los niños; su segundo marido, el Oidor Aróstegui, era un hombre bueno, complaciente, generoso, rico también, y su desprendimiento evangélico sólo podía compararse al de su noble y discreta compañera Dª Clemencia Caicedo y Vélez.

Una bella mañana le preguntó el Oidor qué buena

obra pensaba hacer aquel día.—¿Yo? ¡Ninguna!—le contestó—fundar un monasterio y colegio para que se eduquen niñas, tanto de la nobleza como del pueblo.

—Muy bien me parece, dijo el Oidor; pero ha de ser pronto.

—Hoy mismo, replicó la señora.—Y pocas horas después estaba redactado el plan, asignados los fondos y hecha la petición á las autoridades para dirigirla á la Corte.... ¡Pues me gusta la cachaza de esta gente!

Ese mismo día se presentó al Gobierno, con permiso de su marido, manifestando su proyecto y pidiendo se dignase solicitar el real permiso para la fundación; ofreciendo, para la manutención de doce religiosas, una mina de oro de su propiedad, situada en el Chaparral, con treinta y cuatro esclavos, herramientas y demás cosas necesarias para su laboreo. Item, una hacienda de ganado vacuno y plantaciones de cacao, inmediata á la mina. Asimismo ofreció su casa, espaciosa y claustrada, sita en el barrio de la Catedral de esta ciudad, una cuadra distante de la Plaza Mayor, para edificar en ella el convento, y un solar anexo para la iglesia y demás oficinas. Este colegio, con el título de la *Enseñanza*, debía ser dirigido por las religiosas, con ayuda de otros maestros, bajo el plan que ella misma formó y presentó, y había de darse en él instrucción tan vasta, como en ese tiempo era posible, tanto á las alumnas internas como á las externas.

El Virrey Mesía de la Cerda se apresuró á informar en los términos más favorables, y lo mismo hicieron, espontáneamente, los dos Cabildos y la Audiencia. El Rey aprobó el pensamiento y autorizó la fundación, "concediendo á Dª Clemencia el patronato de su obra pía durante su vida, y después de su muerte á la persona que ella designare." Pronto se comenzó y concluyó la nueva

fábrica con la elegancia y solidez necesarias, y años después falleció esta ilustre matrona, quien en su testamnto le adjudicó lo restante de sus bienes y los de su difunto esposo, de quien fué heredera, y delegó el patronato que ejercía á los Arzobispos y á los Prelados del monasterio.

Día de agradable sorpresa fué para la población aquel en que aparecieron en los lugares públicos y puertas de las iglesias grandes carteles impresos, que anunciaban, no el remate de bienes desamortizados, sino que desde aquella fecha quedaba abierta *la escuela externa de niñas pobres, á las cuales se daría enseñanza gratuíta.*

"En 1783, dice Vergara, se trasladaron á la iglesia, con gran ceremonial y fiesta, los restos de los dos fundadores, que habían estado depositados en la de Santo Domingo. Se inhumaron al pie del presbiterio, uno al lado del Evangelio, y otro al de la Epístola, y se les pusieron los siguientes epitafios, cuya sencilla elocuencia llama la atención y enternece á todo corazón honrado, filántropo y cristiano:"

"Aquí yace Joaquín de Aróstegui: su cuerpo se oculta, su obra se manifiesta. Él y su esposa ofrecen en esta casa refugio á la inocencia. ¡Descanse en paz!"

"En esta bóveda yacen los huesos de M. Clemencia. Dejó la vida adornada de puras costumbres. Edificó este asilo á la inocencia en asocio de Joaquín, como lo pactaron en su matrimonio."

Poco tiempo disfrutó la señora Caicedo de la satisfacción de ver marchar su obra en creciente auge, pero el necesario para holgarse humildemente de ella y para bendecir á la Providencia que la había dado los medios de ejecutarla y escogídola para ser el amparo y la protectora de los pobres—pues fuera de ésta, hacía continuas

obras de caridad; y no fué la menor de ellas el haber establecido ejercicios espirituales permanentes.

Dª Clemencia era mujer de grande actividad y talento; ella misma hacía los varios contratos con los maestros y dueños de materiales para su obra, y llevaba las cuentas con la exactitud é inteligencia con que pudiera haberlo hecho el hombre más versado en estos negocios.

Correspondieron los efectos á las esperanzas de la fundadora y del público, pues constantemente se educaron allí gran número de niñas y jóvenes de las diferentes clases de la sociedad, desde la más distinguida hasta la más humilde, y muestras de esa buena educación son cuantas señoras allí la recibieron de diferentes puntos del Virreinato y de la República: todas ellas han sido modelos cumplidos de virtudes domésticas y sociales, de piedad y de cuantas nobles prendas pueden hacer estimable á una mujer en la sociedad.

Muchos años antes de ser expulsadas las monjas y cerrado este colegio, tuve ocasión de ver la escuela de externas, en que se contaban más de doscientas, que asistían diariamente. Además del decente mobiliario de los espaciosos salones, y del orden y aseo que en ellos reinaba, las paredes estaban cubiertas con los cuadros de lectura para las clases inferiores, y con grandes mapas murales para el estudio de la geografía; cuadros ó tableros para la enseñanza de la aritmética—que no se reducía á las cuatro operaciones fundamentales,—y, además, se les daban lecciones elementales de gramática. Excusado es decir que la enseñanza moral y religiosa era indispensable, así como la de las labores propias del sexo, en que las religiosas ponían sumo esmero.

Pero no había pasado un siglo, cuando llegó una de esas épocas funestas á que están sujetos todos los países,

en que los Plenipotenciarios de Satanás, organizados en legiones, tienen permiso para conmoverlo y trastornarlo todo. Los conventos y monasterios fueron suprimidos, las comunidades arrojadas de sus casas, y sus bienes incautados—aun las dotes, que eran propiedad personal de las monjas—quedándose éstas expuestas á morir de hambre, como hubiera sucedido si la eximia caridad de esta población no hubiese ocurrido prontamente á aquellas necesidades.

Grandes fueron los esfuerzos que se hicieron, aun por personas de influjo y de alto respeto, para que quedase exceptuado de la proscripción el monasterio de la Enseñanza, como establecimiento consagrado á la educación, y á la educación gratuíta, y fundado con ese solo objeto; pero los *instruccionistas* á nada atendieron, y cerrando los oídos á los clamores del pueblo y de los padres de familia, mandaron al asilo sagrado á sus soldados—cuyas hijas se educaban allí—para amenazar con las bayonetas á aquellas tímidas é inocentes palomas, hasta arrojarlas á la calle. En vano se hizo presente que esas señoras tenían más el carácter de maestras que el de monjas, el cual consistía únicamente en la clausura y en el vestido: sus enemigos pudieron decir lo que dijo un Secretario de Estado en 1857: "El Ejecutivo no puede reconocer la distinción que trata de establecerse entre el Jesuíta y el hombre particular, por medio de la cual se haría irrisoria toda providencia referente al primero." En este caso tampoco podían reconocer la distinción entre la monja y la maestra, porque de lo que se trataba era de que no existiese aquella denominación, ó mejor dicho, aquella clase de la sociedad,—que tenía tantos derechos y era tan digna de respeto como cualquiera otra—y de entrar á saco en sus bienes.

XVIII

Pero por más que le interese á usted este asunto, es bueno que dejemos á un lado tan ingratos recuerdos, de que á mí no me es dado prescindir, y que, por otra parte, están frescos en la memoria de la generación actual, y pasemos á ver otro suceso político importante. No le hago á usted la injuria de creer que no conoce ese episodio que nadie ignora; pero yá usted sabe, mi buena amiga, cuál es mi tema: repetir y siempre repetir. Las personas que se sientan á la mesa de un banquete no se contentan con una sola copa de vino, por muy parcas que sean. ¿Cuántas veces, en esta semana, ha repetido usted en su piano sus *nocturnos* favoritos de Chopin, de Leybach ó de Ravina? No es esto decir que toda repetición sea buena. ¿Quién va á decir que lo sea la de las revoluciones, ó de los temblores de tierra? Pero en lo que se escribe sobre historia, literatura, política, religión, artes ó ciencias, venga Dios y vea! Hasta el vulgo profano dice: *Bona repetita placent.* Perdone usted! no tengo enmienda!

Por mi parte, no escribo historia: tarea es esa que yá han desempeñado idóneos escritores compatriotas nuéstros, y respecto del suceso de que voy á hablar á usted, reciente está el libro que sobre él escribió nuestro malogrado Manuel Briceño: esa interesante monografía no ha dejado que desear, ni en la forma, ni en la sustancia. Yo, al hablar de ese acontecimiento, como de otros varios, sólo pretendo formar como el índice de ellos, con tal cual referencia y observación relativas á la época presente.

Inusitada y profunda conmoción produjo en el país el que generalmente se conoce con el nombre de *Guerra*

de los Comuneros, acontecimiento que ha sido dilucidado hasta la saciedad por la prensa. Diversos pareceres y opiniones ha habido siempre sobre él, sobre su origen y sus miras, juzgándolo cada cual por el prisma de sus simpatías ó antipatías por tal ó tal causa política; pero no hay para qué terciar en esta discusión, que se ha apasionado por una parte y otra: documentos hay publicados que darán la suficiente luz al lector imparcial.

Cuenta la historia que el Visitador D. Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, cuando vino al país, trajo amplias facultades de la Corte para el arreglo de la real hacienda, é instrucciones para que procurase, en lo posible, el aumento de las rentas, á fin de hacer frente á los ingentes gastos que ocasionaría la guerra recientemente declarada por la Inglaterra á la España. El Virrey Flórez había bajado á Cartagena para cumplir órdenes superiores respecto de la defensa de la plaza, y antes de su partida delegó en la Audiencia y en el Regente-Visitador todas sus facultades. Éste, en uso de unas y otras, dictó providencias acertadas, pero también se dejó llevar de un celo imprudente, y dictó otras que no podían tener satisfactorio resultado, por lo cual se pusieron en desacuerdo el mismo Regente con el Virrey. Éste ocurrió á la Corte, pero se le dijo que estuviese en todo á lo que providenciase aquél, con lo cual yá no tuvieron contrapeso las medidas impolíticas que se dictaron, como que sólo se trataba de engrosar las arcas reales, aunque fuese esquilmando y vejando á los pueblos. Para esto se alzaron los precios de los artículos que estaban estancados; se impusieron fuertes derechos sobre todas las industrias; y se recargaron los pechos y contribuciones. A todo esto se agregaba que los medios empleados para vigilar y recaudar eran los más ofensivos y tiránicos.

El resultado fué el que estaban muy lejos de prever

los mandatarios. Comenzaron á suscitarse alborotos y desórdenes, principalmente en la Provincia del Socorro, que era la más industriosa. El incendio se comunicó de unos pueblos á otros, y hasta en Sogamoso y Tunja se hicieron protestas populares. Sin embargo, la primera chispa que produjo ese incendio, y que dió lugar á una asonada, fué el hecho de que una vieja, una mujer del pueblo, informada de que cierto edicto fijado en las esquinas de la plaza del Socorro imponía una nueva y exhorbitante contribución, lo arrancó furiosa, y, rompiéndolo, tocó al arma con gritos destemplados—aun se dice que redoblando con un tambor que encontró á mano—y llamando al pueblo para que resistiese á viva fuerza la providencia allí contenida.

Siempre las contribuciones excesivas y arrancadas por la fuerza han sido uno de los motivos que han concitado el odio de los pueblos contra los gobiernos, y en algunos países de Europa, como en Italia, han producido la gran corriente de emigración que se dirige á otras naciones.

A la llamada medio militar de esta nueva—ó más bien vieja—*Hija del regimiento*, se declaró el pueblo en abierta rebelión, se abrieron las cárceles, y los que en ellas estaban salieron á formar en las filas de los revolucionarios; se apoderaron de todas las rentas, depusieron á las autoridades y declararon abolidas todas las contribuciones. Desde que en el mundo ha habido revoluciones políticas, se han repetido estas mismas escenas. Yá usted ve, mi señora, si el principio de *repetición* que yo profeso es instintivo en la naturaleza humana, aunque no siempre provechoso.

Es verosímil que en los ulteriores procedimientos se tuviese alguna mira política, en el sentido restricto de la palabra, porque una revolución es como un incen-

dio, que se sabe cuándo comienza, pero no cuándo acabará, ni hasta dónde se extenderá; mas hay fundamento para dudar de que ese fuese en un principio el carácter del movimiento iniciado en el Socorro, puesto que sólo se trataba de nuevas contribuciones, es decir, de los intereses de la industria y del ataque á la propiedad y bienestar de las gentes trabajadoras. Y así lo hace presumir el haber sido una pobre mujer, que tendría tal vez alguna pequeña industria, la que dió la voz de alarma y encabezó la asonada.

Es dudoso que fuese aquél el primer hervor de un sentimiento aislado de independencia, ni el primer rugido del volcán que había de estallar treinta años después. Ni esos pueblos podían pensar por entonces en sacudir el yugo de la Metrópoli, ni en cambiar la forma de gobierno, ni se hablaba por ese tiempo de soberanía, ni de autonomía, ni de Gobierno propio, frases y palabras casi desconocidas en el idioma político, y mucho más en el lenguaje usual y común. Los hombres todos de aquella activa é industriosa comarca, aun los que por su posición ocupaban destinos públicos, no pensaban más que en sus propios negocios, en el ejercicio de sus respectivas industrias y quehaceres, y en aumentar, por medio de un trabajo honrado y constante, las ganancias con que habían de allegar un regular caudal y proporcionarse una decente pasadía y holgura.

Ni la ambición personal, ni el espíritu de la filosofía enciclopédica, que yá comenzaba á producir en nuestros próceres, todavía jóvenes, el efecto, más ó menos tardío, que en varios de ellos quedó latente; nada de eso debió de obrar como causa eficiente en la asonada del Socorro. Esa gente era sencilla, sana y religiosa, y una prueba de ello es que la firma de Juan Francisco Berbeo,—una de las figuras más conspicuas de los comuneros,—fué la

primera que apareció poco antes en la calurosa petición que se hizo al Gobierno para el establecimiento de los Padres Capuchinos en el Socorro, y él fué quien más los respetó y atendió durante el tiempo que allí estuvieron.

Pero el hecho es que el negocio que se inició á los gritos de una vieja iracunda, hubo de tratarse después de potencia á potencia con el Gobierno de Santafé, interviniendo el Arzobispo; y hubo plenipotenciarios, y exponsiones, y tratados, ó capitulaciones, como se llamaron. El asunto tuvo algo de ridículo, pero mucho de grave, y sin la intervención y respetabilidad del Prelado, habría tomado, desde luégo, proporciones desastrosas.

Las consecuencias no fueron, sin embargo, completamente satisfactorias: los que no quisieron conformarse con las capitulaciones, asumieron el carácter de guerrilleros y merodeadores, é hicieron muchos males en los pueblos, manteniendo á las gentes pacíficas en constante alarma. Se dice que la conducta de algunos de ellos fué tal, que sus mismos paisanos, sin necesidad de ajeno auxilio, los aprehendieron y trajeron á Santafé con otros de sus cómplices.

El final de este drama, y su desenlace, son tan repugnantes como conocidos; pero en un principio tuvieron su parte poética. El proyecto fué arrullado en su cuna por las Musas. Fray Ciriaco de Archila, lego dominicano de Santafé, pulsó su lira para alentar los bríos de los comuneros, á quienes envió un canto guerrero en octavas reales, que rebosaba en sentimientos patrióticos, aunque no en buenos versos. Estos, leídos en pleno Cabildo, copiados y recopiados, pasaron de mano en mano, se multiplicaron, y excitaron el entusiasmo del pueblo hasta el frenesí.

Decía que había tenido también su parte cómica, y

así puede calificarse la solemne proclamación de Don Ambrosio Pisco, descendiente del último Zipa de Bogotá, por "Señor de Chía y Príncipe de Bogotá," que desconocía la usurpación de sus legítimos derechos á la corona. Esta farsa fué inventada por los comuneros á la llegada de la noticia de que el Inca Don José Francisco *Tupac Amaru* se había rebelado en el Perú contra las autoridades españolas y proclamádose Rey de América, y venía en auxilio del Zipa, aboliendo impuestos y contribuciones y ejerciendo actos de jurisdicción imperial.

La salida de Don Ambrosio del pueblo de Gücpsa, donde tenía una tienda de mercancías, y su llegada á Nemocón, fué una verdadera marcha triunfal, y la ovación que se le hizo en este último fué espléndida. Más de diez mil indios de Chía, Guatavita, Guasca, Tabio, Tenjo y otros muchos pueblos hicieron públicamente la proclamación del nuevo Rey, celebrándola con las fiestas, danzas, borracheras y ceremonias que antiguamente acostumbraban para la coronación de los Zipas. De todo esto habla Briceño en su interesante opúsculo.

Bien ó mal juzgados estos sucesos, lo cierto es que á lo menos esos pueblos,—aun sin fin político alguno,—tuvieron el valor que no se tuvo después, en la época en que, no sólo había esperanzas, sino probabilidades de buen éxito. Aun no sería aventurado decir que aquel movimiento de los comuneros fué más franco y noble que el que años después consumó la Independencia, al cual favoreció la circunstancia propicia de los sucesos de España, que la hacían por entonces impotente. El león estaba encadenado y yá no era temible; y, sin embargo, la Junta de Santafé reconocía á Fernando VII, y lo proclamaba y apellidaba *nuestro amado soberano.* Se aprovechaba, pues, con ironía la desgracia del que más tarde había de

vengar con lujo de crueldad y hacer pagar con las setenas á los patriotas americanos la adquisición de un derecho claro y santo á su Independencia. Bien es verdad que el grito de guerra de los comuneros era también: *¡Viva el Rey! ¡Abajo el mal gobierno!* Pero el Rey era entonces para ellos la espada de Damocles pendiente sobre sus cabezas; y la prueba de ello fué que, á pesar de ese grito, varias de esas cabezas rodaron sobre el cadalso, y que las persecuciones, el destierro y las confiscaciones vinieron á hacerles ver que el Rey vivía efectivamente.

XIX

Me decía usted, mi buena amiga, que había olvidado hablarle de un acontecimiento notable en nuestras crónicas locales: de la fundación del teatro de Bogotá. Pero permítame usted que le diga que la construcción de ese edificio fué contemporánea de los sucesos de que he hablado á usted últimamente. Me tiene usted prohibido que me olvide de alguna de las cosas de antaño que puedan interesarle, y yo le he ofrecido hacer lo posible por no dejar nada en el tintero, mientras en él haya tinta, aunque mi memoria es flaca—que bien puede haber una memoria flaca en un cuerpo gordo.—Si hubiera habido algún olvido habría sido involuntario, como lo son todos los olvidos, menos aquel que quería tener Cervantes, respecto de cierto lugar de la Mancha.

¿Y cuál ha sido la causa de todo este altercado que ha habido entre usted y yo; de esa reprimenda con que usted quiere alardear de su grande afición al teatro? Una tablilla mugrienta de 80 centímetros de largo y 65 de ancho, cuya copia trae grabada el número 108 del PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO, y que estaba colocada

á la entrada del teatro, en memoriá de su inauguración provisional en 1792. ¡Cuán frágil y desteñido fundamento tiene esa injusta queja!

¿Recuerda usted que en días pasados lamentábamos á duo usted y yo la nueva empresa de reconstrucción del teatro? Usted se lamentaba en un tono y yo en otro: usted por impaciencia y yo por tristeza; ambos con razón, pero yo con mayor razón que usted, porque el plazo prudencial que, á ojo de buen cubero, fijan algunos para la conclusión de esta obra, verdaderamente grandiosa, es probable que sea muy superior al que Dios se sirva concederme en este mundo, donde voy ya con la bestia cansada, divisando cercanos los horizontes de esa patria desconocida donde no hay teatros, ni cosa por el estilo, y viendo accidentarse sus montañas con la oblicua luz de un crepúsculo prolongado y tardío, pero engalanado con los arreboles de un cielo despejado y limpio: quiero decir, de una conciencia medianamente tranquila, y de la consoladora satisfacción de regresar del largo destierro con salvoconducto y amplia amnistía. Y mi esperanza se funda en que creo poder decir con D. Ventura Ruiz Aguilera:

De la batalla torno de la vida,
Camino del sepulcro que me espera,
El alma, como el cuerpo, tengo herida,
Viendo tanta ilusión desvanecida;
Mas no perdí la fe: la traigo entera!

Atrás vienen los míos, en malas caballerías, é irán llegando unos tras otros, espero que sin novedad. A esa patria no se va en ferrocarril, ni en tranvía; el camino es estrecho y fragoso, lo que importa es no extraviarse.

A usted espero verla por allá también cuando Dios sea servido. Gran gozo será el mío el día que pueda es-

trechar su mano—si es que usted lleva las suyas y yo las mías—y ayudarla á subir el último escalón!

Vamos al teatro, si usted gusta.

Decía usted que de los tres plazos,—tarde, mal y nunca,—el teatro pagará con el primero; que por lo menos la opinión de M. de Lesseps es que nuestro Canal de Panamá estará terminado antes que nuestro teatro de Bogotá, y que la primera compañía que venga á estrenarlo pasará por aquella vía, concluída ya del todo.

Pero yo voy á dar usted una buena noticia, tomada de legítimas fuentes, y es, que en lo que falta de este año estará concluída la parte de construcción, ó sea el fuste y armazón del teatro, y que en el entrante lo estará la parte de ornamentación; de manera que á fines de 1888 es posible que esté ya en servicio, salvo causas inesperadas. Pero, si contra tan halagüeñas esperanzas, se hubiera de retardar doble tiempo, sería una grata casualidad poder estrenarlo para celebrar el centenario de la primera inauguración, que tuvo lugar en 1792, según reza la tablilla que ha sido motivo de las reconvenciones de usted; ó si no, el de Rossini, que nació en el mismo año: circunstancia oportunísima y á lo menos verdaderamente poética y artística. Y si el estreno se hiciera con *Guillermo Tell*, *Semiramis*, *Otello* ú otra de las inmortales creaciones del gran maestro, tanto mejor!

Pero si se quisiera un acontecimiento nacional, en el mismo año nació el General Francisco de P. Santander, cuyas glorias, que lo son también nacionales, tendré el placer de recordar á usted con orgullo, si algún día—que no lo creo—se llega á tratar en serio la cuestión de reintegración de la vieja Colombia, ó sea *anexión de Colombia á Venezuela*, según la peregrina frase de los iniciadores del proyecto en Europa.

La moderna Colombia debe ser ante todo granadina, y ya es tiempo de ir sacando, limpiando, abrillantando, regenerando las figuras de nuestros grandes hombres, de los que fundaron y engrandecieron la patria común: los Tenientes de Nariño, los Libertadores de Venezuela; en fin, todos los que deban formar nuestro panteón nacional, para el día que pueda ser necesario, y para enseñanza y ejemplo de nuestros hijos.

Usted me riñe con desabrimiento por mis digresiones, ¡pero quién no las hace! Conozco personas que, á semejanza de aquella Scherazada de las *Mil y una noches*, comienzan una relación y nunca la acaban; usted misma, amiga mía, mientras está ensartando su aguja, ó su abalorio, suele ir también ensartando un cuentecito entre otro, que es el cuento de nunca acabar. No se enfade usted por esta mi franqueza y perdonémonos mutuamente. ¿La vida misma no es una digresión? ¿La historia de cada hombre, de cada pueblo, qué cosa es en el curso de los siglos sino una digresión más ó menos larga?

Hablando de esta materia me decía anoche una amiga de usted, que la música de Wagner no le gusta porque toda se vuelve digresiones, y jamás concluye un pensamiento melódico. Esto me consuela un poco de las mías, y debe consolarla á usted de las suyas. Pero me desconsuela el que esa misma amiga juzgue que en el cielo no puede haber música; y apoya su opinión en que, siendo el fundamento de este arte la medida del tiempo, y no habiendo tiempo en el cielo, no puede haber tampoco semibreves, ni mínimas, ni corcheas, ni sucesión alguna de notas. Piense usted sobre esto y después me dará su opinión; me interesa por lo que toca al cielo y por lo que toca á la música. Volvamos al teatro.

La capital del Nuevo Reino tenía á fines del siglo

una población de 19,405 habitantes, según el censo oficial que publicó la *Guía de forasteros del Nuevo Reino de Granada* en 1794, y esta ya considerable población carecía de espectáculos y diversiones públicas, si se exceptúan las fiestas reales que de vez en cuando se hacían con ocasión de la jura de un nuevo monarca, la llegada de un nuevo Virrey ó Arzobispo, y otras cosas semejantes; fiestas en las cuales había toros, y antiguamente cañas y simulacros de torneos, según lo afirma el historiador Fray Alonso de Zamora; y para la gente de la alta sociedad besamanos, saraos, cabalgatas y otros pasatiempos. De resto, el solaz y esparcimiento de las gentes de trabajo se reducía á los paseos de las familias, los domingos, á los alrededores de la ciudad, á comer rostro y papas chorreadas con ají, el juego de bolos, y los extraordinarios de octavas, aguinaldos, gallos y bailes de San Juan y de San Eloy, fiestas religiosas y procesiones.

Entraban también, como parte principal *(factores...?)* de las fiestas oficiales, las comedias que en toldos y tablados representaban los aficionados al arte —que entre los españoles han sido siempre abundantísimos.—Tal sucedió con motivo de la llegada á esta ciudad de los Obispos de Cartagena y Santa-Marta, que venían al Concilio convocado por el Arzobispo Zapata. La ciudad los obsequió con fiestas públicas, en que, al decir del mismo Zamora, hubo comedias, y, según parece, fueron las primeras representaciones teatrales que se vieron en el Nuevo Reino. En 1715 se dieron también otras representaciones con un fin político, y era el de calmar el descontento general que causó la arbitraria é injusta prisión y destierro del popular Presidente Meneses. Y agrega el cronista que "en ellas hubo alardes, mascaradas y comedias."

Era, pues, ya tiempo de que esta capital tuviese un teatro, como lo tenían casi todas las ciudades de la Península, aun las de segundo y tercer orden, como Sevilla, Valencia, Zaragoza, Granada etc.; y el pensamiento de acometer esta obra en Santafé le ocurrió á un rico negociante español, llamado D. Tomás Ramírez, quien quiso aprovechar para ello la ocasión de hallarse en esta ciudad el ingeniero D. Domingo Esquiaqui, á quien había hecho venir el progresista Virrey Ezpeleta, el mismo que construyó el famoso puente del *Común*, así llamado por haberse hecho con fondos del Cabildo, y otras varias obras notables.

Si entró en los cálculos de Ramírez hacer un buen negocio, en una ciudad donde había conocida afición por el teatro, y que estaba privada de esta diversión, ó si fué un impulso filantrópico y pasión decidida por el arte, ó si fueron una y otra cosa, no podrá decirse, ni importa saberlo.

XIX

Hay una tradición que yo no conocía, respecto á la historia de nuestro teatro, y que me comunicó hace algún tiempo el doctor D. Liborio Zerda, cuya respetabilidad la hace acoger sin vacilación, aunque es de referencia, pues él la hubo del inolvidable Bernardo Torrente, cuyo ingenio y gracia eran el encanto de sus numerosas relaciones, y lo hicieron tan popular. Este, á su turno, la recibió de sus mayores, familia raizal de muy honrosos precedentes y muy conocedora de las cosas de esta ciudad. Si no me engaño, el doctor Zerda publicó esta relación en algún periódico, y á ella me referiría yo; pero para evitarle á usted el trabajo de buscarla, y para no perder el de las notas que sobre ella tomé, voy á repetírsela, según recuerdo habérsela oído á dicho

señor, aunque difiera en algunas circunstancias secundarias.

Parece, según esta versión, que el señor Ramírez, hombre de cierta posición y comodidades, era algo aficionadillo al juego, y con tal motivo asistía con frecuencia á cierta casa á donde concurrían también personas de la alta sociedad á distraerse de las fatigas del día. Una de éstas,—parece que era un magistrado principal—se había sentado á una mesa, al anochecer, y se disponía á comenzar la partida con otros caballeros, cuando repentinamente recordó que tenía una cita importante á que no podía faltar. Levantóse en el acto, dejando un poco de dinero que había puesto sobre la mesa, á tiempo que alcanzó á ver á Ramríez que, en clase de espectador ó curioso, estaba de pie enfrente de él. Llamólo y le dijo que ocupase su lugar, mientras él volvía. Ramírez aceptó y ocupó el asiento que se le brindaba, aunque receloso de perder el dinero que caballerosamente había dejado el otro.

Comenzó á jugar, y, contra lo que de ordinario le acontecía, fué ganando á todas manos. La suerte no sólo le sonreía aquella noche, sino que lo acariciaba; así que siguió jugando hasta media noche, sin poder dejar su puesto, porque la delicadeza no se lo permitía. Al fin, casi arruinados sus compañeros, perdidosos de lo que llevaban y de muchas sumas más, y sin esperanza de poder desquitarse hasta mejor ocasión, se retiraron todos, dejando á Ramírez dueño de una gran cantidad en dinero sonante, más lo que quedaban á deber, que como deuda de juego, era sagrada, sobre todo en aquellos tiempos.

Al siguiente día, muy temprano, se personó D. Tomás en casa del sujeto, causa de una peripecia tan sorprendente como inesperada; y aunque se hizo anunciar,

éste no se dió mucha priesa á recibirlo, sospechando cuál podía ser el objeto de tan matinal visita, y el pobre tuvo que guardar antesala durante más de media hora. Al fin salió el personaje, y al ver á Ramírez le dijo:—"Ya supongo cuál es el asunto que me proporciona el gusto de ver á usted en mi casa; pero no tenga usted cuidado: si se ha perdido todo, bien perdido está, que esos son percanses del juego."—"Señor, replicó D. Tomás, no es eso: vengo á dar á usted parte de la inmensa ganancia que he hecho, y á ponerla á su disposición."—"Nada, nada, replicó aquél, ese dinero no es mío, usted lo ha ganado y suyo es," y se retiró.

Y aquí me tiene usted de D. Tomás, hombre de conciencia y de recto proceder, vacilando sobre el destino que debía dar á ese dinero, acerca de cuya propiedad le quedaban dudas. Pero al fin la explícita voluntad de su protector y su generosa conducta lo tranquilizaban, puesto que él había hecho lo que debía con toda la buena fe de un buen cristiano y de un caballero. Meditando más despacio sobre este asunto, resolvió al fin destinarlo á alguna obra de utilidad pública, y emprendió la construcción de un teatro.

Mas, como se dice que Ramírez gastó en éste más de sesenta mil pesos, y no es verosímil que su ganancia fuera tan excesiva, debe suponerse que gastaría además parte de su propio caudal, lo que, sin embargo, no fué suficiente para concluirlo. Como quiera que sea, Ramírez compró un solar en punto central y puso manos á la obra el 20 de Agosto de 1792. Ezpeleta lo apoyaba y estimulaba eficazmente; pero el Arzobispo se creyó en el deber de contrariarlo, y aunque no se opuso abiertamente, llegó á ofrecer á Ramírez hasta cuarenta mil pesos, con tal de que desistiera del proyecto. Pero nada pudo vencer la firme resolución del mercader, y la obra

se llevó á cabo, á lo menos hasta donde lo permitieron los recursos con que contaba el empresario. Lo que se construyó fué sólido y perfecto y proporcionado á las necesidades de la población.

¿El Arzobispo tenía razón en oponerse? No me atreveré á afirmarlo, ni á negarlo. El teatro es una diversión como cualquiera otra, de la cual puede abusarse. Aun la simple comedia de costumbres (aunque esto parezca digresión), puede en muchos casos ser funesta para la inocencia. ¿Y el teatro moderno, tanto francés como español, qué es lo que nos da hace mucho tiempo? ¿Ya la escuela realista, que puja por enseñorearse de la escena, ha señalado el límite hasta dónde puede llegar en la representación de la vida ordinaria y de las escenas íntimas? El teatro es bueno para divertirse y nada más, pero no moraliza á nadie. Eso de que es *escuela de costumbres* no pasa de ser una frase convencional contra la cual la prudencia no se atreve á protestar. Puede serlo de costumbres buenas y de costumbres malas, en cuanto las hace conocer todas, pero no porque corrija estas últimas. Mas aun suponiendo que haya piezas teatrales que verdaderamente corrijan, el número de las que corrompen, al par de las novelas, ya de un modo, ya de otro, es infinitamente mayor.

Usted dirá que yo soy el diablo predicador, puesto que tan aficionado y asiduo concurrente soy al teatro; pero no quiero decir que el teatro deba proscribirse, siendo como es ya una necesidad universal, un mal necesario á que está sujeta toda sociedad civilizada, como lo son también las armas de fuego, los ferrocarriles y los buques; mal al cual no es posible poner remedio: tan arraigado, tan connaturalizado está ya con la vida de los pueblos cultos.

¿Recuerda usted lo que dice Jovellanos,—que discu-

rre no muy favorablemente al teatro— al hablar del odio que algunos le profesan? Si ésta le parece á usted digresión, perdónemela usted en gracia del placer que le proporcionará oír las palabras del elegante y concienzudo escritor.

"¿En qué puede consistir, dice, el encono con que ciertas gentes, al parecer sabias y sensatas se han empeñado en combatir el teatro desde sus primeros ensayos? No hablemos de las censuras canónicas, sólo aplicables á la escena de los antiguos, ó á las torpes truhanadas de la media edad; hablemos sólo de los ataques con que han combatido la escena moderna muchos de nuestros teólogos....

.....

"Pero atendido su estado (seamos imparciales) atendidos su corrupción y sus defectos, ¿no sería cosa por cierto durísima cerrar la boca á los ministros del altar sobre un objeto que ofende tan abiertamente, no ya los santos y severos principios de la moral cristiana, sino también las más vulgares máximas de la razón y la política? Púrguese de una vez el teatro de sus vicios: restitúyase al esplendor y decencia que pide el bien público, y si entonces, cuando ya hubiese callado el celo, resonaren todavía las indiscretas voces de la parcialidad y la preocupación, la autoridad, que debe cansarse alguna vez de luchar con semejantes obstáculos, haga valer los derechos que le dan la razón y las leyes para imponerles silencio.

"Sin embargo, es preciso confesar que el atraso de la escena y la retardación de su reforma han consistido más principalmente en sus defensores y apologistas. Como hay siempre gentes para todo, en cada época de su persecución encontró el teatro campeones que saliesen á la palestra á rechazar los ataques; y como la opinión y el

interés de la muchedumbre estuviesen siempre de su parte, jamás hallaron difícil la victoria. De este modo la ignorancia, el mal gusto y la licencia perpetuados sobre la escena impusieron silencio al celo y la ilustración, é hicieron casi imposible el remedio.

"Por lo que á mí toca, estoy persuadido á que no hay prueba tan decisiva de la corrupción de nuestro gusto y de la depravación de nuestras ideas, como la fría indiferencia con que dejamos representar unos dramas en que el pudor, la caridad, la buena fe, la decencia y todas las virtudes y todos los principios de sana moral, y todas las máximas de noble y buena educación son abiertamente conculcados. ¿Se cree por ventura que la inocente puericia, la ardiente juventud, la ociosa y regalada nobleza, el ignorante vulgo pueden ver sin peligro tantos ejemplos de impudencia y grosería, de ufanía y necio pundonor, de desacato á la justicia y á las leyes, de infidelidad á las obligaciones públicas y domésticas, puestos en acción, pintados con los colores más vivos, y animados con el encanto de la ilusión y con las gracias de la poesía y de la música? Confesémoslo de buena fe: un teatro tal es una peste pública, y el Gobierno no tiene más alternativa que reformarlo, ó proscribirlo para siempre."

Los siguientes párrafos tienen tanta analogía con lo que sucede entre nosotros, que no puedo prescindir de recordarlos:

"Qué espectáculos, pues, qué juegos, qué diversiones públicas han quedado para el entretenimiento de nuestros pueblos? Ningunos.

"¿Y es esto un bien ó un mal? ¿Es una ventaja ó un vicio de nuestra policía? Para resolver este problema basta enunciarle. Creer que los pueblos puedan ser felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las ne-

cesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darles diversiones, y prescindir de la influencia que puedan tener en sus ideas y costumbres, sería una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. Resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas, será uno de los primeros objetos de toda buena política."

XX

Después de esta digresión, no enteramente inútil, volvamos á nuestro teatro, hermoso y elegante en su primitiva planta, sólido en su construcción, estrecho en espacio y holgura para actores y espectadores. Aquéllos no tenían en un principio departamentos para vestirse y hasta que vino la Compañía dramática de Villalba, actores y actrices se vestían en el escenario detrás de los bastidores, con toda la franqueza y buena fe de campechanos histriones. Aquel director construyó unos cuartos con tablas, especie de camarotes, donde daba lástima y risa ver jóvenes y bellas actrices, vistiéndose de reinas ó de sacerdotizas en un zaquizamí desabrigado y desnudo; parecían jilgueros ó canarios metidos dentro de una jaula de cañas mugrientas y desiguales. Pero no me propongo hacer la descripción de nuestro teatro, que, en vez de ir mejorando con el tiempo, se ha hecho cada día más sucio y desacomodado, á proporción que ha ido cambiando de dueños. Sobre la puerta interior del patio se fijó la tablita aquella de que hablé al principio, con una inscripción que decía:

EL 6 DE OCTUBRE DE 92, ENTOLDADA APENAS LA CASA, SE DIERON YA UNAS COMEDIAS QUE LLAMARON PROVISIONALES, LAS CUALES SE PROLONGARON HASTA EL 11 DE FEBRERO, Y CONCLUÍDA LA

OBRA, PRINCIPIARON OTRAS NUEVAS FUNCIONES EL 27 DE OCTUBRE DEL MISMO AÑO. Es de admirar que esta ciudad, cuya población ha ido creciendo de un modo sorprendente, y que cuenta ya más de cien mil habitantes, no haya tenido hasta hoy sino un mal teatro, cuando Madrid, que en la época de que hablamos sólo tenía tres, en 1870 contaba catorce, y en esa proporción todas las ciudades de provincia, en las cuales hay uno ó más teatros buenos, y compañías permanentes.

Los actores y actrices españoles que se hacían venir á Santa Fe, como Palacio, Huerta y la Nicolasa, y las aficionadas como la Jerezana, la Zebollino y otras, representaban las comedias que entonces privaban allá, y cantaban tonadillas que enloquecían al público. A principios de este siglo había funciones dos veces por semana, presidiendo una comisión del Cabildo, que era dueño del teatro, y la entrada general costaba dos reales, fuera del asiento que valía otros dos.

Hasta el año de 1830 se daban allí por aficionados los dramas, comedias y tragedias clásicas de la escuela antigua. Moratín, Gorostiza, Martínez de la Rosa, Racine y otras de la época, hacían el gasto con la *Virginia*, *Orestes*, *Otello*, *Mahomet*, *el Castigo de la miseria*, *el Delincuente honrado*, *el Señorito mimado etc.*, además, tal cual obra nacional, primeros vagidos de nuestros ingenios, que pretendían alzar ya el vuelo y ensayar sus trinos, antes de pelechar. Malos dramas, en lo general, y malas traducciones extranjeras, en manos de malísimos actores, pervirtieron el gusto; y no fué sino años después cuando comenzó á regenerarse nuestra escena dramática por Compañías españolas, y la lírica mucho más tarde, por italianas.

En las grandes solemnidades no eran solamente aficionados de cargazón los que salían á las tablas: jóve-

nes de las principales familias encontraban particular gusto en exhibirse en ellas, como sucedió, por ejemplo, en las fiestas que se hicieron el año de 30 con motivo de la elección de D. Joaquín Mosquera para Presidente de la recién nacida República de la Nueva Granada. En las tres funciones teatrales que se dieron figuraban con honra D. Telésforo Sánchez Rendón—que aun no era esposo de nuestra poetisa doña Silveria Espinosa—D. Mariano Becerra—que aun no era doctor—padre de mi querido amigo D. Ricardo—D. José Belver, cuyo lecho mortuorio está todavía caliente, Lucas Torrijos y otros.

Representóse en esta ocasión *La Virginia*, en que Torrijos, apenas adolescente, hacía el papel de Virginia, y nuestro inolvidable escribano del número D. Narciso Sánchez el de Virginio. Aquella figura romana, alta y fornida y su voz de bajo profundo caracterizaban perfectamente el papel. Pepe Vallarino, joven también, desempeñaba el de Tulia, Venancio Cabrera el de Valerio, D. José Belver el de Hortensio, y Juan Evangelista Durán el de un Oficial. Ninguno de ellos existe yá!...

Entró también en juego.... un humilde servidor de usted, quien, para hacer el papel de Palmira en el *Mahomet*, hubo de cambiar de sexo. Aun no había cumplido catorce años!.... Las familias de los aristocráticos histriones, ú otras de lo más granado de nuestra sociedad, se encargaban de *vestirlos*, y echaban el resto de lujo, elegancia y propiedad, como que se ajustaban á los modelos en que se representaban los respectivos trajes de cada épeca y nación.

Permítame usted un recuerdo personalísimo. Creo que en aquella ocasión, que nunca olvidaré, dejé bien puesto el honor del bello sexo, y supe corresponder á la confianza que de mí se hizo, sin tener motivo para saber

cómo desempeñaría yo mi papel, yo, niño de doce ó trece años, que, si alguna vez había tomado parte en comedias caseras, y ante un público que llamaré privado, jamás había tenido que habérmelas con todo un respetable y verdadero público. Y lo digo porque tuve la fortuna de ser aplaudidísimo—quiero decir, aplaudidísima—especialmente en aquel pasaje en que Palmira, llena de indignación, dice al falso profeta: "Impostor, teñido de sangre, á quien detesto! Verdugo de todos los míos. ¡Ah, este último ultraje faltaba á mi desgracia y á tu rabia! ¡Monstruo cuyos furores y perfidias han hecho dos parricidas de dos corazones inocentes! Tú pretendes mi corazón, ¡pero aun no has asegurado tu conquista! ¡El velo se ha rasgado, la venganza se apresta, oíd esos clamores, el pueblo se subleva, mi padre te persigue, y su brazo va á vengarnos! Ah, si pudiera con mis manos desgarrar tus entrañas, ver morir á todos los tuyos y nadar en tu sangre!".... Y acercándome cada vez más, enajenada, me parecía que todo aquello era verdad, y alzaba cuanlo podía mi voz infantil.

Fué tal la vehemencia con que recité este apóstrofe, que hice temblar al doctor Becerra—quiero decir, á Mahoma—el cual retrocedió dos pasos ante una débil mujer.

Yo tenía que morir sacrificada por mi propia mano, y quiso la desgracia que mi entusiasmo me llevase á cometer este crimen casi debajo del telón de boca, que en esos tiempos caía con horrísono estruendo sobre las tablas, á causa de una enorme viga que le hacía peso para que bajase. Mas, temiendo que mi fingido suicidio se convirtiese en un verdadero y real homicidio, con poco recato y menos respeto por el público, aunque inocentemente, y en fuerza del natural instinto de conservación, alcé los piés para que el telón, ó mejor dicho, la viga,

no me cayese encima. Por fortuna el traje oriental que llevaba, con ancho calzón bombacho, me ponía á cubierto de toda maliciosa censura. A lo menos la compasión que debió inspirar mi temprana muerte fué templada por algunas risas involuntarias. Los que no rieron quizá pensaron que aquella evolución era una parte mímica de mi papel, y producida por las agonías de la muerte. Algún hombre del pueblo dijo al salir del teatro: —pobre señora! cuando bajaron el telón todavía pataleaba.

Permítame usted poner aquí una nota explicativa para descargo de mi conciencia y satisfacción de usted.

En la edad inocente en que yo me hallaba no tenía notica alguna de D. Pacho Voltaire, ni había leído ninguno de sus escritos. Hoy que ya tengo uso de razón y el criterio suficiente para juzgar por mí mismo, no habría tenido el mal gusto de tomar parte en la representación de una de sus indigestas tragedias. En cuanto á mi pobre madre, ¿qué podía saber su merced de todas estas cosas?

Mas adelante, por los años de 34, representaban también como aficionados—no recuerdo con qué motivo—el hoy distinguido médico, doctor Pedro Vera, aplaudidísimo en el difícil papel de *Otello*, el doctor Venancio Ortiz, habilitado de Desdémona ó Edelmira, y el doctor Angel María Céspedes con Juan Hinestrosa en el *Pizarro* ambas muchachas—Juanita y Venancia—muy bien parecidas, discretas y honradas.

En otra ocasión tendré el placer de hablar á usted, que tan aficionada es al teatro, de las funciones que, á competencia, se daban cada año, durante ocho días, en los Colegios mayores y rivales, del Rosario y San Bartolomé.

XXI

A propósito de aficionados, y respecto de los de la época de la Colonia, oigamos lo que dice Crisóstomo Osorio en su interesante bosquejo histórico de la música en Colombia, publicado en el *Repertorio Colombiano* número XV:

"Saludemos á la Zebollino y á la Jerezana que se presentan en la escena. Mucho hemos oído hablar de ellas, y de ellas se hacían lenguas nuestros abuelos. ¿Quiénes eran, y con qué títulos se presentan á figurar en estos apuntamientos? Véamoslo. La señora doña María de los Remedios Aguilar vino á Santa Fe en compañía de su esposo D. Eleuterio Zebollino, y esta señora tuvo la condescendencia de cantar, por supuesto que *gratis et amore*, dos ó tres veces en el teatro unos boleros. unas seguidillas y algunas cosas más, que hicieron bailar á más de cuatro, mozalvetes entonces, y viejos después, que aun sostienen que, en materia de canto, no se ha oído hasta hoy nada comparable á las tonadillas y fandangos de la graciosa andaluza.

"La señora doña Rafaela Isaza, nacida en Jerez de la Frontera, esposa del señor D. Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, contribuyó también poderosamente á impulsar el gusto y la decisión por la música entre las damas santafereñas.

. . . . . .

"La Marquesa de San Jorge cantó también en el teatro tonadillas y boleros, cuando las fiestas que aquí se hicieron en celebración del triunfo obtenido por las fuerzas españolas sobre los ingleses en Buenos-Aires. Su canto fué muy aplaudido y mejoró el gusto."

En los últimos sesenta años hemos visto en nuestro

teatro una que otra obra nacional, si no perfecta, por lo menos digna de mención; pero también hemos tolerado benévolamente no pocas de escaso mérito. Mas debemos confesar que los primeros ensayos en este género, como los de Vargas Tejada y Madrid, tienen el mérito, cuando otro no tuvieran, de ser los primeros, y además el de haber carecido sus autores de la educación teatral teórica y práctica indispensable para llegar á cierto grado de perfección.

No basta el ingenio: de todos los géneros literarios el que exige mayor número de cualidades y de felices circunstancias, todas reunidas, es el dramático. El drama es la síntesis de la perfección, el compendio, la crema de todo lo mejor, lo que no admite términos medios; es el sulfato, si se puede decir, el refinamiento del gusto, del tacto y del ingenio. Fuera de las condiciones generales que exigen los demás géneros, el drama necesita un talento especial, una disposición natural, ingénita, y un estudio y educación teatrales prolongadísimos y sostenidos. Muchos grandes pintores y escultores no habrían llegado al grado á que llegaron si no hubiesen visto trabajar á sus maestros. De aquí, que algunos buenos actores hayan venido á ser eximios autores; Lope de Rueda, Shakespeare, Green—su compatriota—Moliére, y otros, debieron en parte el mérito de sus obras á la práctica de muchos años en las tablas. No hay exageración en decir que es más difícil hacer un buen drama que escribir un libro de historia, una novela, un poema ó una colección de buenas odas. Trazado el plan y supuestas las demás condiciones necesarias á todo autor, como son: el método, buen lenguaje, claridad, espontaneidad, elegancia etc., la narración marcha por sí sola. No así en el drama, en que la estrechez misma del argumento y plan, el diálogo, la concisión en los concep-

tos, las peripecias y situaciones, los contrastes, la necesidad de ceñirse á lo necesario, y nada más que á lo necesario, desterrando trivialidades, echando fuera la hojarasca, prescindiendo del lirismo impertinente, atendiendo á las dimensiones del todo y de las partes y á la armonía general de éstas; todo concurre á formar un compuesto laborioso y por extremo delicado, el cual, si por algún lado flaquea, se viene abajo el edificio, ó queda en estado de ruina.

En toda obra de grandes dimensiones ha de sostenerse el interés desde el principio hasta el fin; pero en el drama el interés es de momentos; es como el hierro que se saca encendido de la fragua para batirlo; si desmaya, si se enfría, si decae en una ó más escenas, la desilusión es inmediata.

Dos poderosas palancas hay para mover el ingenio humano: la una interior, que es el entusiasmo, generador de todo lo grande, esa llama que yace latente, quizá bajo la ceniza; especie de fósforo que se enciende al menor frotamiento; la otra exterior, que es el estímulo del aplauso ó de la protección; y esta última palanca hace mover la otra, porque el entusiasmo también necesita del estímulo del aplauso.

¿Y quien duda que entre nosotros el genio carece de una y otra cosa, en la medida que se necesita? Los grandes artistas antiguos ¿qué habrían sido sin esas dos palancas que los obligaban á poner en ejercicio sus talentos, y les facilitaban los medios de hacerlo? En estos países incipientes en lo general, pero principalmente en el teatro, las obras de mérito son como plantas exóticas que brotan en fuerza de la feracidad del terreno, pero á las cuales agosta y marchita el influjo del medio inerte y dormilón en que viven, la atmósfera anémica en que vegetan.

En el nuéstro se puede asegurar que la inmensa ma-

yoría no lee nada; la minoría está dividida en dos secciones, una que lee, que estima y aplaude—ó que solamente lee—en lo cual ya hace un bien; y otra que quiere leerlo todo, pero que no le cueste nada, que no le imponga ningún sacrificio, por pequeño que sea. Por eso con tanta razón como agudeza dijo el Director de la Academia Colombiana en el discurso de la última sesión solemne: "Si no podemos presumir de sabios ni de consumados escritores, nosotros nos llevamos la palma en cuanto á desinterés. Nosotros consumimos gustosísimos gran parte de nuestro tiempo, de nuestra salud y de nuestra hacienda en empresas y labores literarias, sin aspirar á otra satisfacción que la de ser elogiados por cuatro amigos. Sacerdotes del templo de las Musas, costeamos de nuestro peculio el incienso que quemamos al pie de sus altares."

Veamos, si usted me permite, lo que sucedió en España, á fines del siglo de que estamos hablando. La decadencia del buen gusto fué tan rápida y notable, que parece que todos sus astros luminosos de aquella época se hubiesen apagado á un mismo tiempo. Pero puede decirse que el teatro se salvó de este naufragio literario, gracias á la extremada afición de Felipe IV á la amena literatura, y muy especialmente al teatro, y esto fué suficiente para que apareciesen gran número de escritores dramáticos, y muchos de primer orden. Y todavía más: su sucesor Felipe V,—de quien al principio de estos Recuerdos he hablado con cariño—se interesó, aunque extranjero, en sacar á la España del abatimiento literario en que se hallaba, poniendo en comunicación á los españoles con sus compatriotas los franceses, estableciendo academias, fundando importantes publicaciones, y protegiendo de todos modos las letras y los buenos estudios. Sin estos estímulos del aplauso y de la protec-

ción, directa ó indirecta, la escena española habría participado del marasmo del resto de su literatura.

En cuanto á nosotros, esperemos mejores tiempos. Si la paz se consolida, como es de suponerse, si las vías de comunicación han de ser al fin una realidad, si la política y los intereses materiales dejan al genio entregarse á sus pacíficas lucubraciones, el gran teatro que actualmente se está construyendo en Bogotá, y la consiguiente venida á esta capital de buenas compañías dramáticas y líricas, favorecidas por las exenciones y auxilios que el mismo Gobierno les concede, esta ciudad y el país en general, tendrán al fin lo que no falta en ninguna parte del mundo civilizado, como testimonio y certificado de adelantamiento y cultura. Y mejor que eso, será un poderoso estímulo para que nuestros ingenios, sacudiendo las entumecidas alas, dejen las regiones de la *lírica* y se eleven á las nobles y delicadísimas de la *dramática*, á donde muchos son los llamados y pocos los escogidos.

XXII

Para cumplir la promesa que hice á usted, mi buena amiga, al hablar de nuestro antiguo teatro, tengo que retroceder á los años de 1825 á 1828, época de gloriosos recuerdos, aunque yá de ardiente lucha entre partidos políticos que hasta allí habían venido unidos en un solo pensamiento, en una aspiración única: la felicidad y el engrandecimiento de la patria común.

Mas, como quiera que no es la política la parte principal de nuestras familiares conversaciones, y sólo estamos hojeando someramente los modestos anales de nuestro incipiente teatro, á este asunto me contraeré por hoy, eligiendo aquella época de inocencia literaria y artística en que, si no se veían en la escena autos sacra-

mentales, ni comedias de tramoya y figurón, privaban, sí, los monólogos, loas y tragedias clásicas, de alto coturno, tiempo en que se miraba con horror entre los iniciados cualquiera falta contra las unidades aristotélicas. Esto sin perjuicio de retroceder, á su tiempo, á nuestro siglo XVIII, para recoger algunas bagatelas que se nos puedan quedar traspapeladas, como la Flora de Bogotá, el Observatorio astronómico, la Expedición de la vacuna, y otras cosillas por el estilo. Cuando digo *nuestro siglo XVIII*, no quiero referirme á usted.... ni á mí, que no lo hemos conocido sino en retrato.

Creo haber dicho á usted en otra ocasión que los exámenes y asuetos de los colegios tenían lugar entonces en el mes de Agosto, y éstos duraban hasta mediados de Octubre. El 18, día de la fiesta del Evangelista San Lucas, se abrían de nuevo las aulas, lo que daba lugar á que los estudiantes se divirtiesen á sus anchas en el mes de Diciembre, con las alegres misas de Aguinaldo que se hacían ruidosamente en el Colegio del Rosario, bailecicos, pesebres y otros honestos pasatiempos. ¡Bien hayan esos regocijados días en que los niños éramos niños hasta los veinte años; y en que la cometa, el trompo, la pelota y los zapatos de cordobán, nos acompañaban hasta nuestra tardía entrada en el mundo, á donde llegábamos yá con barbas, ó por lo menos con bozo!

Todo el mes de Diciembre era casi un asueto disimulado, en que los estudiantes echaban á pasear á Nebrija, Cejudo, Pelegrín, Wattel, D. Juan Sala, Lackis y Cavalario, y se dedicaban á preparar las piezas teatrales que habían de representarse en los ocho días que con tal objeto se les concedían por los superiores. Los espaciosos patios de San Bartolomé y Santo Tomás se transformaban en vasta platea con dos órdenes de palcos, y en uno de los ángulos se levantaba un tablado que era

el escenario. Ya supondrá usted cuánto trabajo y cuántos gastos tendrían los alegres colegiales para tan laboriosa empresa: pero todo lo vencía el ardor juvenil y el deseo de gloria y de aplausos. Aun los catedráticos mismos solían tomar parte en ella, de grado ó por fuerza.

En este corto período los dos colegios se constituían en repúblicas independientes, y tan independientes, que no se obedecía en ellas sino á las autoridades que ellas mismas elegían. Las repúblicas *bártolina* y *tomística* —que así se llamaban—eran soberanas y realizaban así inconscientemente el ideal de la federación en miniatura. Ni el público mismo era extraño ó indiferente á esta especie de guerra galana, y solía dividirse en partidos. Los parciales de cada bando ponderaban, discutían y daban la preferencia á esta ó á la otra pieza representadas, y los respectivos círculos *claqueurs* aplaudían á rabiar *oportune é importune.*

Cada entidad soberana elegía popularmente su Presidente, elección que de ordinario recaía en algún respetable personaje de fuera de ella, el cual tenía que aceptar, quieras que no quieras, y constituríse en su protector, mirando como señalada honra el cargo que se le confería, y la carga que se le echaba encima.

Largo sería hacer á usted, mi paciente amiga, la relación de aquellas funciones, de que los muy contados periódicos que entonces había en esta ciudad solían dar breve cuenta, particularmente uno llamado *El Constitucional*, que se publicaba en inglés y en castellano. Ni la ocasión lo comporta, ni mi memoria, que es yá un escaparate viejo y gorgojeado, lo conserva todo al cabo de medio siglo; pero tál cuál recuerdo fugaz de lo que entonces vi y oí no dejará de interesarle á usted, y estoy seguro de que me lo agradecerá, cosa que también le agradeceré yo á usted, y así nos pagaremos en mutuas gracias, sin pararnos en regatear por mil más ó menos.

¡Con qué atenta curiosidad miraba yo, rapaz de siete ú ocho años, al joven Bruno Bulla, amabilísimo y alegre estudiante de filosofía de San Bartolomé, natural de Zipaquirá, con quien, desde entonces, conservé hasta su muerte relaciones afectuosas y gratísimas! ¿Y cuál era el objeto de sus visitas á mi casa? Que se lo habían consignado á mi madre y hermanas para que lo vistiesen de *Guatimocín*, papel que debía representar en la tragedia de este nombre, de nuestro poeta Madrid. Su estatura elevada, color moreno y facciones pronunciadas, cabello negro, lacio y no muy dócil, eran caracteres que cuadraban perfectamente al personaje histórico.

Cuando Bulla hizo la primera salida á las tablas con su rico manto y tonelete bordados, su diadema de oro, adornada de vistosas plumas, sus brillantes pulseras y ricas sandalias de terciopelo, cubiertas de lentejuelas, y sostenidas por largas cintas que subían cruzándose en espirales hasta la rodilla, el efecto que produjo en el público fué sorprendente. No diré que el actor estuvo á la altura de su papel, sino, por el contrario, que el papel estuvo á la altura del actor, que era de seis pies y algunas pulgadas. Y la pieza, en general, para no detenerme en pormenores, dejó larga memoria y mucho de qué hablar hasta el día siguiente en que le tocó su turno á *Atala*, en el Colegio del Rosario, pues los dos colegios alternaban en sus fiestas.

Observaré, sin embargo, que el papel de Cortés, aunque tocó á uno de los estudiantes más populares y simpáticos, el neivano Durán—alias Moyano—el carácter festivo de éste, sus movimientos vivos, y más que todo, su estatura pequeña y el tono atiplado de su voz no correspondían al carácter del grave conquistador.

Hubo además otra ligera contrariedad en la ejecución del *Guatimocín*, que pasó casi inapercibida. Alde-

rete, oficial de Cortés, estaba á cargo de un colegial muy feo, de ancha cara, nariz chata y color manchado con grandes pecas. El tal Alderete era un hombre cruel é inhumano, y en un vivo diálogo que tenía con Tepoczina, mujer de Guatimocín, ésta le dijo, maliciosamente y acentuando la frase, como que al fin eran condiscípulos y se conocían de antemano:

> "¿Por qué os sufre la tierra, y sus entrañas
> No abre para tragaros, gente inícua,
> Tigres de faz humana?"

Esto ocasionó risas entre los estudiantes, las cuales se comunicaron al público; pero por fortuna el contagio no se hizo general. Desde aquel día le quedó á Alderete por apodo en el Colegio *el tigre.*

Los pocos que aun vivan de los que á estas fiestas asistieron, recordarán la triste impresión que hizo el tierno idilio de Chateaubriand puesto en escena, á pesar de los defectos de que adolecía la composición dramática; tal vez recuerden también el aire sentimental y la fisonomía atractiva de Plácido Morales con sus grandes ojos lánguidos, su tez de color aperlado, cabello negro y crespo y dulce tono de voz. Plácido representaba á la desgraciada Atala con una propiedad perfecta, y más de una lágrima de compasión hizo brotar de los ojos de las sensibles damas.

¡Quién le hubiera dicho entonces al desgraciado Plácido, tipo del *cachaco* genuino, y celebrado por su agudeza, que, cuando recostado al pie de una palmera, y rodeado de Chactas y del Padre Aubry—ú Obrí, como escribe el autor del drama—exclamaba con acento dolorido, y presa yá de un lento veneno:

> "¡Oh, mi Dios, moriré siendo inocente?
> Contrarrestar la fuerza del destino
> Quién podrá?..... Suerte infelice!".....

¡quién, repito, le hubiera dicho que, andando los tiempos, habría podido exclamar lo mismo, al ver yá cercano su trágico é inesperado fin; y que con tanta propiedad hubiera podido aplicársele aquéllo del desdichado amante: "Duerme en paz.... oh joven desgraciada! En recompensa de tu amor y de tu muerte, vas á quedar abandonada hasta del mismo Chactas!" Pues, en efecto, su cadáver quedó abandonado en la Huerta de Jaime, hasta que en altas horas de la noche vino su familia á recogerlo.

Ejecutaba el papel del Padre Obrí, D. Domingo Arroyo, hermano del popular y lamentado doctor Isidro Arroyo, mi venerado maestro y amigo. Su andar lento, su voz pausada y su marcado acento panameño, se hermanaban muy bien con el carácter del santo misionero.

Yá había hablado á usted de otras de las piezas que por entonces se representaban en los dos estudiantiles teatros, y así omitiré volver á mencionarlas; pero no me perdonaría usted que pasara por alto un episodio de suma gravedad que ocurrió en el último año de estas comedias, episodio que por su interés histórico merece repetirse, aunque yá lo he citado en época anterior. Bien sabe usted cuál es mi tema invariable: "repitamos!"

XXIII

La república bartolina había elegido para su Presidente al General Sucre, que al mismo tiempo, y no de burlas, era candidato para la Presidencia de Colombia. Su popularidad era tal, que áun el mismo partido liberal de aquella época lo había adoptado, ó por lo menos lo aceptaba por candidato, y era también el de Bolívar. Cuando el gran Mariscal de Ayacucho fué por primera vez á visitar su república estudiantil y tomar posesión

de su destino, llamó aparte á uno de los altos funcionarios de ella y le preguntó cómo marchaba ésta.

—Muy bien, le contestó: todos los ramos de la administración se hallan en buen pie.

—Y el de Hacienda?

—La Hacienda es lo que menos bien anda; el Tesoro no cuenta con muchos fondos, aunque sí tiene crédito.

Entonces el General Sucre llamó á un asistente que había llevado ex-profeso, y tomando de sus manos un grueso bolsillo lleno de onzas de oro, lo entregó á su interlocutor diciendo con reserva:

—Acepte esto la República para sus primeros gastos.

Sucre era el caballero sin tacha, el tipo de la generosidad y de la hidalguía, llevada aquélla hasta la prodigalidad. Tan desinteresado fué, que renunció su haber militar en Colombia, en favor de sus hermanos, que lo necesitaban, y de quienes estaba hecho cargo, y no hizo caso del que se le adjudicó en el Perú: desinterés de que sólo hubo otro ejemplo, el del General granadino D. Pedro Fortoul. Siendo Sucre notablemente rico, andaba, sin embargo, siempre escaso de dinero. Si aquel estudiante de antaño, al encontrar á Miguel de Cervantes en el camino, lo saludó diciendo: "Este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, el regocijo de las Musas," estos otros estudiantes podían haber dicho de Sucre: "Este es el rico pobre, el mariscal indigente, el héroe modesto," pues así se familiarizaba con ellos y los obsequiaba munificamente cuando tal vez no tenía más dinero en su caja. De esta escuela del desinterés y de la nobleza fueron nuestros próceres, y lo fué en alto grado el mismo Bolívar, quien solía llegar á Bogotá, después de una campaña, con la casaca pegada á las carnes, y era preciso que sus amigos saliesen á comprar camisas para que se cubriese. ¿Con tales hombres no había de ser grande y bella Colombia?

Bolívar asistía á las representaciones dramáticas, y con este motivo recuerdo un incidente curioso.

La noche de la primera función estaba de guardia en la puerta del colegio el estudiante Rafael Eliseo Santander, que tenía un grado de oficial en la bartolina. A las ocho, más ó menos, llaman al portón que estaba cerrado para evitar desórdenes.

—Quién va á la guardia!!! pregunta con voz formidable y yá varonil, el oficialito Santander.

—El Libertador! responde un edecán desde afuera, en tono familiar.

El oficial va á abrir prontamente la puerta gritando: —¡Los de guardia, el Libertador! Hace formar ésta, se cuadra, saluda con la espada, pero no acaba de hacer los honores porque Bolívar, que venía acompañado del General Silva y otros, no lo permitió, rehusándolos amistosamente, y luégo subió al palco que le estaba destinado, conducido por numerosa comisión de republicanos estudiantes.

Bolívar y Sucre habían asistido yá á las representaciones de la *Atala* y el *Guatimocín*, el *Aquimin*, de Vargas Tejada, el *Delincuente honrado*, el *Castigo de la miseria*, el *Señorito mimado* y otras piezas. La última noche se daba en San Bartolomé la tragedia de *Orestes*, y era la oportunidad convenida por los enemigos políticos del Libertador, según se dijo entonces, para llevar á cabo un nefando proyecto. Por fortuna para todos, cierto rumor que comenzó á correr por lo bajo puso en alarma al público, y las sospechas llegaron á tomar tales proporciones, que la representación hubo de suspenderse á tiempo, y uno de los actores salió á avisarlo á la concurrencia, pretextando un motivo cualquiera. No faltaban antecedentes que daban fundamento á estos temores, pues esa misma tarde había

ocurrido un lance desagradable entre la guardia veterana que se dirigía á palacio y la del colegio, que se hallaba á su paso.

XXIV

Tiempo es ya de que volvamos á la época teatral de Nueva Granada, de 1833 á 1839, época de regeneración, ó más bien de creación de nuestro teatro, pasando por alto aquélla en que el inmortal Chepe Sarmiento, portero vitalicio del Palacio del Presidente, era el rey de la escena, con su compañía formada de unos pocos aficionados de su misma estofa, es decir, sin la menor educación teatral ni literaria. Chepe Sarmiento era un hombre de edad, de pequeña estatura, grueso, muy moreno, de entonación y maneras sentimentales, y dotado de una pasión desenfrenada por el teatro. Para conocer á nuestro Talma baste saber que solía decir con un candor infantil: "hace veinte años que soy *atriz* y todavía cuando salgo á las tablas me da un susto veloz." Su memoria era infeliz, y cuando se le olvidada el papel—lo que sucedía en cada escena—sacaba, no se sabe de dónde, un pañuelo, aunque estuviera vestido de romano, ó de indio bravo, y se lo llevaba á los ojos como para manifestar que el dolor no le permitía hablar, aun cuando no hubiese motivo para llorar, sino quizá más bien para reír; por lo cual parecía decir con el poeta: "dejen que haga memoria." Y así daba tiempo á ésta para evocar el perdido recuerdo; de lo contrario, hacia *dacapo*, como dicen los músicos, y volvía á comenzar desde muy atrás.

Prescindiré también de otros muchos ensayos hechos en teatrillos efímeros, é improvisados en solares y patios, ensayos que podríamos llamar casos esporádicos de fie-

bre teatral, de que el público no ha conservado memoria sino por algún accidente ó episodio especialísimo, de que siempre queda cicatriz indeleble. En el puente Nuevo, en el antiguo Parque y en la Gallera vieja hubo de estos teatros á medio hilvanar; en ellos se dieron con intermitencias caricaturas de dramas, en que el público, siempre benévolo para con la buena intención, disimulaba ó se divertía.

En el último de los nombrados se dió por los años de 1826 la tragedia en cinco actos y en verso titulada *La Pola*, obra de D. José María Domínguez, jurisconsulto respetable y alto magistrado, que, á sus muchos méritos, reunía el de su amor á las Bellas Letras. El asunto, como nacional y de fresca memoria, excitó, naturalmente, un vivísimo entusiasmo, como que el sentimiento patriótico y la indignación popular que renovaba el recuerdo de la época del terror, hervían todavía á borbotones en los pechos de los patriotas. Además, era ésta la primera vez que se ponía en la escena el sacrificio de la infeliz Pola, que muchos de los espectadores habían presenciado, pudiendo decirse que la mayor parte de ellos habían conocido á nuestra heroína.

El entusiasmo fué creciendo por grados á proporción que adelantaba la acción, cuyo principal mérito—sea dicho imparcialmente, y sin ofender la memoria de su estimabilísimo autor,—consistía en las declamaciones y fervorosos desahogos del odio contra los tiranos.

Sentenciada Policarpa al último suplicio, llegó el momento de sacarla al patíbulo, y aquí fué Troya! ¡Qué gritos, qué denuestos, qué algazara en el patio! No! no! no! se oía por todas partes. ¡Que no la fusilen! ¡Traidores! que le conmuten la pena!.... No!!! repetían voces estentóreas; que la pongan en libertad! Y todo esto mezclado con las lágrimas y sollozos de la parte

femenil, que sin duda creía que iba á presenciar una atrocidad, si bien la ejecución no debía tener lugar delante del público. Por fortuna nuestras paisanas nunca se desmayan.

Esta coacción obligó á los verdugos á detenerse, y fué preciso volver á conducir á la Pola á la prisión. Verdadera peripecia que por lo inesperada dejó á todos perplejos. Al fin, trascurrido un rato entre gritos, silbos y aplausos, cayó el telón, y ¡cosa originalísima! salió uno de los actores á satisfacer al público, diciendo: —"Señores, no se puede fusilar á la Pola porque el público se opone." ¿A quién se dirigía este gracioso apóstrofe.... al mismo público que se oponía?

Ríase usted cuanto quiera, mi amiga, pero el hecho es histórico, y en los anales del teatro no se hallará cosa más bella, más sublime, más soberanamente graciosa que este cómico desenlace. La víctima inocente de tal batalla entre el público y los verdugos fué el pobre actor que salió á explicar una cosa que no necesitaba explicación, el cual recibió en el ojo izquierdo un pedazo no muy blando de panela que le dirigieron desde los bancos de la orquesta, á buena cuenta de otros que ya llovían sobre él, y que le hubieran alcanzado, si no tomara el partido que tomó Sancho cuando la aventura de las pedradas, que fué esconderse detrás del burro. Nuestro actor se guareció detrás de un pobre diablo que estaba despabilando las velas de sebo, el cual le sirvió como de rodela para recibir los golpes. Así pagaron justos por pecadores, y fué lástima, porque después se supo que el anunciador era el oficial que debía mandar la escolta de la ejecución.

XXV

La necesidad de una Compañía dramática regular se hacía sentir cada día más, y carecimos de ella hasta

que D. Juan Granados, hombre de empresa, y amante del teatro, formó por los años de 1833 úna que, si no satisfacía enteramente esta necesidad, por lo menos era superior á lo que hasta entonces habíamos tenido. Componíanla el señor N. Franco, padre de nuestro compatriota y hoy autor dramático, D. Constancio Franco, el cual pronto se retiró de la escena, un Ruiz, el gracioso Losada y otros, y las damas eran el joven Venancio Ortiz, que ya he citado—hoy distinguido médico—el después célebre doctor Antonio Vargas Reyes, el no menos célebre abogado de nuestros tiempos, doctor Ignacio Ospina, y la dama característica el joven Joaquín Salgar. Con tan lujoso personal esta Compañía puso en escena el *Aquimin* de nuestro Vargas Tejada, el *Otello*, el *Duque de Viseo*, dos dramas nacionales de nuestro compatriota Francisco de P. Torres—*Gonzalo de Córdoba* y *El Conde Don Julián*,—*El Miguel*, obra también nacional de nnestro poeta D. Rafael Álvarez Lozano, *Julia de Blesin*, *La Huérfana de Bruselas*, *Coquetismo y presunción*, *El amigo íntimo*, *La novia de sesenta y cuatro años*, *Los calaveras*, *Indulgencia para todos*, y otras que ya no sería muy largo enumerar, si me acordase de ellas.

A principios del año de 1836 llegó á esta capital Villalba con una compañía descabalada y mediana, compuesta de su mujer, primera dama; la Fletcher; Chirinos, primer galán, no muy aventajado ni simpático; el Curro, gracioso; el manco López, que con decir que era manco, ya se entenderá que no tenía toda la libertad de acción necesaria en ocasiones; un Flórez, y Dª Rosa Laguna, como bailarina. Esta Compañía no se distinguía ni por lo selecto de todos sus actores, ni por la belleza y gracia de sus damas; no obstante Dª Mariquita, la mujer del Director Villalba, aunque algo gorda, era una argen-

tina bien parecida y de dulce voz, y fué muy popular, principalmente en el género sentimental, en que declamaba á las mil maravillas. De la Fletcher decía el enfático y talentoso Pepe Escallón, que era "una alcachofa marchita, arrojada en el escenario." En efecto, no tenía mérito alguno ni como actriz, ni como cantarina, pero ayudaba al Curro en las tonadillas que con mucha gracia cantaba éste, y que, como *La vuelta del soldado*, y *La maja*, enloquecían al público, pues gran parte de esa generación no había disfrutado jamás del placer del canto escénico, y sólo tenía noticia de la Jerezana y de la Cebollino por tradición.

Pocos meses haçía que estaba en Bogotá la compañía de Villalba cuando llegó otro fragmento dramático compuesto del español Díaz, su mujer y algún otro, y para que pudieran trabajar todos, no obstante el carácter de rivalidad que desde un principio tomaron, se convino en que Díaz se reuniese con la compañía nacional de D. Juan Granados, y que las dos asi constituídas alternasen en las funciones. La de Villalba se estrenó con la *Jaira*, que produjo muy buen efecto, y siguieron luégo el *Felipe II*, *Las tres sultanas*, *El dormido despierto*, *El desertor húngaro*, *El leñador escocés*, *Los dos Waldimiros*, *D. Juan de Calais*, *A la vejez viruelas*, *Los dos hermanos maniáticos*, y otras por el estilo.

Díaz por su parte exhibió á *Blanca y Moncasín*, *Lord Davenant*, *Aristodemo*, *La enterrada en vida*, *La corona de laurel*, y otras, ya originales ya traducidas.

Tal era el repertorio de una y otra, y el gusto que dominaba en aquella época, en que, tanto las compañías como el público, preferían al mérito literario lo que llamaban *grande espectáculo*, es decir, los enredos inextricables, los argumentos terríficos, tramas complicadas, relumbrones y fantasmagorías.

A pesar de que esas enseñanzas no eran para nuestro público la mejor escuela, y que todo aquel acervo de dramas, melodramas, tragedias y tragicomedias son hoy letra muerta en todos los pueblos cultos, al fin nos divertíamos—que era lo que se deseaba alcanzar—y usted también se habría divertido, reído y llorado.

En cuanto á la parte material del teatro es innegable que Villalba fué su verdadero restaurador, ó regenerador. Hombre activo y de recursos para todo, y además simpático, comenzó á pintar personalmente bastidores y bambalinas, y áun el telón de boca—arte en que era entendido—arregló, sacudió, remendó y dispuso todo de manera que pronto pudo comenzar á trabajar. El improvisó, como ya he dicho á usted, un simulacro de *vestuario*, ó departamentos separados para que cada actor y actriz estuviesen independientes en su celda ó camarote, y dejasen el escandaloso, aunque inocente, sistema de vida común que hasta entonces habían llevado. En una palabra, él obró una revolución que galvanizó en cierto modo la escena. Eran los primeros albores de más risueños días, y como la descubierta de otras compañías dramáticas, líricas y de zarzuela que habían de ser más tarde el encanto de nuestra soñolienta sociedad.

Pero no vaya usted á figurarse que entre las reformas que hizo Villalba se cuenta la fachada que actualmente tiene el teatro: esa es obra relativamente moderna, hecha por su último dueño D. Bruno Maldonado, y que le da cierto aspecto imponente. Consta, como se ve en el grabado que se ha tomado de una fotografía, de un segundo y tercer piso formados por ocho columnas estriadas de un orden que pudiéramos llamar cuasi-dórico, pues aunque tienen todos los caracteres de tal, el diámetro del fuste ó caña parece exceder un poco del ordinario, y no va disminuyendo de abajo á arriba en la proporción co-

rrespondiente. La cornisa que sostienen parece que está hecha con todas las reglas del arte, y en los intercolumnios se ven elegantes balcones corridos de hierro, que son los de los salones que allí se construyeron.

¿Me perdonará usted, mi indulgente amiga, una digresión que no será muy larga, y que está muy relacionada con el asunto del teatro?

Villalba, aunque español, era el hombre que estaba destinado para darnos un himno nacional de que carecemos, como excepción tal vez única en el mundo. Pero desaprovechamos la ocasión. El 20 de Julio siguiente á su venida dió una función de grande espectáculo, y estrenó con ruidosa orquesta y buenos coros un himno patriótico arreglado para la ocasión, que hizo grande efecto y luégo se repitió muchas veces, llegando á hacerse tan popular que todo el mundo lo sabía de memoria, y áun se oía por las calles en boca de los muchachos. La letra era sencilla y la música sencillísima, condiciones esenciales en toda canción de este género, porque ellas hacen que una y otra se retengan fácilmente en la memoria por toda clase de personas. Pero, como digo, se dejó pasar la oportunidad de adoptarse oficialmente, si puede decirse, por las autoridades y por los establecimientos públicos, para imprimirla y hacerla cantar en las escuelas y colegios en las ocasiones solemnes.

Como usted, mi amiga, no alcanzó á oír esa canción, hoy ya enteramente olvidada, le recitaré á usted la letra del coro, que decía:

Gloria eterna á la Nueva Granada
Que, formando una nueva nación,
Hoy levanta ya el templo sagrado
De las leyes, la paz y la unión.

Y seguían algunas estrofas en solos agradables que

alternaban con el coro. Haciendo hoy la variación de *Nueva Colombia* en vez de *Nueva Granada* podríamos cantarla todavía con el mismo entusiasmo de entonces.

Recientemente, como usted sabe, se han hecho esfuerzos para componer un himno nacional, pero todo ha sido en vano: la frialdad con que se han recibido cuantos ensayos se han intentado—algunos de notable mérito como composiciones musicales—los ha ahogado en su cuna. El tiempo oportuno pasó ya. Nuestro país en aquella época feliz acababa de surgir de entre los escombros de la antigua Colombia, radiante de juventud y de vida, como Venus de entre las saladas espumas; nuestra bella Granada comenzaba á respirar el aire de la libertad y de la gloria . . . ¡Perdón, mi amiga! me iba desviando; esta sí que era digresión inoportuna. Condensaré mi pensamiento. Dice el vulgo,—que casi siempre dice cosas buenas—que "no es lo mejor lo mejor, sino lo más á propósito." En materia de himnos nacionales el mérito consiste en una extremada sencillez, ya en la frase melódica, como en la armonía y acompañamiento, de manera que á pocas vueltas todos los oídos, áun los más refractarios, se la asimilen y repitan. Quien dice nacional dice popular, y el pueblo en lo general no entiende de artificios, adornos, ni transiciones: él es sencillo en todas sus cosas; pan pan, vino vino, así en su poesía, como en sus dichos, refranes etc.

Otro tanto debe decirse de las palabras, ó sea la letra de los himnos. Si la composición no es muy simple y espontánea, al alcance de las masas y de los niños, su misma elevación la hará caer. Quédese allá el lirismo, la profundidad del pensamiento y la frase pulida y rebuscada que hace sonoro el verso, para composiciones de otro género.

Pero estas condiciones, que son comunes al apólogo,

los libretos de las óperas, y, nos atreveremos á decirlo, los versos para album, no satisfacen á los poetas, ni aun á los compositores, que sin duda creen comprometida su reputación de tales, si se abajan hasta el estilo llano, prosaico que relativamente es, en su oportunidad, tan bello como cualquiera otro.

Villalba partió, al fin, de Bogotá, y al cabo de algún tiempo regresó con otra compañía en que había algunos regulares actores, como Hernández, buen tenor, y con ellos logró — no sin cierto atrevimiento—dar algunas óperas, como el *Califa de Bagdad*, de Boialdieu, el *Barbero de Sevilla* y la *Italiana en Argel*, que gustaron. Estas, con otras que más tarde puso en escena la Compañía de Torres, como *Clara de Rossemberg*, *Gazza Ladra*, y el mismo *Barbero*, fueron las primeras melodías rosinianas, cantadas por actores no italianos, que resonaron en el recinto de nuestro teatro. Hace, pues, medio siglo que teníamos ya idea, aunque imperfecta, de lo que es la ópera, ó más bien de lo que podía y debía ser. Sin embargo, sea dicho en obsequio de la verdad, que jamás hemos visto aquí mejor ejecutado el difícil papel de Fígaro, que cuando lo hizo el español Torres, como que al fin podía caracterizarlo con más propiedad y gracia que cualquier italiano.

XXVI.

Hoy tenemos una noticia de las que llaman de sensación, con la cual creo se holgará usted no poco: noticia tanto más importante cuanto de nadie es conocida, y llena una laguna que quedaba entre el teatro de la Colonia y el de la República, tiempo durante el cual todos lo creíamos cerrado, abandonado, olvidado y lóbrega habitación de innúmeras y hambrientas ratas.

Recordará usted, mi señora y amiga, que habíamos

dejado á Policarpa Salabarrieta entre la vida y la muerte, allá por los años de 1826, y á la Compañía dramática que representaba la tragedia del doctor José María Domínguez, aguardando la ocasión propicia de un público menos intolerante y menos exaltado patriota para poder fusilar á la infeliz insurgente, condenada á muerte en versos endecasílabos. Por lo menos su autor los creía tales versos, puesto que en la dedicatoria que de la tragedia hace á su condiscípulo el General Santander, le cita aquello de Virgilio:

Fortunati ambo! si quid *mea carmina* possunt...

Pues bien, en este estado se presentó, ó me presenté yo, al señor D. José Manuel Marroquín, natural y vecino de esta ciudad, á quien usted conoce y estima tanto como yo, y de cuya veracidad damos fe y testimonio uno y otro, y dijo: que registrando ocasionalmente algunos papeles antiguos de familia, halló datos interesantes sobre nuestro teatro, relativos á los últimos años del siglo pasado, datos de los cuales no se ha conservado hasta ahora noticia ni memoria, y que los ponía á mi disposición originales y auténticos; ofrecimiento que me apresuré á aceptar con gratitud, á nombre mío y de usted.

Por consiguiente, hay que reponer estos autos al estado que tenían en una época inmediatamente posterior á D. Tomás Ramírez y fundación de su teatro de Santafé en 1792, y dejar á un lado á Villalba, Torres, Fournier y sus sucesores para volver á ellos á su tiempo.

De la exposición que hace este testigo, no citado, sino excitado y rogado por mí—como igualmente lo ha sido el testigo Manuel J. Pardo, que ha suministrado no pocas luces sobre este asunto—resulta lo siguiente:

Hallándose probablemente en receso las representaciones teatrales de que habla la inscripción puesta entonces á la entrada del teatro—ó coliseo como lo llama-

ban—se formó una Junta para su fomento y mejora, la cual acordó abrir una suscripción por acciones. Esta Junta, patrocinada por el Virrey Mendinueta, y presidida por el Oidor decano D. Juan Hernández de Alba, se componía de siete sujetos respetables, siendo Tesorero de ella D. Lorenzo Marroquín de la Sierra, como lo reza el oficio que el mismo Oidor Alba le dirigió, diciéndole que "para fomentar la diversión pública de comedias, con aprobación del Superior Gobierno, se ha formado una suscripción y establecido Junta de suscriptores que cuiden de la recaudación y administración del importe de la misma suscripción;" y que le ha nombrado para el destino de Tesorero de la misma.

En Abril de 1797 funcionaba ya dicha Junta, y se daban representaciones, que duraron hasta Febrero de 1798, y de los documentos y cuentas que he tenido á la vista, perfectamente arreglados, resulta que se tomaron muchas acciones de á $ 25 cada una, siendo de notar que el Virrey dió el ejemplo, suscribiéndose por cuatro acciones, su mayordomo, D. José María Mallarino, por otras tantas, el Oidor Alba, por dos, é igualmente todos los miembros de la Audiencia, altos empleados civiles y militares, y muchas personas principales, hasta el número de noventa y siete.

Don José Tomás Ramírez—que parece ser el mismo fundador del teatro—fué nombrado por la Junta para el gobierno y dirección económica del mismo, y para asistir á los ensayos de las comedias. Y por cierto que se quejaba mucho á la Junta de la informalidad de los cómicos.

Treinta y nueve funciones se dieron desde 30 de Mayo de dicho año de 97 hasta 7 de Febrero de 98, ejecutadas por actores que, ó bien habían quedado rezagados del tiempo anterior, ó bien se habían hecho venir, aunque parece que algunos de ellos eran del país.

Como usted es tan amiga de antigüedades, aunque no sea más que por seguir la corriente de la moda actual, juzgo que le será agradable saber cuáles eran algunas de esas piezas, así como hacer conocimiento con los principales actores. Esta noticia puede valer tanto para usted como ese escritorito de carey y marfil que tiene á su lado, ó como ese plato de porcelana, de la vajilla del Virrey Ezpeleta, que dentro de un cuco marco está allí pendiente de la pared.

Algunas de esas comedias,—pues era raro que se diesen piezas de otro género, como *La Raquel*— eran las siguientes: *No puede ser guardar una mujer; Primero soy yo; ¿ Cuál es mayor perfección, hermosura ó discreción ? No hay peor sordo que el que no quiere oír; Hasta el fin nadie es dichoso; La gitanilla de Madrid; La hermosa fea; La crítica de los teatros; El inocente culpado; También hay duelo en las damas; Dicha y desdicha del hombre; Un bobo hace ciento*, etc.

Por estas muestras fósiles de aquella época geológica, puede juzgarse de la escuela y gusto que reinaba, no sólo aquí, sino también en España. Por la mayor parte serían quizá obras de Cañizares, de Zamora, y algunas tal vez de Lope de Rueda, que fué al principio de ese siglo el rey de la escena española.

El producto de esas funciones fué de $ 1,798, que con el de las acciones tomadas, y lo que pagó una Compaña de volatineros llamada del *Florentino*, que había venido y en ocasiones trabajaba alternando con la dramática, dieron un total bruto de $ 4,022. Cada pieza principal iba seguida de un sainete ó entremés, que probablemente era del fecundo D. Ramón de la Cruz, el Lope de Vega de los sainetes, según el asombroso número que de ellos escribió.

Un dato curioso he sacado de estos papeles, y es que por un palco de primer orden se cobraban ocho reales y por uno de segundo seis reales, que á cinco y más pesos fuertes que pagamos hoy, va no pequeña diferencia.

Bien merecen figurar en esta reseña los nombres de los histriones que fueron, puede decirse, los fundadores de nuestro teatro, si no para que pasen á la posteridad, á lo menos para que lleguen á conocimiento de usted, que bastante gloria sería ya ésta para quien yace sepultado hace casi un siglo, sin esperanza de revivir en la memoria de nadie. Esos nombres son los siguientes: José Vicente Ruiz, primer galán; Vicente Mendoza, 2º id.; Fermín Castellón; Josef Callejas; Gregorio Gómez; Manuel Varón; Josef Varón; Bartolomé Heredia y Francisco Vivero. Damas: Nicolasa Villar, primera dama y *prima donna*, ó si usted quiere, cantarina, que entonces no había *donnas*, aunque sí habría primas; Patricia Orá; Josefa Chabur; María del Campo; María Castellón; María del Rosario.

Todas ellas tenían un sueldo fijo mensual: la Nicolasa, por ejemplo, sesenta pesos, la Patricia veintiocho, las otras á veinticuatro.

Figuraba en el elenco de la Compañía un peluquero, cuyas funciones eran peinar á la Compañía en las noches de función, y tenía la asignación de veinte reales por noche.

¿Y por qué no había de hacerse también mención honorable de los músicos que componían la orquesta? ¿Serían de mejor condición que ellos los cómicos? ¡Honor á aquel arte donde quiera que se halle ó se haya hallado! Era el director de orquesta D. Pedro Carricarte, que lo era igualmente de la banda militar que llamaban de *la Corona*, profesor entendido, de cuyo genio músico quedaron, durante mucho tiempo, mues-

tras de no escaso mérito. Todos ellos tenían también un sueldo mensual. Componíase la orquesta de cuatro violines, dos flautas, dos trompas, violoncello y *bajón;* después se agregaron otros músicos de la banda, probablemente clarinetes.

Aun no resonaban en aquel incipiente templo de las artes las encantadoras armonías de Haydn y Pleyel, que treinta años después fueron allí las delicias de mi infancia, pues aquellos señores apenas estaban brillando en Europa; pero que la música que se ejecutaba era, por lo menos, pasable, no puede dudarse, teniendo á su frente á Carricarte, Amaro, Suñer y otros peninsulares reputados.

XXVII

Permítame usted aquí un suspiro y una digresión: el primero, por ser suspiro, y por ser muy corto, lo perdonará usted fácilmente; la segunda, implora la genial bondad de usted para que la disimule. ¿Quién puede conversar de estas cosas sin decir "hablemos de mi pleito?"

Siempre he recordado con tristeza el difunto palco número 12, á donde iba yo con mi madre y hermanas, bien provisto de almendras garrapiñadas, caramelos y avellanas para pasar el rato en los entreactos. Mi madre tenía pasión inocente por el teatro,—que en aquel tiempo no ofrecía los peligros que hoy—pero mucho mayor la tenía por la música. "La felicidad del teatro—decía—(son sus propias palabras), consiste en oír registrar los violines antes de empezar la función." Porque es de saberse que en aquel tiempo los músicos preludiaban *ad libitum* y en público, haciendo cada uno en su instrumento trinos y gorjeos para lucir su habilidad. Sin duda ya presentían lo que más tarde había de decir el

gran crítico Fetis, á saber: que el buen músico se conoce en un solo preludio. Quien vino á destruír en Bogotá esta ridícula costumbre fué Mr. Price, director de la antigua Sociedad Filarmónica, y padre de mi amigo D. Jorge, hoy Director de la Academia Nacional de Música. Aquél amenazaba con un golpe de *battuta* en la nuca al primer músico que destacase una sola nota antes de empezar el trabajo oficial de la orquesta; amenaza que sólo hacía tolerable el mucho cariño que le tenían, y el no saber si era de burlas ó de veras.

En esa época fué cuando mamé yo con la leche, puede decirse, el gusto por la música clásica, única que se ejecutaba en el teatro, hasta el punto de retener en la memoria largos trozos de las sinfonías de Haydn.

Recuerdo, tambien con tristeza, mezclada de alegría, que por los años de 26 á 28 mi madre me enviaba con un amigo nuéstro, de más edad que yo, y de toda confianza, Domingo A. Maldonado—mi maestro de cometa, trompo y caligrafía—á las veladas musicales que daban en su casa los Hortúas, familia toda de artistas, no obstante que estábamos á diez cuadras de distancia y que salíamos á las once de la noche.

Cuando años después Maldonado y yo estábamos de paseo en Fusagasugá, y, sentados á la sombra de un caucho, ó entre los arbustos de algún bosquecillo, él con su flauta y yo con mi guitarra, tocábamos bellos duos de *Tancredo* ó *Gazza Ladra*, recordábamos aquellos felices tiempos en que oíamos en casa de los Hortúas algo de eso mismo ejecutado admirablemente por Rola, Austria y otros insignes violinistas venezolanos que se hallaban por aquella época en Bogotá.

Pero veo ya la impaciencia de usted, y oigo que me pregunta en qué quedó la empresa de teatro del Oidor Alba, y todo lo demás que iba refiriendo. Allá voy, mi señora, con perdón de usted, y pronto terminaré.

No faltaban en aquellos vetustos tiempos algunos profesores y aficionados que tocaban en los bailes y en las iglesias, aunque en éstas no hacía el principal papel la corneta de llaves, ó de pistón que hoy pregona á grito herido, como la trompa de la Fama, nuestro mal gusto y nuestro poco respeto por el templo y por el culto. El maestro Araújo tuvo reputación de buen violinista y de excelente profesor teórico y práctico. Don Mariano Ibero, en tiempos posteriores, era un notabilísimo organista, á quien tuve ocasión de conocer, siendo yo niño, y oírlo tocar en los famosos órganos de Santo Domingo. Igual cosa puede decirse de D. Antonio Margallo, hermano del insigne sacerdote de este apellido. Sea dicho en paz, y sin ofensa de nadie, que ya nos quisiéramos en estos tiempos de progreso tener dos ó tres organistas como ellos, hombres formalotes y de conciencia musical, y no vulgares improvisadores de charanga, ó audaces *reformadores* de los grandes maestros.

Cuando volvamos á nuestros siglos anteriores tendré el placer de hablar á usted del venerable y nunca bien ponderado y respetado Maestro Juan de Herrera, el padre de la música en esta ciudad.

No se sabe por qué después de la Cuaresma de 1798, en que se suspendieron las representaciones, no continuaron éstas; pero de seguro no fué por causa de la transformación política, puesto que ésta no ocurrió hasta doce años después, aunque el mismo Oidor Alba, que tanto empeño tomó en la empresa, así como otros de los personajes que lo secundaron en ella, alcanzaron á figurar en el drama del 20 de Julio de 1810.

Eran asiduos asistentes al teatro el Virrey, los Oidores, altos empleados y autoridades locales, lo cual se infiere de que en las cuentas del alumbrado figura, en casi todas las funciones, el de los palcos que respectivamente

ocupaban, siendo de notarse que en los de mayor categoría se ponían bujías de cera, sin duda porque ni la esperma, ni el petróleo, ni el gas eran frutas de aquella época. No dejaría de haber también uno que otro candil de sebo ó manteca para el servicio de escaleras abajo; pero no lo dice la leyenda.

Un incidente que no carece de interés es el de que, habiendo cegado un actor que había venido de Cartagena con destino al teatro, muchos de los accionistas, y aun los empleados del establecimiento, incluso el telonero y apuntador, cedieron parte de sus instalamentos para costear el regreso del pobre ciego á su país.

XXVIII

Un salto de casi medio siglo no es cosa de consecuencia. Decíamos ayer que el año de 39 quedó reinando sola en la escena la Compañía española de Torres, compuesta del mismo, como director, y cuatro personas útiles de su familia, Gallardo, excelente actor, como primer galán, su mujer como cantatriz, Rendón, gracioso inimitable, Castillo, y algunos otros secundarios.

Era ésta la Compañía más completa que habíamos visto en nuestro teatro, y ella y las subsiguientes nos hicieron conocer algunas de las obras de los ingenios españoles de esa época, que estaban por entonces de moda en la Península, como Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Larra, García Gutiérrez, Rubí, Hartzenbush, Zorrilla etc.

Hizo su estreno la Compañía con el *Torcuato Tasso*, que produjo honda sensación y dió á conocer el mérito de los actores, principalmente de Gallardo, que caracterizó con toda la propiedad de quien por su educación literaria y frecuente roce con las ilustraciones dramáti-

cas y artísticas de su país podía empaparse en el tipo simpático del ilustre y desgraciado poeta. Secundábale admirablemente la hija mayor de Torres, de quien usted habrá oído hablar más de una vez, joven de diez y siete años, bella, graciosa, y de un talento especial para el arte.

¿Cómo enumerar todas las piezas del repertorio escogido de esta Compañía? Larga tarea sería ésta, pues ella trabajó en Bogotá durante tres ó cuatro años. Y para no cansar á usted mencionaré solamente algunas: *El Tasso*, *El Verdugo de Amsterdán*, *El Diplomático*, *La llave falsa*, *Treinta años, ó la vida de un jugador*, *Quince años há*, *Marcela*, *Un tercero en discordia*, *Perder y cobrar el cetro*, *El pilluelo de París*, y varias otras, ya originales, ya traducidas, pero la mayor parte de notable mérito, y que contribuyeron mucho á mejorar el gusto de nuestro público, bien atrasado por cierto hasta entonces.

En cuanto á bailes españoles, los que vimos en esa época, como la graciosa *Jota aragonesa*, y las *Habas verdes*, jamás podremos olvidar la grata impresión que nos dejaron.

Terminados los trabajos de esta Compañía, siguió un interregno de algunos años, y luégo le sucedió la no menos completa y famosa de Fournier, que vino el año de 46. Le acompañaban su señora, su hija Ramona, Belaval, primer galán, la señora de éste, primera dama, el poeta y literato de grata memoria Emilio Segura, F. González, la esposa de éste, García, Viñas y algún otro. Esta Compañía, que tenía por director uno de los actores de fama en España, nos hizo conocer *Los amantes de Teruel*, *Guzmán el Bueno*, *El arte de conspirar*, *Llueven bofetones*, *San Vicente de Paúl*, *Mateo, ó la hija del Españoleto*, *Cecilia la cieguecita*, *La familia*

de Falkland, *Alfonso Munio*, *Las travesuras de Juana*, *Miguel y Cristina*, y otras muchas.

Pero no era lo menos notable en esta Compañía la pareja de baile, que abrió una era tersicoriana, nueva para nosotros, con los bellísimos bailes franceses que ejecutaban los dos interesantes jóvenes, Paquita y su hermano Magín. Con sus elegantes *padedues*, y sus bailes españoles sazonaban de tal manera las funciones, que puede decirse que ésta fué una de las épocas más agradables de que los aficionados de esta capital hayan disfrutado.

Partió al fin de esta capital, y una fracción de ella, con algunos otros nuevos actores, bajo la dirección de Belaval, volvió en 1849, auxiliada por varios aficionados que le anticiparon fondos para su viaje. Entonces vimos *El Macías*, *El Trovador*, *El Zapatero y el Rey*, primera y segunda parte, *Cada cual con su razón*, *Lealtad de una mujer*, *Los dos Virreyes*, *El castillo de San-Alberto*, *Fray Luis de León*, *Doña Brianda de Luna*, *El encubierto de Valencia*, *Simón Bocanegra*, *Detrás de la Cruz el diablo*, etc.

No haré mención de otras pequeñísimas fracciones —regularmente una pareja sola, como la del *Excelentísimo Señor Guerra* con su esposa,—que, cual golondrinas rezagadas de la emigración general, han venido á caer en nuestro teatro para dar, bien ó mal, media docena de funciones y alzar de nuevo el vuelo.

Tampoco hablaré de las largas temporadas en que el teatro estuvo bajo la dirección del doctor Lorenzo María Lleras ó de D. Lázaro María Pérez, porque fueron tantas las vicisitudes y los altos y bajos de las Compañías dramáticas que en ellas trabajaron, que me sería preciso extenderme demasiado, á riesgo de agotar la paciencia de usted. Pero no omitiré hablar, si bien brevemente,

de otras posteriores, cuyo mérito en nada cedía al de las mejores, y que marcan puntos brillantísimos en la ya larga historia de nuestro teatro.

Mucho tenemos que agradecer á las Compañías que nos han visitado, venciendo los gravísimos inconvenientes de un largo y costoso viaje, y desatendiendo los malos informes que de ordinario se les dan en los lugares de nuestras costas por personas mal intencionadas. Pero aquello será para otra ocasión, si usted así lo dispone.

XXIX.

Desea usted, mi señora y amiga, que suspendamos por ahora nuestros recuerdos históricos del teatro, porque dice usted que poco más ó menos ha conocido las últimas compañías que han venido, principalmente de Opera y Zarzuela. Esto sin perjuicio de continuar más adelante esa relación y complementar lo que usted llama *historia* del teatro. ¡ Sea enhorabuena ! Usted desea variar un poco, y no es extraña en una mujer esa veleidad de mariposa. Usted recuerda, sin duda, el célebre dicho de Francisco I, rey socarrón, que solía decir muy buenas cosas : á lo menos á su primo y carcelero Carlos V se las dijo muy frescas y muy buenas : *Souvent femme varie* .... No quiero completar el pensamiento del rey porque sería poco galante de mi parte.

No me haga usted, mi buena amiga, ese gestecillo de impaciencia, que ya voy á terminar.

Sin duda ha quedado usted muy pagada de ciertos bocetos que con el título de *Especies extinguidas, ó sean tipos de mi tiempo*, he estado publicando en algún diario de esta ciudad, y que han tenido tal cuál aceptación, cosa que, sin vanidad, atribuyo á la circunstancia de estar tan de moda las antigüedades de todo género, de

tal suerte que todos nos hemos vuelto anticuarios entre las manos. Currutaco ha habido que dé diez pesos fuertes en *cocobolas* por dos pesos de los que llamaban *zacatecas*, ó de cruz, para hacer un par de mancornas, las cuales debían completar juego con el prendedor, que era una peseta de la misma familia.

Resucitando esos tipos originales que se van perdiendo con las familias antiguas, y presentándolos á los contemporáneos y á los pósteros con sus fisonomías, trajes, costumbres, polvo y telarañas, se les da un mérito que no habrían tenido hace veinte años. Y mientras un sitial venerable del siglo XVII, cuyo centenario pasó inapercibido—sin duda por no estar de moda los centenarios, como ahora,—ó la pata de una cama que dicen fué del Virrey Guirior, pueden valer desde cincuenta hasta cien pesos, una estantigua de las que usted ha tenido el placer de conocer en esos bocetos, dejará su memoria consignada, si en mal pergeñadas líneas, á lo menos con toda la verdad y exactitud de una fotografía física y moral.

Bien, mi amiga, usted quiere que le haga un boceto para usted sola. Me es muy grato complacer á usted, y aun le quedo debiendo mil gracias por su galantería, deuda que pagaré oportunamente. Y como todos los tipos que hasta ahora hemos visto pertenecen al sexo masculino, justo y oportuno es hacer conocimiento con alguno del otro sexo para no dejar desairada á la parte contraria, que también los suministraba en tiempos pretéritos muy originales y muy *sui generis*. Esos tipos femeninos en su época nada tenían de particular, ni había quien los observase y estudiase, como que entonces estaba por descubrirse la antropología y la sociología. Hoy, que el tiempo pasado nos sirve como de binóculo para acercarlos y verlos claramente, debemos hacer sobre ellos estudios que no carecerán de interés para los anticuarios que

dentro de cien años quieran describirnos á usted ó á mí, y á muchos otros de nuestros coetáneos; y mal que nos pese, puede ser que se rían de nosotros.

El ejemplar que he escogido para usted es el de una señora y sus dos hijas, que vivían en esta ciudad por allá en la tercera ó cuarta década de este siglo. Llámase aquélla doña Pepa Cotrino, y las dos niñas Virginia y Abigaíl, si mal no recuerdo, jóvenes ambas y *bonitejas*, según la frase vulgar, y las tres formaban un solo todo armónico, indivisible. Nunca se las veía separadas, pero se las veía en todas partes, por lo cual las llamaban *Las tres Marías*, nombre que el vulgo da á esa constelación formada de tres hermosas estrellas que, en línea recta y equidistantes, se ven hacia el Oriente al fin del año. Las llaman también *Los tres Reyes* por la época en que aparecen sobre el horizonte, y, según las señas que dan los astrónomos, parece ser la misma que ellos conocen con el nombre de Orión. ¡Qué ufanas habrían estado nuestras *tres reinas*, si hubieran sabido que esas estrellas son los tres más bellos diamantes que brillan en el cielo en una noche despejada y que han merecido ser cantadas por varios poetas!

Doña Pepa no era muy alta de cuerpo ni de alma, pero era bien proporcionada: color encendido, ojos claros y pestañas largas y crespas; y llevaba encima unos cuarenta años, salvo yerro ú omisión. Una de las hijas era rubia, de mirar lánguido y apacible, marchaba con garbo y llevaba siempre una flor en la parte del cabello que dejaba descubierta la mantilla de paño y el sombrerito redondo de felpa ó castor, infalible en ese tiempo en casi todas las mujeres. Mucho hicieron los españoles por destruír tan extravagante moda, cuyo origen se ignora, pero no pudieron conseguirlo.

La otra era algo trigueña, ojos terribles, frente espa-

ciosa y nariz perfilada. Le hacía gracia un lunar que tenía hacia el nordeste del labio superior, como quien dice la estrella polar de los galanes, y algo más arriba, como á la altura del promontorio nasal, otro pequeño que parecía ser satélite del primero, aunque ni uno ni otro tenían movimiento propio sino el que les daba la agraciada boca de la niña, la cual, para hablar, gesticulaba algo más de lo que era menester. Ambas á tres, como dijo el otro, ponían gran cuidado en lucir el breve pie, —elegante distintivo de las bogotanas,—pie que hablando en nuestro lenguaje moderno, apenas marcaría en el zapato el número 32 de fábrica, y hacían gala de un fino escarpín y una más fina media, hoy injustamente condenada á encierro perpetuo y á eclipse parcial.

La historia personal de este grupo ningún interés tiene; yo no hago sino describir un tipo de esa clase de mujeres que no era raro en aquel tiempo. No se hallaba doña Pepa en la primera sociedad, pero ella y sus hijas eran honradas; habían sabido conservar cierta posición respetable, es decir, que la opinión pública, no obstante su oficioso entrometimiento en todas y cada una de las acciones ajenas, nada había tenido que decir de ellas, á pesar de que la población de esta ciudad era entonces mucho menor, y que la variedad y multiplicidad de intereses sociales, políticos, comerciales etc., que hoy neutralizan un tanto tan vulgar fiscalización, siendo limitados, se prestaban más al ejercicio de esa libertad de la lengua que se llama chismografía.

El carácter de doña Pepa y de sus hijas era tan apacible y suave, y tan dispuesto siempre á la alegría y al esparcimiento, que eran, como suele decirse, el primer chicharrón de la cazuela en todas las fiestas y espectáculos populares de la ciudad: octavas, procesiones, paseos militares, comidas cívicas, simulacros ó guerrillas, en-

tradas de presidentes ó arzobispos, solemnidades religiosas, fuegos artificiales, encierros y toros, y todo lo demás que constituía las fiestas nacionales. En estas últimas, sea que tuviesen lugar en Egipto, en San-Diego, en San-Victorino ó en la plaza principal; en todas partes se encontraba el consabido grupo trifaldi, siempre curioso, siempre dispuesto á gozar; grupo que pudiera llamarse de *Las tres gracias*, por haber en él mayoría de juventud y atractivo—la mayoría que se necesita para algunas elecciones, y condición de muchos remates, que son las dos terceras partes.

Las tales fiestas solían sacar de tino aun á las gentes más serias y moderadas, cuánto más á las que tenían profesión de divertirse de cualquier modo. ¡Líbreme Dios de criticar á esta clase de personas! Le he oído decir á usted alguna vez, amiga mía, que no hay cosa más bella ni más inocente que la alegría, y tiene usted razón. ¿Ha oído usted cantar á los cucaracheros en una bella mañana? Le recomiendo que los oiga cuando pueda. ¿Y ha leído usted un librito que se titula *Alegría del alma*, escrito por el Padre capuchino Lombez? No le aconsejo á usted que lo lea, porque no lo necesita. Sin embargo, lo tengo en mi estante de antigüedades y está muy á la disposición de usted.

Decía que las fiestas hacían enloquecer aun á los más cuerdos. En los toldos de juego más de cuatro señoras de lo principal se pasaban las noches de claro en claro —y en ocasiones los días de turbio en turbio, según la frase de Cervantes—jugando al pasadiez ó al bisbís enormes pilas de pesos fuertes y algunas veintenas de onzas de oro, con el mismo desenfado y entusiasmo que el más empedernido tahur, en términos de que del mucho jugar y del poco dormir llegaban á enfermar varias de ellas.

Dª Pepa y sus hijas se alampaban por estarse tam-

bién horas enteras viendo ese provocativo espectáculo, y á falta de onzas y pesos, se contentaban con apuntar alguna peseta al bisbís por si acaso la suerte las favorecía. Después de contemplar aquellas blancas y delicadas manos tirando la bola.... ó tal vez el dado.... regresaban á su casa en altas horas de la noche, con el firme propósito ¿de no volver al día siguiente á mirar esas mochilas hidrópicas, y esa atrocidad de pérdidas y ganancias? No, señora: con el propósito de volver á pasar otro rato de solaz.

Bien hubiera querido la buena señora, ya por una secreta ambicioncilla, ya por el fomes del mal ejemplo de las otras, echar su cuarto á espadas y tirar la bola; pero sus existencias en metálico eran bien escasas para poder hombrearse con los dueños de las monumentales mochilas que allí campeaban. Llevaba, no sé si en el seno ó en la faltriquera, una bolsita de seda (entonces no había portamonedas). Ya sé de qué se ríe usted, mi amiga: de pensar que cuando abundaban las monedas de toda clase no había portamonedas, y que hoy que abundan éstos, no hay sino papelitos, ¿no es verdad?

Pues en dicha bolsita, de un significativo color verde, sonaban un par de escuditos de oro entre varios reales macuquinos y algunas pesetas del Rey. ¿Pero qué era eso para una mesa de pasadiez en que rodaban y crujían hasta el fastidio las *medallas* y los doblones de á ocho y los pesos españoles? Tenía, pues, que contentarse con el papel pasivo de espectadora, y en algún intermedio retirarse á un toldo vecino á hacerse servir un plato de fragante *ajiaco*, con acompañamiento de encurtido, pescado escabechado y ensalada, sin más sacrificio que el de unos pocos reales.

Eran también Dª Pepa y sus hijas de las que llamaban *tapadas* en los bailes particulares. Esta costumbre,

muy característica de Santafé en tiempos anteriores, consistía en que varias señoras, aun de las familias más cristianas, en sabiendo que había un baile de gentes á cuyo círculo no pertenecían ellas, llevadas de la curiosidad, tomaban sus grandes pañolones y sobre ellos se encasquetaban enormes sombreros de castor, adornados con plumas y estoperoles, ó bien de los que llamaban cubanos, con anchas cintas en la copa, y se trasladaban, solas ó acompañadas con otras, á la casa del baile, que bien se comprende no era un baile de candil.

Allí, bien rebujadas y ocultando enteramente el rostro con el pañolón y sombrero, se introducían sin dificultad hasta las puertas de la sala donde tenía lugar la diversión, ó bien se agrupaban en los corredores, aguardando hacerse un lugar para poder ver con comodidad lo que pasaba dentro.

Los *tapados*, que también los había, embozados en sus capas y cubiertos con sombreros de anchas alas, se mezclaban con ellas, pero no había riesgo de que cometiesen los abusos y se tomasen las libertades absolutas que hoy serían infalibles, si tal extraña costumbre subsistiese aún: abusos que la inculta generación actual miraría como inocentes pasatiempos.

Aquel pequeño público anónimo era, pues, una especie de baile de máscaras, como quien dice, entre bastidores, pues nadie se daba á conocer de los otros; y, lo que es más singular, los tapados de ambos sexos eran, no sólo tolerados por los dueños de casa, sino respetados, y se habría dicho que éstos se creían favorecidos y honrados con tal concurrencia. ¡Costumbres verdaderamente patriarcales, que demuestran el espíritu de fraternidad y tolerancia que reinaba entre todas las clases de la sociedad!

Allí permanecían una ó dos horas hasta quedar ente-

radas de lo que había y satisfecha la vana pero inocente curiosidad femenil. El regreso era el que ofrecía algunas dificultades; pero como á prevención llevaban una sirvienta que las acompañaba, á su tiempo encendía ésta la linterna que conducía oculta debajo de la mantilla y venía adelante alumbrando el camino. Pero no dejaban de verse en apuros alguna ó algunas de las incógnitas damas para evitar que uno ó más *tapados* de los que las veían salir les siguiesen la pista á distancia para ver á dónde entraban y saber así quiénes eran.

Contemporánea de esta familia era otra no menos original y que tenía con ella más de un punto de contacto: la de Dª Angela Cediel y sus cinco hijas, como quien dice, Santa Ursula, ó Santa Sinforosa. Era muy conocida como la otra, por su presencia en todas partes. El paseo favorito de las bogotanas era el de San-Victorino y la Alameda vieja—siempre con su saya, mantilla y sombrerito redondo;—allí se veía infaliblemente á nuestra clueca con sus cinco pollos. Una circunstancia las hizo más notables, y puede decirse ridículas. Vino en ese tiempo una moda que no carecía de gracia y elegancia, y era una cadenilla de metal que, saliendo del peinado, atravesaba la frente y tenía en el centro un adornillo cualquiera, como una piedra, un estoperol, una cruz etc. Las cinco niñas adoptaron desde luégo la moda, pero tuvieron el mal gusto de elegir un mismo adorno, y era una estrellita, lo que dió ocasión á que los chuscos las llamasen *las siete cabrillas*, y aun alguno, más exgerado, dijo que eran la *Vía láctea*. Estas solían ser también de las *tapadas*, y con tal motivo tendré ocasión de referir á usted, amiga mía, cierta aventura que pasaron con el inolvidable Capitán Antonio Herrera, de quien, con tanta gracia, dijo un ingenio de esta corte, el celebérrimo Joaquín Pablo Posada (Q. E. P. D.):

Yo pertenezco al clásico partido
De Antonio Herrera, el bravo Capitán,
Que de parranda siempre y divertido,
Ni teme remoción ni siente afán.

Volviendo á Dª Pepa, dejé de verla durante algunos meses, cosa que extrañé mucho, y supuse que alguna de ellas habría enfermado gravemente, ó acaso muerto, y que por consiguiente, las otras dos habrían seguido la misma suerte, pues aquéllas eran tres cuerpos y una sola alma y formaban un todo indivisible.—¿Qué se ha hecho Dª Pepa? pregunté un día (no había para qué agregar, y sus hijas).—Murieron casi á un tiempo, me dijo el interpelado. La madre fué atacada de la epidemia de la viruela que tantos estragos hizo en esta ciudad el año de 40. Una de sus hijas murió también contagiada, la otra no pudo resistir el golpe; se entregó á la más profunda melancolía y sucumbió en breves días.... Juntas estarán probablemente en el cementerio, y juntas tal vez en el Cielo, salvo disposición en contrario. ¡Bendito amor! ¡bendita unión!

XXX

Me cobra usted, mi señora y amiga, otro boceto femenino que dizque le estoy debiendo. No recuerdo haber ofrecido á usted más que uno; pero puesto que usted afirma, ¿quién se atreverá á negar? Aunque no fuese más que un leve deseo, que usted ha convertido en deuda mía, él es una orden para mí y un deber que me es satisfactorio cumplir.

Y con tanto mayor placer lo hago cuanto que el tipo que me ocurre ahora mismo describir ha sido para mí uno de los más simpáticos y estimables que pueden

figurar en mi desaliñada colección, y de que usted habrá tenido ya alguna noticia; tipo amable, muy diferente de los que hasta hoy han caído bajo la jurisdicción de mi mal acondicionada péñola; tipo que, si entre la buena sociedad bogotana se hizo célebre y popular, no fué por excentricidades ni extravagancias que á otros dieron cierto lado y colorido ridículo, ó menos digno. Un tipo que en esa misma sociedad ha dejado un vacío que no puede llenarse sino con recuerdos, y que habiendo existido en una época de transición entre las costumbres antiguas y las modernas, participó de la influencia de ambas para solaz y contento de dos generaciones que se decían adiós.

Hablo de la señora Dª Teresa Ribas de Castillo, dama de reconocido mérito, y perteneciente á una familia principal de esta ciudad. Aunque mujer de espíritu y de entusiasmo, y aun de ánimo varonil, cuando la ocasión lo pedía, en su modo de ser parecía no haber traspasado los lindes de su primera juventud, y conservó hasta edad avanzada la inocente alegría del niño que corre embelesado tras de una mariposa. Sus inclinaciones, sus gustos, sus placeres, todo en ella eran manifestaciones del candor de su alma pura, hecha para amar todo lo bello, todo lo amable, sin ficción, sin doblez, sin darse cuenta ella misma de esas felices expansiones de su corazón. Pero todo ello realzado sobre un fondo de juicio y de formalidad propias de su posición. ¡Cómo supo esta señora hacer interesante un contraste tan singular!

Todos la querían y respetaban: los viejos como los mozos, los hombres como las mujeres, las gentes de alta esfera como las de humilde condición, porque para todos poseía el arte de agradar, sin estudio; y para todos brillaba el resplandor de la bondad que, como en una urna transparente, guardaba en su noble corazón.

Quiero hacer aquí mención especial de una recomendable prenda suya que es en extremo rara, sobre todo entre las mujeres—ellas me perdonen.—En los muchos años que traté de cerca á esta buena amiga, jamás le oí abrir sus labios para decir una palabra que pudiese ofender en lo mínimo á nadie, ni aun tratándose de aquellas cosas de pública notoriedad, y no sólo en lo que pudiera afectar la reputación ajena, pero ni aun en aquellas venialidades en que el más moderado no escrupuliza dar un arañazo al prójimo ó un pellizco á la prójima. ¡ Cuánto diera yo por poder hacer aquí la lista—corta en verdad—de las personas y de las familias que he conocido y conozco, en quienes luce tan bella cualidad, y que son por ello como las constelaciones más brillantes del cielo de nuestra sociedad!

A principios de este siglo casó la señora Ribas con el joven José María del Castillo y Rada, hijo de Cartagena, figura después ilustre en los gloriosos tiempos de la antigua Colombia, y fué tan feliz con él, como las prendas y circunstancias de uno y otro lo prometían. Ella probó á su esposo con hechos positivos, y aun heroicos, el amor que le tenía, acompañándolo en todas las vicisitudes de su agitada vida, en la calamitosa época de las persecuciones y proscripciones que el amor de la libertad é independencia de su país ocasionó á tántos hombres eminentes, y aun salvándole la vida en ocasiones de gran peligro.

No es esta la oportunidad de hablar del señor Castillo, cuya historia no hay quien no conozca: Castillo, el Vicepresidente de Colombia, el Presidente del Consejo de Ministros, el amigo íntimo de Bolívar, el grande estadista y elocuente orador, y más que todo eso, el presidiario de Morillo, sentenciado, como para mayor vejámen, con otros veinte sujetos de lo más distinguido, á

trabajar en el empedrado de varias calles y plazas de Santafé. Pero sea éste un recuerdo oportuno de la fecha clásica que se festeja en este mes, fecha á la cual estará siempre asociado el nombre de Castillo Rada. (1) Yo amo y respeto su memoria, porque fué mi catedrático de Derecho Canónico, en el Colegio del Rosario, del cual era Rector. Aunque la materia no fuese muy amena, y mucho menos para un muchacho de corta edad, yo me deleitaba oyendo ese hablar dulce y cadencioso, como el murmurio de una fuente, y esa dialéctica que hacía honda impresión en el ánimo de sus discípulos y grababa en su memoria cuanto decía.

El señor Castillo había hecho de su casa, sita en la esquina de la 3ª Calle Real, el centro y punto de reunión diaria de todo lo más granado y respetable de nuestra sociedad masculina: altos empleados, ricos comerciantes, distinguidos escritores, políticos y literatos, extranjeros notables, se reunían todas las noches en su estudio, y allí, con la franqueza de la amistad, se discutían las cuestiones importantes de actualidad, se daban ó recibían las noticias de ultramar y de los países de América y se relataba la parte interesante de la crónica del día. ¡Y cuenta que aquella época era fecundísima en temas interesantes de conversación!

Entretanto la sala y demás piezas de la señora eran teatro de ocupaciones muy diferentes, por lo menos en ciertos días de la semana; diez ó más jóvenes bellas y elegantes, y otros tantos mozos de la más fina educación, conversaban, reían, bailaban ó cantaban. Una y otra tertulia, como si dijéramos, las dos cámaras, se disolvían hacia la media noche, llevando respectivamente gratas impresiones de estas veladas. Si eran días notables,

(1) Se escribió esto para el número de COLOMBIA ILUSTRADA correspondiente al mes de Julio último.

como el de una gran fiesta, por ejemplo, Corpus, Pascua, Navidad, un cumpleaños etc., la reunión era más numerosa y más solemne y se prolongaba por más tiempo.

Aunque nuestra amiga no tomase parte activa en tales pasatiempos, gozaba tánto en ver contenta y alegre á la turba juvenil como cualquiera de las dichosas muchachas que la rodeaban y la acariciaban.

En ocasiones la reunión comenzaba desde por la tarde, y entonces se veían los balcones de la casa cuajados de señoritas alegres y risueñas que presentaban el aspecto de un gran jardín.

Pero la parte verdaderamente poética de esta apacible vida de Dª Teresa, la formaban dos épocas principales en el año, á saber: las diversiones del Diciembre, y las partidas de campo á su quinta, situada al Sur de Bogotá, en las márgenes del río Fucha, entonces floridas y risueñas por la abundancia de árboles, maleza y verde césped, y hoy mustias y desapacibles por la destrucción que de todo esto ha hecho la bárbara rapacidad de las gentes pobres que por allí habitan.

Apenas se anunciaban las fiestas de Navidad cuando la casa de la señora se ponía en movimiento: el primer repique de las campanas para la novena de la Concepción, producía el efecto de una batería eléctrica. El altar para la Novena se disponía con flores, luces y vistosos adornos, y por la noche iban varias de sus amigas á rezarla entre las detonaciones de la pólvora y la alegre música. Igual cosa sucedía en el novenario del Aguinaldo, pero con mayor solemnidad y regocijo. Las cien figuras del pesebre ó Nacimiento iban saliendo de su prisión de un año entero, y éste se arreglaba en una pieza destinada al efecto. Las puertas se abrían para dar paso á las cargas de fresco y oloroso laurel, símbolo, emblema y condición *sine qua non* de los Aguinaldos.

La novena se hacía con música y pólvora, pero con devoción, y después los asistentes tomaban lo que llamaríamos hoy *el té*, y entonces se llamaba el *chocolate*. En seguida se bailaba hasta media noche, sin que esto ofendiese el carácter piadoso de aquel ejercicio, pues se sabe que tales bailecicos eran honestos y sencillos, muy diferentes de los de hoy. Dicho se está que los villancicos eran cantados por los jóvenes Ruedas, casi niños, cuyas voces eran dulcísimas, y que la casa, iluminada, estaba abierta para todo el que quería entrar á ver el pesebre.

Terminadas las fiestas de Pascuas y Reyes, y continuando el bellísimo tiempo de estos meses, Dª Teresa hacía la distribución de las familias amigas que debían acompañarla alternativamente en su quinta. Preparado todo, se trasladaba hasta la plazuela de las Cruces, donde hallaba un caballo ensillado, en el cual, y acompañada únicamente de un mozo de estribo, seguía hasta la casa de campo. Al día siguiente, ó al otro, llegaba alguna de las familias y permanecía allí cuatro ó seis días, para ser reemplazada por otra, y así se pasaban los meses de Enero y Febrero.

Todo allí era motivo de contento, si bien faltaba ya para ella lo principal: su amado esposo. Nuestra amiga, no sólo gozaba, sino que hacía gozar á los demás y participar de su entusiasmo por las escenas campestres. Ya era el lindo panorama de parte de la ciudad, de la sabana y de la lejana cordillera que se descubrían desde el balcón de la casa; ya la variedad de las colinas que al Sur y al Oriente limitaban la vista; ya el murmurio de las aguas del río que casi besaba las paredes de la casa; ya las espaciosas huertas, que coloreaban con los fresales y cerezos; ya la innumerable multitud de rosas, silvestres ó cultivadas, que embalsamaban el aire con su aroma. Sobre todo esto llamaba la atención de

sus amigas su candorosa anfitriona, como si ellas mismas no tuviesen sentidos para percibirlo. Por la tarde la escena era diferente: á puestas del sol era el horizonte cubierto de nubes abigarradas que á veces ocultaban, y á veces respetaban el nevado Tolima; el paseo por diferentes y variados puntos, á todos los cuales tenía puesto un nombre especial la señora; la luz del sol que caía oblicuamente sobre los prados donde pacían algunas vacas, prados donde crecían en abundancia el poleo, el tomillo y el mastranto, y perfumaban la brisa de la tarde. "Ni pintado por los poetas," era la frase favorita de nuestra amiga, que no se cansaba de ponderar tales bellezas.

Cualquiera dirá que con ella desapareció todo ese risueño cuadro á que con su inocente entusiasmo sabía dar tanto realce. ¿Qué es hoy Fucha? un campo erial; su cristalino río un cauce seco, "campos de soledad, mustio collado," ruinas de lo que fué un jardín delicioso, tesoro de recuerdos para la generación que ya declina.

La última vez que tuve el gusto de ver á esta buena amiga en sociedad, pero no en su propia casa, fué, si no me engaño, en una de las deliciosas *matinées* que daba en la suya el señor D. Miguel María Lisboa, Ministro residente del Brasil, sujeto tan distinguido como amable y obsequioso. A pesar de que allí no reinaba la etiqueta ni el tono de la casa de un diplomático, la señora me decía por lo bajo:—No me satisface sino mi círculo de confianza, de predilección, en mi propia casa, donde mando y donde sirvo al mismo tiempo á mis amigos. ¿Recuerda usted, continuó, lo que dijo el poeta Miralla en una improvisación que hizo una noche en casa de Jacinta Ayala con los pies forzados que le dieron? —De Miralla apenas tengo leves recuerdos, como entre brumas, dije. A Jacinta la conocí mucho—y aun creo

que teníamos algún parentesco remoto. ¡Qué buena moza era! Tipo español soberbio, acentuado por un ligero bozo, tan ligero que pudiera ser boceto. Casa de gran tono y de frecuente diversión. Ella y su marido, el inglés Mr. Amay, recibían con una gracia, con una franqueza, propias sólo de la buena sociedad.

—¡Pues bien! agregó mi señora Teresa, decía Miralla, á lo que puedo recordar:

Bajo mi humilde techo y en mi mesa
Con mis dulces amigos soy dichoso.

Dudo que esto fuera exactamente lo que dijo el poeta; pero él y la señora tenían razón: el círculo de intimidad y de predilección satisface porque agrada siempre; los círculos grandes y ruidosos al fin fastidian. Y esta era la apología que mi amiga hacía de su modesta tertulia diaria.

Como ella me abrió inocentemente la puerta para literatear, cosa por la cual me perezco, proseguí el diálogo así:

—Me recuerda esto aquel pensamiento de Rioja—me parece:

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.

—Muy bien; pero en lo que no estoy de acuerdo es en lo de *un amigo:* yo no me contento sino con una docena, cuando menos. Ni tampoco en lo del *sueño breve:* á mí me gusta dormir mucho y bien.

—Tal vez el poeta quiso decir *leve* en vez de *breve*; pero no es lícito juzgar de las intenciones, y además esta es mera cuestión de palabras, ó más bien de letras.

Tuve que ceder el puesto á una señorita que acababa de bailar y suspendimos nuestro diálogo.

Desapareció al fin de entre nosotros ese tipo irreemplazable, único, que tantas dulces memorias dejó, no sólo entre los bogotanos sino también entre tántos hijos de otras provincias—especialmente de la Costa—que miraban aquella casa como suya, y donde tánto gozaron.

Excuso pintar la pena de sus amigos, la soledad de esa misma casa vacía, el duelo de las personas á quienes hacía el bien en secreto, especialmente los pobres, la tristeza que produjo el abandono de esa casa siempre alegre y risueña....

Pasad, pasad, importunos y dolorosos recuerdos de mi juventud, de esa época de alegría y bienandanza, en que, como en toda la cara patria, se respiraba el suave ambiente de la unión y de la paz....

¿Me perdona usted estos desahogos?....

Si usted cree que yo la engaño en algo de lo que he dicho, puede preguntarles á los señores D. Rafael y D. Medardo Ribas, parientes cercanos de la señora, quienes pueden dar testimonio de gran parte de ello. A este último, literato de nombradía, debemos la interesante noticia biográfica del señor Castillo, que, con el retrato del mismo, corre impresa en el *Papel Periódico Ilustrado*, número 29, año II. No hay para qué preguntar si usted ha leído ese galano y correcto escrito, pero por lo que á la señora de Castillo, atañe, no puedo menos de recordar el párrafo en que de ella habla el señor Ribas:

"Tenía veinticinco años de edad Castillo Rada, era abogado de los tribunales del Reino, y ocupaba una alta posición social cuando eligió por esposa á la señorita Teresa Ribas Arce, mujer de suprema belleza, según las tradiciones de su tiempo, y de tan grandes virtudes y alto mérito, que supo hacerse una digna compañera en todas las vicisitudes de su varia existencia. Ella le siguió con valor y energía en las empresas patrióticas

contra los españoles; le salvó la vida cuando cayó en poder de los pacificadores; hizo de la casa del Presidente del Consejo de Ministros el centro de reunión de todos los hombres notables del país, y llegó á merecer el que el Congreso del Perú enviase *á la distinguida patriota colombiana, Teresa Ribas del Castillo, un diploma de honor y una medalla de oro.*"

Pudiera usted también haber preguntado á mi respetable y ya finado amigo D. Rafael de Porras, tan celebrado en esos círculos por la gracia con que hacía peregrinas combinaciones de figuras para las elegantísimas y aristocráticas contradanzas españolas que allí se bailaban. Pero.... la muerte acaba de arrebatar á la sociedad y á su familia á este buen ciudadano, modelo de honradez y de lealtad.

El día en que se publique un *Diccionario biográfico de colombianas notables*, el nombre de la señora Ribas ocupará en él un lugar merecido, si no por sus producciones literarias, sí por sus grandes virtudes, sus bellas prendas y noble corazón.

XXXI

Usted protestó, aunque sin escándalo, mi señora y amiga, contra ciertas palabras que se me escaparon en nuestras primeras conversaciones. Tengo la desgracia de que cuando abro la boca ó destapo el tintero, temo se repita aquello de la Caja de Pandora, de donde se escapó todo lo malo.

Dije entonces que las mujeres, por lo común, son poco amigas de lo viejo, y por la réplica que usted me dió comprendí el espíritu de su protesta y dí á usted las gracias por su amable galantería. Cierto que no es viejo el viejo, sino el que se siente viejo. Yo, para no ir más

lejos, puedo serlo de cuerpo, y más de lo que parece, gracias á Dios; pero de alma y corazón estoy todavía en mis quince. Esto me consuela, porque, según De Maistre, la dicha ó la desgracia de la vejez no son frecuentemente sino el reflejo de nuestra vida pasada.

Para probarme usted que sí gusta de muchas cosas de antaño, me ha hecho ver los varios muebles y otros objetos que, como curiosas antigüedades, tiene en su gabinete: sillas y mesas del siglo de Mari Castaña (que no sé cuál será), un escritorio riquísimo, abanicos del tiempo *del ruido*, platos, y aun pedazos de plato, en que comieron generaciones enteras, que ya están comiendo tierra. Debiera usted tener también colgado uno de sus cucos zapatos, porque, según he visto en nuestro Museo, son exactamente iguales á los que usaban las señoras Virreinas y sus contemporáneas.

Hasta hace poco tiempo más de cuatro casas había en que el cuarto de los *trastos viejos*, ya archivados, ha sido la rica mina que han explotado los anticuarios. Con la Patria vinieron otras modas, y aquellos venerables y valiosos objetos fueron proscritos por godos y confinados á su prisión, donde quedaron sepultados luengos años. Pero en cuanto á trajes y vestidos de ambos sexos, si los cortes y hechura fueron sustituídos por otros, se conservó, *mutatis mutandis*, el lujo de las telas y adornos. Hablo del pasado moderno, por ejemplo, del tiempo de una Colombia á otra Colombia, comparado con el pasado antiguo de las pelucas, coletas, espadines y polleras femeninas.

En prueba de la afición de usted á estas cosas, quiere que yo le haga alguna descripción de los usos que alcancé á conocer, y aun le refiera alguna historia de las que solía yo escribir en otro tiempo. No lo haría si usted fuese una de esas personas que creen que el hablar de las

cosas antiguas es lamentar los tiempos pasados y desear que ellos pudieran volver. Es ésta una mala inteligencia, pues con tal criterio no debería escribirse historia de ninguna clase. Se refieren estas cosas, no en són de lamento sino como simple narración, no ya solamente curiosa, sino necesaria, como complemento de la Historia misma; la parte de ornamentación, digámoslo así, del vasto y suntuoso edificio de calicanto de la Historia general. ¿Cómo conoceríamos hoy al pueblo romano ó griego, ó cualquiera otro, si sólo conociésemos la de sus guerras y grandes hechos, de sus partidos políticos, sucesión de dinastías etc., todo lo cual es y ha sido poco más ó menos lo mismo en todos los pueblos antiguos y modernos? La descripción de sus usos y costumbres, de su modo de ser social, de su vida íntima, hasta en los últimos pormenores, es lo que á aquel gran conjunto da color y sabor, redondea los contornos vagos é indecisos de esa sinopsis que se llama Historia, y llena los vacíos que ésta deja en regiones secundarias. En fin, le da forma al cuerpo social, si grandioso en sí mismo, descarnado y seco. Y si en el curso de la narración ocurre alguna comparación, no ha de ser precisamente para vituperar ó alabar.

Usted tiene, pues, mejor criterio que esos tales, y si fuera escritora habría cultivado con grande éxito el delicadísimo género de la crítica. Hablo de la crítica ilustrada, seria y concienzuda, no de la empírica y baladí, ó de esa otra á que se da el nombre de crítica en el sentido apasionado de la palabra. Estas dos últimas las puede ejercer cualquiera, aun sin salir de las esferas del vulgo. Hay, pues, tres especies en este género: los críticos verdaderamente tales, gentes competentes y autorizadas por ejemplo, Caro, Merchán, Ribas Groot, Gómez Restrepo etc. (Le cito á usted estos nombres propios porque

le he oído decir que gusta mucho de los escritos de estos señores); los criticastros, categoría secundaria, como si dijéramos, los coros de la ópera, que en general son *orechiantes;* y los criticones, palabra usada principalmente por las mujeres, y que corresponde al orden de tramoyistas, teloneros y consuetas, sin que en la opinión de la gente sensata se confundan ni barajen estas tres clases, que se distinguen unas de otras á tiro de ballesta.

Al hablar de Roma y Grecia me hizo usted un gesto que comprendo muy bien, y así voy á lo principal. Si puede serle agradable á usted, he de hacerle la descripción del traje de gala de una dama bogotana en el año de 1826; y para que usted no se figure que es un tipo ideal ó fantástico, he de personificarlo en una de las mujeres más interesantes de ese tiempo.

Esa señora era doña Manuela Zorrillo de Lasso, esposa de D. Pedro Lasso de la Vega, rico comerciante, y de tan distinguida prosapia, según las ideas y lenguaje de aquel tiempo, que en él decían se había verificado literalmente aquello de Rodrigo Caro en la *Canción á las ruinas de Itálica:*

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.

Porque, en efecto, tal era aquélla en que se meció este infante, tan desgraciado después en su edad madura.

Doña Manuela era una señora de tipo distinguido: de estatura regular, esbelta y garbosa, blanca y de tez fresca y sonrosada (sin polvos ni colorete), como que en ese tiempo apenas contaría unos treinta años; cabello negro, suave y algo ondeado, ojos brillantes, dentadura perfecta. Y este conjunto seductor hacía juego con la

elegancia de su porte, su trato culto, conversación animada y picante.... En fin, sobre parecer una española de la mejor estampa, era una mujer de corte.

Todavía existen personas que la vieron en el suntuoso baile con que la Municipalidad de Bogotá obsequió á Bolívar en Noviembre de 1826, á su regreso del Perú, después de sus largas y gloriosas campañas. Estaba de pie en la puerta del salón principal, en compañía de otras amigas tan elegantes como ella, y comisionadas por la Municipalidad para recibir al Libertador, al General Santander, á los Ministros, á las damas y otras personas principales que iban llegando.

Vestía doña Manuela un traje de riquísimo terciopelo azul claro, con cola, que también se usaba entonces, aunque no tan exagerada como las que hemos visto después. Las ondulaciones y pliegues que hacía la tela y las borlitas de oro fino de que estaba salpicada á trechos, la hacían brillar de un modo especial. El traje era muy escotado y el talle muy alto, las mangas muy cortas y ahuecadas en forma de faroles; y complementaban esta linda *toilette* un ancho cinturón, sujeto por un broche de perlas finas, y en la cabeza, sobre un peinado muy sencillo, una pequeña diadema de diamantes y perlas, en el centro de la cual se veía una de enorme tamaño que llamaba la atención general. Los zapatos eran de la misma tela, bordados de oro, y aunque entonces se usaban, como ahora, guantes largos hasta el codo, ella sólo llevaba puesto uno, tal vez por la disculpable vanidad femenil de lucir la blanca mano y en ella cuatro ó cinco riquísimos anillos. Es de saberse que doña Manuela era celebrada en Bogotá, así por su belleza y espíritu chispeante, como por sus diamantes, como que ninguna de sus contemporáneas los tenía en tanta abundancia ni tan hermosos. Toda esa *grande tenue* era ajustada á los

figurines de modas que por ese tiempo nos venían de Inglaterra en el *Correo de Londres*, *Variedades*, *Mensajero* y otras revistas que redactaban los españoles emigrados en aquella metrópoli.

Ya usted supondrá, mi amiga y señora, que estas observaciones, en parte directas, eran auxiliadas por notas y comentarios que en cada casa se hacían de todos los trajes que habían sobresalido en el baile ; y estas noticias tradicionales ú oculares se conservan aún frescas en la memoria de la generación que entonces comenzaba á vivir, y de la cual sólo queda ya tal cual tronco añoso, sin hojas ni flores.

Sobre el famoso pedestal que he descrito con la mayor fidelidad posible, se levantaba un busto soberbio : pecho, garganta y orejas estaban cuajados de hermosos brillantes y esmeraldas que reflejaban en multiplicados haces y en iris de espléndidos colores, las mil luces que ardían en gigantescas arañas de cristal pendientes, no de cielos rasos de *chusque* y barro, sino de bellos artesonados de madera tallada. Y digo ardían, porque quiero que sepa usted, amiga mía, que en aquel tiempo no se usaba el gas con que hoy se alumbran las fondas, almacenes y boticas, ni el vulgarísimo petróleo, relegado ya á las chicherías y al mal gusto de algunos sacristanes, sino bujías de pura y legítima esperma de ballena, y todo estaba iluminado *á giorno*, según la frasesita técnica, desde la calle hasta las piezas interiores más retiradas.

Doña Manuela era con toda propiedad, y por todos títulos, la reina de la fiesta, como se lo dijo Bolívar, no sólo por lo que llevo dicho, sino porque ella estaba en su propia casa, elegida, á causa de su comodidad y hermosura, para el obsequio que el Cabildo le hacía al Libertador. En efecto, era la casa de D. Pedro Lasso de la Vega, frente á la iglesia de la Enseñanza.

Bolívar llegó á las diez, precedido de un rumor general de ansiosa curiosidad é interés, y al golpe de una banda de música dispuesta bajo los emparrados del gran patio, é iba acompañado de los Secretarios de Relaciones Exteriores y de Guerra, Soublette y Revenga, de varios Generales, algunos edecanes y una Comisión del Cabildo que había ido á traerlo de Palacio. La señora de Lasso y sus compañeras le condujeron al sitio que le estaba destinado, y allí recibió los saludos y cumplimientos de los Ministros extranjeros, los cuales vestían de rigurosa etiqueta, como que asistía el Libertador. Vistoso era el conjunto de uniformes varios, recargados de hiperbólicos bordados, veneras y condecoraciones, y entre todos descollaba la imponente, al par que simpática figura, del General Santander. ¡ Y qué contraste tan singular hacían todos estos fastuosos personajes con Bolívar que, aunque vestido de ceremonia, es decir, calzón corto de paño blanco, media de seda, zapato con hebilla, y corbata blanca, sólo llevaba un sencillo frac, ó casaca negra, sin más condecoración que la medalla con el busto de Washington que le había enviado el Presidente de los Estados Unidos!

Pero aquella figura demacrada y ya casi senil, á los cuarenta y tres años (que tanto le costó la libertad de medio continente) descollaba en medio de todos y dominaba la concurrencia, en que siempre hacía centro: tanto era el poder del genio que brillaba en su frente, en su mirada y en todos sus movimientos.

No eran tan variados los bailes de esa época como los de ahora: todo se reducía á la elegante y reposada contradanza española, y el valse en aire lento; pero en cambio se bailaba también *á uno* y *á dos*,—lo que podríamos llamar *solos* y *duos* de baile—porque algunas señoritas en mitad de la sala ejecutaban minuetos, bole-

ros serios ó un baile traído del Perú con el nombre de *Ondú ó Londú*, muy elegante por cierto, con otras piezas, restos del antiguo arte ptersicoriano que privaba aún en los más aristocráticos salones de España. Bolívar aplaudía mucho estos bailes, y aun se acercaba á las jóvenes que los habían ejecutado para felicitarlas con palabras galantes.

El Libertador puso la primera contradanza, como era de rigor, con la señora Zorrillo; luégo bailó dos ó tres piezas más con las principales damas, como lo exigía la etiqueta, y poco después de media noche se retiró, sin pasar á la espléndida mesa que estaba preparada. En los intermedios paseaba rodeado de esa deslumbrante pléyade de altos personajes, ó conversaba largos ratos con las señoras, lo que hacía siempre de pie.

Y tenía razón para retirarse. Figúrese usted, mi amiga, cuál sería el cansancio y molimiento del Libertador después de un viaje tan dilatado, hecho todo sobre un galápago inglés más duro que el pedernal, sin pellón, ni zalea, ni siquiera una ruana doblada que lo ablandase. Porque, al fin, él era también de carne y hueso, como todos los mortales, aunque poca era la carne que ya le quedaba.

No había entonces en Bogotá tantas mujeres bellas como hay ahora, tantas que, según la frase de cierta señora extranjera, *la dernière qu'on en voit est la plus belle*—pero había algunas de extremada hermosura, y todas ellas estaban allí reunidas, rivalizando en lujo y en belleza.

Desea usted saber qué otros obsequios se hicieron á Bolívar en esta ciudad durante el corto tiempo que en ella permaneció. A punto fijo no podría decírselo á usted, pero recordaré algo de lo que entonces oí decir ó de lo que se publicó en los periódicos.

Doce días se detuvo en esta capital, breve tiempo para descansar de la fatiga de un viaje de tantas leguas como hay desde Lima hasta Bogotá, dando inmensos rodeos, y eso para seguir por la posta á Venezuela, á donde lo llamaba con urgencia la situación delicada de los asuntos políticos en aquel país, y en donde sólo su presencia y prestigio podían arreglarlos. Atravesaba, pues, el Continente de Sudoeste á Nordeste, casi en su parte más ancha, sin respiro, sin detenciones, sin las comodidades necesarias, sin hacer caso del riguroso invierno de Noviembre. Aquello sólo era una campaña, que poco se diferenciaba de la de los Llanos, donde andaba con la casaquita pegada á la piel, comiendo carne cruda y durmiendo entre los pantanos.

Bolívar llegó á Bogotá el 14 de Noviembre de 1826, según he dicho, entre festejos y aclamaciones de entusiasmo y alegría, porque en esa época gloriosa todo era unión y concordia y un solo pensamiento animaba á todos, si bien ya comenzaban á aparecer en el horizonte algunas nubecillas que amenazaban tempestad, con motivo de los sucesos de Guayaquil y la Constitución boliviana.

Yo vi esa entrada en la calle de Florián; ¿ni cómo podía un muchacho de mi edad dejar de correr á presenciar una función como ésa, única, ó rara en su especie? Bolívar venía adelante de la numerosa comitiva ecuestre que había salido á encontrarlo. Montaba un hermoso caballo bayo, y venía á paso levantado, aunque tenía dificultad para andar porque la gente de á pie le impedía el paso y lo asediaba entre vivas y aclamaciones. Llevaba el sombrero apuntado en la mano y con él saludaba á todos los balcones, los cuales estaban cuajados de damas y cubiertos de damascos de seda de todos colores, ó de cortinas tricolores. Una lluvia de flores caía sobre él y le cubría los vestidos y la cabeza.

Al llegar á la plaza principal, que hoy lleva su nombre y ostenta su estatua, el estruendo de las bandas militares, tambores, pífanos y cornetas, unido al de cien campanas echadas á vuelo, atronaba los aires, mientras que la tropa de la guarnición presentaba las armas y le hacía los demás honores que le correspondían. Si hubiera regresado con alguno de los cuerpos vencedores en el Sur, se le habría recibido con los honores del triunfo, según lo ordenaba la ley.

El mismo día de su llegada el Gobierno lo obsequió con un gran banquete en palacio. A éste se siguió otro en la Quinta de su nombre, á donde se trasladó el día inmediato, pues gustaba mucho de esa grata mansión, y permanecía allí casi todo el tiempo que estaba en Bogotá. El 17 hubo gran concierto en palacio. En alguno de los artículos de crónica que he escrito en otro tiempo, hice la descripción de ese concierto, preparado por el profesor D. Juan Antonio Velasco, director de la música militar, en el cual se ejecutaron por primera vez en esta ciudad varias oberturas de Rossini, y en ellas tomaron parte todos los profesores y aficionados venezolanos que había ocasionalmente en Bogotá.

Entre los primeros diplomáticos que vinieron á Colombia en 1824, se contaban los Coroneles Hamilton y Campbell, que formaban la comisión enviada por el Gobierno de la Gran Bretaña para tratar con Colombia. Se hallaban también James Harrison, Cónsul general de los Estados Unidos, padre ó abuelo, según parece, del actual Presidente de aquella República, C. Anderson, Torrens, Molina y algún otro; Campbell obsequió al Libertador con un suntuoso banquete, y éste asistió llevando al pecho la medalla con el busto de Washington.

Colombia era entonces joven, bella, rica y con espe-

ranza de serlo todavía más. Su padre, Bolívar, la había presentado ya en la sociedad y comenzaban á adularla los pretendientes; los primeros que entablaron amores platónicos con ella fueron los Estados Unidos. Un tratado se había celebrado ya, después del reconocimiento formal de su Independencia, reconocimiento oportuno que impidió en parte el que la España, auxiliada por la Francia, según propuesta espontánea de ésta, intentase su reconquista, así como la de las demás nacionalidades americanas. De aquellos amores resultó el regalito de la medalla con el busto.

Igual obsequio le hizo en seguida D. Francisco Montoya, é inmediatamente el alemán Leidesdorf, celebrado por su carácter epigramático, y aun sarcástico, le dió un espléndido almuerzo. Esa misma noche hubo gran baile en la casa del Encargado de negocios de la Gran Bretaña. En ese baile se obsequió á las señoras con sendas medallitas de oro, suspendidas de cintillas tricolores, y en el anverso y reverso inscripciones alusivas á la ocasión: obsequio intencionado, como que se relacionaba con la naturaleza de la misión que traía el Anfitrión británico. Cerró esta serie de manifestaciones el gran convite que dieron los señores Arrublas.

En los días que dejaron de intermedio tantas fiestas, Bolívar hizo invitar á su quinta á muchas personas principales, señoras, extranjeros y altos empleados; y el 25 partió para pernoctar en Hato-grande, hacienda del Vicepresidente Santander, donde se le hizó un rumboso recibimiento, y seguir á Boitá, donde se hizo igual cosa por el señor D. Luis María Montoya y su familia.

Volviendo á nuestro tema, no sólo ha querido usted probarme su amor á las antigüedades, muebles, inmuebles y semovientes, mostrándome sus fósiles, sino que ha ido hasta pedirme *un favorcito.* ¡Pedirme usted á

mí, que en todo caso sería el favorecido! ¡Usted que, usando de sus fueros de mujer y de amiga, debería ordenarme! Sin embargo, pida usted sin recelo que por acá todo es buena voluntad y pronta disposición á obedecer.

Sospecho que usted desea oír la relación de una de esas crónicas ó sucesos de los siglos pasados, de que he solido publicar no pocos en los periódicos, señaladamente en el *Repertorio Colombiano*. Me será muy grato complacer á usted, y espero que no dejará de interesarle mi relación, por ser en ella la protagonista y la víctima desgraciada una mujer tan estimable y distinguida como usted; pero será para la próxima ocasión.

XXXII

Con motivo del reciente fallecimiento de nuestro compatriota D. José Triana, me dice usted, mi buena amiga, que desea saber algo sobre eso que se ha llamado la *Flora de Bogotá*, que tánto ruido hizo en otro tiempo. Entiendo que le es á usted muy simpático este nombre, por la analogía que tiene con las flores, que tánto le gustan á usted. ¡Muy bien! Y ésta sea la ocasión de que usted y yo hagamos un sentido recuerdo del sabio botánico á quien mucho conocí y estimé, como á toda su familia. Siempre será para mí grata y venerada la memoria del benemérito D. José María Triana, padre de José, y fundador de las escuelas lancasterianas entre nosotros, pues á él debo una parte de lo poco que aprendí en mis mocedades en el famoso Colegio que abrió en esta ciudad.

Pero nada más que un recuerdo, pues lo que son necrologías y biografías, ya está adelantado de sobra ese trabajo, y todavía lo estará más.

Quédense allá las flores de la poesía, de la retórica y

de la música para los poetas, los grandes artistas y los grandes aficionados. Dejemos nosotros también, mi señora y amiga, esas flores del cielo por las flores de la tierra, en cada una de las cuales, sin embargo, se refleja un rayo de la felicidad de otras regiones desconocidas para el hombre, y un destello del amor de Dios para con sus criaturas.

Recordará usted quién era una tal Flora, que tánto figuraba en la mitología de los antiguos, imaginaria diosa que tenía el imperio de las flores y habitaba en los jardines. Por el bellísimo qué usted cultiva podría yo compararla con ella; pero no quiero hacerle un agravio, ni que usted diga que le estoy echando flores. Si usted quiere que, prescindiendo de esa señora, penetremos en su reino, valgámonos de Mutis y "su familia," —según la frase gráfica de Caldas—para que nos guíen.

Pero sería empresa de romanos y de gente más desocupada que usted y yo,—además de atrevida profanación por mi parte,—tratar de investigar los misterios de la *Flora de Bogotá*, cuya formación tomó á su cargo el ilustre y sabio sacerdote, que hizo célebre su nombre en todo el mundo científico. Digamos solamente que corría el año de 1783 cuando por real orden de 1º de Noviembre, se creó la Expedición Botánica, con el objeto principal de formar esta grande obra, que, no sólo había de abrazar el estudio, descripción y clasificación de las flores de nuestro país, sino también de todas nuestras plantas, ó lo que se ha llamado el reino vegetal.

Un país tan rico y tan variado en esta materia, era una abundante mina en que podía ejercitarse en grande escala la ciencia de los hombres eminentes que formaban aquella expedición. Nada ha habido después tan grandioso en esta tierra, ni tampoco más desgraciado, que la suerte que ella corrió.

Inconclusa aún, pero muy adelantada, quedó por largo tiempo oculta y desconocida en el antiguo mundo, así como los muchos y variados trabajos de Mutis en otros ramos de las ciencias; todo lo cual fue arrebatado por el *pacificador* Enrile, á la caída del Gobierno colonial y su precipitada fuga, para llevarlo á Madrid, donde quedó sepultado entre el polvo de los archivos. ¿Qué podía esperarse de un hombre que no creía—y lo dijo con ocasión del grande interés que se tomó para salvar la vida de Caldas, sentenciado á muerte, ó de que se le concediese un plazo para terminar ciertos trabajos—que no creía, digo, "que los sabios fueran necesarios en América?" A lo menos los sabios como Enrile no se necesitaban.

Parece como que un decreto providencial trajo á Mutis á América, no á pesar suyo, que él mismo se sentía arrastrado invenciblemente por una secreta inclinación, ó más bien inspiración. Su amor apasionado á las ciencias, y el anhelo de buscar cosas nuevas en tierras vírgenes y para él desconocidas, nuestras selvas con la soberbia vegetación de los trópicos y del ecuador, y todas las ricas é ignoradas producciones de nuestro suelo, le hicieron renunciar, á la edad de veinticinco años, á las comodidades de la Corte, donde era conocido, estimado y aplaudido, y la amistad y gratas relaciones de otros sabios, españoles y extranjeros, especialmente del gran Linneo, con quien conservó no interrumpida correspondencia durante más de treinta años. Así se lo decía el mismo Mutis á nuestro Caldas, en familiar conversación:—"el silencio, la paz, los bosques de la América tuvieron más atractivo sobre mi corazón que la grandeza y la pompa de las Cortes de Europa."

Pero no se inquiete usted pensando que voy á hacer la biografía de Mutis ó la relación de sus trabajos.

Mucho se ha escrito sobre este tema, y aun yo mismo he echado mi cuarto á espadas cuando he tenido ocasión, y en la parte que pudiera corresponderme, como simple lego. Pero usted lo sabe.... soy muy amigo del *dacapo*, como dicen ustedes los músicos y las músicas: repetir y más repetir. Además, si paseando por entre el bosque se encuentra un panal de abejas en el hueco de un árbol, no se contenta uno, como Sansón, con probar la miel, sino que chupa una gran parte de ella, aun involuntariamente.

Así, sólo recordaré á usted, ya que se presenta la ocasión de hacer coro en este concierto, que Humboldt, inclinando la cabeza ante la ciencia del ilustre sabio, le dedicó su importante Memoria sobre *la Geografía de las plantas*, ó *Cuadro físico de los Andes equinoxiales*, "con los sentimientos del más profundo reconocimiento," llamándolo "el ilustre patriarca de los botánicos." Los trabajos de Mutis sobre la vegetación de las costas de la Nueva Granada y de las riberas del Magdalena, hicieron pronunciar á Linneo aquellas palabras latinas, que en romance dicen: "Nombre inmortal, que ninguna edad podrá borrar jamás." Fue también el Mecenas del sabio Cabanilles, quien le dedicó sus trabajos científicos con estas otras: "En honor del sapientísimo varón Mutis etc.;" y muchas sociedades científicas de Europa lo incorporaron con entusiasmo en su seno.

Viendo yo la grande afición que tenía José á sus hierbas y bejucos, de los cuales estaba siempre rodeado, le dije un día chanceando: usted va á ser otro Mutis. ¡Con cuánto placer veo ahora que mi anuncio se realizó, pues que él alcanzó á merecer en Europa los mismos honores que el padre de la *Flora Bogotana*, y aun vino á ser su continuador!

El Director de la expedición botánica fijó su resi-

dencia en Mariquita, como cuartel general de sus excursiones. Allí residió, por espacio de siete años, ocupado incesantemente en describir vegetales y dibujarlos; si bien le faltaron en nuestro país los elementos y los medios necesarios para clasificarlos, por lo cual sus trabajos quedaron incompletos. Las quinas llamaron su atención y le absorbieron no poco tiempo. Sabido es que él escribió la historia de todas las plantas del género *chinchona*, y que además se ocupó en importantes trabajos sobre minas y otros ramos, pues su laboriosidad era incansable y corría parejas con su ciencia. El rico herbario que formó ascendía á más de veinte mil plantas, muchas de ellas nuevas para los botánicos, y algunas preciosas por sus propiedades especiales.

Por el placer que usted experimenta en observar sus arriates, macetas y búcaros, en rociar y limpiar diariamente sus flores, clasificarlas, combinarlas, y estudiar sus cambios y alteraciones, la luz que les ha de dar, la calidad de la tierra, el grado de humedad, sus parentescos y entronques, puede usted calcular el que experimentaría nuestro botánico al hacer el examen y análisis de sus queridas plantas. Por mi parte, cuando la oigo á usted hablar de sus mil parásitas, de sus variados geráneos, de sus rosas de veinte especies diferentes, de sus margaritas, primaveras, convólvulos, gladiolos, lirios, begonias, cruz de Malta etc., etc., me parece que estoy registrando el herbario de Mutis, ó conversando con Triana, Sandino, Bayón, Montoya, y otros de nuestros botánicos.

Aún se ven en Mariquita las ruinas de la casa en que habitó Mutis, y uno que otro—si es que hay alguno—de los árboles de canelo que con tánto esmero aclimató y cultivó. Parece que nada de esto se ha respetado, ni hay quien haya conocido su mérito. Recuerdo la gracia y

oportunidad con que me dijo usted un día, que la tenía desesperada ese espíritu de destrucción y de reforma que hay entre nosotros.

Mutis vino en 1760, en calidad de médico, con el Virrey Messía de la Zerda, no de Capellán, como se ha creído equivocadamente: años después de su venida fué cuando recibió las sagradas órdenes; y en verdad que fué tan buen sacerdote como buen botánico y mineralogista.

Si no le desagrada á usted saber cuál era el personal de la Expedición botánica y de las asignaciones de que gozaban sus empleados, le diré que, además de su director—que vivía en la Calle de la Carrera de esta ciudad—estaba agregado, para la parte científica, D. Francisco de Zea,—Calle de Quesada. Era oficial de pluma D. Francisco Javier Zabaraín—hermano tal vez, ó pariente de Alejo, el amante y prometido de Pola Salabarrieta, y catorce individuos más, que formaban la Oficina de pintores.

Este pormenor, como el que sigue, aunque de poca importancia, no dejan de tener algún interés, y son tomados: el primero, de la *Guía del Virreinato*, publicada en 1794 por D. Joaquín Durán y Díaz, Capitán del batallón de infantería auxiliar de Santafé; y el segundo, de la *Guía* para el año de 1806.

Los sueldos de que disfrutaban eran los siguientes: Director, 2,000 pesos; Agregado, 500; Oficial de pluma, 500; sueldos de los pintores, que se distribuían según su trabajo, 2,000; total, 5,000. Mutis había creado una escuela gratuíta de dibujo.

El primer pintor y mayordomo tenía efectivos 600 pesos, de los 2,000, y los demás, como sigue: el segundo, dos pesos diarios; el tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo, á doce reales diarios; el octavo, noveno, dé-

cimo, undécimo y duodécimo, ocho reales; el décimotercio, seis reales, y el décimocuarto, cuatro. Debe computarse que todos estos sueldos serían hoy el doble.

Años después se agregaron D. Sinforoso Mutis, como pensionado por el Rey, D. Francisco José de Caldas y D. José Mejía, como meritorios, y como individuos agregados, en calidad de voluntarios, D. Jorge Tadeo Lozano, para la zoología, D. Enrique Umaña, para la mineralogía, D. José Joaquín Camacho y D. Miguel Pombo para la botánica.

Oficiales de pluma: D. José María Carbonell, Calle de San-Javier, y D. José María Serna, Calle de la Trinidad. Y fuera de los pintores de número, había otros que llamaban *pupilos de la casa de la Expedición*, según todo lo reza la misma *Guía* para el año de 1806.

El hecho es que el Gobierno colonial patrocinaba largamente una obra tan grandiosa, y que durante catorce años, hasta la muerte de Mutis, ocurrida el 11 de Septiembre de 1808, todo marchó muy bien. Pero aun sin este desgraciado acontecimiento, la expedición habría sucumbido á la larga, á causa de los trastornos políticos, aquí y en España, y consiguiente cambio de Gobiernos.

Setenta años hacía que la *Flora de Bogotá* dormía el sueño de la muerte en los archivos de la Península, porque los Gobiernos que allí se habían sucedido en ese tiempo no habían logrado aprovecharse de los manuscritos de Mutis, ni permitido que otros los aprovechasen. El mismo Instituto de Francia había sido desairado en sus pretensiones á este respecto. Pero llegó una época venturosa: la del ilustrado y generoso Gobierno de D. Alfonso XII, que, conociendo la trascendental importancia de esos trabajos, los devolvió al mundo científico para gloria de Colombia y de la Es-

paña, y para mayor gloria de su reinado. A una insinuación de nuestro Ministro en Madrid, D. Carlos Holguín, hecha á la galante Reina madre de D. Alfonso, ésta dijo á su augusto hijo—como allá en otro tiempo en las bodas de Caná dijo otra gran Reina:—"NO TIENEN VINO;" y esta sola palabra bastó para que se abriesen esos archivos, y de allí saliese el preciado tesoro á regenerarse y perfeccionarse en manos de nuestro eminente botánico, orgullo de Colombia, D. José Triana.

Quiero dejar la palabra á otro distinguido naturalista nuéstro, D. Wenceslao Sandino Groot, miembro de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, para continuar esta historia:

"Por una señalada merced de la augusta madre de D. Alfonsó XII para con nuestro Ministro en España, se concedió al señor D. José Triana lo que éste en otras ocasiones había solicitado inútilmente: el permiso para examinar los materiales preparados por el señor Mutis para la *Flora de Bogotá*.

"En virtud de esta concesión se trasladó el señor Triana á Madrid, y después de un laborioso y detenido examen de dichos materiales, en que empleó no pocos meses, dejó clasificadas y determinadas técnicamente las plantas que representan las láminas de la colección botánica de Mutis.

"Para tamaña labor era preciso un botánico que, como Triana, reuniese á profundos y nada comunes conocimientos, la circunstancia de haber estudiado y clasificado esas especies en su país natal: conocimientos tan excepcionales como indispensables para el éxito de la empresa.

"Debido á este sabio, no es ya perdida para la ciencia la obra á que consagró los mejores años de su preciosa

existencia el inmortal Mutis; y las seis mil y más láminas que forman una parte la más importante de su Flora, constituyen hoy día un valiosísimo álbum de cuarenta grandes volúmenes, en el cual están ordenados los dibujos por familias, géneros y especies, y acompañados de un catálogo general, con las respectivas referencias; todo lo cual está á disposición del público científico y artístico que desee consultarlo.

"Resta la más dispendiosa de tiempo, que llevará á término el doctor Triana, si, como dice él mismo, circunstancias independientes de su voluntad no lo estorban: ésta es la ordenación sistemática del herbario y numerosos manuscritos.

"El doctor Triana implora la cooperación de sus colegas de Europa, caso de que el Gobierno de Colombia no cuente con recursos bastantes para costear la reproducción de esos espléndidos dibujos.

"Creemos que por cuantioso que parezca el gasto—que no lo será excesivo, atendidas las facilidades que ofrece el grabado mecánico,—sería en su mayor parte resarcido con el producto del expendio de los ejemplares que tomarían los Gobiernos y las sociedades científicas; y Colombia tendría el doble honor de haber dado á la estampa la obra que inmortalizó al padre de la Botánica en nuestra Patria, y que realza la bien merecida reputación de uno de sus mejores hijos."

Es seguro que nuestro Gobierno no querrá dejar frustradas las justas esperanzas de cuantos se interesen por el progreso de las ciencias y por la gloria de nuestra Patria. El mundo civilizado le agradecerá tan valioso presente, si no ahora, un poco más tarde. Cuando el rumbo que ha de tomar el país en lo político, como en lo comercial, industrial y científico, á causa de la próxima creación de nuevos é inmensos intereses ligados con la gigan-

tesca empresa del Canal Interoceánico, le proporcione la holgura necesaria, podrá atender, con sobra de recursos, á esa obra que, bien considerado, no los necesita tan excesivos como á primera vista pudiera creerse.

De propósito—aunque parezca fuera de propósito—he mencionado los nombres que tenían algunas calles de esta ciudad hasta principios del siglo. Parece como que la revolución del 20 de Julio los hubiese borrado de los catastros de la ciudad, así como destruyó muchos escudos tallados en piedra, muchas inscripciones y muchas otras cosas que tenían el sello de la Colonia, por ejemplo, el paseo de "La-Alameda nueva," con sus árboles, asientos y verjas, el jardín de la plazuela de la Artillería, los relieves en piedra de algunos puentes y fuentes públicas, y, en suma, hasta el antiguo nombre de esta ciudad que de Santafé pasó á ser Bogotá, nombre nada eufónico ni significativo, y además adulterado del muisca *Bacatá.* ¿Qué mucho, pues, que si se cambió el nombre de la ciudad se cambiaran también, ó se perdieran, los de muchas calles? La parte no había de ser de mejor condición que el todo. Y parece que la manía de destrucción ó de reforma ha subsistido hasta nuestros días, pues el país mismo ha cambiado de nombre cinco veces. Esta será tal vez condición ó ley del progreso indefinido, y hay que conformarse con ella.

En las *Guías* antiguas se encuentran muchas noticias locales curiosas, de que bien quisiera hablar á usted por vía de recuerdos de cosas añejas; pero porque usted las hallará tal vez de escaso interés las paso por alto. Voy á citarle, sin embargo, los nombres de varias calles que hoy no se sabe, ni aun por tradición, cuáles eran, ni qué otros nombres han tomado. La ya citada Calle de *Quesada*, así llamada tal vez en memoria del conquistador

D. Gonzalo Jiménez, fundador de la ciudad; la de la *Conquista*, la de la *Alegría*, la *del Sol*, la de *La-Rosa*, la de *La-Fatiga*, la de *La-Trinidad*, la de *San-Javier*, de *Santa-Teresa*, de *Los-Límites*, de *La-Esperanza*, de *San-Andrés*, de *La-Parra*, de *La-Giralda*, del *Sacramento*, de los *Herreros*, de *Borja* (subsistía hasta hace pocos años), de la *Obra nueva*, de la *Paula*, del *Noviciado*, del *Campo*, del *Socorro*, de *La-Soledad*, de *Guadalupe*, de *María*, de la *Luna*, de *Olalla*, del *Olivo*, del *Matadero*, de *La-Paz*, del *Cajón*, de *San-Pedro*.... y otras cuantas de que no queda memoria. Se conservan, sin embargo, los de muchas otras, y generalmente se hace uso de ellas, de preferencia á los de las nuevas nomenclaturas, diciendo: Calle de *Los-Carneros*, de *Las-Cunitas*, de *Las-Aguilas*, de los *Plateros*, de los *Chorritos*, de las *Béjares*, en vez de Carrera tal, Calle tal etc.

Respecto de la última de éstas, como de algunas otras, los curiosos y amigos de antiguallas se han devanado los sesos averiguando el origen de sus nombres. El de *Béjares* ha tenido varias versiones, pero sin fundamento. Yo sospecho, aunque la cuestión sea de poca importancia, que, en obsequio del famoso Duque de Béjar, primer protector de Cervantes, algún apasionado de éste y de su Quijote, que sin duda era lectura favorita de los santafereños en aquel tiempo, quiso darle su nombre á la calle en que vivía, si no es que ya fuese algún erudito Alcalde ó Regidor que conocía muy bien aquella historia. Pero el pueblo, inclinado siempre á adulterarlo todo, y propenso á volver el singular en plural, y viceversa, comenzó á decir: Calle de *Béjares*, y luégo alguno le agregó inconscientemente el artículo femenino, de donde resultó Calle de las *Béjares*.

No fué otro el origen de la Calle de *Borja*, que

se conservó hasta hace poco tiempo, y era la Calle 13ª, nombre que se le dió en memoria del Presidente D. Juan de Borja, buen Magistrado, amante del país y de su progreso, que supo hacerse popular y bien quisto, aunque era justiciero. Y como inmediatamente después de su muerte se recibió la noticia de la canonización de su abuelo, el Duque de Gandía, que con el título de San Francisco de Borja se venera hoy en nuestros altares, uno y otro acontecimiento fueron, sin duda, ocasión para tributar á los dos un público y permanente homenaje.

Del mismo modo se bautizó *Calle de Florián* la que todavía conserva su nombre, á despecho de las nuevas nomenclaturas oficiales, en agradecido recuerdo de la noble galantería con que el caballero de Florián hizo grandes y merecidos elogios de la Nación española en su poema *Conzalo de Córdoba.*

XXXIII

¿Insiste usted, mi señora, en que sigamos hablando de Mutis, puesto que, según dice usted, yo quedé ayer con la palabra al levantarse la sesión, como si estuviéramos en el Congreso ó en el Jurado? No fué esa mi intención; pero sigamos. De Mutis puede hablarse tres días consecutivos, y hallaríamos para ello materia abundante en la extensa y erudita biografía que de este sabio publicó en Quito, en 1888, el Presbítero D. Federico González Suárez, escrito de que tiene un ejemplar el conocido bibliófilo D. Juan Trujillo, mi excelente amigo, á quien debo la ocasión de conocer esa *Memoria.*

Por hoy nos viene oportunamente á las manos una noticia recientemente publicada en un diario de esta ciudad, en que se dice que el botánico inglés, Mr. Thom-

son, en un informe que pasó á nuestro Gobierno en 1887, llamó su atención hacia varias plantas importantes, propias para un extenso cultivo en Colombia, y recomendaba muy especialmente la del té para exportar la hoja de este nombre á los mercados de los Estados Unidos. Agrega el diario que habiendo regresado ahora dicho señor de Europa, trae una provisión de plantas tiernas de té, de la mejor calidad, las cuales se propone aclimatar y propagar aquí, pues él juzga que las montañas de Colombia son especialmente propias para este cultivo.

Aquí tropezamos de nuevo con Mutis, cuyo nombre está asociado con el de la planta que se llama *té de Bogotá.* Por recomendaciones muy encarecidas del progresista Arzobispo-Virrey Góngora, se ocupó Mutis en recoger muestras y hacer abundantes colecciones de productos naturales, particularmente de maderas preciosas, aceites, resinas, bálsamos etc., las cuales fueron enviadas á España para su examen y estudio, á fin de hacer de ellas otros tantos ramos de industria y comercio.

Entre esos trabajos científicos merece especial mención, y es de actual interés, el descubrimiento de la planta llamada *té de Bogotá*, que alguno nombró *té alstonia*, á que dió grande importancia el mismo Góngora. En 1786 se enviaron muestras de ella á Madrid para su reconocimiento ó análisis. Nadie ignora el resultado que tuvo su examen, ni el aprecio que se hizo de esta planta, y la boga en que estuvo entonces.

Pero aunque ese resultado fue en extremo favorable, y aunque posteriormente, en 1821, el té fué llevado á Jamaica por D. Francisco Urquinaona, y el resultado del análisis que allí se hizo por el botánico francés Vanescut, fué también muy satisfactorio, la dichosa, ó más bien desdichada planta, durmió sobre sus laureles

durante muchos años, sin que se volviese á hablar de ella. Hoy que algunos de nuestros estudiosos botánicos han revivido su memoria, y se ocupan nuevamente en este asunto, el interés revive también, y merece que se diga de él una palabra.

Al té de Bogotá le ha sucedido lo que á ciertas personas de algún talento y habilidad, que ensayan su ingenio, ya sea en la literatura, ya en algún arte ú oficio. Desde que saltan á la arena y ofrecen al público sus primeros ensayos, encuentran, ó el aplauso exagerado, apasionado, de unos pocos que se constituyen en ciegos admiradores y panegiristas suyos, ó bien la crítica mordaz, la censura, el desdén. La amistad ó la simpatía forman en un campo: la envidia ó la presunción en el opuesto. Unos y otros hacen un mal al protagonista: aquéllos lo envanecen y llenan de necio orgullo, haciéndole creer que es un genio, un portento, que conquistó la gloria y llegó á la apetecida meta; que más allá no hay nada; que en su pasmoso talento está cifrado el orgullo nacional. Los otros, por el contrario, producen en él el desaliento, las dudas más crueles sobre su mérito; le cortan las alas con que podría volar á superiores regiones, y quizá matan en flor un ingenio que podría con el tiempo dar sazonados frutos. ¿No habrá un medio entre estos dos extremos? ¡Sí! Un poco de severidad en unos, un poco de benevolencia en otros; imparcialidad en todos. La *verdadera* crítica ha de ser tan impasible, tan imparcial como la máquina fotográfica que reproduce nuestra imagen: toda exageración en un sentido ó en otro, es perjudicial.

Los partidarios de nuestro té aseguran concienzudamente, de buena fe, que es una planta semejante al té de la China, al cual puede comparársele por algunas de sus propiedades y caracteres; de sabor agradable, de

cierto aroma, de cualidades estimulantes etc. No se sabe que hayan asegurado alguna vez ser el mismo té, ó que pueda sustituírsele en el uso que de éste se hace; pero sí que, bien cultivado, puede ser un artículo de comercio como cualquiera otro, como la coca, como la hierba del Paraguay, y entrar en el número de las plantas oficinales.

Otros, tal vez con alguna precipitación, han negado rotundamente las afirmaciones de aquéllos; desconocen el parentesco que haya entre las dos plantas y las propiedades benéficas que se atribuyen á la indígena. Dicen que los informes que han dado recientemente químicos europeos no son conformes con los que antes se habían tenido por exactos; y aun ha habido quien asegure que Mutis *se equivocó* en la clasificación que de ella hizo, aunque Mutis nunca dijo que el té de Bogotá fuese el mismo té de la China. Y no sólo eso, sino que hemos visto publicaciones que dejan de ser desdeñosas para ser presuntuosas.

No nos toca á usted ni á mí terciar en esta cuestión, porque no somos jueces competentes, pero sí haré una observación que no recuerdo haber visto en lo que sobre la materia he leído. La palabra *té* es genérica, y comprende muchas especies; hay varias plantas que se llaman así, aunque se diferencian mucho del de la China y Japón. Así lo dicen, no solamente el uso común, sino también todos los diccionarios que traen esta palabra. El de nuestra lengua da este nombre á la hierba *mate* que se usa en el Brasil, y lo da á la planta y á la infusión que de ella se hace. El *Diccionario universal de la lengua francesa*, de Bescherelle, dice:—"Thé de América ó de la Martinica *(la capraire)*. Thé de Chile *(la psoralier)*. Thé de Europa *(la véronique)*. Thé de Francia *(la sauge, la mélisse officinale)*. Thé del Labrador *(le*

lédon). Thé de México *(la capraire bifflore et l'ansérine).* Thé de los noruegos *(la ronce du Nord).* Thé de *Simón Paoli (legalé).* Thé del Paraguay *(le psoralier, l'éritroxyle et une espece de houx nommé aussi maté).* Thé de Suiza, ó té suizo *(le faltrank).* Thé de los sultanes *(le serkis)*" etc.

¿Por qué no hemos de llamar, pues, *té de Bogotá* á esa planta que tántas analogías tiene con las nombradas? ¿Nuestra coca, que tánto papel está haciendo hoy en el mundo científico, no es un verdadero té? Basta que nuestra *alstonia theyforme*, como parece que la han llamado, sea una bebida agradable por su aroma, inocente en sí misma, y que tenga algunas propiedades medicinales, tónica, astringente, estimulante, ó como se quiera decir, y que pueda suplir al que nosotros llamamos aquí té por antonomasia, ó á cualquiera otra bebida, y que por tales cualidades pueda llegar á ser con el tiempo un artículo de comercio, para que no desdeñemos su cultivo y mejora. Ni creemos que haya quien pretenda sustituírlo al que se sirve en nuestras mesas, sea bueno ó malo, y más por moda que por necesidad ó placer; ni hay que esperar que quien nos invita á su casa á "tomar el té,"—que así se llaman hasta los grandes bailes—nos haya de dar nuestro humilde té, como no nos daría coca, ni agua de cidrón ó toronjil, por muy agradables bebidas que sean.

Dejando á un lado la seriedad técnica, que no conviene aquí, recuerde usted que antiguamente se acostumbraba hacer diferencia entre los productos indígenas y los europeos, diciendo, por ejemplo, lienzo de Castilla, ó medias ó jabón de Castilla, y lienzo, medias y jabón *de la tierra;* incienso de Castilla, azafrán de Castilla, é incienso ó azafrán *de la tierra.* ¿No podríamos decir también, parodiando estas frases: té de Castilla y té de la tierra?

En esto imitaríamos á un chusco que, hablando de las señoras que siguen rigurosamente las modas, decía que en Bogotá había francesas de Castilla y francesas de la tierra.

Como quiera, y puesto que el legítimo té de la China, rara vez, y tal vez ninguna, vendrá por acá á nuestra tierra, bien vale la pena de ensayar en grande el fácil cultivo del nuéstro, si no para el consumo interior, á lo menos para exportarlo como se exportan en otros países la coca, el mate, paraguay y otras hierbas con no poco provecho. El cultivo es nada costoso y el trasporte fácil por su poco peso.

Lo que hasta aquí hemos conversado sobre el té de Bogotá, se ha escrito varias veces, y se halla en diferentes libros y documentos á que en todo caso me remitiré, si fuere preciso. Yo no invento nada; pero usted sabe cuál es mi tema favorito: repetir y más repetir, como el cuclillo de la fábula. Las generaciones que van brotando, ó no leen nada, ó leen novelas y versos; pero de la historia de su país, en lo político, científico ó literario, con raras excepciones, pocas noticias tienen.

Para concluír hoy con esta materia del té, sólo me referiré á las palabras que Mutis dirigía desde Mariquita al señor Góngora en 1785, citadas por el ya mencionado Presbítero ecuatoriano Federico González Suárez en su *Memoria histórica sobre Mutis*. Dicen así: "Por fruto de mis tareas botánicas contaba entre mis preciosos descubrimientos uno que por sí sólo bastaría á justificar el mérito de la verdadera ciencia y la liberalidad de los caudales que franquea el soberano á beneficio de sus vasallos. Los descubrimientos de esta clase se debían regularmente á la casualidad ó la misma impericia de los pueblos, inclinados casi por instinto á experimentar algunas de sus producciones. Muy al con-

trario, el descubrimiento del *Thé de Bogotá*, planta tan vulgar y á la vista de un pueblo que la pisa, desprecia y destina al fuego, sin haber conocido, ni aun sospechado, sus preciosísimas virtudes, se hizo únicamente por principios científicos, y á costa de repetidísimas experiencias de su descubridor, practicadas en sí mismo y después en otros, con el mayor sigilo, para salvarlo de la desgracia de ser antes anunciado y apropiado por ajeno dueño." "Mutis añadía que este descubrimiento era el de su mayor predilección."

No quiero que usted se ofenda si digo con mi habitual franqueza que sólo la moda ó la novelería han venido á desterrar nuestro chocolate y sustituírlo con eso que llaman *té*. Pero el cargo no va contra usted, mi buena amiga, pues sé, porque usted me lo ha dicho, que el cambio en usted depende de la repugnancia que tiene por el chocolate. No es sólo usted la que tiene esa repugnancia: casi no hay en este tiempo joven que no la tenga, y yo les hallo razón. Lo que hoy tomamos (los que todavía lo tomamos, sin que deje de gustarnos el té), no es verdadero chocolate, no es el antiguo chocolate.

El mismo señor Thomson, de que hablaba poco ha, llamó la atención del Gobierno, de una manera enfática, á la seria condición del cacao, como producto agrícola nuéstro, y dice textualmente:—"Este es uno de los más preciosos productos del país; pero desgraciadamente el árbol es atacado de una enfermedad que lo destruye en vastas áreas, y con motivo de la mala condición del árbol, las cosechas han menguado de tal manera que ese artículo no merece cultivarse."

Aconseja este viajero que para combatir el azote se prohiba la propagación de la planta haciendo uso de árboles enfermos, como parece que se hace en grande escala en el Tolima.

Hé aquí, mi amiga, la clave de esa repugnancia invencible que la generación actual tiene por la bebida del delicioso grano que con razón llamaron los antiguos *teobroma*, ó bebida de los dioses; de ese grano de quien dice Bello, apostrofando á nuestra zona tórrida:

> Tú en urnas de coral cuajas la almendra
> Que en la espumante jícara rebosa;

grano que ha merecido ser cantado por otros varios poetas.

No se toma hoy el rico chocolate que se tomaba en otros tiempos, ni los jóvenes de ahora han tenido motivo para conocerlo y saborearlo. Lo que para el consumo de Bogotá se trae á sus mercados es un cacao pequeño, de color amoratado y lleno de manchas, amargo y de poca sustancia alimenticia. La causa de esto es que una parte del mejor y escogido grano se reserva para el consumo local de las regiones donde se produce, y el resto se exporta en gran cantidad, destinándose para los lugares del centro mezquinos rezagos.

Quedan, pues, todos, inclusa usted, absueltos del cargo de extranjerismo que podría hacerles Iriarte en su fábula *El Té y la Salvia*:

> Pues no hay Nación alguna
> Que á todo lo extranjero
> No dé con gusto aplausos y dinero.

En suma, la bastarda y apócrifa bebida que hoy se nos da, aun en las casas más cuidadosas y entendidas en esto, no es la que en mejores días tomaban muchas familias á las cinco de la tarde, en pocillos de plata, ni la que el venerable Padre Fray Mateo Díaz nos brindaba en la celda prioral de Santo Domingo después del ensayo general de alguna gran misa de Cherubini ó Mercadante, y con el cual (sin contar el suntuoso almuerzo del

día de la fiesta) nos obsequiaba á los que habíamos tomado parte activa en dichos ensayos.

Usted tendrá tal vez noticia de algunas fábricas de chocolate establecidas en esta ciudad, que se dice lo preparan muy bien; yo no he tenido ocasión de probarlo, y así no puedo hablar de él.

Usted extraña que de Mutis hayamos dado un salto al Padre Mateo Díaz; pero eso nada tiene de particular. Mutis fué un gran naturalista y el Padre Mateo fué un gran filarmónico, ambos ejemplares sacerdotes; uno y otro daban en su escala gloria á Dios y honra á la Patria; y, en fin, tan bueno podía ser el chocolate del Padre, cuyo grato perfume trascendía desde la portería del convento, como el té que descubrió Mutis.

Pero seamos francos: los recuerdos que hemos hecho de este sabio y de la expedición botánica, no han sido sino un pretexto para hablar de Triana, una mano de barniz para refrescar el cuadro, según la frase técnica de los pintores. ¿Qué más se puede decir en artículo de Revista?

Sin embargo, si usted desea algo más sobre *Expediciones*, no nos faltará alguna otra de qué hablar. Por fortuna hoy no hay en nuestra tierra expediciones bélicas y destructoras, y usted y yo tendremos mayor placer en hablar de expediciones pacíficas y civilizadoras como lo era la Botánica. Ya supondrá usted que estoy recordando la famosa *Expedición de la Vacuna.*

Mientras la Francia revolucionaria movía guerras y enviaba expediciones armadas á otras Naciones, la España organizaba una Expedición humanitaria y salvadora para aliviar á la humanidad de los estragos del terrible azote de la viruela. Los primeros albores de este gran siglo XIX, ya agonizante, fueron saludados con ese grande acontecimiento que marca una época glorio-

sa para la madre patria ¡ Qué punto tan brillante sirve de lazo de unión entre ésta y la anterior centuria, ambas tan *bochincheras* y agitadas!

Si usted, amiga mía, al mirarse en su espejo, que es el amigo más íntimo y más fiel que tiene, en vez de ver su tez fina, limpia y fresca, como el pétalo de una rosa, la viese toda marcada con picaduras de viruela, ¿ no habría usted preferido morirse de la fatal epidemia antes que verse,—como decimos por acá, á escondidas del Diccionario—*tusa?* Tal vez no, porque le he oído decir á usted con frecuencia aquello de " viva la gallina y viva con su pepita." Yo conocí una tusa de lo más gracioso, espiritual y simpático que pueda darse: la tusa Barriga, viuda del prócer de la independencia, Villavicencio. Hasta el calificativo como que le daba mayor interés. Todo el mundo la quería, ni más ni menos que al tuso Santander.

Pues, como iba diciendo, en el tercer año de este siglo, se presentó en las costas de nuestro continente la *Expedición de la vacuna*, que traía la misión más benéfica para una gran parte de la especie humana. Salió de España, no solamente para los pueblos de América y demás dominios de la monarquía, sino para el mundo entero, para todos los países, sin diferencia de razas, gobiernos, idiomas, ó religión, pues á todos se hizo extensiva tan filantrópica munificencia. Tres años duró la marcha triunfal—que así puede llamarse—de la Expedición, confiada al cuidado de D. Francisco Javier Balmis, y en este tiempo puede decirse que dió la vuelta al mundo, dejando en todas partes organizada y establecida la vacunación. Varios profesores de medicina formaban parte de ella, y de diferentes puntos tomaban niños que llevaban consigo para conservar y propagar el pus de una en otra parte. Era Subdirector de la Expedición

D. José Salvani, quien se separó de Balmis en Caracas para venir á Santafé, mientras que éste seguía recorriendo las Antillas y costas de tierra firme.

La parte destinada al interior de nuestro país naufragó en las bocas del Magdalena, pero habiéndose salvado, siguieron á Panamá, y de allí regresaron para remontar el Magdalena. De aquí, como otros Apóstoles, se dispersaron para ir á anunciar la *Buena Nueva* á los centros más poblados, á hacer el bien por donde quiera que pasaban, y á proclamar con las cien bocas de la Fama y á los cuatro vientos, la gloria inmortal de Jenner. Al Norte y Sur se extendió rápidamente el famoso preservativo: las poblaciones del Socorro, San-Gil, Pamplona, Tunja, Vélez, Girón, Medellín, Mompox, todas las del Valle del Cauca, y las del alto Magdalena, recibieron el preciado dón; y últimamente, por Popayán y Pasto, se extendió hasta Quito y demás ciudades y pueblos de aquella región. Más de cien mil personas, según las relaciones oficiales, recibieron el gran beneficio en estos países.

¡ Cuánto, pues, no tenemos que agradecer á la bendita Expedición el que nos hubiera librado de tan funesta desgracia, pues sin duda debemos al pus que ella trajo y propagó, el vernos libres de llevar el certificado y estigma á que se ha dado aquel calificativo, y tener nuestra cara lisa y llana !

Y muchos son los que en casi un siglo se han librado y se están librando de las tusas, pues en todas partes la proporción entre los marcados de ambos sexos y los carilisos es muy pequeña. Sería curiosa una estadística de los tusos.

Desde el tiempo de la Expedición se ha mantenido con alternativas el pus vacuno entre nosotros, aunque en ocasiones ha faltado, ó se ha alterado. Aquí deben

citarse los nombres de dos infatigables conservadores y propagadores de la vacuna: el doctor José Félix Merizalde, eminente médico, cuyo nombre figurará algún día con honra en los anales de la Medicina en nuestro país, y D. Luis Lozano Moya. Pero la clase baja de nuestra sociedad ha mirado siempre con repugnancia la vacuna; hoy es, y todavía se hacen grandes esfuerzos para persuadirla de la necesidad de tan eficaz prevención, bien que esa repugnancia se debe en parte á las fatales consecuencias que en otro tiempo produjo un pus de mala calidad, antes venenoso que saludable, de que se hizo uso indiscretamente.

En los tiempos que corren se han suscitado varias cuestiones respecto de la vacuna: 1ª ¿Basta inocularla una sola vez en la vida para quedar preservada en absoluto la persona vacunada, ó es preciso repetir la operación cada siete ó cada diez años? 2ª ¿La vacuna puede ser un argumento en favor del sistema de Hahnemann, ó sea la medicina homeopática? 3ª ¿Son ya seguros y definitivos los resultados de los ensayos que están haciendo los sabios modernos para curar varias enfermedades por medio de la inoculación de los virus?

La solución de estas cuestiones se dará en el siglo XX, ó antes, si espera M. Pasteur demostrar de una manera evidente su teoría sobre la hidrofobia, ensayada ya, parece que con éxito feliz, en varios parientes del sabio Darwin y otros animales.

Una cuestión análoga á la primera de las indicadas propongo yo: ¿los que *se curan* (según la acepción figurada que el vulgo da á esta palabra), es decir, los que se previenen contra el veneno de las culebras y otros animales ponzoñosos, tomando la hierba llamada guaco, descubierta por nuestro botánico Matiz, quedan preservados para siempre de los efectos del veneno, ó es pre-

ciso que repitan de tiempo en tiempo la operación, como dicen que se debe hacer con *la vacuna?*

XXXIV

Hacer un recuerdo de la fundación de la Biblioteca nacional, del Museo y del Teatro; hablar de la Expedición botánica y de la Expedición de la vacuna, y no decir una palabra acerca de la construcción del Observatorio astronómico de Bogotá, sería hacer caso omiso de uno de los acontecimientos más notables de nuestro país, y de las obras más útiles y meritorias.

Pero, ¡cuánto no se ha escrito sobre esta materia! Sólo el empeño de usted, mi señora y amiga, en quien la pretendida *estrella de Belén*, que dizque ha aparecido en este año, y que le ocasionó á usted un famoso resfriado por haber dejado su cama el día de Inocentes antes de amanecer para verla, podían hacer que yo repitiese lo que sobre nuestro templo de Urania se ha dicho durante ochenta años. Pero usted conoce mi tema favorito: repitamos para los que vienen detrás de nosotros. Estas reminiscencias no serán sino una ola que avanza sobre la playa más allá de los términos ordinarios, un eco que resuena en la montaña después que la roca ha rodado en los abismos. Espigaremos, pues, en este ya desazonado campo; y, para hablar en prosa lisa y llana, yo, que no soy sino un *reporter* encargado por usted de trasmitirle estas noticias, haré el oficio de los sirvientes y reposteros que recogen los restos del banquete.

Usted asoció instintivamente la idea de la supuesta *estrella de los Magos* con la de nuestro Observatorio astronómico, sobre el cual desea saber algo.

Dejemos á un lado la necedad supina de bautizar á la hermosa Venus que vemos todos los años antes de la

aurora ó después de puesto el sol, con un nombre que no le corresponde. Ni esa ni ninguna otra estrella, ni ningún astro pueden guiar á nadie á ninguna parte; lo que prueba que el que guió á los Reyes no era de la familia de los que conocemos. La razón es muy sencilla: ningún astro se ve mover ni se detiene sobre un objeto determinado, como se movía y se detenía aquel. Ahí está la relación evangélica, que es la que nos debe *guiar* á nosotros los cristianos.

Un Observatorio astronómico, levantado con todas las reglas del arte y dotado de lo necesario, es ya un paso muy avanzado en el camino de la civilización; pero un Observatorio con las condiciones del nuéstro, debe llamar la atención de los sabios de todos los países civilizados. Ningún Observatorio del mundo podrá compararse á los que se levanten en las montañas de los países intertropicales, y en este aspecto, los de Bogotá y Quito, por ejemplo, prescindiendo de la mayor ó menor riqueza, no tienen rival en el globo. La latitud y la altura sobre el nivel del mar son dos condiciones excepcionales para estos países, de que no podrán gozar jamás los demás. Creo que usted aprendió en la clase de geografía, que el de Bogotá está á poco más de 4° de latitud Norte y á 2,400 metros sobre el nivel del mar; por consiguiente domina los dos hemisferios celestes, boreal y austral, y durante un año el astrónomo puede observar todas las constelaciones de la bóveda celeste; al paso que la elevación produce el efecto de ver brillar los astros con una luz viva y destacarse sobre un azul oscuro que da nuevo realce á su esplendor.

Estamos, pues, los habitantes de las mesas andinas media legua más cerca de las estrellas y planetas que los habitantes de las zonas templadas y frías. Alguno se reirá de esto, tal vez usted misma, diciendo que tal dife-

rencia es casi nula. Enhorabuena; pero esa diferencia insignificante es para nuestros débiles sentidos de gran monta. La diminución de distancias que produce el telescopio es casi nula también respecto del espacio inmenso, y sin embargo, con él se descubren maravillas que no conocemos; la luna, por ejemplo, se acerca tánto á nosotros, que muchos han pretendido ver perfectamente sus habitantes.

No ha mucho expresábamos el deseo de que viniese á nuestra capital una expedición de astrónomos, auxiliada sin mayor gasto por el Gobierno, á fin de hacer aquí observaciones importantes para la ciencia; pero los sabios europeos parece que se contentan con estudiar nuestro cielo en sus esferas celestes, donde están pintadas las constelaciones australes; en lo cual no hacen sino imitar al *Ricote erudito* de la fábula, que, para evitar el gasto de libros, los hacía pintar en la pared, imitando los lomos y los títulos; ó como aquellos que queriendo casarse se contentan con ver el retrato de la novia.

¿No se envían grandes y costosas expediciones al Cabo de Buena-Esperanza ó á las islas de la Oceanía para hacer alguna observación, tal vez pasajera, y no se envían también á la región polar para tener el gusto de saludar la inmensa muralla de nieve que la rodea, y volverse á sus casas, diezmadas y ateridas?

Ni se diga que por allá no tienen noticia de nuestro Observatorio: él figura hace muchos años en el catálogo de los Observatorios de todo el mundo, y el actual encargado de él está en relaciones con todos los principales astrónomos y directores de esos establecimientos. Oigamos algunas opiniones de allende el mar acerca del nuéstro:

"El astrónomo Edwin Dunkin, Superintendente del Departamento altazimutal del Observatorio de Green-

wich, miembro de la Academia inglesa, dice en el volumen XXXV, página 12 del *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society :* El Observatorio astronómico y físico de Bogotá, capital de Colombia, está á una altura de cerca de 3,000 metros sobre el nivel del mar, y á la latitud de 4° 30′ N. Teniendo en cuenta la transparencia de la atmósfera, dicho establecimiento está favorablemente situado para observaciones delicadas, tales como el análisis espectral de los cuerpos celestes, especialmente del sol, la luz zodiacal etc., etc." Agrega que su situación es excepcional. (1)

"El eminente sabio astrónomo Warren de la Rue, miembro de la Academia inglesa, expresa un concepto semejante en el número 144 del *Astronomical Register.*

"El sabio Flammarión, en la lista y descripción de los Observatorios, publicada en el tomo VIII de los *Estudios y lecturas sobre la Astronomía*, en la página 297 dice : 'El Observatorio de Bogotá es el más próximo al Ecuador y el más elevado del mundo." (2)

El sueño dorado de Mutis—que conocía todas estas ventajas—había sido durante largo tiempo la construcción de un Observatorio en esta ciudad, y no desistió de su proyecto, á pesar de sus multiplicadas ocupaciones y de las dificultades que podría encontrar su ejecución. En auxilio de su perseverancia vino la buena disposición del progresista Virrey Mendinueta, quien patrocinó liberalmente la empresa, accediendo al punto á los deseos de Mutis y dándole la suma necesaria para ella. Quince meses fueron suficentes para comenzar y concluír el bello edificio, cuya ejecución fué confiada al lego capuchino Domingo Petrez, sobre los planos formados por Mutis.

(1) V. *Anales del Observatorio Astronómico Nacional de Bogotá* número 3, Mayo de 1882.

(2) Ibidem.

Con los instrumentos que Mendinueta consiguió se le enviasen de la Corte se dotó el Observatorio, y á éstos se agregaron los que Mutis hizo venir por su parte y los que Caldas regaló por la suya.

Dos años, poco más ó menos, estuvo encargado Mutis personalmente del Observatorio; pero, ya por la falta de algunos instrumentos que aún no habían llegado, ya porque los trabajos de la Expedición botánica absorbían casi todo su tiempo, no pudo consagrarse enteramente á su servicio. Sucedióle Caldas de 1805 para adelante, y sus trabajos son bien conocidos. Allí hizo su mansión permanente, y desde entonces no pensó más que en su Observatorio y en su *Semanario*, que por entonces redactaba.

Nada de todo este grandioso aparato existe hoy: ¡ni un solo recuerdo! Por fortuna en los últimos años los esfuerzos del Gobierno y de los individuos que se han empeñado en regenerar, mejor dicho, en resucitar ese cadáver, víctima de nuestras constantes revoluciones desde el año 10, hacen que se vea hoy, con satisfacción y orgullo, rejuvenecido, puesto en actividad, y hombreándose ya con sus compañeros de los países civilizados. La luz moribunda vuelve á animarse y su reflejo se extiende hasta regiones más afortunadas respecto de los intereses de la tierra, pero no respecto de los del cielo, y que algún día, Dios mediante, tendrán envidia de nuestro modesto mirador.

Justo es hacer aquí mención del señor D. Indalecio Liévano, antiguo Director del Observatorio, quien, á pesar del mal estado en que éste se hallaba, supo sacar partido de él para sus observaciones, hasta que en 1880 se puso de nuevo en manos de nuestro modesto é inteligente astrónomo, señor D. José María González Benito. Grande es el impulso que éste ha dado al Estableci-

miento, tanto en lo material como en lo formal, con las mejoras que en él ha hecho y con los muchos instrumentos y libros de su propiedad con que lo ha enriquecido; todo lo cual se halla consignado en los informes oficiales que ha dado al Gobierno, y que se hallan publicados en los *Anales del Observatorio* y en los *Anales de la Instrucción pública.*

Pero no se ha contentado con esto el infatigable amigo de las ciencias: en su casa de habitación—plaza de los Mártires—y ocupando el tercer piso, estableció otro nuevo Observatorio, montado con todo lo necesario, y constaba de una sala de recibo, un gabinete de geografía, un estudio, una biblioteca, un departamento meteorológico, una cámara ecuatorial con una cúpula giratoria, y un departamento para los ayudantes ó auxiliares. En 1882 se inauguró solemnemente dicho Observatorio en presencia de varios altos empleados nacionales y diplomáticos y de muchas personas respetables, con el nombre de *Observatorio Flammarión*, en obsequio y recuerdo del astrónomo del mismo nombre, con quien ligan al señor González Benito antiguas relaciones personales de amistad y relaciones científicas. Aquella fiesta fué tan agradable como interesante, y de ella dieron noticia varias Revistas científicas extranjeras, que también reproducen con frecuencia los trabajos de nuestro Observatorio.

Terminadas que sean las obras que está construyendo el señor González Benito en su nueva casa de la Calle de Paláu, se trasladará allí con importantes mejoras ese Observatorio particular, que poco ó nada dejará que desear.

El señor González Benito tuvo el feliz pensamiento de perpetuar la memoria del Observatorio nacional y dar un testimonio de gratitud á la de sus fundadores, hacien-

do incrustar en la pared del salón principal, el 20 de Julio de 1881, una losa de mármol, y en ella grabada una inscripción que contiene breve noticia histórica de su fundación y marcha hasta esa fecha.

Dice usted, mi amiga, que recuerda haber visto, no ha mucho tiempo, un grabado del Observatorio, tomado de una fotografía. En efecto, se halla en el número del *Papel Periódico Ilustrado*, correspondiente al 1º de Junio de 1882. Este trabajo de nuestro compatriota González está muy bien ejecutado. Allí se ve que el imponente y severo edificio de calicanto representa una fortaleza levantada sobre un plano octágono, y consta de varios pisos, en cada uno de cuyos ángulos se ve un cañón saliente, que algún cándido creía ser los anteojos con que se observaban las estrellas. Unida á este edificio está una torre más elevada, de cinco pisos, que remata por una azotea y cúpula para las observaciones. El terreno en que se levanta era el antiguo Jardín botánico de Mutis, que hace mucho tiempo dejó de existir, y hoy, gracias á los esfuerzos del actual Director, se halla rodeado de una lujosa y elegante verja de hierro.

Dice usted también, mi señora, que ese templo de la ciencia se ha hecho célebre por más de un motivo, aparte de su destino principal, y así es la verdad. Decíamos que por impedimento de Mutis se había hecho cargo de él, desde 1805, nuestro famoso Caldas, fijando allí su mansión permanente, consagrado del todo á sus trabajos y observaciones y á la redacción de su *Semanario*. Mas parece que, andando el tiempo, los salones del Observatorio fueron ocasionalmente el lugar de cita y reunión de los patriotas, que por aquel tiempo preparaban cautelosamente la gran transformación política que tuvo lugar en 1810, y que allí se discutían sigilosamente los planes que debían dar en tierra con el Gobierno colonial. Aun

parece fuera de duda que en esos mismos salones se firmó, ó por lo menos se redactó, la famosa Acta de la Independencia.

Algo más sobre este asunto podré decir á usted en otra ocasión, y entre tanto me preparo á cumplir una promesa que hice á usted en días pasados, y que habría dejado pasar inadvertida, si usted no me la recordara en este momento.

XXXV

Tiene usted mejor memoria que yo, mi señora y amiga, pues me recuerda haberle prometido en una de nuestras conferencias la narración de un crimen escandaloso cometido en siglos pasados en esta ciudad.

Hechos hubo entonces verdaderamente salvajes, porque el mundo siempre ha sido y será lo que es, sólo que en nuestra tierra su número era mucho menor que ahora; y bien se explica, porque la población era también mucho menor, y porque el crimen tenía el freno de la inflexible autoridad, que no dejaba impunes los que se cometían. Dígalo, entre otros, el de todo un Oidor Cortés de Mesa, al cual condenó no solamente la ley, sino la sanción unánime de la sociedad.

Me será muy grato, decía yo entonces, complacer á usted, y espero que no dejará de interesarle mi relación, por ser en ella la protagonista y la víctima desgraciada una mujer tan estimable y distinguida como usted.

Cien años se cumplían puntualmente desde aquel en que se terminó la conquista de este Nuevo Reino, cuando llegó á él, para asumir el mando en reemplazo del ilustre D. Juan de Borja, D. Sancho Girón, primer Presidente titulado, como que era Marqués de Sofraga. Vino con su mujer é hijos y otras muchas personas que le acompañaban y servían. Casi al mismo tiempo llegaron

el Arzobispo D. Bernardino de Almanza, que venía á reemplazar al Señor Cortázar, y el Visitador Manrique de San Isidro, y cada cual entró en el ejercicio de sus respectivas funciones.

Cuatro clases de altos empleados había de ordinario en el Virreinato: los Arzobispos, Presidentes, Oidores y Visitadores; y bien por celo en el cumplimiento de sus deberes, como los Prelados, bien infatuados con la dignidad del puesto que ocupaban, ó bien ansiosos de mandar ó hacer su agosto como los otros, frecuentemente se hallaban en oposición, trabándose entre ellos cuestiones, y aun enemistades personales, con detrimento del buen servicio y con escándalo del pacífico pueblo. Especialmente los que traían el cargo de Visitadores, por la naturaleza de sus funciones, eran casi siempre los promovedores de esas ruidosas disputas y los que más abusaban de su posición. Sin duda que el celo de la Metrópoli por el buen gobierno de estos países se explica por el envío de esos Fiscales, revestidos de casi omnímodas facultades; pero ese mismo laudable celo, pasando por segunda mano, y como por delegación, solía ser más ocasionado á disturbios y revueltas, que á producir benéficos resultados.

Sólo un Gobernador y un Presidente, durante el primer siglo, concluyeron su período de mando y salieron del país sin disgustos y sin haber experimentado las contrariedades que los demás: el Gobernador fué el Licenciado Jerónimo de Lebrón, que volvió á su país rico y en paz y tranquilidad; y el Presidente fué el doctor Andrés Díaz Venero de Leiva, cuyo gobierno se llamó la *Edad Dorada* de la Colonia, por el acierto y justicia con que desempeñó su cargo, por su carácter personal y por los muchos bienes que hizo, el cual también volvió á Castilla en paz, sin visita ni residencia, y dejando grata memoria en los habitantes de esta tierra.

La época á que nos referimos, promediando ya el siglo XVII, fué una de las más turbulentas y agitadas, no obstante que el santo Arzobispo Almanza era un elemento de paz, conciliador y apostólico, lo que, sin embargo, no le valió para evitar graves disgustos y enojosas cuestiones con el Presidente, y tuvo que sufrir persecuciones, que al fin contribuyeron á ocasionarle la muerte. Puede calcularse hasta dónde llegaría la inquietud y alarma general, cuando el inerme y pacífico pueblo de esta ciudad llegó á amotinarse tumultuosamente en la plaza principal, gritando en coro:—"¡A la casa del Presidente! ¡Vamos á poner fuego á la casa del Presidente! ¡Viva nuestro amado Prelado, viva el clero!" Y eso que gran parte de la guarnición veterana de la ciudad se hallaba en el palacio del Presidente y en la plaza misma, á donde su guardia había salido á prender á los canónigos y capellanes de coro, que para protestar contra la prohibición de hacer el atrio de la Catedral, se habían puesto á trabajar personalmente en la obra al salir de la iglesia. (1)

Pero no solamente fué funesta esa época por las agrias cuestiones que se suscitaron, sino también por otro género de calamidades públicas que afligieron todo el interior del país: tal fué la terrible peste que en 1633 devoró las ciudades y los campos, llevándose las cuatro quintas partes de la población, tanto de blancos como de indígenas y mestizos. En los anales de este país no se cuenta, ni hay memoria tradicional de otra epidimia semejante, si se exceptúa la viruela que lo invadía de tarde en tarde. Fueron víctimas de la desoladora peste el Arzobispo Almanza, quien, hallándose en la Villa de Leiva en la santa visita, y huyendo al mismo tiempo de las molestias con el Presidente Girón, fué atacado de

(1) Véase tomo 1.º del *Repertorio Colombiano.*

ella; un Arcediano, tres canónigos, cuarenta clérigos y otros tantos religiosos; dos Alcaldes ordinarios y uno de los llamados de la hermandad; cuatro Regidores, muchas personas principales, fuera de esclavos, menestrales y mulatos, que en gran número sucumbían diariamente. Dos hermanos y una hermana del antiguo Arzobispo Lobo Guerrero murieron de la peste en el espacio de tres semanas. En suma, la desolación fué tal durante dos años, que muchas casas quedaron vacías, y desapareciendo las familias enteras, no quedaba heredero de ellas ni de los demás bienes, y hubo de entrar en posesión de muchos de ellos, con cargo de fundaciones piadosas, el Escribano Santos Gil, de donde vino desde entonces á este acontecimiento el nombre de *peste de Santos Gil.* Aún se veían hasta hace pocos años sobre las puertas de varias tiendas de la calle del Comercio de esta ciudad, lápidas con una inscripción grabada que decía: *Capellanía de Santos Gil.*

No pararon aquí las calamidades. Como consecuencia de la gran mortandad en los campos y poblados, en donde quedaban muchos cadáveres insepultos, los víveres escasearon en tal extremo, que pronto se declaró el hambre entre el pueblo pobre, é hizo espantosos estragos. Gracias á la heroica caridad de los Jesuítas y de las demás órdenes religiosas, que á todo atendían y á todos socorrían, pudieron aliviarse muchos males, con alimentos, medicinas y otros recursos.

El cuadro que de estas calamidades nos pintan los historiadores es aterrador: las gentes huían unas de otras, y nadie se atrevía á visitar á sus parientes ó amigos por temor del contagio; la campanilla que anuncia el Viático que se lleva á los enfermos sonaba constantemente por las calles. No se veía sino luto, ni se oían más que dobles de campanas y lamentos por todas partes.

El pueblo que tenía, y con razón, en opinión de santo al Arzobispo, atribuía todas estas desgracias á la injusta y cruel persecución que se le había declarado por el Presidente y sus amigos, y aun por algunos eclesiásticos, para con los cuales la conducta del Prelado había sido, como debía ser, firme é inflexible.

Por este mismo tiempo ocurrió un hecho escandaloso, que causó grande impresión en todos los ánimos, y semejante, por las circunstancias que lo acompañaron, á otros, aunque raros, que hemos visto y vemos en nuestros días.

A los motivos que mantenían encendida la guerra entre los Magistrados y divididos los ánimos, había uno particular de resentimiento entre el Oidor D. Juan Padilla y el Presidente Girón, y era cierta afición, por parte de ambos, á una dama de buena posición, de buen caudal y bien parecida. Decíase que ella hacía cara á uno y otro, aunque, según se vió después, parecía daba la preferencia al Marqués. La pretensión de éste podía ser honesta, puesto que, á poco tiempo de su llegada, había muerto la Marquesa Dª. Inés de Palacios, su legítima mujer, dejándole tres hijos, dos varones y una hembra, y había quedado libre para elegir nueva esposa. La dama, por su parte, se hallaba en el mismo caso: había enviudado de D. Diego Holguín, quien le había dejado, con un buen caudal, dos hijas: una que ya era monja de la Concepción, y otra pequeña que la acompañaba. Hasta aquí nada había, en apariencia, impropio ó digno de censura: que todo un Presidente y Marqués se enamorase de una señora principal y honesta, y que la pretendiese, convendrá usted conmigo en que, lejos de ser una falta, podía ser un mérito en quien tan alto se hallaba, y prefería unas segundas nupcias á la vida de solterón. Además, el amor, como ciego, no hace acepción de personas,

[illegible]

[illegible]

[illegible] San Juan [illegible] las [illegible] de [illegible] en que [illegible], para [illegible] Mayorga la oca-

sión propicia de las fiestas de San Diego, que atraían la atención general.

Expiró el plazo espontáneamente fijado por el deudor, y aun algo más, y el dinero no venía. Sin embargo, Dª Jerónima no se habría preocupado por una demora que en nada la perjudicaba, y lo habría dejado mucho más tiempo en poder de su hermano, si una circunstancia casual no hubiese venido á irritar la delicadeza de Dª Jerónima, que, como todas las mujeres, solía impresionarse por una nonada, y fué la siguiente:

El muchacho que D. Juan había llevado consigo á la casa de aquélla para que trajese el dinero, era conocido de las sirvientas de la señora, y, conversando un día con ellas, les contó cómo el dinero que había sacado su amo lo habían llevado á casa del Oidor, reservando una parte de él su amo para ir á la casa de juego que frecuentaba. Más se tardó el muchacho en decirlo inocentemente á las criadas, que éstas en despepitarlo á su señora, con lo cual ésta se indignó justamente, como que era una doble falta la que cometía su hermano: la una pedirle dinero para el Oidor que, aunque se manifestaba su amante, se veía claramente que sólo quería explotarla de acuerdo con D. Juan; y segunda que ambos eran enemigos declarados del Presidente, de cuya sinceridad y honradez en sus pretensiones amorosas no tenía hasta entonces motivo para dudar.

Envióle luégo un atento recado—porque él no había vuelto á la casa—pidiéndole el dinero, á que contestó que ya lo llevaría.

Pasados algunos días repitió el cobro, y contestó que iría una noche y se lo llevaría, aunque no toda la suma.

A la sazón se preparaban grandes fiestas religiosas en la iglesia de San Diego. La imagen ó estatua colosal de piedra, que actualmente se venera en aquella iglesia,

estuvo muchos años tirada en el suelo, junto al camino real que iba de esta ciudad á la de Tunja, sin que se hiciese atención en ella. El licenciado D. Juan Ortiz Cervantes, natural de Lima, gran letrado, había venido por fiscal y ascendido luégo á Oidor, y movido de aquel desprecio de una imagen de no mediano mérito artístico y de que no se le diese culto alguno, manifestó su celo á los Padres recoletos, y de acuerdo con ellos fué trasladada la imagen en procesión solemne al convento, donde la limpiaron y adornaron muy bien, y en seguida el piadoso Oidor construyó á su costa una capilla anexa á la iglesia, y es la que hoy se llama Capilla de Nuestra Señora del Campo, donde la colocaron con gran pompa y suntuosas fiestas (1638), y donde todavía la venera el pueblo con gran devoción. Usted la conocerá, mi amiga, mejor que yo, y la habrá rezado no pocas salves en sus frecuentes paseos al que hoy es *Parque del Centenario.*

Una coincidencia particular es, que el mismo día del primer aniversario de la colocación murió el Oidor Ortiz Cervantes, y se le enterró en la capilla, junto al altar, donde los padres le hacen sufragios, como á su benefactor. Su retrato, de cuerpo entero, con elegante vestido, de hermosa y simpática presencia, y de aire juvenil, se halla colocado en la sacristía.

A las vísperas de tan ruidosa fiesta había ocurrido gran parte de la población. Después del rosario que, con otra imagen debía salir rodeando la plazuela, y en el cual multitud de niños del pueblo llevaban farolillos adornados, se entonó una Salve solemne en la capilla, composición del maestro Martín Callejas, organista que había venido de España con el Oidor Cervantes, y era Maestro de Capilla de la Catedral. En seguida se hicieron fuegos de artificio en la plazuela con músicas y *chirimías* de los indios (gaitas), é iluminación general.

Dice el cronista que esto fué miércoles en la noche, á 3 de Marzo de 1638, segunda semana de Cuaresma, y hago notar á usted esta circunstancia, para que vea que en todo tiempo ha habido quien irrespete las costumbres públicas y las prácticas de un pueblo religioso, falta mucho más grave en aquellos de extremada piedad y veneración á las cosas santas, como lo era el siglo de que hablamos.

En esos días cayó enferma doña Jerónima, y estando en la cama, se apareció, en efecto, esa noche D. Juan. Habiéndolo hecho entrar una sirviente, cerró éste la puerta del aposento con llave. Acercóse á la cama y entregó el dinero á doña Jerónima, quien dió orden á la niña que estaba con ella de que lo llevase á la pieza inmediata donde estaban los baúles, y tomando ésta las llaves y la luz que estaba sobre un velador fué á cumplir la orden de su madre. D. Juan se fué tras ella en la oscuridad, y con tiento cerró la puerta que conducía á la otra pieza—que entonces todas tenían llave—de manera que no lo sintiesen ni la madre ni la hija, y volvió á la cama. Allí, sacando con presteza una arma que llevaba oculta, dió tres puñaladas á su hermana con que la dejó muerta....

No hay palabra en ningún idioma, mi buena amiga, para designar este horrible crimen, ni calificativo que pueda aplicarse á semejante monstruo. Fué más que fratricida, porque la víctima era, no sólo una débil mujer, sino además su benefactora; se hallaba enferma, sola é indefensa, y el matador pagaba un beneficio con la traición y la muerte más alevosa. La historia registra varios hechos de hermanos que han sacrificado á sus hermanos, desde Caín hasta nuestros días; pero éste no les va en zaga á ninguno de ellos, y la historia misma presenta raros ejemplos de crímenes que puedan comparársele.

Consumado el sacrificio salió Mayorga al corredor y

echó el cerrojo á la puerta del pasadizo que conducía al interior de la casa, donde las dos sirvientas se hallaban ocupadas, y nada oyeron de lo que había pasado, por estar distante la cocina. En seguida volvió al aposento, y entrando á la pieza donde se hallaba la niña, que casi había perdido el sentido al verse encerrada, y al oír el primer grito de su madre, se dirigió á ella y la amenazó con el puñal, diciéndole que si gritaba, ó decía después una sola palabra de lo que había visto ú oído, la mataria en ese momento, ó en cualquier tiempo en que revelase lo sucedido. Aterrada la infeliz, cayó sin conocimiento, y no tuvo fuerza ni aun para alzar la voz. El asesino tomó entonces las llaves, y abriendo los baúles, sacó de ellos todo el dinero que había, muchas alhajas de oro y piedras finas, y gran cantidad de plata labrada, todo lo cual echó en un saco que llevaba prevenido, y, cerrando de nuevo, ¡admirable sangre fría! volvió á colocar las llaves debajo de la almohada empapada en la de la infeliz señora....

Después de esto salió y cerró por fuera la puerta del aposento, y auxiliado por la luz de una espléndida luna bajó las escaleras lentamente y salió de la casa sin tropiezo alguno.

Aquí da fin la crónica que trae esta relación, sin decir cuál fué el resultado final de tan lamentable tragedia; pero es de suponerse que, puesto que se supieron todos estos pormenores, tanto el delito como el delincuente serían descubiertos, y que, seguido el juicio con toda la eficacia y celo que en tales casos se desplegaba en aquellos tiempos, el asesino y ladrón recibiría el condigno castigo.

No pudo ser de otro modo: la moral, la vindicta pública, la naturaleza y los sentimientos de humanidad se resisten á creer que hubiera quedado impune un crimen cuyos atroces caracteres harían estremecer de horror á las fieras mismas.

XXXVI

La historia del descubrimiento y conquista de América está llena de episodios y aventuras interesantes, ocurridos en diferentes países del continente; y como no todo lo que conversamos los aficionados á este género de estudios ha de referirse únicamente al nuéstro, he creído que sería agradable para usted, que también lo es, entresacar de la historia general algunos de esos episodios que los americanos todos podemos mirar como cosa propia nuéstra, como relaciones de familia; así como la historia de la guerra de independencia de esos mismos países nos interesa casi al par de la nacional.

Voy á hacer un ensayo, refiriéndole á usted el asunto de las heroínas de Trinidad.

Colón había descubierto en 1498 una grande isla en el mar que después llevó su nombre, en la cual halló buenos fondeaderos, aguas abundantes y campos fértiles no lejos de la costa. Pero para continuar sus descubrimientos hubo de abandonarla, no obstante sus buenas condiciones, para reconocerla después con más espacio y fundar en ella una colonia. Sin embargo, su fama se extendió entre los españoles y en algunas de las islas vecinas, en que ya había de tiempo atrás algunos establecimientos, bullía el deseo de pasar á ella á colonizar, ó por lo menos á hacer exploraciones que la diesen á conocer á ella y á los muchos habitantes indígenas que se decía la poblaban.

Fué el más ardoroso fomentador de esta empresa Antonio Cedeño, establecido ya en la vecina isla de Boriquén, después Puerto-Rico, informado de sus grandes riquezas, abundancia de comidas, buen clima, maderas y drogas, así que resolvió enviar, ó ir él en persona, á

la Corte á pedir la conquista de aquella isla con título de Adelantado, para lo cual no le escaseaban los dineros que había allegado en su pequeño comercio y otras industrias.

Capituló, pues, pero nunca llegó á cumplir los compromisos que había contraído, y así quedó con el simple título de Gobernador para pacificar y reducir aquellos habitantes, fundar alguna población con iglesia, hospital y otras cosas necesarias. Vuelto á América con alguna gente, más la que pudo recoger en aquellas islas, unos cuantos caballos, perros, cerdos y otros animales, se embarcó en dos carabelas lleno de gratas esperanzas, y á los pocos días, y con buen tiempo, fondeó en la parte sur de la isla, la más abundante en mantenimientos y la más cercana á tierra firme y resguardada de los vientos. Llamáronla Trinidad, tal vez por haber arribado á ella el día en que se celebra la fiesta de este augusto Misterio.

No se manifestaron alarmados los naturales con la vista de los barcos y la gente que traían: antes acudían en tropas á la ribera con aire pacífico y complacido, y dando muestras de serles muy agradable aquel espectáculo. No quedó menos satisfecho Cedeño, y alentado y gozoso saltó á tierra con sus compañeros, si bien prevenidos para cualquier eventualidad, que por fortuna no ocurrió, pues los indios los recibieron con muestras de alegría y semblantes risueños, como quien está alelado al contemplar tan extraños objetos, y gentes al parecer inofensivas.

Supo Cedeño desde luégo atraerse á los naturales dándoles algunas cosillas de que venía bien provisto, como cascabeles, peines, espejillos, cuentas de vidrio y otras bujerías á que ellos dieron grande importancia, y así le dejaron tomar posesión de la tierra, señalándose algu-

nos de los principales en darles pruebas de amistad y cariño, especialmente el Cacique Chacomar. Pudiera haber en esto alguna mira interesada, é instintiva razón de Estado, pues que existían celos y rivalidades entre ellos, y mutuamente pretendían algunos jefes de aquellas numerosas parcialidades desposeer de sus tierras á sus convecinos, y así unos y otros creían hallar en los españoles un apoyo, ó para sus pretensiones ó para su defensa en caso necesario.

La fama del suceso voló por la isla, y pronto corrieron en bandadas los indios á ver á los españoles, y los jefes á ofrecerles su amistad, tal vez por el interés de los regalillos de Cedeño.

Sea que los españoles fuesen naturalmente desconfiados, sea que los indios hubiesen comenzado á dar indicios de mala fe y perfidia, como suelen los tales, ó sea, finalmente, que para sus correrías y reconocimientos necesitase aquel reducido ejército precaverse con tiempo contra cualquier sorpresa y tener un cuartel general, y depósito de armas, municiones y víveres, determinó construír un gran cercado y palenque de gruesos maderos, ayudado de los indios que con más frecuencia venían á verlos.

En pocos días hicieron un terraplén y estacada fortísimos, que servía como de muralla y defensa á los bohíos que dentro de ella construyeron con la capacidad necesaria para toda la gente—que no pasaría de setenta hombres—vituallas, monturas etc., cada uno con su respectivo cercado de fuertes maderos y rodeándolos todos un arroyo de abundantes aguas cristalinas.

Pero comenzaron á escasear los víveres que habían traído; aun se consumían rápidamente los que les traían los indios, halagados con la esperanza de recibir cuentas y otras baratijas; y como éstas también se agotaban,

los indios iban escaseando sus interesados regalos, y resfriándose poco á poco su fingida amistad y afecto. Esto obligó á la gente de Cedeño á salir en busca de lo que habían menester para mantenerse, y hacían excursiones á los caseríos más cercanos, donde se proveían de algún maíz, yuca, batata y otras raíces, lo que con algunas aves que solían cazar con sus armas—si bien con prudencia para que no se les agotasen la pólvora y municiones—tenían con qué atender á la subsistencia.

Esta conducta de los españoles no fué muy del gusto de los naturales, por lo cual comenzaron á sospechar que eran otros sus intentos, muy diferentes de lo que al principio habían creído; y que pues contra su voluntad les tomaban sus comidas, también querrían apoderarse de sus tierras, labranzas, hijos y mujeres.

Tales rumores circularon por toda la comarca vecina al campamento de los españoles, y comenzó á cundir el alarma entre todas las parcialidades que, aunque enemigas entre sí, hubieron de deponer sus rivalidades para reunirse en la común defensa de sus hogares y personas, amenazados por los extranjeros. Resueltos á emplear todas sus fuerzas para echar de sus tierras á los advenedizos, ó para exterminarlos, si era posible, procedieron con toda actividad á fabricar armas de varias especies, de las que ellos usaban, para ponerlas en manos del mayor número de gentes que pudieran manejarlas. Eran éstas arcos y flechas con su respectiva dotación de cierta hierba venenosa, hondas, macanas, penachos y otros adornos que usaban en sus guerras, para emprender campaña contra los españoles. El veneno que usaban estos indios era tan activo, que bastaba que una de esas flechas herboladas rozase la piel, aun sin hacer herida profunda, para que el herido muriese rabiando y despedazándose las carnes.

Así prevenidos los rencorosos isleños, se juntaban en numerosas tropas que de todas partes venían á las inmediaciones del campamento, y acercándose á él en partidas, unos tras otros, á todas horas, noche y día, inquietaban á los españoles y los tenían en constante alarma, no pudiendo ni aun disfrutar de un rato de sueño. Sucedía con frecuencia que hacían éstos una salida impensada y ahuyentaban una partida de enemigos; pero á renglón seguido venía otra más numerosa que, á su turno, huía por entre los bosques, con la agilidad propia de aquellos salvajes, y no era posible darles caza, aunque de ordinario quedaban algunos muertos en el campo. Una vez que habían ganado los encumbrados riscos, donde no podía maniobrar la caballería, había que desistir del empeño y regresar al fuerte. Si algún español perecía en estas escaramuzas, al punto lo sepultaban sus compañeros para ocultarlo á la vista de los indios, y que éstos, conociendo el daño que les hacían, no cobrasen ánimo para concluír con ellos.

Hubo, sin embargo, una tregua de algunos días, en que dejaron de presentarse los isleños, sin duda ocupados en organizarse mejor y en allegar mayor número de gente. Durante este tiempo, en que se dió algún respiro á las tareas de la guerra, ocurrió el incidente que, como asunto principal, voy á referir á usted.

El gran cercado exterior se apoyaba por sus dos extremos contra una alta roca perpendicular, inaccesible en todos sentidos. Hasta esta eminencia solían llegar sigilosamente, ó bien algunos espías con el objeto de reconocer lo que había y en lo que se ocupaban los europeos, ó bien otros que venían de paz, como emisarios de Chacomar, que había permanecido fiel y que les proporcionaba ocultamente alimentos, sin lo cual toda aquella

gente habría perecido de hambre, pues, agotadas sus provisiones, habían llegado al último extremo de necesidad.

Entre éstos se hallaban unas pocas mujeres, esposas de los principales españoles, las cuales habían compartido y compartían con ellos los azares de una expedición tan peligrosa y llena de fatigas; y distinguíase entre todas la del jefe Cedeño, granadina de ojos centellantes, blanca tez, aunque algo tostada por el sol y el aire, porte arrogante y facciones perfectas. Aún conservaba el aire de la primera juventud, á pesar de sus treinta años. Era, en fin, un tipo agradable y simpático á toda clase de personas. Merced al descanso de que gozaban durante la tregua que les habían dado los indios, solía pasear á las orillas del arroyo, ó, sentada al pie de un arbusto ó matorral, cosía y remendaba la ropa vieja, que allí no había modo de reemplazar por otra nueva.

Uno de esos espías atrevidos que llegaban hasta la cumbre de la roca, había alcanzado á ver desde allí á la interesante española, y llamádole la atención su aire gallardo y cuerpo esbelto, y prendádose de ese nuevo género de belleza á que no estaba acostumbrado; y como ella solía entretenerse cantando con agradable voz las canciones de su país, cosa desconocida para el rústico admirador de su mérito, repetía con frecuencia sus visitas, y cada vez quedaba más prendado de ella, no obstante el odio que en general había concebido por toda la raza de los invasores.

Un día resolvió lleg r al campamento, arrostrando todos los peligros, para ver de cerca á aquella mujer que con sus atractivos como que lo hacía amainar en sus bríos y lo encadenaba irresistiblemente. Poco después de medio día bajó de la roca, y dando la vuelta al cercado, llegó hasta una portezuela que á él daba entrada, en

la cual se hallaba siempre un centinela para custodiarla. Los españoles dormían á la sazón la siesta en los bohíos, según la infalible costumbre de su país, la cual prolongaban más de lo regular, como en desquite de las continuas veladas anteriores. El calor abrasador por una parte, el silencio de aquel apartado recinto, y más que todo, el apacible murmullo de las aguas del arroyo que lo atravesaba, habían ocasionado, si no un verdadero sueño en el centinela, por lo menos una modorra ó sopor que se esforzaba por vencer. Llegado el indio á la portezuela con pisadas de gato, sin que el soldado lo sintiese, la abrió con cautela por estar solamente entornada, y levantando con las dos manos la pesada maza de guayacán que llevaba, descargó tan furibundo golpe sobre el cuello del soldado, que estaba vuelto de espaldas, que lo dejó tendido en tierra y sin sentido. Adelantóse cauteloso por entre las grandes piedras y enormes montones de madera que tenían acopiada los españoles, y descubrió la apetecida visión, en pos de la cual venía, sentada á orillas del arroyo hilando y cantando. Acercóse á ella con ademán respetuoso y se le puso delante. Distraída como estaba Dª Menda, que así se llamaba, se sorprendió, y un grito estuvo á punto de escapársele; pero como el indio había dejado su maza á diez pasos, y no traía otras armas, y como además solían entrar allí libremente los emisarios de Chacomar, que venían á traerles maíz, yuca, pescado y otros alimentos que éste les enviaba, se estuvo queda, mirándolo entre curiosa y asustada. El rústico amante la contempló algunos momentos, dejando ver una sonrisa de satisfacción en sus tostados labios, que ponía de manifiesto una espléndida dentadura, semejante á las blancas teclas de un piano. Sentóse al fin enfrente de ella, cruzando las piernas, y pronunció algunas palabras ininteligibles, pero en tono cariñoso,

y tomó luégo con gran cuidado la rueca con que hilaba Dª Menda, para examinar atentamente el hilo que fabricaba. Este cuadro habría podido servir de modelo á algún artista, para pintar el de Hércules hilando á los pies de Onfale,—pues el indio era corpulento y esforzado, y su maza ó macana probablemente no difería mucho de la clava que usaba el héroe mitológico.

La complaciente tolerancia de la española estimuló el atrevimiento del isleño y llegó á tocar sus vestidos y alargar la mano como para acariciarle el rostro; pero hasta allí llegó la mansedumbre de Dª Menda, pues de un salto se puso en pie, más ligera que una cabra, y se armó de un trozo de leña, que acaso estaba por allí tirado. Levantólo en el aire en actitud amenazadora; y como el salvaje insistiese en acercársele con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla, la esforzada dama le descargó un golpe en la frente, cerca de la sien, que lo hizo vacilar un tanto, y luégo se bañó en sangre, que le cubría la cara. Voló la agresora al bohío á llamar algún soldado en auxilio suyo, y entretanto el herido, vuelto en sí, corrió en busca de salida, y por la portezuela por donde había entrado se escapó, recogiendo antes la macana que había dejado.

Sea que el indio fuese á dar parte á sus compañeros de alguna supuesta traición, sea que ya ellos, mejor prevenidos y listos para un nuevo ataque, habían determinado invadir el fuerte de los españoles, lo cierto es que á pocos días de este suceso se presentaron, primero en silencio, y después con grande algarabía y estruendo de armas y bocinas, antes del amanecer, creyendo ser la hora más á propósito para darles una sorpresa. Pero los españoles, que estaban siempre alerta, prepararon sus armas para la defensa, encerrando á las mujeres en uno de los bohíos, donde había algunos enfermos de fiebre y un parque de reserva.

Mientras el más grueso pelotón de los enemigos atacaba por el punto que creía más débil del cercado, el agraviado amante de Dª Menda concertó con varios de sus compañeros tomar venganza de la afrenta, y por el lado opuesto á aquél en que el combate era más recio, y á donde acudió la mayor parte de la tropa española —ya muy reducida por muertes y enfermedades—lograron incendiar con hachas de resina los maderos del cercado exterior, y penetrar prontamente hasta los bohíos, armados de flechas y macanas. No les fué difícil llegar hasta aquél en que estaban las mujeres, no indefensas, pero sí llenas de sobresalto; y mientras una lucha á muerte se entablaba entre los centinelas que habían quedado en el interior, y algunos de los feroces invasores, los otros forzaban la entrada del hospital—que tál pudiera llamarse—y después de dar muerte á los enfermos que, incorporándose, intentaron defenderse, arremetieron contra las mujeres, á quienes la necesidad extrema dió ánimo y aliento para hacer frente al enemigo. Dos de ellas habían echado mano de las espadas de los Oficiales enfermos; otra halló por acaso entre las armas un cuchillo, y agrupadas para prestarse mutuo apoyo, empezaron la lucha, no sin cubrirse antes con los morrales ó maletas que allí habían dejado algunos soldados, las cuales, envueltas en las mantas, les servían á manera de broqueles, que empuñaban en el brazo izquierdo para defenderse.

Dª Menda, en singular batalla con su amante, antes avanzaba sobre él que retrocedía; y esforzada y valerosa, como una amazona, ó como sus compatriotas las hijas de Zaragoza en el famoso sitio de aquella plaza, lo rindió sin vida, atravesándole la larga espada toledana hasta el puño. Otro de los agresores murió también á los pies de su contendora; pero este heroico grupo pagó

también su contribución de sangre, que derramaron dos de aquellas infelices.

Vencidos los invasores, pudieron los soldados acudir en auxilio de las mujeres, y destrozar por completo á aquellos bárbaros asesinos. Igual suerte corrió la inmensa muchedumbre indisciplinada, que huía despavorida á cada descarga de los españoles. Estos hicieron una salida con sus caballos y perros y la mortandad fué espantosa, obligando á los salvajes á ganar los riscos é internarse en lo más espeso de los bosques.

No fué poco el auxilio que dió á los europeos la gente de Chacomar, quien, infiel á los pactos celebrados con las otras parcialidades, á última hora se dejó llevar de sus antiguos odios, y sólo dió oídos á su interés personal.

Cuando al caer la tarde el pequeño ejército del intrépido Cedeño volvía victorioso, salieron á recibirlo la hermosa Dª. Menda y sus compañeras, trayendo como trofeos de su triunfo las mantas en que se habían embotado los tiros de los indios y aún hincadas todavía en ellas algunas flechas que habían disparado desde lejos.

XXXVII

Supuesto que usted ha visto con interés, según me dice, la historia de *las heroínas de Trinidad*, me propongo hacer á usted, mi buena amiga, algunas otras relaciones de episodios en que desempeña el principal papel alguna mujer, y no pocas con el carácter de heroínas, por su valor, abnegación ó patriotismo. Quiera la buena suerte permitirnos hacer un recuento de todas ó la mayor parte de las que hemos tenido en nuestro país.

Por hoy, y para tomar las cosas desde atrás, saldrá á la escena una *heroína panche*, que no todas han de ser gente civilizada.

Más de treinta días hacía que los soldados españoles que, mandados por el Capitán Juan de Céspedes, Juan de Sanmartín y otros, habían llegado á las tierras del Zipa de Bogotá, yacían en la inacción, descansando de las pasadas fatigas, y sus caballerías reponiéndose en los abundosos pastos de la hermosa sabana. Obligábalos en parte á esta quietud el rigor de las lluvias por un lado, y la indecisión de Quesada acerca de las regiones cuyo descubrimiento habían de emprender. El mismo Adelantado sentía que se enervaba su vigor, y anhelaba nuevas excursiones, persuadido de que no podía esperar mayores frutos en ésta. Así el bridón largo tiempo atado en la caballeriza siente la necesidad de moverse, de agitarse al aire libre, y saluda con alborozo al palafrenero que viene con la silla en las manos y haciendo sonar los estribos, á sacarle de su prisión. Usted habrá observado, mi señora, cómo se alegran algunos animales al recobrar su perdida libertad, aunque sea por pocos momentos: el perro fiel que acompaña á su amo cuando sale de paseo, á pie ó á caballo, y que no tiene otra ocupación que dormir y cuidar la casa, cuando se ve en el campo corre, va, viene, vuelve, salta alegre y quiere acariciarle; el recental, el paciente ternero, cuando, abierta la puerta del corral, sale de su forzada prisión nocturna, brinca gozoso, y hace cabriolas como para sacudir sus miembros entumecidos.

Esto le sucedía al sedentario ejército, ya fastidiado de tanto reposo.

Mal se avenía el carácter de hierro de estos hombres con la quietud y el descanso, y, sea por ese hábito de un continuo ejercicio, sea por la codicia que la perspectiva de nuevas aventuras estimulaba en todos ellos, es lo cierto que hubieran preferido las penalidades de una correría de inciertos resultados, por tierras fragosas y des-

conocidas, á la vida pacífica y tranquila del vivac en que vegetaban.

Los indios, por su parte, temerosos de que tan larga residencia de los europeos en sus tierras se hiciese cada vez más pesada, y que al fin los agasajos con que los habían recibido y los trataban, se convirtiesen en forzado tributo, y que creciesen las exigencias de los que se reputaban como sus amos, comenzaron á hostilizarlos de diferentes maneras, para ver si los obligaban á levantar el campo. Pero la mejor ocasión que se les vino á las manos para alejar á sus incómodos huéspedes, fué que, habiendo determinado al fin Quesada salir á la ventura en busca de nuevos descubrimientos, y pedídoles guías y cargueros para la empresa, entraron en consulta sobre la dirección en que habían de conducirlos, y resolvieron llevarlos á tierras de los Panches, tribu fiera, bárbara y atrevida en acometer y enemiga acérrima suya, por lo cual la odiaban y temían.

El dilema no podía ser más favorable para ellos, porque decían: ó los forasteros vencen y someten á los Panches, y entonces habremos vengado nuestros agravios y nos veremos libres de tan crueles enemigos, ó, por el contrario, vencen éstos, y, disminuídas y quebrantadas las fuerzas de los forasteros, nos será más fácil acabar con ellos y sacudir su yugo; y en todo caso ayudaremos á unos ú á otros, según convenga.

Eran los Panches robustos, fornidos, valientes, de grandes fuerzas, despreciaban su propia vida, como la ajena, y vivían tan unidos que no se casaban con mujeres de otras tribus, porque no querían introducir entre ellos elemento extraño. Las suyas eran también guerreras y esforzadas y combatían al par con ellos. Para mostrar la diferente condición de los Moscas y de los Panches, dice con no menos elegancia que nuestro Caldas, el his-

toriador Piedrahíta, que "el río Funza que tan manso camina por los campos de Bogotá, en demostración de la docilidad de sus habitadores, se inquieta de manera desde que entra precipitado en esta provincia de los Panches, que parece le participan su ferocidad los bárbaros que la habitan."

Ya, pues, resuelta la jornada, encaminaron los guías hacia Tibacuy, cacique de nación muisca, sujeto al Zipa, quien los recibió con muestras de amor, proveyéndolos de todo lo necesario para ellos y los indios que llevaban á su servicio, y dándoles, por medio de intérprete, los avisos y consejos que podían serles útiles.

Apenas apuntó el día, el Capitán Juan de Céspedes, con ochenta infantes y cuarenta caballos, emprendió marcha hacia el interior de la provincia de los Panches, todos bien prevenidos, con las espadas desnudas, embrazados los escudos y los caballos encobertados, para cualquier asalto repentino.

Con el aviso que los bárbaros recibieron de que se acercaban los Ochios ó Soagagoas, que así llamaban á los españoles (hijos del sol y de la luna), se habían retirado á un pueblo del interior, donde se reunieron Calandaimas y Anapoimas y otras parcialidades, para salir unidos á recibirlos con las armas.

Recelosos los españoles de alguna emboscada, á que fácilmente se prestaba la tierra por los pasos estrechos y aspereza de los montes, seguían una loma ó cumbre rasa, desde donde podían divisar á los enemigos.

Se ha censurado generalmente á los conquistadores el que abrieran las trochas ó primeras sendas por las cumbres de las montañas, y no por sus faldas. Le parecerá á usted, como á mí, que en esto obraban con acierto, pues de esa manera podían descubrir á lo lejos el país que iban invadiendo, su topografía, población y recursos; y

además evitaban los asaltos ó emboscadas que podían ponerles los salvajes en las gargantas y desfiladeros, donde no era fácil maniobrar con libertad, especialmente á los caballos.

Tocaba á nuestra moderna civilización corregir esta mal llamada torpeza de los primeros descubridores, dirigiendo los caminos por las faldas de las cordilleras y por los terrenos planos, pero hoy van todavía en lo general nuestros caminos por donde solían ir, y eso sin que militen las mismas circunstancias que entonces.

A poco andar vieron moverse al compás de los pies y flotando al aire multitud de penachos de todos colores que llevaban en las cimeras cosa de tres mil gandules, dispuestos en escuadrones tan bien ordenados y disciplinados como si fueran tropas regulares. Unos manejaban la honda, otros las cervatanas y jaculillos envenenados que despedían con el soplo; éstos con flechas, aquéllos con picas de veinticinco palmos de largo; los de más allá con mazas y macanas pesadísimas. Las mujeres llevaban dardos que suministraban á los combatientes cuando era preciso, mezclándose entre ellos y aun combatiendo personalmente.

Considerada bien por los españoles la hueste enemiga y sus movimiemtos, hicieron alto en lo más limpio de la loma, y el Capitán Céspedes dirigió la palabra á sus gentes, haciéndoles ver lo grave del peligro y la necesidad de un esfuerzo supremo para no desdecir la justa fama de invencibles que tenían adquirida. Llegada la oportunidad, el Capitán y los suyos acometieron á aquella nube de gente que, no sólo se defendió con increíble valor, sino que arremetió ella misma contra los españoles. Resistieron largo tiempo, pero atropellados por el ímpetu irresistible de los caballos, tuvo que ceder su vanguardia de honderos, é introducido el desorden en

las filas, todo fué confusión y desconcierto. Los infantes, por su parte, ejercitaron sus espadas con que mutilaron muchos cuerpos. En suma, todo fué estrago, sangre, espanto durante algún tiempo, no sin notable daño y pérdida de los españoles, que sentían ya flaquear sus fuerzas en dos ó tres veces que los feroces Panches volvieron á la carga.

Al fin, destrozados y perseguidos, se retiraron á lo más intrincado de sus montañas, dejando abundantes despojos en manos de sus vencedores. Estos no se ocuparon en hacer prisioneros, que de nada habían de servirles, y se contentaron con traer consigo algunas mujeres de las que con más denuedo habían combatido.

No se atrevió Céspedes á internarse más con tan poca gente en aquella tierra, viendo el arrojo de los naturales, é ignorando con qué otros recursos contarían, y qué plan tendrían, y así sus gentes volvieron triunfantes á su campamento de Bogotá, pero sin más fruto de tan estéril campaña que el afianzamiento de su poder y ascendiente entre sus aliados, y los obsequios y agasajos con que los recibieron los regocijados Moscas, que veían por lo menos alejado de sus fronteras el terrible enemigo doméstico que era su *timebunt.* Dejaron, pues, aquel guerrero país, para atender al reparo de los enfermos y heridos; pero no volvieron por el camino que llevaron á la entrada, sino por el más breve atajo de una sierra montuosa por donde los Bogotaes ofrecieron conducirlos con fidelidad. Pero apenas dieron principio á la subida, cuando repararon en que los iba siguiendo y dando voces un indio Panche de descomunal estatura y horrible aspecto, sin más armas que una macana en las manos; y creyendo que fuese alguna embajada de su nación que les ofrecía paz ó nuevo desafío para proseguir la guerra, hicieron alto para saber lo que aquel nuevo Goliath pre-

tendía. Pronto se vió lo que era, pues arremetió furioso contra el primer español que encontró, que fué Juan de Canoas, y descargó sobre él á dos manos tan furibundo golpe, que, aun habiéndose éste defendido con la rodela, se la hizo pedazos por muchas partes, y con ser el soldado hombre robusto, cayó por tierra sin sentido; lo cual visto por sus compañeros, lo acometieron juntos por todas partes. Bien hubiera querido Céspedes que no lo matasen, sino que, prisionero, se pudiera saber el origen de tan desesperado atrevimiento; pero la empresa era difícil porque el soberbio Panche blandía con tal violencia y destreza su maza, que los españoles no podían acercársele, hasta que Gil Melgarejo, mozo de grandes fuerzas y agilidad, logró ocasión de ponérsele por la espalda de un salto y sujetándole fuertemente los brazos pudieron los otros quitarle con gran dificultad la macana, lo ataron con cordeles y luégo le echaron una gruesa cadena.

Interrogado por medio de los Muiscas sobre el motivo que lo había obligado á aquella loca embestida, yendo solo contra tantos, contestó diciendo que él era uno de los hombres de mayor fama y fuerza de aquella provincia, y vecino del lugar de donde salió el ejército panche, del cual se hallaba ausente hacía tres días; y que como á su regreso, al caer el sol, vió que se iban retirando cobardemente al pueblo, maravilla para él nunca vista, é informado de que habían sido rotos y desbaratados por unos pocos forasteros, que dieron muerte á muchos de sus principales y más valientes soldados, entre ellos á un tío suyo, un hermano y un hijo, se había avergonzado de la infamia de los Panches, y en su dolor y confusión, le parecía que bastaba él solo para tomar venganza de tamaña afrenta y quitar la vida á esos pocos aventureros que peregrinaban de tierra en tierra. Y así

sin convocar ni reunir parciales, y sin más armas que aquella macana, había emprendido arremeter contra sus enemigos.

Admirado Céspedes de tanto valor y osadía, hubiera querido conservarle la vida y otorgarle el perdón que tanto merecía un valiente como él, pero el asendereado Canoas y otros de sus camaradas, impacientes por tomar venganza del pasado lance, apenas se adelantó el Capitán á dar sus órdenes, cuando le cortaron bárbaramente la cabeza y se la entregaron á los Muiscas que, llenos de júbilo, la llevaron en triunfo á Bogotá: acción villana y fea que sólo toleró el rigor de la disciplina militar en fuerza de las circunstancias.

Las indias prisioneras hacían semblante de resignación, y aun de gratitud, bien por temor de correr la misma suerte que su paisano, bien porque habían ideado algún plan, que se preparaban á llevar á cabo, como en efecto sucedió.

La aspereza de aquellas montañas no permitía á los fatigados conquistadores andar muy de prisa, y así se veían obligados á hacer jornadas muy cortas, acampando por la noche en terreno limpio. En una de ellas, cuando más tranquilos estaban los jefes y soldados entregados al sueño, uno de ellos, llamado Cristóbal Ruiz, perdió repentinamente el juicio, con demostraciones de tanto furor que puso en alarma á todo el campamento. Apenas comenzaron á atender á este infeliz, cuando notaron que sucesivamente otros varios, hasta el número de veinte, se contagiaban del delirio y se volvían furiosos contra sus compañeros, hablando mil desatinos. Así el alarma se convirtió en espanto, y llegaron á creer que era castigo del cielo, á lo menos así lo da á entender Jiménez de Quesada en su *Compendio historial*, donde refiere este suceso. Pero poco á poco comenzó á calmar

el achaque, pues los primeros atacados fueron volviendo en sí y recobrando la razón, hasta que al día siguiente había cesado del todo.

La causa de tan extraña dolencia se descubrió ser que las indias Panches que llevaban prisioneras, disimulando su encono, procuraban agradar á los españoles y servirles con buena voluntad; pero en la mejor ocasión, echaron en la comida que les ayudaban á preparar cierta yerba llamada *tetec*, y vulgarmente *borrachero*, que afectando el cerebro causa el efecto de trastornar el juicio, de donde sin duda toma su nombre, y es muy generalmente conocida en nuestros campos, sin que el daño que hace sea permanente sino de unas pocas horas.

El ardid les salió bien, pues aprovechando la confusión y alarma que se difundió en la tropa, lograron escaparse á favor de las tinieblas y huyeron á los bosques. Pero descubierta la conspiración se las persiguió al día siguiente en distintas direcciones, á fin de castigar á las que se capturasen. Muy lejos estaban ya ellas del campamento; pero la más animosa, que era la más joven de ellas, se quedó en acecho para ver el resultado final de la intriga, y habiéndose entretenido en la orilla de un torrente cuyo fuerte rumor no le permitió oír el ruido de los que la perseguían, cuando menos lo pensaba fué rodeada y cayó en sus manos.

Atáronla fuertemente, y para mayor seguridad, después de crueles tratamientos, la hicieron subir á las ancas de uno de los caballos. La infeliz veía segura su muerte, pero antes de que se la diesen sus enemigos con ignominia, resolvió dársela ella misma, y al llegar á un desfiladero que corría entre dos altos barrancos perpendiculares, por sobre los cuales apenas podía ir una persona ó una bestia, y eso con gran peligro, se arrojó violentamente del caballo á la profunda sima, llevándose

consigo al distraído jinete que la conducía, y que no se figuraba tan heroica y desesperada acción. Ambos fueron tristes víctimas de ella, y en vano se intentó buscarlos para salvar la vida del soldado si aun era tiempo.

XXXVIII

¿Cree usted que Catalina Ortiz es aquella amiga de Colegio que tuvo usted, y de quien con tanto elogio me ha hablado siempre? No, mi amiga, mi Catalina Ortiz era una india de las riberas del Meta, joven, inteligente y no mal parecida, pero apenas medio civilizada, y aun algo habría que rebajar del medio, pues sólo había aprendido con los misioneros algunas frases de castellano y algunas pocas nociones de nuestra fe. Pero andaba ya medio vestida—sin quitarle nada á este medio—y para una ex-india brava su *toilette* era decente, aunque en la ciudad habría sido un parco *deshabillé.*

Su historia es corta, pero triste y novelesca: sus tres estados de soltera, semicasada y semivinda, pasaron como la sombra de un pájaro que va volando, pero sin duda el primero fué el más feliz de su vida, juzgando piadosamente, aunque nada conocemos de él, ni es necesario á nuestro cuento. Si tuvo amores en sus quince no lo sabemos; si gozó de una vida doméstica relativamente dichosa, lo ignoramos. Quédese todo esto entre las sombras del misterio, y digamos como Bretón de los Herreros: "al grano, al grano, ¿quién es ella?"

Un siglo había trascurrido desde el establecimiento en nuestro país de la Compañía de Jesús, por real cédula de 30 de Diciembre de 1602, y fundación de su Colegio Máximo de Santafé, que era como el cuartel general y arsenal de donde sacaban sus armas y se adiestraban los hijos de Loyola para convertir y civilizar

á la infinidad de tribus bárbaras que vagaban en las regiones orientales.

Ya muy á principios del siglo siguiente se habían entablado fundaciones, aunque con pocos operarios, y prosperaban las reducciones de Casanare, el Airico, Meta, Orinoco y otras en una grande extensión de territorio, y fundádose muchos pueblos con los indios catequizados, á costa de inmensos riesgos é inauditas penalidades.

Los misioneros que tenían á su cargo las de las bocas de nuestro río Meta, en su desembocadura en el Orinoco, habían encontrado grandes dificultades para la reducción de la indómita tribu de los *Mapoyes*, amiga y confederada de la *Caribe*, muy al contrario de lo que sucedía con los *Totomacos*, *Tibibitibes*, *Chaguanes* y *Aracuas*, populosísimas y esforzadas naciones. Sobre todo estos últimos eran por lo común generosos y de corazón noble, y se mostraron siempre leales y amigos de los españoles, conociendo el bien que les hacían los misioneros, y aun agradeciéndoles, como lo demostraron en varias ocasiones en que supieron vengar las injurias que les hacían otras tribus.

El siguiente episodio así lo acredita, y lo extractamos aquí por ser verdaderamente dramático.

En una de las poblaciones que demoraban en las riberas del Orinoco, perteneciente á la gran tribu de los Sálibas, que tenían amistad y comercio con los holandeses é ingleses, y de quienes recibían gran cantidad de mercancías de las que ellos necesitaban y consumían, se hallaban dos religiosos y algunos españoles. Uno de los primeros había bajado á proveerse de varios objetos para adorno y servicio de los templos en las misiones del Meta que estaban á su cargo.

Entre los españoles que allí se hallaban había un jo-

ven de gallarda presencia, honradez y sanas ideas, muy amigo de los Padres. Como las mujeres europeas escaseaban por esos países desiertos, él, á fuer de buen cristiano, deseaba casarse *in facie ecclesiae*, si por dicha hallaba alguna, aunque fuese indígena, que pudiera convenírle. No tardó en fijar la atención en una india joven y bien parecida, como por una rara excepción lo eran casi todas las de aquella comarca, las cuales diferían de las demás en el color, la regularidad en las facciones, las formas esbeltas, y más que todo, en el trato blando y accesible. Por su parte la india no era insensible á las demostraciones del español, ni á su apostura y hermosa presencia; y las pocas palabras del dialecto de la tribu que éste conocía, así como las pocas del castellano que había aprendido ella, eran bastantes para entenderse, ayudados de la expresiva mímica que el mutuo afecto les hacía poner en juego. Sería aquello una pepitoria semejante á la de los dos loros de la fábula; pero, en fin, al buen entendedor....

El religioso que administraba aquel pueblo era sabedor del deseo de Hernando Ortiz—que así se llamaba el pretendiente á la mano de la mediosalvaje belleza,—y desde luégo aprobó tan honesto pensamiento; pero creyendo que no podía autorizar una unión sustancialmente desigual y nugatoria para un católico, por ser para éste impedimento de los que llamábamos los estudiantes de derecho en tiempos de atraso, *cultus disparitas*, según se enseñaba en las aulas, se aplicó con mayor esmero á enseñar más sólidamente las verdades de la fe, y especialmente la importancia de este Sacramento, á la anónima novia que hacía ya algún tiempo instaba por recibir el bautismo con otros de sus allegados.

Cuando el sacerdote creyó que ya había llegado el tiempo de administrárselo, lo hizo con toda la pompa y

solemnidad que el caso requería, poniéndole el nombre de Catalina, por haber recibido las aguas regeneradoras el día de Santa Catalina de Sena. Vestida decentemente y adornada con una corona de blancas flores silvestres, y la garganta y brazos con sus sartas de *quiripas* ó caracolillos y cuentas de vidrios de las que les compraban á los europeos, parecía en ese día verdaderamente hermosa, en la alegre fiesta que siguió á la ceremonia.

En esa sazón había llegado el otro religioso, que, según se ha dicho, había bajado á proveerse de lo necesario para atender al servicio de su misión en la ribera del Meta, apenas incipiente, pero ya muy poblada; y como, despachado este recaudo, hubiese de regresar cuanto antes, Ortiz quiso acompañarlo, ya en busca de más benigno clima, ya para irse acercando paulatinamente á las regiones andinas, viaje cuyo término sería algún día la ciudad de Santafé. Algunos de sus compatriotas quisieron seguir su ejemplo, y excusado es decir que Catalina debía acompañarlo, proponiéndose ambos ir á recibir la bendición nupcial en su nueva residencia de manos del santo sacerdote que los conducía.

Embarcáronse en una gran piragua el misionero, los novios, hasta media docena de europeos y unos pocos indios que dirigían la embarcación, bien provistos de víveres, armas y su pequeña pacotilla de telas, aguardiente, herramientas y otros objetos.

Al tercer día de feliz navegación atracaron á tierra para descansar, guarecerse de los ardores del sol, que hasta allí poco los había molestado, y principalmente para hacer cierta reparación que necesitaba la piragua. Cuando más descuidados estaban á la sombra de los frondosos árboles, sintieron llegar silbando por el aire una flecha que vino á clavarse en el brazo de uno de

ellos, en seguida otra y otras ciento, y últimamente el tropel y la algazara de gritos y aullidos de una gran multitud de indios que estaban ocultos entre el bosque, los cuales venían sobre los descuidados navegantes. Apenas tuvieron éstos tiempo de tomar sus armas y ocurrir al peligro ; pero aunque se defendieron valientemente, y aun hicieron rendir la vida á varios de los agresores, éstos, muy superiores en número y feroces como hienas, los abrumaron, y todos perecieron, incluso el misionero, á quien despedazaron cruelmente.

No escapó de esta horrible matanza sino Catalina, que, ó bien por haber respetado los enemigos su sexo, ó, lo que es más probable, por la ligereza de sus pies, pudo huír con tiempo y ocultarse en el bosque.

Los *Mapoyes*, eternos é irreconciliables enemigos de los españoles, eran los fieros agresores. Luégo que consumaron su crimen, saquearon la piragua, y se llevaron cuanto en ella había, ocultándose en lo más espeso del bosque para celebrar allí su hazaña y hacer un opíparo banquete con lo que habían robado.

Cuando Catalina calculó que estaban ya lejos, se aventuró á volver al lugar de la carnicería, y buscando los ensangrentados cadáveres del sacerdote y de su esposo, apenas se detuvo para tomar sus rígidas manos y estrechándolas entre las suyas, cubrirlas de lágrimas. Despidióse de ellos con un tierno abrazo, tomando para sí la cruz que llevaba al pecho el misionero, y voló de nuevo á ocultarse.

El dorado porvenir de una feliz existencia se había desvanecido en un instante para ella, como fugaz niebla, y en vano pedía al verdadero Dios, á quien ya conocía y amaba, que le diese resignación, pues no hallaba consuelo á su desgracia.

Al día siguiente la desolada joven, viuda ya sin ser

casada, vagaba por la orilla del río, pensando en el partido que debía tomar, y buscando huevos de tortuga en la playa, cuando divisó desde lejos las velas de dos piraguas en que venían muchos indios, que al punto reconoció ser *Aracuas*. En cuanto se acercaron les hizo señas para que arrimasen á la playa, y luégo que saltaron á tierra, les dió noticia muy por menudo de cuanto habían hecho los *Mapoyes* con el religioso y los compañeros que traía, matándolos y robándoles, y les indicó el sitio donde juzgaba que podían estar los agresores. No era muy distante, en efecto, pues con el ansia de repartirse lo que habían robado se internaron un poco, y, sentados debajo de unos árboles, comenzaron á comer y á beber.

Irritados los *Aracuas* con la insolencia y perfidia de sus enemigos, fueron en busca suya, y dando con el sitio donde se hallaban, todos ebrios, y muchos ya dormidos, cayeron sobre ellos con sus armas y los destrozaron, sin perdonar á ninguno, pues á los que quedaron vivos les echaron dogales al cuello, y suspendiéndolos á los árboles, los ahorcaron.

Ya los indios *Mapoyes* tenían hechas pedazos las telas, y de las más vistosas y ricas habían hecho *pampanillas* para sí y para sus mujeres. Son estas *pampanillas* á manera de unas bandas muy largas, con las cuales, no sólo se cubren una parte del cuerpo sino que también las arrastran, á manera de cauda, por gala y ostentación: traje muy usado en Orinoco, especialmente de los *Caribes*.

Recuperaron los *Aracuas* algo de lo hurtado, como damasco negro, cotonia y listones, con lo cual continuaron su viaje, y al llegar al puerto en donde se había embarcado Catalina, dieron cuenta de todo al misionero, y ésta volvió á reunirse con los suyos. Su salvación fué sin duda providencial para que sirviese de instrumento, por medio del cual habían de llevar aquellos bárbaros su merecido castigo.

XXXIX

Puesto que está al orden del día en nuestras conferencias el bello sexo, según lo ha querido usted, mi amiga, no dudo que verá con interés la relación que voy á hacerle, perdonándome, ante todo, el que mi persona figure en ella, si bien en segundo término, cosa que verdaderamente me repugna.

Y tanto me repugna que, aunque usted me ha instado varias veces para que le refiera alguna aventura notable de mi juventud, he rehusado hacerlo. Pocas han sido las de mi monótona vida ciudadana de estudiante, de empleado, de institutor y de medio soldado, que merezcan el honor de contarse; y no mucho tendría en verdad que decir un estudiante perezoso, un empleado que bosteza, un institutor que rabia ó un militar que ayuna.

De las de esta última especie ya he escrito y publicado lo principal, y nada de nuevo tendría la relación de una campaña, la descripción de un vivac ó un campamento, y las consiguientes fatigas y trabajos de un aprendiz de General, que sale por primera vez de su casa y de sus casillas para echarse por esos campos en busca de desventuras y de malos ratos, pero satisfecho con la idea de que está cumpliendo su deber, como buen ciudadano.

Usted querrá algo que no comience con aquello de "era una hermosa tarde de verano," ó "una noche de luna," ó bien el "érase que se era" de las antiguas consejas. Así, voy á hacer una relación llana, breve y sencilla, que espero no dejará de interesar á usted, porque conozco su buen corazón, y sé que se compadecerá de la suerte de una mujer desgraciada.

No sé si usted leería en el *Papel Periódico* cierto artículo que con el título de "Una quinta histórica," pu-

bliqué hace poco—ó, mejor dicho, reprodujo nuestro amigo Alberto, acompañándolo con un grabado de la misma quinta—pues ya lo había sido en el *Repertorio Colombiano*. Esa quinta, á las orillas del río de Fucha, es la que se llamó en un tiempo *de Nariño*, y después pasó á otros dueños, como el General Domingo Caicedo, D. Manuel Ramos etc.

Tiene también el recuerdo de haber pasado allí una temporada el General Bolívar, antes de su partida definitiva y última de Bogotá, para ir á morir en la costa atlántica. En su correspondencia, publicada en el *Repertorio Colombiano*, aparecen cartas suyas dirigidas desde Fucha al señor Madrid, Ministro de la República en Londres, con fecha de Marzo de 1830: cartas en que se trasluce ya el estado de profundo abatimiento en que se hallaba su espíritu.

De manera que tres Presidentes de la primera época de nuestra autonomía dejaron allí estampadas sus huellas, y más de cuatro confidencias políticas oyeron esas paredes, si es cierto que las paredes tienen oídos.

El señor Ramos tenía especial gusto en franquear la quinta á las familias que la solicitaban para pasar alguna temporada de recreo, y con tal motivo los paseos eran allí frecuentes, así como á la de Bolívar, San-Vicente, Santa-Catalina, Frascati, Neverí, y otras de los alrededores de la ciudad, de las cuales algunas han cambiado ya de nombre y de destino.

La ex-señorita Cilia M. se había unido en matrimonio, á fines de Diciembre de 1838, con un excelente joven, pariente suyo, cuyas familias eran oriundas de una de las antiguas provincias del Sur de la República, y fueron á pasar allí la luna de miel en el mes de Enero siguiente, que es uno de los más serenos y más bellos, por su clarísima luz, por sus noches despejadas y tran-

quilas y por las tenues brisas que bajan de la montaña, impregnadas de los aromas de las plantas del páramo inmediato y de las del poleo que recogen á su paso por los potreros vecinos y márgenes del río.

Vivía allí feliz la joven pareja, á manera de dos pájaros que tienen temporalmente su nido en un florido arbusto. Para ella el mundo que se mueve y que habla no existía, y solamente de vez en cuando solían interrumpir el silencio de aquellos campos una que otra visita importuna de sus amigos de confianza que iban á felicitarlos y á participar de su dicha y de su perenne alegría.

Poco tiempo antes de su regreso nos reunimos seis ú ocho personas para ir á darles una sorpresa, que creíamos les sería agradable, vista la amabilidad y franco carácter de esta familia. Quiero decir que proyectamos un paseo, que debía ser á escote para no pensionarla en nada. Convenido el plan ó programa de la *parranda*, y contratados algunos músicos para que á medio día se trasladasen allá con sus instrumentos—pues la música y baile han sido, son y serán siempre elementos indispensables en toda reunión de placer en Bogotá—partímos una hermosa mañana, antes de salir el sol, para gozar del encanto de las primeras horas del día, é ir á almorzar debajo de los árboles. Como la partida se componía de igual número de cachacos que de muchachas, nos ordenámos á estilo militar, de á dos en fondo, dejando á las mamás á retaguardia. En deliciosa plática íbamos desfilando por el camino del Aserrío y oyendo cantar los mil *cucaracheros* que habitaban entonces en esos contornos. Aquella generación de alegres y bulliciosas avecillas ya desapareció. ¿Qué se ha hecho la que debía reemplazarla? ¿Es que los árboles y arbustos que por allí había, y que les servían de albergue, han sido abati-

dos, ó es que la guerra bárbara que los modernos rapaces han declarado á todo inocente pajarito, ha ahuyentado, si no destruído, la raza de estos amables cantores, tan útiles en los campos cultivados, como en los huertos y jardines, porque destruyen los dañinos insectos que roen las sementeras y las plantas?

Después de descansar un buen rato sobre el césped y recibir la afectuosa bienvenida de nuestros amigos, recorrimos la quinta con todos sus jardines y huertas, nos hartamos con sus grandes y dulces fresas, y las personas mayores hicieron involuntarios recuerdos de los que antes que nosotros las habían cultivado y gozado del mismo placer que gozábamos al presente. Almorzámos luégo con buen apetito un sabroso *ajiaco* y exquisitas empanadas, café, y, en fin, todo lo que suele almorzarse en un paseo de campo, y encima de todo ello el Moscatel que se había llevado en abundancia.

Cansado al fin de dar vueltas y fatigado por el sol, me retiré á las piezas altas de la casa, y entré á la que se llamaba el gabinete, donde había por todos muebles una mesa antigua de nogal, con un estante en donde se veían como abandonados varios libros viejos. Probablemente aquélla había servido de escritorio á Nariño. Tomé uno de los libros cuyo título era: *Poesías del Maestro Fray Diego González;* y en su primera página se veía manuscrito: "A su querida Ignacia Zuleta, su hermana Elvira Z. de Miralla." Al leer este último nombre me entró la tentación de quedarme con el pequeño volumen. Elvira Z. era la mujer del poeta argentino, padres de nuestra talentosa amiga doña Elena Miralla. Yo los conocía mucho, y quería conservar algo que les perteneciera; así, con toda la buena fe de que soy capaz, lo guardé en el bolsillo. Sí! lo confieso ingenuamente: me lo robé.... si es que robo puede llamarse el de un objeto de poco

valor, que parecía abandonado por su dueño. Y aun cuando lo hubiera tenido, no habría sido contra su voluntad que me lo llevaba, que es la condición que pone el Catecismo.

En seguida tomé otro librillo ya muy usado, en cuya primera foja decía: "Este libro es de Juana Jurado de Caicedo." Era la hija del Oidor Jurado y esposa del General D. Domingo Caicedo. Hubiera querido llevármelo también; pero me remordió la conciencia, pues esto ya habría dejado de ser pecado venial. Un robo por día, pase; pero dos!....

Apenas comenzaba á hojearlo cuando entró Cilia con otras de sus amigas, y viéndome allí tan preocupado, me preguntó qué estaba leyendo.

—Adivine usted, la dije mostrándole el libro: la *Imitación de Cristo.*

—Precioso libro, me contestó. En un tiempo lo leía yo, pero lo perdí sin saber cómo, y lo siento.

—No pierda usted la esperanza de recuperarlo, agregué. Es una joya que debe tener todo fiel cristiano.

En efecto, cuando ya todos estábamos de regreso en la ciudad, fuí á una librería y compré un ejemplar en bellísima edición, y envolviéndolo en papel perfumado, lo coloqué en una cajita de cartón, y se lo envié con la siguiente dedicatoria: "A mi señora Cilia M. de Martínez. Recuerdo de su respetuoso y sincero amigo." Y al pie mi firma.

Algunos meses después de esto, la amable y feliz pareja tuvo que partir para su país, donde el novio tenía intereses á qué atender con urgencia.

Aquí terminaron mis relaciones con mis amigos, y no volví á tener noticia de ellos sino al cabo de cerca de cuarenta años, cuando ya mi cabello y barba hacía rato que habían comenzado á blanquear.

¿Y cómo tuve esa noticia? Voy á referirlo á usted.

Pertenecía yo entonces á una sociedad de beneficencia que socorría (y aun socorre) á los desvalidos, enviaba consuelos á los desgraciados, amparaba á los huérfanos, y hacía, en fin, en la sociedad todo el bien físico y moral que le era posible, según la naturaleza de su instituto. Los miembros de esta asociación eran nombrados, por turno, en comisión para visitar á los enfermos pobres y á las personas destituídas de todo recurso, según las peticiones que se recibían; éstos informaban sobre el resultado de sus visitas, y, si la persona era acreedora al auxilio que pedía, el mismo comisionado se encargaba de llevárselo.

Lo fuí en cierta ocasión para hacer una de estas visitas domiciliarias á una señora que, además de hallarse gravemente enferma, estaba casi ciega, y no tenía en el mundo más recurso que la caridad de una pobre familia, casi tan pobre como ella, que, compadecida de su suerte, la había alojado en un desván oscuro y húmedo de la miserable casucha en que vivían, en las afueras de la ciudad. Me trasladé allí, y á la escasa luz que penetraba por las grietas y hendeduras de las paredes y techo de una media-agua pajiza, pude distinguir, tendida en el suelo, sobre un jergón, una mujer que casi no podía moverse á causa de un reumatismo agudo, que se había agravado por la humedad del suelo en que yacía. Tomé los informes del caso, y persuadido de que su miserable estado era muy acreedor á los socorros de la Sociedad, me retiré, dejándole unas monedas y algunas palabras de consuelo; y en vista del informe que di se le decretó un pequeño auxilio semanal, que debía llevar yo mismo.

Fuí puntual en el desempeño de mi comisión: pero mis visitas no se prolongaban sino el tiempo preciso para informarme de su estado, y prometerle que haría por ella

lo que pudiese, y agregaba algún óbolo por mi parte á lo que se le enviaba. Pero apenas le había hecho cuatro visitas, cuando un día supe, por sus caritativos huéspedes, que la señora se había agravado mucho y que estaba de muerte. Entré, y la hallé, en efecto, más postrada que nunca. Aunque casi ciega, me tomó la mano, y, dándome gracias por el interés que por ella había mostrado, me dijo con dificultad, é interrumpiéndose á cada paso:

—Yo soy sola en el mundo; mi marido y un hermano murieron en la guerra de Pasto en 1840; de los únicos dos hijos que tenía, uno se ausentó y no he vuelto á saber de él; el otro vino á acompañarme hasta esta ciudad, á donde llegámos casi de limosna, pues lo poco que teníamos lo perdimos por causa de la guerra, y los únicos parientes que me quedaban habían muerto todos. En el camino enfermé de este reumatismo, y los indecibles trabajos que pasamos, mal alimentados, durmiendo muchas veces al raso, concluyeron con mi vista y con la salud de mi hijo, el cual sucumbió á pocos días de llegados aquí. Gracias á la caridad de estas pobres gentes, no he muerto yo también.....

Viendo que apenas podía hablar, y que los dolores y la fatiga se aumentaban, salí precipitadamente en busca de mejor alojamiento y mayores recursos para esta infeliz, cuya relación me interesaba más y más cada vez. Emplee el resto del día en solicitar, y al fin hallé, un cuarto más decente en casa de unas buenas señoras, y al día siguiente la hice trasladar allá, no sin gran dificultad. En seguida llevé uno de los médicos de la Sociedad y un sacerdote. El primero declaró que el mal había invadido ya el corazón, é hizo algunas prescripciones, aunque sin esperanza; el segundo le prestó los auxilios de su ministerio.

Con la luz que se había encendido para que el médico la reconociese, pude examinar más despacio aquella fisonomía, que daba todavía indicios de su antigua belleza; y se conocía que ni las arrugas de la cara, ni las canas de la cabeza eran efecto de la vejez, sino más bien de grandes sufrimientos físicos y morales.

Con el auxilio de la misma luz descubrí al lado de su pobre lecho un libro pequeño y muy usado, y creyendo que contuviese oraciones y ejercicios piadosos, lo tomé con el objeto de leerle algunas, previo su permiso, á fin de consolarla ó distraerla. Abro el libro, y veo mi nombre escrito en la portada.... reconozco mi propia letra.... "A mi señora Cilia M. de Martínez. Recuerdo de su respetuoso y sincero amigo!"....

—¡Dios mío! exclamé fuera de mí. ¡Cilia! ¿Es usted? no puedo creerlo.... estoy soñando.

—¿Quién es el que me llama? dijo asustada. He creído reconocer siempre esta voz.... Sería tal vez la de....

—¡Sí! ¡sí! amiga mía, yo soy.... ¿Recuerda usted quién le dió este libro?

—Sí! ese libro me lo dió usted hace muchos años. ¡Qué felicidad, volver á hallar á un amigo! El cielo me lo envía á usted como un ángel, para mi consuelo. ¡Bendita sea su misericordia!

Y diciendo esto, estrechaba fuertemente mi mano entre las suyas y lloraba de gozo. Después de un largo rato de silencio, en que de sus ojos y de los míos se escaparon no pocas lágrimas, me dijo en un tono que nunca olvidaré:

—¿Por qué no puedo ver, Dios mío? ¡Por qué me has quitado la vista? Nunca he sentido más esta desgracia que en estos momentos, en que al despedirme del mundo, siento á mi lado al único amigo que en él me

queda. ¡ Sí, amigo mío, usted no sabe cuánto lo he estimado! Y ya que no hemos de volver á vernos, no se separe usted de mí. Léame algunas páginas de ese libro sublime, tan lleno de verdades como de consuelos. Jamás lo he abandonado, ni en mis mayores apuros.... siempre lo he conservado conmigo, y cuando yo muera.... él debe volver á sus manos.... Ninguna otra cosa tengo que poder ofrecer á usted en prueba de mi amistad y gratitud.... Consérvelo usted como un recuerdo de esta pobre....

—Sí, le contesté, lo guardaré mientras viva; él será mi compañero, y todos los días hallaré en él un recuerdo de usted. Él encierra para mí, en sus páginas, una historia entera, historia de dicha y de dolorosos recuerdos.

Sentándome entonces á su lado, y acercando la luz, abrí al acaso por el capítulo 1º del libro 2º, que dice:

"Ea, pues, alma fiel, prepárate para que tu Esposo pueda venir á ti.

"Da, pues, lugar á Cristo, y á todo lo demás cierra la puerta.

"Pon en Dios toda tu esperanza, y sea Él tu temor y tu amor. Él responderá por ti, y lo hará como mejor convenga.

"No tienes aquí domicilio permanente: donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino, y no tendrás nunca reposo, si no estuvieres íntimamente unido con Cristo.

"¿Qué miras aquí, no siendo este el lugar de tu descanso?

"En los cielos debe ser tu morada, y como de paso debes mirar todo lo terreno.

"Todas las cosas pasan, y tú también con ellas."

Seguí así leyendo algunas páginas, y viendo que se había tranquilizado algún tanto, y que el sopor se apo-

deraba de ella, me retiré en silencio. En las primeras horas de la noche volví, y encontré allí al sacerdote, á quien había suplicado que no la abandonase. Hacia media noche la muerte se acercaba ya á aquel humilde lecho para hacer su presa. Las personas de la casa, el sacerdote y yo la rodeábamos, elevando nuestras oraciones á Dios en favor de aquella alma cristiana que iba á salir de este mundo. Cuando el estertor cesó, y los labios de la moribunda se entreabrieron por última vez, ya había entregado su espíritu; pero sus manos rígidas y yertas estrechaban todavía las mías....

Lo demás lo adivinará usted, amiga mía. Bástele saber que acompañé sus restos hasta su última morada, donde la dejé durmiendo ese largo sueño que nada interrumpe en este mundo.

XL

Desde hoy os cito y emplazo,
Puesto que habéis de morir,
Para el tribunal de Dios,
Donde no vale ni ardid,
Ni mentira, ni falacia,
Sino donde clara al fin
Se descubre la verdad.
Tan sólo os doy, advertid,
El plazo de nueve días
Para que allá podáis ir.

Escribía yo hace veinte años un romancillo de donde he tomado estos versos, y cuyo asunto es el ruidoso emplazamiento que allá por los años de 1600 hizo el licenciado Visitador D. Juan Salierna de Mariaca al Presidente Sande con motivo de una atroz calumnia que éste le forjó sólo por el odio gratuíto que le tenía. Mariaca murió de resultas de la profunda impresión que le oca-

sionó la inesperada afrenta, y dentro del plazo que fijó al Presidente, murió éste también, según así lo refiere nuestro cronista Fresle, tan acucioso como imparcial y moderado, y con la circunstancia especial de haber sido testigo de muchas de las cosas que narra.

No tan ruidoso como éste, pero sí muy sorprendente, fué el que á principios de este siglo, y gobernando ya el último mono, que al fin se ahogó—el Virrey Amar—hizo el Padre Fray Rudesindo Serrano, Guardián de franciscanos de esta ciudad, al Oidor D. Andrés Portocarrero.

Este Virrey, aunque inepto por su edad y achaques, quiso ya tarde señalar su anémico gobierno con alguna obra pública de interés general para el país, á imitación de lo que habían hecho sus antecesores, y dispuso llevar á efecto la empresa iniciada por el ilustrado y benéfico gobierno de Ezpeleta, de abrir un camellón en línea recta desde San Diego hasta el Puente del Común, para continuarlo después hasta Zipaquirá.

La cosa se tomó con empeño; levantáronse los planos, se hizo el trazado del camellón; se previno lo necesario para la construcción de puentes y calzadas en las varias quebradas del trayecto, y el Director de Obras públicas, D. Bernardo Anillo, puso manos á la obra con entusiasmo.

Ese trazado fué el mismo que, sin variación, sirvió años después para hacer el camellón que va hasta Zipaquirá, hoy ya casi destruído, pero en vía de ser un ferrocarril, cuando Dios quiera.

El Oidor Portocarrero fué nombrado subdelegado é intendente para la construcción de la obra. Para los trabajos de apertura de la trocha hasta Chapinero, terraplén y nivelación del camellón, dispuso este señor se sacase la tierra necesaria de la plazuela de San Diego, que en ese tiempo era un hermoso prado cubierto de

verde césped, paseo muy agradable para los habitantes de la ciudad, y muy especialmente para los niños, que allí corríau y jugaban á su sabor.

Los recuerdos que ya en otras ocasiones hemos hecho con usted, mi amiga, de este simpático convento medio campestre, traen á su memoria otros de la edad infantil; pero los míos son más antiguos y más tristes porque yo lo conocí como fué en sus principios, con su romántica fisonomía primitiva, que no era la que hoy afecta en medio de obras del gusto moderno; así como sus pintorescos alrededores han cambiado enteramente de aspecto.

Hoy ya no puede llamarse convento, puesto que los Padres fueron despojados de él, y sólo queda la iglesia solitaria y viuda, administrada por uno de los antiguos religiosos, que por cierto es un modelo de virtudes.

Querría usted tal vez que yo le diese alguna noticia sobre la fundación del convento. Yo de esto no sé más sino que un señor D. Antonio Maldonado de Mendoza, rico encomendero, tenía allí mismo un sitio de recreo que llamaba La-Burburata, que entonces quedaba más retirado de la ciudad que ahora. Este señor resolvió establecerse en Ibagué con motivo de haber sido comisionado por el Presidente Borja para la pacificación y sometimiento de la indómita tribu de los *Pijaos*, y vendió aquella posesión á los religiosos franciscanos en el año de 1606, donde fundaron éstos una recoleta con el nombre de San Diego.

¿Recuerda usted (y vaya de digresión) haber leído un romance en que describí yo algunos de esos cuadros é impresiones de otro tiempo? Ese romance se halla en el libro titulado *Romancero Colombiano*, colección publicada en 1883 con motivo del Centenario de Bolívar, y á cuya formación contribuyeron muchos de nuestros poetas, en cuyo número no debo contarme yo.

Dice usted que recuerda el libro, pero no mis versos, y quiere que yo le recite algunos. Los primeros dicen así, describiendo una fiesta cívica en tiempo de la gloriosa Colombia:

Desde las altas colinas
Que dominan de San Diego
La pradera, que se extiende
Al pie de antiguo convento,
A la izquierda, se descubren
De la ciudad los mil techos
Y las torres que se empinan
Aquí y allá sobre ellos.
En frente la gran Sabana
Cual mar de verdura inmenso
El *Valle de los Alcázares*
Que llamó Quesada un tiempo.
Allí al pie de la morada
De los frailes recoletos,
Sobre la grama tendido
Se ve numeroso pueblo;
O recorriendo al acaso
Los indecisos senderos,
Se confunden y se mueven
Todas las clases y sexos:
El menestral con el rico,
El noble con el plebeyo,
La señora de alta alcurnia
Con la mujer del pechero.
Todos aguardan con ansia
Algún acontecimiento,
Que siempre el pueblo doquiera
Fué curioso y novelero.
.....
Los que desde lo alto miran
Este cuadro se solazan
Que es digno de hábil pincel
El risueño panorama;
Aquí grupos de señoras,
Y de niños y criadas,

Que con variados vestidos
El campo animan y esmaltan;
Allá garbosos jinetes
Recorren la palizada
Y hacen piafar los caballos
Y saludan á las damas.
  Y para animar el cuadro
Sus rayos postreros lanza
El sol que baja al Ocaso
Entre nubes nacaradas.
El cielo limpio y sereno
Deja ver en lontananza
Las azules cordilleras
Y las nevadas montañas,
Y de los vecinos cerros
Hasta el campamento bajan
Impregnadas de perfumes
Las regocijadas auras.
  Todos alegres están,
Unos ríen, otros cantan,
Y hasta el bullicioso tiple
Ya sus acordes prepara.
.....

Esta era la fiesta y recibimiento que el Gobierno y el pueblo de Bogotá hacían al invicto Batallón *Rifles de la guardia*, siempre y donde quiera triunfante en nuestra lucha nacional, el cual venía

Desde las remotas playas
Donde Orinoco soberbio
Por sus deltas al Atlántico
Tributa caudal inmenso,
Hasta las altas regiones
Que el más glorioso suceso
De nuestra magna contienda
Y de nuestras luchas vieron.

Los Padres de este convento, dueños del terreno, viendo que no se había contado con ellos, y que su plazuela iba á sufrir un gran detrimento con las excavacio-

nes, especialmente en tiempo de lluvias, se opusieron, como era natural; pero el Oidor no hizo caso de su reclamación y mandó continuar dichas excavaciones.

Era Guardián del convento, como se ha dicho, el Reverendo Padre Serrano, sujeto muy respetable, no sólo por su edad y méritos, sino por su ciencia y virtudes. En su juventud hizo sus estudios en el Colegio del Rosario, donde cursó filosofía y facultad mayor. Era joven de provecho y buena conducta; y en unos ejercicios espirituales que se dieron en el mismo Colegio, resolvió dejar el mundo y abrazar la vida religiosa en el claustro de San Diego, donde brilló por sus virtudes y ejemplar penitencia.

Este Padre, como Superior de la comunidad y encargado de administrar sus intereses, salió un día á hablar con el Oidor, á tiempo que éste estaba con los trabajadores inspeccionando y dirigiendo la obra, y en términos humildes y comedidos le hizo presente los perjuicios que iba á recibir la comunidad, mayormente cuando de los terrenos inmediatos, que también pertenecían al convento, podría extraerse la tierra sin daño de nadie.

Pero el Oidor, que seguramente era de condición áspera, le contestó con palabras duras y descorteses, porque ya en aquel tiempo los altos Magistrados, prevalidos de su posición, miraban mal á los americanos, y les manifestaban en tales ocasiones un desdén ofensivo. Ultimamente le mandó que callase, amenazándolo con el Real Acuerdo, ó sea la Audiencia. Entre otras cosas, y delante de los trabajadores, le dijo estas palabras, cuyo recuerdo llamó después la atención de los que las habían oído y sido testigos del lance:—"Usted, Padre, métase en sus hábitos y gobierne en ellos, y déjeme á mí gobernar y disponer lo que me convenga en la obra que me está encargada; á mí me estorban los hábitos y *no necesito de ellos para nada.*"

El Padre, sorprendido de tales palabras y de un tono tan poco propio de una persona como el Oidor, se quedó mirándolo fijamente, y le dijo, señalando hacia el cielo: —"A otro tribunal es que ha de ir la demanda entre los dos;" y se retiró.

El Guardián volvió preocupado y afligido, no por lo que la injuria tenía de personal, pues él la perdonó de buena gana, sino por la alta dignidad que ocupaba entre sus escandalizados hermanos, y por la ofensa hecha á su carácter sacerdotal. Sobrevínole luégo un accidente acompañado de fiebre, que se agravó día por día, sin que remedio humano pudiera librarlo de él, y á poco tiempo murió.

Dos semanas habían transcurrido cuando volvía el Oidor una tarde de dar un paseo á caballo con varios amigos que le acompañaron hasta la puerta de su casa, situada en la calle *de los Carneros*, contigua al convento de franciscanos. Tocaban las oraciones cuando el Oidor se desmontó, subió las escaleras, y, al entrar á la sala, le atacó un accidente repentino y fulminante que le quitó la vida. Corrieron los de la casa á llamar un sacerdote, quien vino en el acto; pero el Oidor estaba muerto y no pudo ni aun recibir la absolución.

Corrió la noticía de esta novedad y la casa se llenó de gente, entre la cual había algunas personas que recordaban el reciente lance que había tenido con el Guardián de San Diego, y las palabras aquellas que oyeron los trabajadores con las que éste lo citaba para ante el tribunal de Dios.

Pero una circunstancia más notable vino á llamar vivamente la atención de los circunstantes; ocurrieron al convento en solicitud de un hábito del Orden para amortajar al difunto.

Usted recordará quizá que entre nosotros era costum-

bre general,—y parece que en todos los países católicos lo era también,—amortajar los cadáveres de los hombres, desde los más altos personajes hasta las gentes más humildes, con el hábito del Orden de San Francisco, práctica que ha caído en desuso, aun entre las personas piadosas. Hoy son rarísimos los casos que hacen excepción á la que fué en otro tiempo regla general. Y le confieso á usted que lo siento y me lastima, porque yo, que soy tan friolento, me figuro que aquel hábito burdo de pura lana había de dar algún calor al pobre muerto.

Fueron, pues, en solicitud del que se necesitaba para el Oidor, pero no hubo ninguno, cosa que nunca había sucedido. No faltó entonces quien recordase aquellas palabras del Oidor:—"A mí me estorban los hábitos, y no necesito de ellos para nada."

La única vez que los necesitó no pudo conseguirlos... Y como diz que le estorbaban, es seguro que el buen señor se fué á la sepultura más contento, amortajado con su garnacha y demás insignias de su empleo.

XLI

Aplaudo el buen pensamiento de usted, mi señora y amiga, de ir á pasar una temporada de recreo en Madrid—no en el de Castilla sino en el de la tierra,—nombre que fué sustituído al antiguo y prosaico de Serrezuela, en honor de nuestro eminente compatriota, el señor D. Pedro F. Madrid. No me toca á mí decir quién fué el que concibió el pensamiento de este cambio, homenaje de patriotismo y de amistad, quién lo inició, quién dió todos los pasos conducentes á su realización, hasta lograr que se sancionase oficialmente. Los archivos de la Municipalidad de Serrezuela, y los de esta ciudad, y las publicaciones hechas en aquel tiempo, guardan los

documentos que ponen en claro este punto, y rectifican conceptos equivocados de la prensa actual.

Permítame usted que se lo diga: hay vanaglorias inocentes de que no está nadie dispuesto á desprenderse, ni á compartir con otros, por más que así lo quisiera.

Pero me alejo demasiado de lo que quería decir á usted, y sólo en gracia de la oportunidad he comenzado con una digresión.

Antes de despedirme de usted, le deseo feliz viaje y muy agradables ratos durante su mansión en ese pintoresco sitio.

Hablando alguna vez de las misiones en nuestras conferencias, me hacía usted una pregunta sobre los padres capuchinos, que se llaman á sí mismos *mínimos*, por ser una variedad de los franciscanos, que se titulan *menores*. No sé si le dije á usted que los había en tiempo de la Colonia en Santa-Marta, Riohacha y Valle-Dupar, y posteriormente, á fines del siglo último, en Bogotá y el Socorro.

En Venezuela tenían misiones en grande escala, como eran las de Caroní, en cuyo territorio habían fundado cuarenta y seis pueblos, que prosperaban en todo sentido.

Aunque las demás Órdenes religiosas en nuestro país, jesuítas, agustinos descalzos, franciscanos etc. sirvieron también las misiones con gran provecho, los capuchinos, por su numeroso personal y recursos, prestaron importantes servicios, y tuvieron, además, el triste privilegio de dar en América mayor número de mártires á la Iglesia, que ninguna de las otras Órdenes.

Durante la guerra de Independencia en Venezuela se tuvieron fundados temores de que los religiosos que servían las misiones de Caroní, y que eran todos catalanes, influyesen poderosamente en sus pueblos contra los patriotas, y para evitarlo, el General Piar dió orden de

que los reunieran á todos en el convento de Carache, bien custodiados. Por ese tiempo se decía que Morillo, con una fuerte división, venía á limpiar la Guayana de patriotas. En consecuencia, se dió la orden de que los veintidos misioneros que se hallaban reunidos y vigilados en aquel pueblo, fuesen conducidos á otro del interior, llamado *La Divina Pastora.*

El oficial encargado de su custodia, que ignoraba la geografía del país, entendió que se le prevenía los enviara á la eternidad á gozar de la Divina Pastora ó la Virgen María, y resolvió deshacerse de una vez de ellos, matándolos sin piedad, para lo cual los entregó á una partida de indios de los mismos que los capuchinos habían medio civilizado y que odiaban á los padres.

No tuvieron más feliz suerte los que estaban en Bogotá, los cuales no se sabe si emigraron espontáneamente después del desastre de Boyacá,—pues también eran españoles en su mayor parte,—ó si fueron expulsados. Es de suponerse que fuese esto último, porque, según se dijo desde entonces, muchos de ellos, si no todos, fueron bárbaramente degollados al llegar á Honda, probablemente por otro oficial tan humano y devoto como el de la Divina Pastora.

Esos misioneros, que no hacían sino el bien, fueron mártires, sacrificados inhumanamente, no á manos de salvajes, sino á manos de cristianos y de gentes civilizadas. ¡Hubiérales valido á algunos, á lo menos, el ser ya ancianos octogenarios!

No extrañe usted, mi señora, que yo haga especialísima mención de esta simpática Orden, porque ella fué excepcional en todo. Entre esos padres vinieron, no sólo hombres de gran saber, predicadores y misioneros eximios, sino también artistas de mérito, como el lego Petrez, que tántas muestras nos dejó de su habilidad y

buen gusto; escultores, arquitectos, pintores, horticultores, gentes, en fin, que, además del ejercicio de su ministerio, habían penetrado, por su educación, en el campo ameno y florido de las artes, hijas del Cielo. No solamente la fábrica, sino la ornamentación de su linda iglesia y convento eran obra de sus manos. La transformación que sufrió éste para destinarlo al Colegio de niñas de La-Merced, hizo desaparecer los bellos cuadros al óleo que decoraban los claustros bajos, y los lindos frescos que se veían en la escalera que conducía á la sacristía.

El espacioso solar en que los Padres cultivaban legumbres y frutas exquisitas, quedó luégo yermo y lleno de abrojos. El inmenso estanque, que surtía de abundantes aguas á la comunidad y servía para el regadío, quedó en seco, y el torrente que lo alimentaba no volvió á alegrar con su rumor las avenidas de aquel delicioso verjel.

Pero el huracán de la persecución, que arrebató las flores de ese árbol venerable de las misiones, dejó oculta entre sus hojas una que, aunque ya marchita y próxima á deshojarse, exhalaba todavía el suave aroma de otros tiempos.

Quiero referir á usted, mi amiga, compendiosamente, la historia del *último Capuchino*, ó por lo menos de sus últimos días; y así será también el asunto de nuestra *última conferencia*, puesto que con ésta suspenderemos, por ahora, las que para mí han sido hasta aquí tan agradables, y en que creo no haber traspasado los límites de la respetuosa familiaridad que me ha permitido la genial indulgencia de usted. Más tarde, si usted lo consiente y el tiempo lo permite, las continuaremos, siempre sobre la misma cuerda, á no ser que usted prefiera que hablemos de elecciones y de candidaturas, que sería para mí la prueba de haberse estragado lamentablemente su buen gusto.

Uno de los religiosos proscritos, casi caduco por la edad, y tan lleno de achaques como de virtudes, habría sucumbido indudablemente al emprender el largo y penoso camino del destierro. El Gobierno hubo de persuadirse, no tanto de la inhumanidad, como de la imposibilidad de hacerlo marchar con sus compañeros, y le permitió, á ruegos de muchas personas, que se quedase —muy contra su gusto—en su convento, puesto que los quebrantos del cuerpo y del alma que lo aquejaban, pronto habían de poner fin á sus días.

Este humilde religioso, después de haber dado el último adiós á sus hermanos, se quedó como guardián de las paredes y de los claustros solitarios y desiertos, que no resonaban ya con las salmodias del coro y las armonías del órgano, ni con el sordo rumor que las pobres sandalias de los monjes hacían en el pavimento, y sólo se oía allí, desde entonces, el zumbido del viento entre los árboles, ó el canto fugitivo de alguna avecilla en los jardines, donde los rosales y madreselvas, secos como el corazón de Lorenzo, aguardaban en vano el riego diario del jardinero. Allí vivía, como un anacoreta, el venerable anciano en su antigua celdilla, que miraba á la huerta, y cuyos muebles se reducían á una mesa pequeña de nogal, un estante con algunos libros, una silla y una tarima donde tender el jergón para dormir; y pasaba sus días abatido y "triste hasta la muerte," como él mismo decía.

Su pobreza era extremada y su abatimiento mucho más al recuerdo de esas espaciosas huertas, pobladas de árboles frutales y alfombradas de legumbres, que ya él no podía cultivar, como lo hacían sus hermanos, para atender en parte con sus productos á la manutención de la comunidad. La escasez de la vista, unida á su debilidad, no le permitía ni aun el consuelo de rezar á dere-

chas el Oficio Divino, sino en la parte que su memoria se lo permitía. Todo hacía que la vida fuese para él una carga ya pesada.

Sin embargo ese santo, cuya invariable afabilidad y dulce conversación lo hacían simpático y agradable á todo el mundo, era querido, respetado y venerado en esta ciudad, no sólo por la gente del pueblo, sino también por personas de la más alta sociedad; y aquella reliquia de otros tiempos era visitada con frecuencia por varios de esos sujetos, los cuales, con delicadeza, solían subvenir á sus necesidades sin dárselo á entender. Éste le cambiaba con disimulo las casi destruídas sandalias por otras nuevas; aquél dejaba una botella de buen vino sobre la mesa; quién ponía unas monedas entre las hojas del diurno; quién llenaba de rapé la exhausta y mugrienta caja; de repente hallaba sobre su jergón un cobertor que él no acostumbraba; y todas estas delicadas muestras de interés y afecto, tan pronto lo alegraban como lo entristecían, y una fría y escasa lágrima solía asomar á sus apagados párpados.

Los muchachos de la calle se detenían á mirarlo por los agujeros de las paredes de la huerta, y lo veían pasearse lentamente, apoyado en su bordón y con su largo rosario en la mano, al rededor del grande estanque, y detenerse de cuando en cuando, con los ojos levantados al cielo; ó bien, después de dar algunas vueltas, sentarse fatigado al pie de un árbol para mirar fijamente el agua que se desprendía de los anchos atanores.

En ocasiones salía del convento y daba unos paseos por la plazoleta de la iglesia, formada por una muralla de piedra, y luégo se sentaba al pie de la gran cruz de hierro, que sobre un elevado pedestal se alzaba en el centro de la misma plazuela.

Si alguna vez se arriesgaba á salir por las calles in-

mediatas al convento, la gente del pueblo corría á pedirle la bendición y besarle el hábito, y las personas de otra clase lo saludaban siempre con respeto, como una venerable reliquia de la ejemplar comunidad de los mínimos.

Una tarde llegaron á su celda dos amigos que lo visitaban con frecuencia: uno de ellos, D. Antonio González Manrique—quien me refirió este episodio—y otro cuyo nombre no recuerdo, y á hurto del buen fraile, sacaron de debajo de la capa y pusieron sobre la mesa, vino, salchichones, frutas-pasas, queso y otros comestibles que llevaban. No dejó de notar algo el cenovita, y con una débil sonrisa y tierna mirada les dió las gracias al tiempo de despedirse, diciendo:—"¡Dios los bendiga! ¡Dios se lo pague!"

Al día siguiente corrió en la ciudad la noticia de que el hermano Lorenzo había muerto, y muchas gentes acudieron presurosas á cerciorarse de ello. Por desgracia la noticia era cierta: la persona que le preparaba el parco desayuno—pues ya él no podía hacerlo por sí mismo—al entrar á la celda lo halló tendido, no sobre su tarima, sino sobre los desnudos ladrillos del pavimento, y al tratar de levantarlo, vió que estaba vuelto boca abajo cubriendo con su rígido cuerpo una gran cruz, formada con ceniza sobre el suelo; lo que hacía creer que su muerte no había sido efecto de un ataque fulminante; pero sí que habiéndola presentido muy cercana, había tenido tiempo de preparar aquel último lecho de penitencia, para espirar, á imitación de su Maestro, sobre una cruz....

Cuando la triste nueva llegó á oídos de los amigos que lo habían visitado la víspera, dejándole aquella abundante provisión, su sorpresa fué extrema, y pensaron, no sin razón, y llenos de dolor, que ellos eran tal vez la causa inocente de aquella desgracia, pues suponían que el padre se había excedido al hacer uso del regalo que le ha-

bían llevado. Corrieron afligidos al convento, y hallaron el cuerpo del anciano tendido todavía sobre su cruz de ceniza. Pero, ¡cuál fué su sorpresa y al mismo tiempo su consuelo al ver que todo lo que le habían llevado el día anterior estaba intacto, allí donde lo habían puesto! ¡Ni un solo bocado, ni un sorbo de vino había probado el frugal solitario!

Era tal la veneración en que por su virtud le tenía el pueblo, que todos los que iban á contemplar sus restos, ó á verter una lágrima sobre ellos, tomaban de su hábito raído, ó de su larga barba cana, alguna reliquia, que guardaban con respeto, como afectuosa memoria suya.

3 2044 051 122 836

The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.

*Non-receipt of overdue notices does **not** exempt the borrower from overdue fines.*

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413

WIDENER
MAR 2 2 2000
BOOK DUE
CANCELLED

Please handle with care.
Thank you for helping to preserve library collections at Harvard.